

WARHAMMER®
40,000

LA ÚLTIMA ORDEN

LOS OLVIDADOS 2 • UNA NOVELA DE LOS FANTASMAS DE GAUNT



Dan Abnett

Lectulandia

Estamos en el vigésimo primer año de la Cruzada de los Mundos de Sabbat. Los principales grupos de batalla del señor de la guerra Macaroth han logrado importantes victorias y avances contra las fuerzas del Caos de Urlock Gaur. Contra todo pronóstico, el comisario coronel Ibram Gaunt regresa de una misión tras las líneas enemigas, pero se le ha dado por muerto y han puesto su unidad bajo el mando de un nuevo y carismático oficial. Gaunt se enfrenta a la lucha más difícil cuando intenta recuperar su antiguo mando antes del feroz contraataque de las malignas fuerzas del Caos.

Lectulandia

Dan Abnett

La última orden

**Warhammer 40000. Los Fantasmas de Gaunt.
La olvidados 2**

ePub r1.0
epublector 22.08.13



Título original: *His Last Command*

Dan Abnett, 2005

Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2006

Editor digital: epublector

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

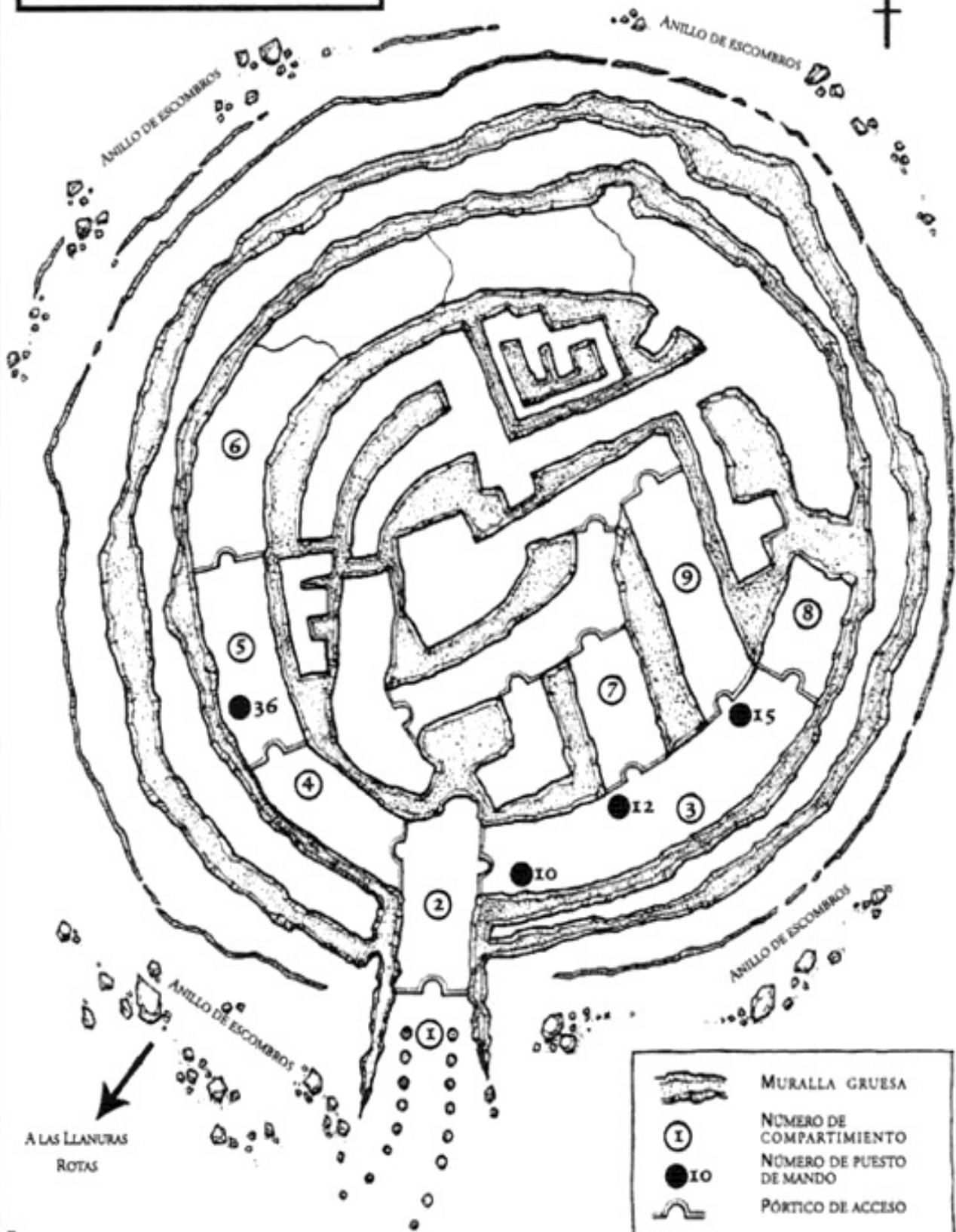
Estamos en el cuadragésimo primer milenio. El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y el dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes... y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.

MONS SPARSHAD

CIUDAD ESCALONADA EN RUINAS
 ANCREON SEXTUS
 CIRCA 776.M41



ESCALA 1:75.000 (APROX.)

A mediados del año 776M41, el vigésimo primero de la cruzada de los Mundos de Sabbat, los grupos de batalla principales del señor de la guerra Macaroth habían penetrado en el Cúmulo Carcaradon y trabado combate en una guerra a escala completa contra las posiciones principales del señor archienemigo, el arconte Urlock Gaur.

Sin embargo, en el flanco de las fuerzas de Macaroth que daba al centro de la galaxia los grupos de batalla secundarios estaban librando unos combates igualmente sanguinarios. Los ejércitos quinto, octavo y noveno de la cruzada intentaban expulsar a las fuerzas del magíster Anakwanar Sek, uno de los lugartenientes más feroces, del flanco del Grupo Khan.

Los teatros de combate de esa campaña son una lista continua de heroísmo y gallardía imperiales: las playas de cristal de Korazon, los glaciares negros de Lysander, los bosques de alta montaña de Khan Nobilis, las ciudades escalonadas de Ancreon Sextus...

**Fragmento de
Una historia de las últimas Cruzadas Imperiales**



PRÓLOGO

—¿Está seguro, señor? —preguntó Ludd a gritos para hacerse oír por encima de la tormenta mientras cruzaban el patio, con las cabezas inclinadas para hacer frente al tremendo vendaval.

El viento estaba cargado de cristales de hielo que relucían como polvo de vidrio bajo los rayos de luz procedentes de los focos del búnker. Kanow no mostró intención alguna de abrir la boca para contestar.

Llegaron al porche de hierro del bloque de examen y tiró de la fría escotilla de metal para cerrarla a su paso. El aullido del viento disminuyó un poco de volumen.

—Disculpe, señor... —empezó a decir Ludd.

—Ya te he oído —lo interrumpió Kanow mientras se sacudía el polvo de hielo que le cubría el abrigo de cuero—. ¿Seguro sobre qué?

El subcomisario Nahum Ludd se encogió de hombros.

—Sólo me preguntaba si debíamos esperar, señor.

—¿A qué?

—¿A que llegue una corroboración?

Kanow soltó un bufido despectivo.

—Ludd, este campamento se encuentra al máximo de su capacidad. Debemos procesar, procesar y procesar. —Acompañó cada una de las palabras con una palmada—. Si perdiéramos el tiempo comprobando todos y cada uno de los cuentos que se inventan esos desertores y herejes, la situación nos superaría. ¿Cuál es mi lema?

—Evaluación rápida, solución rápida, señor.

—Evaluación rápida, exacto. Y en este caso, ¿tiene alguna duda?

El subcomisario dudó.

—Bueno, pues yo no —siguió diciendo Kanow—. Son desertores y herejes. No hay más que echarles un vistazo para verlo. Hasta lo puedes notar por el hedor que desprenden. ¿Y lo que nos han contado? Eso ni se merece que lo intentemos corroborar, Ludd. Es un embuste a todas luces.

—Sí, señor —contestó Ludd.

—¿Qué son?

—Desertores y herejes, señor.

—Muy bien. ¿De verdad pensabas que deberíamos haber verificado lo que decían?

Ludd bajó la vista y se quedó mirando los pies. En el suelo metálico se estaban formando unos grandes charcos de agua helada alrededor de las botas y del borde del abrigo.

—Creí necesario comprobar ciertos aspectos que parecían merecer la pena...

—¡Cállate, Ludd! —le cortó el comisario.

Kanow abrió la escotilla interior que llevaba al pasillo principal del bloque de examen y Ludd lo siguió. El aire era tibio y estaba cargado con el tufo de los desechos animales. A cada lado se alzaban ocho pisos de celdas de prisión enlazados por pasarelas de metal que cruzaban aquel espacio sombrío. Kanow y Ludd oyeron gemidos y murmullos en todas las celdas de rococemento, sonidos procedentes de miles de prisioneros. Unos individuos sucios y vestidos con harapos los miraron a través de las rejillas de las puertas de las jaulas de la planta baja.

—¡Señor, por favor! ¡Por la gracia del Trono, por favor! —gritó uno de ellos al mismo tiempo que sacaba la mano entre los barrotes.

Kanow desenfundó la pistola bólter y la amartilló. El individuo se apartó con rapidez y los prisioneros de las celdas cercanas se acurrucaron en las esquinas más alejadas de las puertas gimiendo en voz baja, como si fueran perros apaleados.

Una compuerta estanca cercana a ellos se abrió y dejó entrar un vendaval de aire helado. El comisario y su subordinado se taparon la cara para protegerse del frío. Un destacamento de soldados con armadura entró gritando y blandiendo las porras de energía para hacer caminar a un grupo de recién llegados procedentes de los barracones del perímetro de exploración.

—¡Celda ciento diecisiete! —gritó una voz.

Sonó un zumbido acompañado de un chasquido cuando el cierre eléctrico de la celda ciento diecisiete se abrió. Los soldados condujeron a los prisioneros hasta el interior, golpeando con entusiasmo al que se quedaba último o a los más reticentes a entrar.

Los soldados se dispersaron en dirección a sus nuevos puestos en cuanto la puerta se cerró de nuevo.

—¿Algún problema, comisario? —le preguntó el sargento Maskar al fijarse en que tenía la pistola desenfundada.

—Todavía no, Maskar —contestó Kanow con un gruñido—. Pero te necesito con un destacamento armado si dispones de un momento.

—Como ordene, señor —contestó Maskar antes de asentir y darse la vuelta—. ¡Sexta escuadra, conmigo!

Maskar era un individuo alto y fornido de cráneo rapado. Al igual que todos los soldados del campamento Xenos, llevaba puesta una armadura segmentada de acero cubierta de cuero que también le protegía las extremidades, por lo que parecía una musculatura bien formada pero desprovista de piel. Se colocó la porra de energía en el cinturón y empuñó el rifle automático. Los cinco soldados de la escuadra hicieron lo mismo.

Kanow sacó el cargador de la pistola bólter. Las series de ejecuciones de la tarde

lo habían dejado casi sin munición, así que metió uno nuevo.

—Celda trescientos veintiocho —le dijo Kanow, y los soldados se colocaron en formación detrás de él amartillando los rifles.

—¿Unas ejecuciones sumarias, señor? —le preguntó Maskar.

—Tendré todo el papeleo por la mañana, sargento. Las autorizaciones también, pero esto no puede esperar. Siga mis órdenes.

—Señor, yo...

Kanow se volvió hacia Ludd.

—¿Qué? ¿Ahora qué?

—Nada, señor —contestó Ludd.

El grupo subió dos tramos de escalera metálica. Los pesados pasos hicieron retemblar los peldaños. Luego giraron hacia la derecha por la pasarela del tercer piso.

Llegaron hasta la puerta de la celda trescientos veintiocho. El interior parecía vacío.

—¡Celda trescientos veintiocho! —gritó Maskar. Los cierres automáticos se abrieron con otro chasquido.

Kanow entró. Las celdas del tercer piso eran más grandes y estaban reservadas para grupos de hasta treinta presos. Varias de las luces de la pared de la celda trescientos veintiocho estaban al parecer estropeadas. Kanow distinguió unas cuantas siluetas oscuras, alrededor de una docena, en cuclillas al otro extremo de la celda.

—¿Estaban armados? —preguntó Maskar.

—Lo estaban cuando llegaron —contestó Ludd—. Pero entregaron las armas sin resistencia.

Kanow hizo caso omiso de la intención implícita en el comentario de su subordinado.

—¿Quién es el jefe aquí? —preguntó en voz alta.

Una figura salió de las sombras y caminó hacia él. Era un individuo de estatura elevada y delgado, con aspecto salvaje. Sus ropas eran un conjunto sucio y remendado de cuero y tela, de un color casi negro debido al polvo y a la mugre. Un vagabundo. El rostro anguloso estaba medio oculto detrás de una espesa barba gris apelmazada, pero lo que se podía ver de él estaba cubierto de cicatrices y la piel mostraba un color gris descolorido, como si la suciedad se hubiera quedado incrustada en los poros. Tenía el cabello largo, también apelmazado, de color gris. La mirada era penetrante.

—Comisario —lo saludó con un breve gesto formal de asentimiento que no parecía encajar con aquel aspecto andrajoso. El tono de voz era seco, con una curiosa entonación alienígena—. Confío en que habrá revisado mi declaración y se habrá puesto en contacto con...

Kanow alzó la pistola.

—Eres un hereje y un desertor. Te enfrentas a la justicia del Trono Imperial y...

Una fuerza inmensa y repentina le arrebató de forma dolorosa la pistola de la mano y un puñetazo lo golpeó al mismo tiempo en la garganta, arrojándolo hacia atrás boqueando en busca de aire.

Un brazo le rodeó el cuello y tiró de él hasta pegarlo con fuerza al cuerpo de su captor. Un momento después sintió que alguien apoyaba con suavidad el frío cañón de su propia pistola en la sien.

—Que nadie se mueva —dijo el individuo que estaba a su espalda con aquel mismo tono de voz seco y peculiar.

Maskar y los demás soldados apuntaban con los rifles directamente hacia Kanow y su captor. Ludd estaba en mitad de todo aquello, desconcertado.

—Suelta el arma ahora mismo —ordenó Maskar por encima del arma que tenía echada al hombro.

—¿Para qué me podáis disparar? —contestó la voz desde detrás de la cabeza de Kanow—. Me parece que no. Pero soy una persona razonable. Mire, sargento, podía haber empezado a disparar, y sin embargo todavía no hay ningún muerto. ¿Es lo que hubiera hecho un hereje o un desertor?

—¡Suelta el arma!

—Bajen las armas, sargento —le ordenó Ludd.

—Este joven piensa de forma correcta —comentó el individuo que tenía encañonado a Kanow.

—Ni en un millón de años, cabrón —le contestó Maskar.

—Es una pena —dijo el desconocido. Luego, habló de nuevo en voz baja—. Dercius.

Unas figuras salieron directamente de las sombras. O eso, o las sombras se movieron y se convirtieron en figuras. Ludd no estaba seguro. Lo único que supo con certeza un instante después era que Maskar y los demás soldados estaban en el suelo, fuera de combate, derribados por aquellos veloces fantasmas, quienes les habían arrebatado las armas.

Maskar y los demás se retorcían en el suelo, con los brazos dislocados y las narices rotas. Las sombras, armadas con los rifles de los soldados, rodearon a Ludd.

—¿Qué quieren? —preguntó el subcomisario en voz baja.

—Cállate, Ludd! ¡No negocies con ellos! —le gritó Kanow. El brazo que lo inmovilizaba le apretó con más fuerza.

—¿Qué decías, Ludd? —dijo a su vez una de las sombras. El subcomisario tragó saliva.

—¿Qué..., qué quiere?

—Lo que pedí desde el principio —contestó Ibram Gaunt sin relajar el brazo que tenía inmovilizado por el cuello al comisario Kanow—. Quiero hablar con el general

Barthol Van Voytz, y quiero hacerlo ya.



UNO

Zona de combate Sparshad, Ancreon Sextus

Había esperado tener una vista del infame Mons Sparshad mientras descendían, pero lo único que se veía en la pantalla panorámica era una extensión plana de incontables dunas de polvo blanqueadas por un sol implacable.

Manipuló los mandos de aumento de la pantalla y la imagen se acercó a toda velocidad al suelo del desierto, donde distinguió unos puntos oscuros y pequeños grupos de manchas negras. La llanura blanca no estaba tan impoluta como sugería la enorme distancia. Allí abajo había miles de kilómetros cuadrados de restos: caparazones retorcidos de las máquinas de guerra, ruinas quemadas, huesos humanos, una ciudad muerta; el legado de los combates del año anterior. Los restos estaban cubiertos por una capa de polvo blanco que se extendía por la lisa superficie del desierto. Antaño, toda aquella zona había sido el lugar donde se asentaba la poderosa ciudad de Celsior Sparshad. La guerra la había transformado en las Llanuras Rotas.

—¿Dónde está el Mons? —preguntó.

—Justo delante de nosotros, señor —le contestó chasqueante la voz del piloto por el intercomunicador.

—No lo veo... Ah, ya.

Todavía no se veía el Mons, pero ya se podía intuir dónde se encontraba. Un enorme cúmulo de nubes de color naranja se alzaba en el punto donde se acababa la llanura blanca y empezaba el implacable cielo azul. Parecía un efecto meteorológico de origen natural, o el resultado de una tormenta de polvo que se elevaba como un risco por encima del desierto.

Sin embargo, era humo. Una inmensa capa de humo provocada por los combates y que tapaba el Mons. Llevó el mando al máximo de aumentos y pudo distinguir pequeños destellos, como chispazos, en la base de la masa de nubes. Artillería láser, artillería pesada, cañones de asedio, todo ello disparaba contra el edificio oculto.

—La escolta se separa —dijo el comunicador.

Volvió la cabeza y miró por la diminuta portilla de observación. Vio un reflejo bajo la luz del sol cuando el caza Lightning que los había escoltado hasta allí viró para alejarse y dejar solo al Valkyrie del Comisariado sólo en su aproximación final.

—Dos minutos —le informó el piloto.

—Gracias.

Ajustó de nuevo la pantalla y centró el objetivo en el cuartel general al que se estaban acercando con rapidez. Parecía un enorme reptil agazapado sobre el suelo blanco y desolado. Eran cuatro Leviathan de mando acoplados en forma de cruz, rodeados de líneas y líneas formadas por los regimientos de vehículos de combate,

plataformas de artillería y extensos campamentos de habiendas, además de los depósitos de municiones y de combustible junto a las aeronaves posadas en tierra. Aquello era una enorme muestra del poder imperial, una ciudad móvil. Cada Leviathan tenía el tamaño de un pueblo pequeño.

Apagó la pantalla y se quedó mirando su propio rostro reflejado en la superficie oscura. Se puso la gorra y se la ajustó, pero a pesar del espléndido uniforme todavía parecía un joven de tez pálida y aspecto asustado.

El subcomisario Nahum Ludd se recostó contra la red de seguridad, cerró los ojos e intentó calmarse. Era el único ocupante de la sección de pasajeros, y los asientos vacíos que había a su alrededor lo preocupaban más de lo que estaba dispuesto a admitir. El transporte se bamboleó un poco cuando encendió los retrocohetes para frenar con rapidez. Ludd sintió que el estómago se le subía a la boca cuando empezaron a descender de forma vertical.

—Treinta segundos para el aterrizaje —le informó el piloto con voz tranquila y carente de toda emoción.

Ludd tragó saliva.

«Mi señor comandante general —repassó mentalmente por enésima vez—. Le transmito los cordiales saludos de mi oficial superior, el comisario Kanow, que se disculpa por no poder venir en persona...»

Se oyó un golpe sordo, notó una fuerte vibración y después desapareció toda sensación de movimiento. Las luces internas parpadearon y las runas rojas que había sobre la compuerta de salida pasaron a tener un color verde.

—El cuartel general de Sparshad, señor —dijo el comunicador.

—Gracias, piloto —contestó Ludd antes de desabrocharse el arnés de seguridad y ponerse en pie.

El sistema de respiración del interior de la nave había pasado al modo de circulación exterior y el aire que salía de las rejillas olía menos a estanco. Ludd se acercó hasta la compuerta dejando atrás las filas de asientos vacíos. No había visto un solo rostro humano desde que había subido a bordo en el campamento Xenon. Aquello continuaba inquietándolo.

Había una nota escrita a mano pegada en la parte interior de la compuerta: ¡LENTEs ANTIBRILLO! Ludd sonrió, se sacó las lentes antibrillo del bolsillo del chaquetón y se las puso.

—La compuerta, por favor.

La compuerta se abrió provocando una ligera descompresión que notó en los oídos y se deslizó lateralmente hacia fuera sobre los brazos hidráulicos.

La luz y el valor inundaron el compartimento. Ludd se quedó boquiabierto ante la dureza del aire en el exterior. La luz era tan blanca e intensa como un láser. Si no se hubiera puesto las lentes antibrillo se habría quedado ciego.

Ludd contempló el mundo radiante que lo esperaba. Después comenzó a bajar por la rampa con el estuche de datos bajo el brazo.

El Valkyrie se había posado en una zona de aterrizaje del dorso combado de uno de los enormes Leviathan. La tripulación de tierra, protegida por ropajes adecuados para el terrible sol, se aproximó a la gran aeronave de transporte para asegurarla y conectarle los tubos de repostaje. La zona de aterrizaje era un disco liso de metal color verde pálido, cubierto por una fina capa de arenilla blanca arrastrada por el viento. El paso de la tripulación quedó registrado por las huellas de las pisadas y por el rastro dejado al arrastrar las tuberías.

Ludd se apartó unos cuantos pasos del Valkyrie. La superficie dorsal del Leviathan se extendía a su alrededor en todas las direcciones, un panorama imponente de conductos de ventilación, torretas de armas y cúpulas de sensores. El subcomisario jamás había estado a bordo de un Leviathan. Era inmenso. Se dio la vuelta y vio los otros tres gigantescos vehículos de mando, pegados al suyo y formando una vasta silueta cruciforme de acero polvoriento.

Oyó un fuerte estampido y un aullido penetrante cuando un grupo de interceptores imperiales pasaron rugiendo por encima. Ludd contempló cómo viraban hacia el norte y adoptaban formación de combate.

El subcomisario se acercó a la barandilla. Allí arriba estaba a la misma altura que el techo de una de las secciones de una ciudad colmena. Era una distancia mareante hasta la superficie del desierto, pero no tanto como la que había visto desde la aeronave. Distinguió con facilidad la extensión del campamento del cuartel general, las enormes agrupaciones de hombres y de máquinas dispuestas alrededor de los gigantescos vehículos de mando. Las brigadas de vehículos de combate esperaban la llegada de las órdenes de ataque bajo la luz del sol acompañados por los transportes de munición. Los inmensos bosques de tiendas de campaña cubrían el desierto como una plaga de hongos acampanados y rodeaban los grandes módulos prefabricados de las enfermerías, los comedores y los edificios de entrenamiento. Al oeste, más allá de la masa bien protegida de los depósitos de suministros y de los hangares temporales, se extendía una gran superficie de campos de aterrizaje también prefabricados donde estaban posados los cazabombarderos y sus aviones de escolta, de menor tamaño. En la parte septentrional del perímetro vio una columna de vehículos blindados que lanzaba al aire una tremenda polvareda mientras avanzaba hacia la línea del frente. Decenas de mástiles de comunicación de color negro se alzaban por doquier, como lanzas clavadas en el suelo del campamento.

El calor era increíble. No había sombra alguna. El sol era tan caliente que parecía soltar chasquidos y zumbir en el cielo. Ludd sintió que la piel le escocía. Pensó en un bronceado. No le vendría mal volver con un bronceado al campamento después de todos aquellos meses de noche polar.

Miró al norte, hacia la enorme nube de humo, hacia Mons Sparshad. Al estar ya en el exterior también le llegó el olor a fvceleno..., y Mons Sparshad estaba por lo menos a cincuenta o sesenta kilómetros de allí.

Distinguía a duras penas los destellos de los disparos de artillería. Se llevó la mano a la cara para quitarse las lentes antibrillo y así ver mejor.

—Yo de usted no lo haría si quiere conservar la vista.

Ludd se dio la vuelta. Un individuo cruzaba la zona de aterrizaje en su dirección. Era de estatura elevada y caminaba muy erguido, con el uniforme de paseo de un comisario imperial.

Ludd hizo el signo del águila y lo saludó militarmente.

—Subcomisario Nahum Ludd, campamento 917.

El hombre realizó el mismo gesto y saludo, y luego le ofreció la mano.

—Comisario Hadrian Faragut. Bienvenido a las Llanuras Rotas, Ludd.

Ludd estrechó la mano que le ofrecía.

Faragut tenía un porte de mando, pero parecía tener pocos años más que el propio Ludd. Era evidente que de comisario no hacía mucho tiempo. Lo poco que se podía ver de la cara de Faragut eran unos rasgos enjutos, morenos y bien afeitados. Las lentes antibrillo de color negro le ocultaban los ojos, por lo que no podía adivinar su carácter y temperamento. Tenía los labios levemente curvados, como si hubiera algo que le hiciera gracia.

—Soy el comité de bienvenida —le comunicó Faragut—. El comisario general lo va a recibir en persona, pero le pareció que quizá fuese demasiado intimidatorio.

—Sí que lo sería. Me alegro que sea usted.

—¿La primera vez en las Llanuras?

Ludd asintió.

—Y también la primera vez a bordo de un Leviathan.

—¡Por el Trono!, sí que lo han mantenido alejado. Xenon es una estación polar, ¿no?

—Sí. Está alejada a propósito de las zonas de combate. Es bastante desolador y sombrío.

—Pues tiene suerte. Las zonas de combate son... muy exigentes.

La sonrisa se le acentuó a Faragut, como si con ello sugiriera que había visto grandes acciones y que, lo más importante, hubiera realizado grandes hazañas. Hazañas heroicas, gloriosas.

Ludd asintió.

—A menudo deseo que se me exija más.

—Cuidado con lo que desea, Ludd —le contestó Faragut, al que se le borró la sonrisa—. Las zonas de Sextus son un infierno. No hay ni un solo individuo de mi rango que no rece por conseguir un puesto fácil como el de usted.

Ludd se molestó. Faragut no sólo estaba burlándose de él por no estar destinado a las zonas de combate, sino que además lo hacía por tener un puesto cómodo. El campamento Xeno no era un lugar cómodo. Era un trabajo difícil e ingrato. Laborioso, agotador, incesante...

Ludd decidió no contestarle.

—¿Estaba contemplando la Gran Humareda? —le preguntó Faragut.

—¿Perdón?

Faragut le señaló con un gesto la gran nube de color anaranjado que se alzaba sobre el horizonte.

—Ah. Sólo quería ver el Mons.

—Desde aquí no se puede. La Gran Humareda lleva ahí desde que comenzó el asalto, hace ya tres meses.

—¿A cuánto está? ¿A sesenta kilómetros?

Faragut soltó una breve risa.

—Más bien a doscientos sesenta kilómetros. ¿Tiene idea de lo grande que es Mons Sparshad?

—No.

—Es una pena que no vaya a poder verlo —le comentó Faragut con un tono de voz que indicaba más bien lo contrario—. Mons Sparshad es algo impresionante.

Se volvieron al oír un chasquido metálico y un siseo a sus espaldas. Debajo del Valkyrie se había abierto una compuerta y todo el compartimento de carga que había transportado bajaba mediante unos pistones hidráulicos y desaparecía en el interior del Leviathan.

—Los llevan como si sólo fueran una carga —comentó Ludd con un tono de desaprobación en la voz—. Ya ha sido bastante malo que viajaran así. ¿Es que ni siquiera se les va a permitir que se bajen a pie?

—No es lo apropiado —le contestó Faragut—. No hasta que los hayamos inspeccionado.

—¿Sabe quiénes son?

Faragut lo miró. La expresión de sus ojos estaba oculta por las lentes antibrillo negras.

—Sé quiénes quieren que creamos que son, Ludd. No es lo mismo.

—¿Ha leído mi informe?

Faragut frunció el entrecejo.

—Sí, Ludd. Y también he leído el informe del oficial al mando. El comisario Kanow, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, espero que nos permitirá ser prudentes. Kanow fue bastante específico en el informe. ¿Cuál fue la última orden que le dio?

—Traer a los prisioneros ante la presencia del comandante general Van Voytz.
Faragur asintió con gesto solemne.

—Así es. Porque queremos que todo esto se haga según las reglas del Comisariado.

—Por supuesto —contestó Ludd. No le había gustado nada el énfasis que Faragut había puesto en el «todo» de la última frase. Aquel individuo era condescendiente e impertinente. Además, a Ludd no le gustó nada el modo en que Faragut sugería que no era un verdadero comisario porque no estaba destinado a una zona de combate.

Ludd decidió que Faragut no le gustaba en absoluto.

Todo aquello dejó de tener importancia cuando Faragut volvió a hablar.

—Bueno, no le hagamos esperar.

—¿A quién?

—A quién va a ser. Al comandante general, Ludd.

El estómago se le encogió ante la idea de tener esperando a un individuo tan poderoso como aquél.

Siguió a Faragut hacia las escaleras con el corazón acelerado.



DOS

—Espere aquí —le indicó Faragut.

Ludd le obedeció. Habían bajado hacia el inmenso interior del Leviathan y después de caminar durante casi quince minutos a paso vivo por los largos pasillos con el frescor proporcionado por el aire reciclado y de cruzar compuertas blindadas habían llegado por fin a una pasarela que daba a uno de los centros de mando táctico principales.

Ludd bajó la vista para mirar a través de los paneles de cristal teñidos y levemente inclinados a una estancia enorme con filas de asientos donde decenas de oficiales de inteligencia, tácticos imperiales y servidores de primera clase manejaban consolas de imagen y máquinas lógicas. Un pozo de strategium situado en el centro de la estancia proyectaba en el aire una imagen hololítica palpitante. Un grupo de oficiales superiores la rodeaba. Era evidente que estaba acabando alguna clase de reunión. Ludd distinguió los uniformes de una decena de divisiones diferentes, incluidas algunas de la fuerza aérea de la Armada y de los blindados de la Guardia Imperial. Se veía un enorme ajeteo en la sala, pero el cristal era a prueba de ruidos. Ludd se imaginó el barullo continuo de la llegada constante de informes y de datos.

Faragut apareció en la estancia y se acercó con paso respetuoso a un individuo alto que llevaba puesto el sencillo uniforme de color gris de un comandante general. Ludd pensó que debía de tratarse sin duda de Van Voytz, del Quinto Ejército de la cruzada, comandante en jefe de aquella zona de guerra, señor de las operaciones de combate de aquel lugar. Todos los demás presentes en el strategium se comportaban de un modo respetuoso con él. Ludd jamás había esperado encontrarse frente a frente con un individuo de semejante rango. Estaba a un solo paso por debajo de entrevistarse con el propio señor de la guerra Macaroth.

Se le quedó la boca seca y se esforzó por recordar las palabras que había ensayado.

Faragut le dijo algo al comandante general y éste asintió con un gesto breve antes de darle una palmadita en el brazo como agradecimiento.

«Qué suerte disponer de semejante informalidad en aquellos círculos importantes», pensó Ludd.

Van Voytz acabó de conversar con dos jefes de escuadrón de la Armada y los tres se echaron a reír con la jovialidad propia de unos viejos camaradas antes de darse la vuelta y salir acompañado de Faragut.

Medio minuto más tarde, el comandante general Barthol Van Voytz ya estaba delante de Ludd en la pasarela.

—Subcomisario Nahum Ludd —lo presentó Faragut.

Ludd se puso en posición de firmes y saludó.

El comandante general estaba flanqueado por Faragut y por un individuo de baja estatura que llevaba puesto el uniforme rojo y negro de táctico imperial de rango superior. Detrás de ellos se encontraba la guardia de honor compuesta por seis soldados veteranos con armaduras balísticas completas.

—Van Voytz —contestó el comandante general, como si pudiera haber alguna duda sobre su identidad.

Su voz era sorprendentemente suave y amistosa, y en los labios tenía el leve indicio de una sonrisa. Dio un paso hacia Ludd y le ofreció la mano. El subcomisario se quedó sorprendido y dudó por un momento, pero luego la estrechó.

—Bienvenido, Ludd —le dijo. Luego, sin soltarle la mano, se inclinó hacia adelante y le habló susurrando al oído—. Joven, está temblando. No lo haga. No soy alguien a quien deba temer. Además, será mejor que no muestre temor alguno ante ese lameculos de Faragut o no lo dejará olvidarlo nunca.

Ludd se sintió más tranquilo de forma inmediata y asintió devolviendo la sonrisa. Van Voytz no parecía tener prisa alguna por soltarle la mano.

—Según me han dicho —continuó Van Voytz en voz alta—, le debo mucho, Ludd.

—¿Señor?

—He leído los informes, Ludd. El suyo y el de su oficial al mando. Hoy tendré el placer de dar la bienvenida a unos amigos a los que consideraba muertos hace ya mucho tiempo. Ni siquiera puedo imaginar lo que han debido de pasar, pero habría sido una tremenda y trágica ironía que los hubieran ejecutado por error en el campamento 917.

—Sí, señor.

—Y es a usted a quien debo agradecerse.

—No estoy seguro de ello, señor.

—Usted escuchó. Escuchó cuando otros no lo hicieron. Kanow recibirá una reprimenda por todo este asunto. Más tarde me gustaría que me contara todos los detalles, todo lo que no ha hecho constar en el informe.

—No deseo traicionar la autoridad del comisario Kanow, señor —contestó Ludd.

—Subcomisario Ludd, eso era una orden.

—Sí, señor.

—Está claro que Kanow se pasó de la raya. Es algo que salta a la vista a pesar del informe tan diplomático que ha presentado, Ludd. No permitiré que se produzcan comportamientos semejantes en mi ejército.

—Con el debido respeto, comandante general —dijo una voz cercana—, si es necesario reprender a Kanow, esa tarea recae en mis manos.

Una figura se unió a ellos en la pasarela. Se trataba de una mujer de estatura y complexión medias, y con el rostro más austero que jamás hubiera visto Ludd. Tenía la piel blanca y tensa sobre unos pómulos altos. La boca no era más que un corte horizontal sin labio inferior y sin apenas superior. El ojo derecho era de color violeta y tenía una mirada penetrante, el izquierdo era un implante ocular rodeado de un reborde de tejido cicatrizado blanco que le bajaba por la mejilla alabastrina. Llevaba puestas las largas ropas de cuerpo negro y la gorra propia de un comisario general.

—Hola, Balshin —la saludó Van Voytz con un suspiro.

A Ludd no le habría hecho falta que dijera el nombre para saber quién era. Viktoria Balshin, señora comisaria general del Segundo Frente, una de las pocas mujeres que habían conseguido ese rango en el Comisariado. Era una leyenda viva, y si lo que se contaba sobre ella era cierto, un azote tanto para amigos como para enemigos. Se decía que para lograr progresar en un mundo tan dominado por los hombres, había compensado su condición de mujer convirtiéndose en el oficial político más duro y disciplinario imaginable. Si Ludd se hubiese dado cuenta de a quién se refería Faragut cuando mencionó al «comisario general», probablemente se habría subido otra vez de un salto al Valkyrie y hubiera salido huyendo.

—Nosotros nos ocuparemos de comprobar si Kanow se ha pasado de la raya —siguió diciendo Balshin—. Personalmente, después de haber revisado los informes, creo que no lo ha hecho. Mi comandante general, se engaña si cree que los individuos a los que este joven ha escoltado son ¿cómo los ha llamado?, sus amigos.

—Sé quiénes son, Balshin —le replicó Van Voytz, ligeramente molesto—. Conozco a Ibram y a los suyos desde hace años. Yo mismo los envié en persona a esa puñetera misión, y por el Trono que me han hecho sentir orgulloso. No permitiré que vuelvan a casa envueltos por la desconfianza y las acusaciones. Son héroes del Imperio.

Balshin sonrió.

—Barthol, no estoy refutando nada de lo que has dicho. Excelentes soldados, por supuesto. Unos guerreros valientes que llevaron a cabo una misión vital, sin dudarlos. Héroes, está muy claro. Pero precisamente quizá por todo lo que han pasado ya no son los soldados que conociste. Recomiendo precaución.

—Aceptado —contestó Van Voytz.

—Te recomiendo que dejes a un lado tus sentimientos. Debes pensar con la cabeza, no con el corazón.

—Seguiré tu ejemplo en ese sentido, Balshin —replicó Van Voytz—. ¿Qué tal va tu corazón? ¿Sigue en uno de los cajones de tu escritorio, cubierto de polvo?

Balshin soltó un bufido despreciativo.

—No voy a permitir que me estropees este momento, Viktoria —siguió diciendo Van Voytz—. Los mandos superiores acaban de informarme de otra gran victoria.

Han logrado penetrar en el quinto compartimento de Mons Sparshad y avanzan hacia las puertas del sexto.

—Alabado sea el Dios Emperador —entonó Balshin—. Es una noticia excelente.

—Así es. Y para rematarla, un valiente amigo mío acaba de volver de entre los muertos, cuando habíamos perdido toda esperanza. De modo que no vengas a cargarte mi alegría, señora comisaria general.

Se produjo un momento de enorme tensión, y Ludd deseó con todas sus fuerzas estar en otra parte. Un instante después, el táctico imperial dio un paso adelante.

—Reunión de escala de mando dentro de cuarenta y cinco minutos, señor.

Van Voytz asintió.

—Es cierto, Biota. Acabemos con esto. ¿Ludd? Lléveme hasta ellos, por favor.

En el compartimento de carga, en lo más profundo del vientre del Leviathan de mando, hacía un frío antinatural. El vapor de los retrocohetes todavía estaba saliendo por los extractores de aire del techo. El contenedor de carga del Valkyrie todavía estaba sobre los pistones hidráulicos.

—Por favor, Ludd —le indicó Van Voytz.

Ludd se apresuró a acercarse a la compuerta del contenedor. Faragut lo acompañó. El comisario desenfundó la pistola láser que llevaba al cinto.

—No será necesario —le dijo Ludd.

—Usted haga su trabajo, subcomisario Ludd, que yo haré el mío.

Al igual que Ludd, Faragut se había quitado las lentes antibrillo al entrar en el vehículo de mando. El subcomisario se fijó bien por primera vez en sus ojos: fríos, de un color azul muy claro, intransigentes.

Ludd miró con nerviosismo hacia atrás, hacia donde estaban el comandante general, Balshin, el táctico imperial y la escolta de veteranos. Todos esperaban allá, a su espalda. Van Voytz asintió con gesto tranquilizador y el subcomisario tecleó el código numérico en la cerradura de la compuerta.

No pasó nada.

Lo tecleó de nuevo.

Siguió sin pasar nada.

—¡Hágalo bien, por el Trono! —le susurró Faragut—. ¡Esto es muy vergonzoso!

—¡Lo estoy haciendo bien! —le respondió Ludd también susurrando—. Algo le pasa a la cerradura.

Tecleó una tercera vez. El visor permaneció en blanco.

—A un lado —le ordenó Faragut—. Seguro que se ha equivocado. ¿Cuál es el código?

—Diez, cuatro, cero, dos, nueve.

Faragut pulsó con fuerza las teclas con el dedo índice de la mano izquierda. Siguió sin pasar nada.

Faragut alargó la mano y tiró de la pesada compuerta. Se abrió sin problemas, con el cerrojo abierto.

—¿Qué demonios...?

Los guardias veteranos alzaron de inmediato las armas y avanzaron en formación abierta.

Faragut echó un vistazo al interior con la pistola por delante.

—¡Luces! —gritó, y las hileras de tiras de brillo a lo largo del techo del compartimento se encendieron parpadeantes hasta iluminar el interior con un resplandor blanco.

El contenedor estaba vacío.

—Oh, Dios Emperador... —murmuró Ludd.

—¡Alarma general! —gritó Balshin—. ¡Situación de cierre de seguridad bajo mi autoridad! ¡Ya!

Las alarmas internas del Leviathan empezaron a resonar.



TRES

—¿Comprobó el contenedor antes de sellado cuando partió del campamento Xeno?
—le preguntó Balshin mientras caminaba a largas zancadas.

—Sí, señora —contestó Ludd mientras se esforzaba por mantener su paso—. El destacamento de seguridad cerró el contenedor, pero volví a comprobarlo dos veces personalmente antes de que lo acoplaran a! transporte.

—¿Y estaba cerrado? —insistió Balshin con expresión de no creérselo.

—Sí, señora. Le juro por mi vida que lo estaba.

—No es la expresión más adecuada —le murmuró Faragut con voz queda—. Te van a cortar la cabeza por esto.

Marchaban a toda prisa por uno de los pasillos interiores detrás de Van Voytz y de Balshin. Las escuadras de seguridad ya estaban registrando el Leviathan cubierta por cubierta, así que la prioridad de Balshin era poner a salvo al comandante general en sus aposentos privados.

—Ni tan siquiera tuvimos tiempo de efectuarles un escáner biológico —oyó decir a Balshin por encima del estruendo de las alarmas—. Los intrusos podrían ser cualquiera que se hiciera pasar por el equipo de la Guardia Imperial para así conseguir tener acceso al interior del vehículo.

Ludd estaba sudando. Todo aquello era culpa suya, como Faragut había indicado, disfrutando con ello. Ludd no sólo había estado al cargo del transporte de los prisioneros, también había sido el único que había abogado por confiaren ellos.

¿Habría facilitado la entrada a un grupo de asesinos del archienemigo al puesto de mando central del comandante general? «Todo saldrá bien», se dijo para intentar calmarse. El Leviathan estaba repleto de soldados armados y vigilantes. Mirara donde mirara se veían escuadras que hacían búsquedas exhaustivas por todos los pasillos y los conductos de comunicación entre cubiertas, o que examinaban sin cesar a todo aquel miembro de la tripulación que pasaba por el lugar. Ningún intruso, por muy decidido que fuese, podría llegar muy lejos en aquellas condiciones.

El presuroso grupo llegó hasta la pesada compuerta blindada de los aposentos de Van Voytz.

—Quédate con el comandante general —le dijo Balshin a Faragut antes de marcharse para dirigir en persona la búsqueda. Faragut siguió a Van Voytz y al táctico Biota al interior.

—Vamos, entre —le dijo con gesto impaciente a Ludd.

El subcomisario se apresuró a entrar también. La guardia de escolta tomó posiciones fuera y la pesada compuerta se cerró y se selló. La presión del aire cambió

de forma inmediata. Varias runas de color ámbar se encendieron para mostrar que las estancias del comandante general, prácticamente un búnker en el mismo interior del enorme vehículo, estaban aisladas y funcionaban con sistemas autónomos.

Se encontraban en una antesala bien amueblada, con una mesa y sillas adecuadas para una reunión informativa. Una compuerta interior conducía a la oficina de Van Voytz, adonde lo siguieron cuando el comandante general se dirigió hacia allí. La oficina tenía un aspecto funcional y parecía provista del material habitual, pero estaba abarrotada de pilas de libros, dibujos y trofeos conseguidos a lo largo de la larga y fructífera carrera de Van Voytz. Había una mesa con una silla de respaldo alto al otro lado de la estancia, un par de sillones y una puerta lateral que llevaba al dormitorio.

—Maldita sea —murmuró Van Voytz—. Maldita sea. —Miró a Ludd—. ¿Dice que estaba bien cerrada?

—Sí, señor.

Van Voytz meneó la cabeza. No parecía estar enfadado con Ludd, sino más bien sorprendido, desilusionado.

Faragut estaba atento a las comunicaciones de seguridad mediante el microrreceptor que llevaba al oído.

—La búsqueda ha llegado a las cubiertas sexta y séptima. Los escáneres internos todavía no muestran señal alguna de los intrusos.

Biota apagó la ensordecedora alarma del interior del despacho. Las luces del panel de avisos continuaron parpadeando. Van Voytz caminaba arriba y abajo.

—Señor —dijo Ludd de repente y en voz baja.

—¿Qué? —contestó Van Voytz dándose la vuelta para mirarlo.

—Creo que debería quedarse muy quieto —le indicó Ludd con voz temblorosa.

Ibram Gaunt, barbudo, delgado y desharrapado, se había puesto en pie con lentitud detrás de la silla de respaldo alto. Empuñaba una pistola láser ceremonial de cromo y plata. La apuntaba directamente hacia Faragut, que era el único de ellos que tenía una arma en la mano.

—Suelten las pistolas —les ordenó Gaunt—. En ese sillón. Ahora mismo.

Ludd desenfundó la pistola láser y la tiró donde le indicaba. Biota sacó su pequeña pistola automática y también la arrojó allí.

—He dicho que las suelten —le dijo Gaunt a Faragut sin que le temblara el pulso. Faragut lo apuntaba con su arma—. No seas idiota. ¿Quieres comenzar un tiroteo delante del comandante general?

Faragut bajó poco a poco la pistola para después colocarla sobre los cojines del sillón.

Van Voytz dio un paso hacia Gaunt.

—Ibram.

—Señor comandante general. No es el tipo de reunión que deseaba.

Cuanto más hablaba Gaunt, más se le notaba aquel extraño acento en la entonación de las palabras.

Van Voytz se quedó mirando sorprendido a Gaunt.

—Por el Trono! ¿Qué te ha pasado?

—He cumplido sus órdenes, señor. Eso es lo que me ha pasado.

—¿Y esas órdenes incluían secuestrarme con mi propia arma?

—Fue lo único que encontré.

—Ibram, por el amor de Terra, deja el arma.

—Sólo cuando esté seguro de que estoy a salvo, lo mismo que mis hombres.

—¿Cómo puedes dudarlo? —le preguntó Van Voytz. Parecía dolido.

—Que nos recibieran y nos trataran como ganado para una ejecución sumaria en aquel campo no ayudó mucho —le contestó Gaunt—. Tampoco que no se hiciera caso de mi honor y de mi lealtad. Ese joven fue el único que mostró alga de fe en nosotros. —Gaunt señaló a Ludd con un gesto de la barbilla—. Pero ya no estoy seguro de poder confiar ni siquiera en él. Nos metieron en un contenedor de carga... No, nos encerraron en un contenedor de carga y nos trajeron aquí como si fuéramos animales.

—Existen procedimientos de seguridad, comisario coronel —le dijo Biota—. Debe entenderlo. Los trajeron para realizar una identificación formal y un análisis general.

—Como animales, Antonid —insistió Gaunt—. Para cuando nos descargaron, no creí que pudiera confiar en nada ni en nadie. Tenía que asegurarme de que mis hombres no sufrieran daño alguno.

—¿Cómo lograron salir del contenedor? —le preguntó Ludd.

—¿Acaso importa?

—Es una pregunta justa —dijo Van Voyt.

—Mi gente desarrolló muchas habilidades en Gereon. Tácticas de resistencia. No creo que haya cerradura alguna que se le pueda resistir a Feygor o a Mkoll.

—¿Dónde está el resto? —le exigió saber Faragut.

Gaunt pareció sonreír, pero el gesto quedó tapado por la masa apelmazada de la barba gris que lucía. Seguía manteniendo la pistola en dirección a Faragut.

—Escondidos, donde ningún registro de seguridad los encontrará. Escondernos es otra cosa en la que nos hemos vuelto muy buenos.

—¿Cómo podemos resolver esto, Ibram? —le preguntó Van Voytz.

—Su palabra, señor. Una certeza absoluta de que tanto mis hombres como yo estaremos a salvo. Creo que es algo que se nos debe.

Van Voytz asintió.

—Tienes mi palabra, sin condiciones.

Se produjo un largo momento de quietud antes de que Gaunt bajara el arma, le

diera la vuelta sobre la misma mano y se la ofreciera al comandante general por la empuñadura.

Van Voytz tomó la pistola y la dejó sobre la mesa. Faragut se lanzó a por Gaunt para derribarlo.

—¡No! —le aulló Van Voytz. Faragut se detuvo en seco—. ¡Le he dado a este hombre mi palabra! —le gritó en plena cara.

—Pe... pero —tartamudeó Faragut.

Van Voytz le soltó una tremenda bofetada en el rostro que lo hizo caer de rodillas. Luego se volvió hacia Gaunt.

—Ibram, voy a mandar una señal. ¿De acuerdo?

Gaunt asintió y el comandante general cruzó la estancia hacia el intercomunicador.

—Aquí Van Voytz por el canal de mando. Anulen la alarma general y cancelen la búsqueda.

—Aquí Balshin. Por favor, aclaración.

—La situación está contenida, comisaria general. Obedezca las órdenes.

Se produjo una pausa antes de que el comunicador chasqueara con un nuevo mensaje.

—Señor, ¿está amenazado?

—No, Balshin. No lo estoy.

—Por favor, señor, necesito el santo y seña.

—El santo y seña es Andrómaca.

—Entendido. Gracias, señor.

Las luces de alarma dejaron de parpadear y el lejano clamor de las sirenas apagó. Los pesados cerrojos de la compuerta se abrieron de forma automática y la gran escotilla exterior de los aposentos del comandante general se deslizó hacia fuera. El destacamento de seguridad apostado allí se apresuró a entrar. Gaunt se envaró.

—¡Armas al hombro! —ordenó Van Voytz, y los soldados le obedecieron al instante. Luego, el comandante general señaló a Gaunt.

—¡Y ahora, salúdenlo, maldita sea!

Siguieron a Gaunt hasta el enorme enginarium situado en la panza del Leviathan. El personal que se encontraron en cada pasillo se quedaba mirándolos mientras pasaban. Algunos estaban tan sorprendidos por lo que veían que se olvidaron de saludar al comandante general. Un individuo de elevada estatura, de aspecto sucio y vestido con ropas de cuero desgarradas, además de una capa de camuflaje muy deteriorada, iba a la cabeza de un grupo formado por un comandante supremo imperial, dos comisarios, un táctico imperial y un destacamento de tropas.

La sala de turbinas del enginarium era vasta y sombría, y la dominaba el enorme

zumbido de las plantas de energía que hacían funcionar los sistemas del Leviathan. El aire olía a promethium y a lubricantes. Van Voytz ordenó a los tecnoadepptos y a los ingenieros que salieran del lugar.

—¿Es aquí? —preguntó alzando la voz por encima del ruido producido por la maquinaria.

—El calor y la actividad de las máquinas ocultan los rastros biológicos —le contestó Gaunt—. Es la mejor interferencia posible a la hora de anular los sensores internos. Lo aprendimos cuando eliminamos un jehgenesh en la presa hidroeléctrica de Lectica.

—No sé lo que significa esa palabra —le comentó Van Voytz—. Supongo que nos informarás de todo.

—Por supuesto, señor —respondió Gaunt, sorprendido al parecer de que tuviera la menor duda al respecto. Luego se acercó a un comunicador de pared y lo ajustó al modo altoparlante—. Plata —fue lo único que dijo. Su voz amplificadas resonó por toda la sala de ingeniería.

Los fantasmas salieron de sus escondites. Fue algo inquietante verlos aparecer uno por uno saliendo de cavidades que no parecían lo bastante profundas como para contener un cuerpo humano. Los soldados de Tanith no aparecieron: casi se materializaron.

Era evidente que todos estaban algo desnutridos, con un aspecto tan andrajoso y descuidado como el de su comandante. Las barbas y los cabellos largos estaban emplastados en largos mechones con lo que parecía barro gris.

—¡Santo Trono! —exclamó Van Voytz—. Mayor Rawne.

—Señor —le contestó Rawne saludando de un modo extraño cuando salió a la luz.

—Y el sargento Varl. Sargento Mkoll.

Los dos guardias imperiales también lo saludaron al acercarse al comandante general. Mkoll no quiso mirarlo a los ojos. Los demás comenzaron a aproximarse. Van Voytz los saludó a cada uno por su nombre a medida que aparecían.

—Soldado Brostin. Sargento Criid. Soldado Feygor. Operador de comunicaciones Beltayn. Explorador Bonin. Francotirador Larkin.

Gaunt miró a Van Voytz, impresionado.

—Los... los conoce a todos por su nombre, señor.

—Os envié a ti y a ellos en lo que ambos pensábamos sería una misión sin retorno, Ibram. ¿Qué clase de comandante general sería si no me preocupara por recordar un puñado de nombres? —Van Voytz se volvió hacia el grupo de desharrapados fantasmas—. Bienvenidos. Bienvenidos a casa.

Otras dos figuras surgieron de la oscuridad.

—A ellos no los conozco.

—La mayor Sabbatine Cirk —le presentó Gaunt. La mujer alta y de cabello oscuro dio un paso adelante y le hizo un breve saludo con la cabeza al comandante general—. Cirk era el mando principal de la resistencia en Gereon. Ha venido con nosotros para proporcionar al Alto Mando toda la información relativa a la situación en Gereon.

—Bienvenida, mayor —la saludó Van Voytz—. El Emperador protege.

—Y Gereon resiste —contestó ella con cierta nota de sarcasmo.

La otra silueta tenía una figura anormalmente delgada y una estatura elevada. Era un individuo de aspecto tribal y de coloración gris que llevaba puesta una larga capa de lo que parecían ser plumas. Era el que se mostraba más incómodo de todos.

—Eszrah du Nocte —dijo Gaunt—. Un guerrero de los Nihtganes del Impro, un noctámbulo.

—Bienvenido, señor. —El noctámbulo no hizo movimiento o gesto alguno de respuesta. La piel de su estrecho rostro, medio tapado por un bigote, parecía estar teñida por el mismo barro gris. Las profundas cuencas de los ojos, de mirada aprensiva, estaban cubiertas de unas manchas ovales de pequeños mosaicos iridiscentes. Van Voytz miró a Gaunt—. ¿Y él por qué está aquí?

—Porque se lo debo y se negó a quedarse allí.

Van Voytz alzó las cejas.

—Faltan dos. El explorador Mkvenner y la doctora Curth.

—Lo último que supe de ellos era que estaban vivos, pero Mkvenner y Curth decidieron quedarse en Gereon para ayudar a la resistencia. Los conocimientos médicos de Ana Curth han demostrado ser valiosísimos y Mkvenner... Bueno, digamos que Ven y los partisanos noctámbulos se han convertido en los comandos de élite de la resistencia de Gereon.

—Tendré un informe completo, supongo.

—Como ya he dicho antes, por supuesto, señor.

—Bien —contestó Van Voytz.

Luego, el comandante general se acercó a los fantasmas y les estrechó la mano uno por uno, aunque ni siquiera intentó hacer lo mismo con el misterioso individuo tribal.

—Entiendo que la misión se cumplió... y que se logró mucho más. El Emperador jamás olvidará vuestro esfuerzo, y yo tampoco. —Miró a su alrededor—. ¿Balshin?

La comisaria general Balshin apareció por una entrada lateral acompañada por soldados del Comisariado con las armas en la mano. Llegaron más soldados con los rifles empuñados por las escotillas que daban al enginarium y rodearon a los agotados fantasmas.

—No... —exclamó Ludd.

Faragut empezó a reírse en voz baja a pesar de la mejilla amoratada.

—Ponedlos en custodia —ordenó Balshin.

Gaunt se quedó mirando a Van Voytz con una expresión de incredulidad furiosa.

—Cabrón. ¡Me dio su palabra!

—Y la tienes. No la incumpliré. Te he prometido la seguridad tanto de tu grupo como la tuya, pero eso es todo. No me he comprometido a nada más, Ibram. Has amenazado mi vida, la seguridad de este cuartel general y el mismísimo núcleo del mando imperial en Ancreon Sextus. Llevadlos a las celdas de detención.

Los soldados se acercaron y se llevaron a los fantasmas.



CUATRO

Zona de combate Sparshad, Ancreon Sextus

Ludd entró en la pequeña celda de entrevistas y oyó el cerrojo cerrarse a su espalda. La celda era tremendamente simple y desoladora. Las paredes las componían planchas de metal pulido y remachado, los globos luminosos estaban metidos en troneras y sólo había una mesa y una silla de metal delante de la pantalla de rejilla de separación. Las unidades pictográficas situadas en lo alto de las esquinas de la celda registraban la escena desde múltiples ángulos. El aire estaba estancado y cargado. Al otro lado de la pantalla de separación había otra silla metálica vacía.

Ludd dejó la saca de plastek que llevaba en el suelo. Luego se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa junto al maletín. Se sentó y abrió el maletín para sacar dos informes de papel y una placa de datos.

Sonó un timbre y la puerta del interior de la jaula se abrió. Ludd se puso en pie.

Gaunt entró y la puerta se cerró inmediatamente tras su paso. Miró un momento a Ludd y después se sentó en la silla vacía.

—Comisario Gaunt —lo saludó Ludd. Se sentó de nuevo para poder estar cara a cara con él—. Me gustaría empezar disculpándome.

—¿Por qué?

—Ayer, durante el... «altercado» en los aposentos del comandante general, dijo que ya no creía que pudiera confiar en mí. Quiero asegurarle que sí puede. Si le he dado algún motivo para que se produjera el incidente de ayer, le pido disculpas por ello.

La dura mirada de Gaunt lo repasó de arriba abajo.

—Nos encerró en un contenedor de carga.

—Para aplacar a Kanow, quien los hubiera ajusticiado directamente. Además, debemos empezar a ser realistas, señor. Ha servido la mayor parte del tiempo como comisario y oficial disciplinario. Dadas las circunstancias, ¿habría actuado usted de un modo diferente?

Gaunt se limitó a encogerse de hombros.

—Déjeme ser más claro. Se encuentra usted con una docena de renegados armados, sin identificación ni papeles. Lo que cuentan es difícil de creer. No van..., equipados según las ordenanzas. De hecho, están desharrapados, con un aspecto casi salvaje. Está claro que como mínimo han sufrido penalidades. Quizá se han convertido en nativos. Es perfectamente posible que hayan caído bajo la influencia del Caos. Además, exigen una audiencia personal con el oficial imperial de mayor graduación de todo el cuadrante. ¿No está de acuerdo en que cualquier comisario imperial tendría que tratar todo el asunto con la mayor de las precauciones?

Se produjo un largo silencio. Gaunt volvió a encogerse de hombros y se quedó mirando al suelo que había detrás de Ludd, como si estuviera aburrido.

Ludd estaba a punto de seguir cuando Gaunt habló de nuevo.

—Déjeme a mí ser más claro. Es usted el comandante de una unidad. Su destacamento tiene una misión de máxima importancia detrás de las líneas enemigas, encargada en persona por el propio comandante general. El secreto de la misión es vital. Contra todo pronóstico, después de pasar dos años en el campo de batalla, consigue que el destacamento salga de nuevo del lugar. Todos vivos y con la misión cumplida, pero se les trata a todos como a parias, como a soldados del enemigo. Desconfían de ellos, los maltratan, los amenazan con ejecutarlos. ¿No está de acuerdo en que bajo esas circunstancias cualquier oficial imperial tendría que hacer cualquier cosa para garantizar la seguridad de su equipo?

Ludd frunció los labios.

—Sí, señor, pero siempre siguiendo las ordenanzas. Amenazar a un comandante general...

Gaunt negó con la cabeza con gesto lento.

—Yo no lo amenacé.

—Por favor, señor...

—No lo apunté con mi arma ni realicé amenaza alguna contra su persona.

—Eso es sólo semántica, señor. Las ordenanzas...

—Ludd, he librado batallas en nombre del Dios Emperador durante la mayor parte de mi vida adulta. Algunas veces, las ordenanzas se interpretan o se incumplen en nombre de la victoria y el honor. Jamás he sabido que el Dios Emperador se oponga a ello. Protege a aquellos que se alzan por encima de las estúpidas inhibiciones de la vida y los códigos y luchan por servir lo que es verdadero y correcto. No me importa mucho lo que me pase, pero mi gente, mi equipo... se merecen algo mejor que esto. Lo han dado todo menos sus vidas. No permitiré que la ignorancia del Comisariado les arrebatase eso también. Soy un leal siervo del Trono, Ludd. Me molesta mucho que me traten como algo diferente a eso.

Ludd soltó un suspiro.

—¿Puedo hablar con sinceridad, señor?

Gaunt asintió.

—No tiene que convencerme a mí. Pero ése es su problema, no es a mí a quien tiene que convencer.

Gaunt se reclinó en la silla y empezó a acariciarse con los largos y sucios dedos la barba espesa y enmarañada. Después cruzó los brazos sobre el pecho formando casi el signo del águila.

—Entonces, ¿para qué ha venido? —le preguntó.

Ludd abrió uno de los informes que tenía sobre la mesa y fue bajando la imagen

que aparecía en la pantalla de la placa de datos.

—Se va a formar un tribunal. Usted y cada miembro del equipo serán examinados por la Oficina del Comisariado. Se le va a llamar interrogatorio de información, pero hay mucho más que eso en juego.

—¿Para mí?

—Para todos ustedes. La señora comisaria general sospecha que existe corrupción.

—¿De verdad?

—Señor, se sospecharía de cualquier individuo o unidad que hubiera quedado aislada durante tanto tiempo en un mundo ocupado por el enemigo. Ya lo sabe. La corrupción del Caos es una posibilidad muy real. Es posible que esté dentro de ustedes y que ni siquiera lo sepan. También es posible que...

—¿Qué?

Ludd negó con la cabeza.

—Nada.

—Diga lo que iba a decir.

—Preferiría no hacerlo, señor.

Gaunt sonrió. Había algo de depredador en el modo que le cambió la expresión de la cara. A Ludd le recordó un zorro.

—Preferiría no hacerlo., porque teme que lo que dijera me enfureciera o, al menos, me cabreara.

—Si, es eso en líneas generales, señor.

Gaunt se inclinó hacia adelante.

—Hijo, ¿sabe lo que es un lobo metálico?

—No, señor. No lo sé.

—Pues tiene suerte. Yo he matado a seis de ellos sin ayuda. Diga lo que tiene que decir. Ya soy mayorcito para poder soportarlo.

Ludd carraspeó para aclararse la garganta.

—Muy bien. Puede que estén corrompidos por el Caos y que ni siquiera lo sepan. Es más, una corrupción subconsciente también explicaría su paranoia y su comportamiento irritable y desesperado.

—¿Se refiere a algo como blandir una pistola delante de la cara de Van Voytz?

—Sí, señor.

Gaunt se inclinó un poco más hacia adelante y metió los dedos mugrientos por los agujeros de la rejilla de separación. Se quedó mirando a Ludd. La voz se le convirtió en un leve susurro chasqueante.

—Así que cree que es posible que haya sido envenenado por el enemigo, corrompido sin ni siquiera saberlo, y que por eso soy un... ¿Cómo llamarlo? ¿Una bomba sin espoleta de seguridad?

Ludd se echó un poco hacia atrás.

—Me pidió que fuera sincero...

—Pequeño lujo de... —gruñó Gaunt, y se lanzó hacia la pantalla de rejilla con los dientes al descubierto.

Ludd se puso en pie de un salto, con tanta rapidez que tiró la silla. Después se dio cuenta de que Gaunt se había sentado y se estaba riendo.

—Ludd, ha sido demasiado fácil impresionarle. Por el Trono, qué cara ha puesto. ¿Quiere ir a cambiarse de calzoncillos?

Ludd puso bien la silla y se sentó.

—Este tipo de comportamiento no va a ayudarlo mucho —le dijo a Gaunt.

—¿Es que no puede aceptar una broma? —le preguntó el comisario sonriendo todavía—. ¿Un poco de humor negro?

—No, señor —le contestó Ludd. Gaunt asintió y volvió a cruzar los brazos y a ponerse serio—. Y si yo no puedo, ya puede estar seguro de que la comisaria general Balshin tampoco podrá. Haga algo así en el tribunal y le hará un diez noventa y seis en menos que canta un gallo.

—No lo dudo. Está claro que esa mujer tiene algo metido por donde no debe.

—Señor... —empezó a decir Ludd.

Gaunt lo cortó con un gesto de la mano y apartó la mirada.

—Ludd, me habla como si me estuviera instruyendo. ¿Me está instruyendo?

—Estoy intentando prepararlo para el interrogatorio, señor. Entienda que será un examen tanto verbal como médico. Tendrá que someterse a toda clase de análisis exploratorios como a procedimientos investigativos. Todos ustedes tendrán que hacerlo. Balshin será muy exhaustiva. Ante la más mínima señal, ya sea física o verbal, de que alguno de ustedes no es de fiar..., la comisaria general emitirá una orden respecto al edicto diez noventa y seis del Comisariado contra todos ustedes.

Gaunt bajó la mirada al suelo.

—Estoy seguro de que sabe cuál es ese edicto.

—Por supuesto. ¿Va a preparar a todos y cada uno de los miembros de mi grupo para los interrogatorios?

—Es lo que quiero hacer si dispongo del tiempo necesario. Me gustaría que les dijera a todos ellos que colaboren conmigo.

Gaunt levantó la mirada.

—Así lo haré, pero depende de ellos. Le advierto que tendrá problemas con Cirk, con Feygor, con Mkoll y con Eszrah. De hecho, me gustaría estar presente cuando se entrevistó con Eszrah. No es... un guardia imperial. No se parece a nada de lo que se hayan ocupado el tribunal o usted.

Ludd tomó nota con un estilo de acero.

—Lo tendré en cuenta. Veré qué puedo hacer.

—¿Por qué quiere ser nuestro abogado, Ludd?

—El tribunal le permite tener uno, señor.

—¿Y no podemos elegir?

Ludd dejó de escribir y puso el estilo sobre la mesa antes de mirar cara a cara a Gaunt a través de la rejilla.

—No, señor. Es algo voluntario. Por supuesto, el tribunal designa uno si nadie se presenta voluntario. Nadie lo hizo aparte de mí.

—Feth —dijo Gaunt meneando con gesto triste la cabeza—. ¿Cuántos años tiene, Ludd?

—Veintitrés, señor.

—¿Así que el único amigo que tenemos es un subcomisario de veintitrés años?

—Habría podido dejar el asunto y permitir que el tribunal eligiera otro. Lo más probable es que hubieran escogido a Faragur, pero como pensé que quizá no querrían a alguien así, me ofrecí voluntario.

—Gracias —le dijo Ibram Gaunt.

Ludd pasó unas cuantas páginas del informe que tenía abierto y colocó encima la placa de datos para mantenerlas así.

—Señor, tengo que aclarar varios puntos para estar preparado para el interrogatorio. Mi ayuda sería de más utilidad si no me pillan por sorpresa.

—Muy bien. Adelante.

—La misión a la que se refiere también la mencionó en el campamento Xenon, pero no ha entrado en detalles. La llevó a cabo en Gereon, ¿no es así?

—Así es.

—¿Qué parámetros tenía?

—Ludd, los parámetros tienen un nivel de seguridad bermellón. Sólo eran conocidos por el comandante general y por mí. No puedo decírselos.

—Entonces me será muy difícil...

—Hable con Van Voytz. Si le da un permiso por escrito, se lo contaré todo. Si viene y me da una orden directa, se lo contaré todo. Si no, mis labios están sellados..., incluso para el tribunal.

—Me encargaré de eso —dijo Ludd. Cerró el informe y lo puso a un lado—. Los interrogatorios comenzarán mañana por la tarde, a las 16:00 horas. Como comandante de la misión será el primero en ser interrogado. Recabar todo su testimonio llevará un día o dos. Volveré a las 18:00, o antes si consigo la autorización del comandante general. Puede que nos pasemos la noche preparándonos.

—Si es lo que hace falta...

—Una última cosa —le dijo Ludd al tiempo que recogía del suelo el saco de plastek que había traído y lo colocaba en la cesta giratoria que había a la altura de las rodillas en la rejilla de separación—. Necesito que se duche y que se cambie de ropa.

Los demás miembros del grupo tendrán que hacer lo mismo. Les proporcionaré todo lo que necesiten.

Gaunt miró con expresión reacia el saco de ropas.

—Lo que llevo —dijo con firmeza—, lo he llevado a lo largo de toda la misión. Es mi uniforme, aunque supongo que ya no es reconocible. Está parcheado, recosido, remendado. Ha estado conmigo desde el principio. Ludd, es casi parte de mi piel.

—Ése es precisamente el problema, señor. Está sucio, andrajoso, huele. Lo huelo desde aquí, y le aseguro que no es un olor agradable. Es un olor dulzón y enfermizo. Huele a corrupción, a impureza. Eso sin contar con el color gris de la piel.

—Eso no saldrá con facilidad.

—Inténtelo. Frótese con fuerza. Y aféitese, por amor del Trono. No le dé razones a la comisaria general para que sospeche más de lo que lo hace ya.

Gaunt sacó el saco de ropas de su lado de la cesta.

—¿Así que apesto?

—Como no se hace ni idea, señor. Como un demonio del archienemigo.

Los guardias del Comisariado llevaron de regreso a Gaunt al bloque de celdas de la cubierta de prisión del Leviathan. Las lúgubres barras luminosas parecían una escalera a lo largo del techo. El aire estaba cargado de humedad y olía a rancio. Las paredes de hierro estaban salpicadas de manchas blancas y verdes producto de la corrosión.

Pasaron al lado de una hilera de celdas individuales. En cada una de ellas había un fantasma. El joven Dughan Beltayn estaba en la primera, sentado cerca de los barrotes. Le hizo un gesto de asentimiento a Gaunt, quizá con demasiado énfasis, con algo de esperanza. Gaunt intentó tranquilizar a su asistente con una sonrisa a medias cuando pasó a su lado. La siguiente era Cirk, quien se limitó a seguirlo con una mirada cáustica mientras pasaba, pero apartó la cara cuando él se volvió para mirarla.

El soldado lanzallamas Aongus Brostin, de aspecto velludo y matón, era el siguiente. Estaba en la pared del fondo, recostado con los fornidos brazos tatuados cruzados sobre el pecho y con los ojos cerrados. Seguro que estaba soñando con unos pitillos de lho. Luego estaba Ceglan Varl sentado sobre el camastro de la celda. El sargento estaba desnudo de cintura para arriba, lo que dejaba a la vista su enjuto y sucio torso y el baqueteado implante del hombro. Saludó de un modo lacónico a Gaunt.

—Sigue andando —le advirtió uno de los guardias.

La celda de al lado la ocupaba Hlaine Larkin. Estaba acurrucado en una esquina y parecía más que nunca un saco de cuero oscurecido lleno de huesos y nervios. Contempló cómo pasaba Gaunt con la mirada fija y sin parpadeo de un francotirador. El vecino de Larkin era Simen Urwin Macharius Bonin, Mach Bonin, el atractivo e

increíblemente afortunado explorador. Estaba de pie delante de los barrotes, sobre los que estaba apoyado con las manos en alto.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó.

—Cállate —le espetó uno de los guardias.

—Anda y que te jodan —le contestó Bonin mientras pasaban.

Gaunt llegó a la altura de la celda de Tona Criid. No se había cortado el cabello desde el comienzo de la misión, así que le había crecido hasta quedar largo y liso. Tenía de nuevo el color castaño rojizo, aunque también manchado de gris de la tierra del Impro. Se había acostumbrado a llevarlo suelto para que le tapara el lado izquierdo de la cara. Gaunt sabía el motivo. Cuando pasó por delante de la celda, ella hizo el gesto rápido que en su código tanith quería decir: «¿Todo bien?».

Gaunt consiguió responder con un rápido gesto de asentimiento antes de salir de su campo de visión.

Eszrah du Nocte, o Eszrah Noche, como habían terminado llamando todos al partisano del Impro, estaba de pie en la siguiente celda, silencioso y observando. Tenía los ojos ocultos por las gafas reflectantes que Varl le había regalado hacía ya tanto tiempo.

—Salus, amicus Eszrah —le dijo con rapidez en la vieja lengua de los noctámbulos.

—¡Silencio! —le ordenó el guardia que tenía a la espalda, quien a continuación lo empujó entre los omóplatos con la porra.

Gaunt se detuvo en seco y se volvió hacia los tres guardias con armadura.

—Hazlo otra vez y te... —empezó a decir.

—¿O qué? —le provocó el guardia mientras se daba golpecitos con la porra en la otra mano.

Gaunt se calló intentando contener la rabia al recordar lo que le había dicho Ludd.

Se volvió y empezó a caminar otra vez. En la siguiente celda estaba encerrado el sargento explorador Mkoll. El veterano soldado mantuvo la mirada fija en el suelo mientras pasaba Gaunt.

Murtan Feygor estaba tumbado en el camastro de su celda. Se sentó al ver pasar a Gaunt.

—¿Ya estamos muertos, hacedor de fantasmas?

Su voz era monótona y chirriante debido al implante laríngeo que llevaba incorporado a la garganta, resultado de una antigua herida de guerra.

Uno de los guardias dio una patada a los barrotes de la celda mientras pasaba.

—Vaya, qué valiente. Qué valiente —le soltó Feygor—. Vuelve, cabrón de mierda, vuelve que voy hacer llorar hasta a tu madre.

La amenaza sonaba curiosamente vacía dicha con aquel tono monocorde. Era algo casi cómico.

Rawne estaba en la penúltima celda. Se encontraba sentado en el suelo, cerca de la entrada, con la espalda apoyada en la pared izquierda. Ni quiera levantó la mirada.

Los guardias abrieron la puerta de barrotes de la última celda. Gaunt los miró.

—¿La ducha? —preguntó.

—Volveremos en veinte minutos —le contestó uno de los guardias.

Gaunt asintió y entró en la celda vacía. Los guardias cerraron la puerta de un portazo que reverberó por todo el lugar con un estruendo de metal sobre metal. Luego corrieron los cerrojos y se marcharon.

El comisario dejó caer el saco de plastek en el suelo y después se acercó a la pared derecha de la celda. Apoyó la espalda en la pared y se dejó deslizar hacia abajo cerca de la entrada.

—¿Cómo está la cosa, Bram? —le preguntó Rawne en voz baja desde el otro lado de la pared.

—Estamos jodidos, Eli —le contestó Gaunt—. Creo que tomé una decisión equivocada. Los he presionado demasiado.

Se produjo una larga pausa.

—No te fustigues mucho —dijo Rawne al cabo—. Todos sabíamos por qué decidiste lo que decidiste. Nos estaban tratando como la mierda. No podías correr riesgos.

—Quizá debería haberlo hecho. Ahora nos enfrentamos a un tribunal. Balsbin está al mando. Puede que Van Voytz ya no esté de nuestro lado después de lo que hice.

—Necesidades del combate, Bram —le contestó Rawne con un tono de voz estoico—. Si nos hubiéramos quedado en ese contenedor de mierda...

—Es posible que no estuviéramos metidos en problemas, o en una situación mejor, incluso. Debería haber confiado en Ludd.

—¿En ese bastardo?

—Elim, todos vamos a tener que confiar en él ahora. Ese bastardo es nuestro único amigo. Pásalo. Tenemos que obedecer todas y cada una de las instrucciones que nos dé, o si no nos encontraremos con los ojos vendados y la espalda pegada a una pared.

—¿Por qué?

Gaunt dejó escapar un suspiro.

—Nos acusan de estar corruptos por el Caos.

—Difícil de demostrar.

—Difícil de rebatir. Eh, soy comisario, y siempre he preferido equivocarme por acción que por omisión.

—¿Te refieres a disparar primero?

—Me refiero a disparar primero.

—Feth.

—Ludd está de nuestro lado, y es posible que también pueda atraer a Van Voytz si tengo tiempo y ocasión de verlo. De todas maneras, asegúrate de que los fantasmas cooperan con Ludd. Nos guste o no, es el único as en la manga que tenemos.

—¿Es una orden?

—La más seria que te he dado en la vida.

—Está hecho.

Gaunt miró el saco de plastek que tenía cerca.

—Ludd quiere que nos duchemos y nos arreglemos. Que nos pongamos uniformes nuevos. Limpios, afeitados y raspados si hace falta para los interrogatorios.

—Yo estoy a gusto así.

—Rawne, no es una broma. Apestanos a suciedad y a corrupción. Apestanos a lo que ellos creen que es la influencia del Caos. Que lo haga todo el mundo, y el que no, responderá ante mí.

—A Eszrah no le va a gustar.

—Lo sé.

—Y a Cirk...

—Lo sé. Déjamela a mí.

—¿Vas a seguir mi consejo? —quiso saber Rawne.

Gaunt negó con la cabeza. El consejo de Rawne, que había repetido dos docenas de veces a lo largo de los últimos días anteriores, era entregar a Cirk, ofrecérsela al Comisariado a cambio de la vida de los fantasmas. A Rawne nunca le había gustado, y era una locura, porque a lo largo de los últimos diez meses que habían pasado en Gereon le había dado al mayor muchas razones para hacerlo. Sabbatine Cirk era una oficial valiente y decidida. Sin embargo, había algo en ella que provocaba una profunda desconfianza. Había sufrido demasiado durante la ocupación de Gereon por parte del archienemigo. Había aprendido la habilidad esencial para cualquier miembro veterano de la resistencia, una cualidad básica que era a la vez una bendición y una maldición: nadie, ni un amigo, ni un familiar, ni siquiera un compañero de toda la vida, era inmune a la traición si con eso se beneficiaba a la causa. Aquello la hacía tan impredecible como una serpiente de cuchilla.

Cirk había sido la amante de Rawne durante los ocho meses anteriores. Rawne la deseaba, pero seguía sin gustarle mucho y, por supuesto, no se fiaba de ella lo más mínimo.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Rawne.

—Empezarán conmigo. Supongo que tú serás el siguiente. Cíñete a los hechos y mantén el secreto de la misión a menos que te diga lo contrario.

—Entendido. Feth, no puedo creerlo, pero... hubiéramos estado más a salvo en Gereon.

Gaunt sonrió.

—Sí, es posible, pero vimos una oportunidad y la aprovechamos. Teníamos que salir del planeta con la información sobre la muerte de Sturm. Y sobre los Hijos de Sek. Exigencias del deber, Eli.

—Y así es como nos lo agradecen —respondió Rawne con amargura.

Gaunt lo oyó deslizarse acercándose por la pared. La mano sucia del mayor apareció entre los barrotes.

—Jamás quise ir a Gereon —le oyó decir—. Pensaba que era una locura, que era un suicidio. Casi lo fue, y sin embargo hice lo que me ordenaste y lo que el Dios Emperador se merecía, pero ¡por Feth!, jamás creí que acabaría así. Bram, somos fieles soldados del Emperador. Después de todo lo que hicimos, de todo lo que nos sacrificamos, ¿dónde está la justicia?

Gaunt sacó una mano entre los barrotes y estrechó la de Rawne.

—Está en camino, Eh. Por mi vida que ya viene.

—Quiero que todo esto se acabe —dijo Van Voytz.

—¿Después de lo que hicieron? —le contestó Balshin.

Van Voytz se sacudió los hombros como si tuviera migas sobre ellos.

—Los maltratamos. Les debo...

—Nada, señor. No les debe nada si están corruptos. Eso es lo principal. Fuese cual fuese la misión que realizaron, el gran servicio que le prestaron a usted y a la cruzada, si han regresado corruptos, se acabó para ellos. No podemos correr riesgos. Incumpliríamos nuestro deber hacia el Trono Dorado si lo hiciéramos.

—Eres una hija de perra, Balshin —le soltó Van Voytz.

—Gracias, Barthol. Me esfuerzo mucho.

Van Voytz estaba sentado en la larga mesa de reuniones de sus aposentos. Miró a Biota, que estaba a su lado.

—Antonid, ¿están contaminados?

Biota tecleó en una placa de datos para abrirla.

—Los informes médicos indican que no, aunque existe un cierto grado de oscuridad. A pesar de toda la suciedad y de la corrupción orgánica, parecen haber sobrevivido a la exposición de lo que podemos considerar una auténtica contaminación del Caos...

Balshin levantó una mano.

—Vamos por partes, comandante general. El señor Biota, con todos los respetos, es un miembro del departamento *Tacticae Imperialis*. ¿Desde cuándo se dedica a interpretar pruebas psicobiológicas? No es su campo de actuación.

Van Voytz se puso en pie y se acercó al mueble bar para servirse un amasec. Luego se lo pensó mejor, y en un silencioso gesto de solidaridad llenó el pequeño

vaso de licor con sacra.

—Antonid es mi mano derecha. También conoce a Gaunt y a los fantasmas desde hace tiempo. Le he pedido que utilice su capacidad de escrutinio para estudiar el caso. Sigue, Biota.

El táctico se aclaró la garganta.

—No soy ni abogado ni un especialista en leyes militares, señora comisaria general, como ha dicho usted, pero mi mente ha sido entrenada hasta un nivel superior para procesar las pruebas y los datos de información. Por lo que se puede deducir de los informes físicos y psicológicos, Gaunt y sus hombres no han sido corrompidos. Están afectados en muchos sentidos: están agotados, atemorizados, traumatizados y despreciados, pero no existe indicio alguno de corrupción. Las exploraciones físicas y toxicológicas coinciden en ello. Están infestados de plagas: piojos, lombrices, bacterias..., y muestran registros sorprendentes de lo que parece ser alguna especie de toxina o veneno al que sus cuerpos han llegado a acostumbrarse. Tienen el cuerpo dañado, están al borde del agotamiento, y quizá jamás vuelvan a ser los excelentes soldados que una vez conocimos, pero no están corrompidos por el Caos.

Balshin asintió.

—No estoy de acuerdo. Al menos, no estoy convencida. Comandante general, usted confió en su ayudante Biota para procesar los datos. Yo he preferido pedir los servicios de otro experto.

—¿Eso has hecho? —inquirió Van Voytz.

Balshin se volvió y le hizo un gesto a Faragut, que estaba esperando al lado de la puerta.

El comisario abrió la compuerta y entró un individuo bajo y grueso. Llevaba puesto un abrigo de cuero marrón reforzado en algunos lugares con cota de malla. El cabello gris mostraba dos pronunciadas entradas. Sin embargo, la perilla que le cubría la barbilla era negra, y la expresión del rostro era belicosa. Los ojos eran completamente azules, de una tonalidad oscura, sin una sola parte blanca.

—Comandante general Van Voytz —empezó a decir Balshin—, quiero presentarle a...

—Lomas Welt —terminó de decir Van Voytz—. Lomas y yo nos conocemos desde hace tiempo, Balshin. ¿Cómo le va, maese inquisidor?

—Muy bien, comandante general —contestó Welt con voz suave y formal.

Van Voytz se volvió hacia Biota.

—Informe al subcomisario Ludd que la Inquisición se ha visto involucrada.

Biota se puso en pie.

—No creo que eso sea necesario, señor —protestó Balshin.

—Pues yo sí, Viktoria —le replicó Van Voytz—. Acabas de subir la apuesta.

Ludd tiene que saberlo. ¡Por el Trono! Gaunt tiene que saberlo.

—Me parece aceptable —comentó Welt de forma educada.

Biota salió de la estancia y Welt se sentó a la mesa al lado de Balshin.

—He revisado todos los datos —dijo el inquisidor—. Es una decisión difícil. Esta gente ha servido al Imperio de un modo meritorio. Lo han dado todo por el Emperador. Sin embargo, por la seguridad general, creo que deberíamos matarlos de un modo rápido y discreto.

Van Voytz se quedó mirando al inquisidor.

—Eso es una brutalidad que...

—Es el precio que debemos pagar, señor. El precio por cumplir la misión que les encomendó. Hicieron lo que se les ordenó hacer, y por ello deben ser felicitados, pero no hay modo alguno de que pudieran escapar de esa pesadilla sin verse afectados. Habría sido mejor para ellos morir en Gereon. Después de todo, los envió a la muerte. El único problema es que han conseguido regresar y ahora debe enfrentarse con la tarea de hacer el trabajo sucio que el Caos no fue capaz de hacer. Debe ejecutarlos.

—Si sobrevivieron al infierno al que los envié, pienso darles una oportunidad —le contestó Van Voytz.

Welt asintió.

—De ahí los interrogatorios. Seremos compasivos.

—Eso espero —le espetó el comandante general.

Faragur se acercó a Balshin y le entregó una nota de papel.

—Señor, me reclaman otros asuntos por un tiempo.

Van Voytz se limitó a asentir.

Balshin siguió a Faragut hacia la compuerta.

—¿Esto es cierto? —le preguntó cuando salieron.

—Sí, señora.

La compuerta de barrotes de la cubierta de detención se deslizó hacia un lado dejando libre el paso y Balshin recorrió el pasillo del bloque seguida por Faragut. La comisaria general se detuvo ante una de las celdas.

—¿Querías verme? —preguntó.

Sabbatine Cirk se puso en pie y se acercó a la parte delantera de la celda.

—Sí. Quiero hacer un trato.



CINCO

Zona de combate Sparshad, Ancreon Sextus

Los guardias desplegados por toda la sala de audiencias se pusieron en posición de firmes, lo que hizo resonar sus armaduras, y los ochos oficiales superiores del Comisariado que estaban sentados alrededor de la mesa situada sobre una tarima se pusieron en pie. La comisaria general Balshin entró con paso apresurado por la compuerta principal, con la parte baja de sus largos ropajes flotando en el aire. Iba acompañada de Faragut, del inquisidor Welt y de un coronel de la Guardia Imperial que llevaba puesto un uniforme de color azul oscuro. Los cuatro se dirigieron hacia los asientos que se encontraban en el centro de la mesa semicircular.

—Siéntense —ordenó el coronel—. Este interrogatorio se va a llevar a cabo el día centésimo nonagésimo del año 776, por la gracia del Dios Emperador. Comencemos sin demora.

La compuerta principal se abrió de nuevo para permitir el paso de Ludd y de Gaunt, que entraron al mismo tiempo. Avanzaron con decisión hasta la pequeña mesa que estaba frente la mesa circular y se detuvieron allí en posición de firmes.

—Se presenta el subcomisario Nahum Ludd, en representación del acusado.

—Anotado —contestó el coronel—. Siéntese, subcomisario. El acusado permanecerá en pie.

Ludd miró de reojo a Gaunt, que estaba firme como un poste mirando fijamente al tribunal, y después se sentó detrás de la pequeña mesa.

—Que el acusado se identifique —ordenó el coronel.

—Ibram Gaunt, comisario coronel, Primero de Tanith, número de identificación...

—Con el nombre será suficiente, Gaunt —lo interrumpió el coronel—. En este momento no tiene rango alguno a los ojos de este tribunal. Soy el coronel Gerrod Kaessen, y hoy presidiré el interrogatorio.

—¿Es que el comandante general estaba demasiado avergonzado como para mirarme a la cara? —preguntó Gaunt.

Ludd se puso en pie de un salto.

—El acusado retira el comentario, señor.

Kaessen alzó una ceja.

—¿Lo hace, Gaunt?

—Si eso es lo que me recomienda mi abogado, señor, pues sí.

—Para que lo sepa, Gaunt —le dijo Kaessen mientras hojeaba unos cuantos papeles que tenía delante—, el comandante general Van Voytz está ocupado en estos momentos y me ha pedido que represente los intereses del alto mando en su lugar. ¿No cree que sería algo inusual que el comandante supremo de una zona de guerra se

viera involucrado en un tribunal de interrogación comparativamente poco importante?

—Eso depende de a lo que se refiera con lo de «comparativamente poco importante», señor.

—Bueno, a ver —le contestó el coronel—. ¿Comparado con... la marcha de esta guerra, por ejemplo?

—Entendido, señor —dijo Ludd.

—También tengo entendido que el comandante general Van Voytz es el único motivo por el que estamos hoy aquí —insistió Gaunt.

—¿Por qué?

—Porque fue él en persona quien me envió a la misión en Gereon, y sólo gracias a él no me han ejecutado por cumplir dicha misión y regresar con vida.

—¡Por favor! —le suplicó Ludd con un susurro.

—Retiro mi último comentario —dijo Gaunt.

El coronel Kaessen frunció los labios.

—Gaunt, ¿reconoce la autoridad de este tribunal?

—Coronel —dijo el inquisidor Welt en voz baja—, creo que básicamente estamos aquí para establecer eso.

Varios de los comisarios rieron en voz baja. Balshin se inclinó sobre Faragut para murmurarle algo.

—Muy bien —concedió Kaessen—. El acusado puede sentarse. Subcomisario Ludd, puede empezar su presentación del caso.

Gaunt se acercó a la mesa y se sentó al lado de Ludd. Iba vestido con unas botas, un pantalón y una camiseta, todo ello de color negro y sin insignias o indicativo alguno de rango. Las mangas cortas de la camiseta ceñida dejaban a la vista unos brazos fibrosos y un torso musculoso, además de una docena de cicatrices antiguas de todos los tamaños que le cubrían la piel. Se había duchado tres veces desde que había tenido la primera entrevista con Ludd, pero la tonalidad gris oscura de la pasta de camuflaje de los noctámbulos continuaba agarrada sobre la piel, como un leve moretón extendido por todo el cuerpo. También se había afeitado. La espesa barba gris de gruesos mechones y el largo cabello habían desaparecido, sustituidos por un corte rapado y una perilla cuidadosamente recortada. El pelo tenía un color rubio pálido parecido al de la paja vieja.

Ludd se puso en pie con un informe en la mano y carraspeó.

—Si el tribunal lo permite, me gustaría empezar leyendo la hoja de servicio del comisario coronel hasta la fecha, donde se hace referencia a sus numerosas menciones por valor...

Faragut se puso en pie con rapidez.

—Protesto, coronel. Todos los miembros del tribunal tienen copias de en hoja de

servicio y conocen bien su contenido. Leerla en voz alta sería una pérdida de tiempo.

—Coronel, la hoja de servicio muestra la personalidad del acusado —arguyó Ludd.

—Lo que se cuestiona aquí no es la antigua personalidad del acusado —comentó Balshin.

—Anotado —dijo Kaessen—. Protesta aceptada. Continúe con lo siguiente, subcomisario.

Ludd frunció el entrecejo, pero dejó el informe sobre la mesa para tomar otro.

—En ese caso, coronel, me gustaría leer el informe detallado que el propio acusado ha escrito sobre los aspectos relativos a la misión en Gereon.

Faragut se puso de nuevo en pie de forma inmediata.

—Tengo que protestar otra vez, coronel, por la misma causa que antes. Todos tenemos también copias de ese otro informe y ya lo hemos leído.

—Anotado —repitió Kaessen.

—Con el debido respeto, señor —insistió Ludd—. El asunto de la misión en Gereon es la base de todo el interrogatorio que vamos a llevar a cabo hoy. No se puede pasar por alto.

—El informe tiene una longitud de ciento cuarenta y siete páginas —rebató Faragut—. Debo oponerme a una simple lectura...

—¿Coronel? —lo interrumpió Welt con voz suave—. He leído el informe de Gaunt al completo, como habrán hecho, y estoy seguro de ello, los demás miembros del tribunal. No tengo deseo alguno de volver a repasar todos esos datos. Sin embargo, creo que el subcomisario Ludd tiene razón. Quizá podamos tomar como solución de compromiso y en interés de la justicia que al acusado se le permita realizar un breve resumen de los hechos más destacados con sus propias palabras.

—Eso suena justo y práctico, inquisidor —contestó Kaessen. Miró a Balshin—. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, coronel.

—¿Subcomisario Ludd?

Ludd se inclinó sobre Gaunt e intercambió unos cuantos susurros con él antes de erguirse de nuevo.

—El acusado estará encantado de aceptar la sugerencia del inquisidor.

Ludd se sentó y Gaunt se puso en pie y empezó a hablar.

—A finales del año 774, mi unidad llegó a Ancreon Sextus como parte del contingente de liberación del Quinto Ejército. Llegamos procedentes de Herodor después de los combates que libramos allí. Poco tiempo después de nuestra llegada, la oficina del comandante general se puso en contacto conmigo y me convocó a un reunión. El comandante general me dijo que había una misión extremadamente urgente que debía realizarse de forma inmediata. Estaba codificada a nivel bermellón

y sólo se aceptarían voluntarios. Parte de la misión era el despliegue de un grupo de especialistas en el mundo ocupado de Gereon. Acepté dirigir la misión.

—¿Así de sencillo? —preguntó uno de los comisarios de la mesa.

—Por supuesto, antes comprobé si cumplía los requisitos —le contestó Gaunt con ironía.

—Después de hacerlo, ¿aceptó?

Gaunt asintió.

—Era evidente que el asunto era de importancia vital para el éxito de la cruzada en este frente. Además, me pareció que el comandante general me estaba pidiendo un favor personal.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Faragut.

—La naturaleza de la misión se adaptaba a la capacidad de mi regimiento. Los tanith son expertos en infiltración.

—¿Existía alguna otra razón? —insistió Faragut.

Gaunt se encogió de hombros.

—Creo que es posible que el general apreciara mis habilidades y las de mis soldados. Me gustaría pensar que me lo pidió porque confiaba en mí.

—Ya había servido a las órdenes del comandante general con anterioridad, ¿no es así? —le preguntó Ludd.

—Sí. En concreto, en Fantine en el año 772 y un año más tarde en Aexe Cardinal.

—En ambos casos, ¿sirvió bien bajo su mando?

—Por lo que yo sé, él quedó muy satisfecho.

—Entonces, sería justo decir que se había convertido en uno de los oficiales superiores favoritos del comandante general. ¿Lo tenía en alta estima y contaba con su experiencia en circunstancias especiales?

—Tuve el honor de disfrutar del favor y de la amistad del comandante general Van Voytz —contestó Gaunt.

Balshin se puso en pie.

—Nada de eso se ha puesto en duda. El comandante general me ha confirmado en numerosas ocasiones que considera al acusado un camarada y un amigo. Sin embargo, creo que el comisario Faragut lo preguntaba por otra razón.

—¿Cuál, señora? —quiso saber Kaessen.

Balshin bajó la vista hacia Gaunt.

—Quizá el acusado podría describir los parámetros específicos de la misión.

—Ahora iba a hacerlo —le contestó Gaunt con toda tranquilidad—. La misión consistía en infiltrarse en un planeta ocupado, Gereon, y ponerse en contacto con la resistencia imperial para luego localizar y eliminar por cualquier medio posible a un individuo en poder de las fuerzas del archienemigo.

—¿Quién era ese individuo?

—El general imperial traidor Noches Sturm.

—¿Por qué era tan importante?

—Sturm estaba detenido y viajaba hacia una corte marcial cuando el archienemigo lo capturó. Le habían colocado un cierre mental para que sólo se pudiese acceder a la información que guardaba en el cerebro durante el juicio. Existía la posibilidad de que el archienemigo lograra forzar el cierre mental y recuperar toda clase de información clasificada del cerebro de Sturm: códigos de la Flota, cifrados, despliegues, tácticas. Si lograban acceder a todo eso, el archienemigo conocería los secretos de buena parte de las fuerzas de la cruzada, lo que supondría una catástrofe para nuestra causa.

—Sin duda —admitió Balshin—. Por favor, dígame al tribunal el motivo por el que el general Sturm se enfrentaba a una corte marcial.

—Por incumplimiento del deber durante el asedio de la colmena Verdun.

—¿Quién fue el que descubrió su delito?

Gaunt tosió.

—Fui yo, señora.

—¿Fue usted el encargado de arrestarlo y de efectuar las acusaciones?

—Sí.

—¿Era usted coronel y él un general?

—Sí. Consideré un delito su comportamiento bajo mi cargo de comisario imperial y le retiré el mando.

—Ya veo —comentó Balshin—. Y como comisario imperial, ¿considera válidas las acusaciones contra él?

—Por completo.

—A ver si lo entiendo —le preguntó Balshin con una sonrisa—. En mitad de un famoso asedio, en pleno fragor del combate, ¿le retiró al general Sturm el mando... bajo su cargo de comisario imperial?

—Sí, como acabo de decir.

—Gaunt, bajo esas circunstancias extremas, ¿no pensó que una ejecución sumaria sería más adecuada? Me refiero bajo su cargo de comisario imperial.

—No, no lo hice.

—Pero eso estaba dentro de sus potestades. Sin embargo, en vez de eso, desvió unas reservas vitales de hombres simplemente para mantenerlo prisionero.

—¡Protesto por el tono y por lo que sugiere la comisaria general! —exclamó Ludd.

—Rechazada —le contestó Kaessen.

—¿Gaunt?

—También estaba entre mis potestades encerrarlo —respondió Gaunt en voz baja—. No me importa llevar a cabo una ejecución cuando es necesario, pero creí que

Sturm se merecía una corte marcial por su rango y estatus.

—¿Así que estaba vivo porque usted lo decidió así? Déjeme expresarlo de otro modo... ¿Noches Sturm estaba vivo, lo que permitió que el enemigo lo capturase, porque usted lo dejó vivir?

—Sí.

—¿Todo el riesgo que suponía cuando cayó en manos enemigas era por culpa de esa decisión suya?

—¡Protesto! —gritó Ludd.

—No cometí error alguno —contestó Gaunt casi con un gruñido—. Quizá la culpa fue de la oficina del Comisariado por no saber mantener en su poder al prisionero.

—¿Pero no es cierto que aceptó realizar la misión en Gereon porque sintió que era culpa suya que se hubiera escapado?

—¡Protesto!

—¿No es cierto que Van Voytz le pidió que la llevara a cabo porque quería darle la oportunidad de arreglar el lío que había organizado?

—¡Protesto! Coronel, por favor!

—Retiro mi última pregunta —dijo Balshin antes de sentarse de nuevo.

Ludd se había quedado de pie a lo largo de todo el interrogatorio anterior.

—Señor —le preguntó a Gaunt—. ¿Quién ganó la batalla de la colmena Vervun?

—Las fuerzas del Dios Emperador.

—¿Quién estaba al mando de ellas?

—Yo.

—Por favor, ¿podría recordarle al tribunal cuál era el estatus que el departamento *Tacticae* le dio a la misión?

—El estatus era EP.

—¿Qué quiere decir eso?

—Creo que la definición exacta es «extremadamente peligrosa/suicida».

—El equipo de la misión lo componían doce especialistas, incluido usted. ¿Cuántos perdió?

—Ninguno.

—¿Cumplieron la misión?

—Sí. Matamos a Noches Sturm en el bastión *Lectica*. Una muerte confirmada.

Ludd se volvió para mirar al tribunal.

—Quizá el acusado podría reanudar el relato de lo ocurrido en la misión.

—Que así sea —le contestó Kaessen, haciendo un gesto afirmativo con el mentón en dirección a Gaunt.

—Mi eficaz abogado ya me ha estropeado el final, coronel —dijo Gaunt con una sonrisa.

Bastantes de los comisarios del tribunal no pudieron evitar sonreír también, igual que Welt.

—Pero eso no fue el final, ¿no es así? —le preguntó Faragur—. Me refiero a lo ocurrido después de la muerte de Sturm.

—No, comisario —le contestó Gaunt en voz baja—. El comandante general Van Voytz me dejó bien claro antes de partir que había muy pocas posibilidades de que nos sacaran de allí. Ya fue bastante difícil llevarnos. Incluso si sobrevivíamos, lo más probable era que se tratase de una misión sólo de ida.

—¿Así que se quedaron aislados en Gereon?

—Sí. La mayoría de nosotros estábamos heridos...

—¿En qué sentido?

—Lo habitual, disparos enemigos. Algunos miembros del equipo estaban gravemente heridos. También se nos habían acabado la mayor parte de la munición y de los suministros. No nos quedó otra opción que unirnos a la resistencia de Gereon y servir a la causa imperial uniendo nuestras habilidades a los esfuerzos de la resistencia. Pero creo que lo hicimos gustosos. Habíamos visto las tremendas privaciones que sufría el planeta. La resistencia de Gereon era una fuerza valiente y orgullosa. Nos sentimos honrados de ayudarlos.

—¿No es cierto que hicieron algo más que ayudarlos? —le preguntó Ludd.

Gaunt se encogió de hombros.

—No es el momento de ser modesto, Gaunt —le advirtió el inquisidor Welt.

—Muy bien, señor. La resistencia de Gereon, que, debo añadir, había sacrificado buena parte de sus miembros para ayudarnos, era sobre todo una fuerza ciudadana sin apenas equipo, reforzada por los conocimientos militares de unos pocos oficiales supervivientes de las Fuerzas de Defensa Planetaria. Mi equipo y yo pudimos enseñarles nuestros propios conocimientos y técnicas de combate. Reestructuramos la resistencia en la zona de Lectica y en las provincias vecinas. Los entrenamos en infiltración y lucha de guerrillas. Quiero mencionar en especial a los exploradores Mkoll, Bonin y Mkvenner por ello. El soldado Brostin supervisó la fabricación de armas lanzallamas caseras. Los sargentos Criid y Varl, además de mí mismo, los entrenamos en disciplina de fuego y táctica. El mayor Rawne y el soldado Feygor viajaron de célula en célula para enseñarles técnicas de fabricación de explosivos y demolición. El operador de comunicaciones Beltayn, mi ayudante, prácticamente reconstruyó el sistema de líneas de comunicación de la resistencia. El soldado Larkin entrenó a un grupo de tiradores utilizando carabinas láser capturadas y les enseñó cómo lograr el tiro certero y definitivo que se necesita en armas de un solo disparo como éstas. La formación de la doctora Curth fue indispensable para las necesidades de la resistencia. También me gustaría encomiar a Gerome Landerson y a Sabbatine Cirk, oficiales de la resistencia, por su valor y decisión en todo momento.

—Parece una visión muy heroica —comentó Welt.

—¿Qué hay de los partisanos? —dijo Ludd para desviar el comentario.

—Los nihtganes, o noctámbulos, de la región del Impro... —empezó a contar Gaunt.

—¿La qué? —lo interrumpió Kaessen.

—El Impro, coronel —le explicó Gaunt—. La región improductiva o de paso imposible de Gereon. En su mayor parte son pantanos muy densos. Los noctámbulos son las comunidades supervivientes de los colonos originales. Son famosos por su separatismo, y han sido la pesadilla de la autoridad imperial durante muchos años, pero el Caos es un enemigo común. Una de las tribus de nihtganes nos ayudó en nuestra misión. Más tarde, y gracias sobre todo al explorador Mkvenner, pudimos reclutarlos en la resistencia como tropas de élite. Sin los noctámbulos, habiéramos fracasado en Gereon, tanto en la eliminación de Sturm como en la guerra de guerrillas que llevamos a cabo a continuación.

—Ya he visto a su mascota nihtgane —comentó Faragut—. Se llama Eszrah, ¿verdad? No es precisamente el ciudadano modelo imperial.

—Le pido que retire esa burla, comisario —le contestó Gaunt—. Eszrah du Nocte es el soldado más leal al Trono que jamás haya conocido.

—¿Por qué dice eso, Gaunt? —le preguntó Kaessen.

—Porque me es leal, señor.

—Ese período de operaciones con la resistencia de Gereon fue duro, ¿no es así? —inquirió Faragut.

—Sí.

—Riguroso, quiero decir —continuó diciendo Faragut—. Sólo por el aspecto que tenía a su regreso... podemos decir que estaban desnutridos.

—La comida era escasa. Para todos.

—Y carecían de muchas cosas. Jabón, por ejemplo.

—Ni siquiera pienso responder a eso.

—Las ropas estaban rotas, desgarradas...

—Por lo que yo sé, el almacén de la Guardia imperial más cercano estaba a ocho años luz.

—Coronel, por favor —interrumpió Ludd—. ¿Es que estamos interrogando al acusado debido a su aspecto desharrapado? Con todo el tiempo que pasó tras las líneas enemigas, no es de extrañar que no estuviese en condiciones de desfilar.

—Es cierto —contestó Kaessen—. Comisario Faragut, ¿adónde quiere ir a parar?

—Esto es algo importante, señor. Tiene que ver con el asunto de la corrupción. Todos sabemos que ésa es la clave del interrogatorio. Sucios; barbudos, desharrapados...; es parte del problema. Gaunt y su equipo convivieron en condiciones muy duras con la resistencia. En muchos sentidos, el hecho de que...

¿Cómo podría expresarlo mejor? El hecho de que se hubieran convertido en «nativos» es comprensible.

—Dadas las circunstancias, era algo vital —le aclaró Gaunt.

—Pero es que existen otros asuntos más preocupantes. La tonalidad gris de la piel y de los cabellos...

—Todos adoptamos la costumbre nihtgane de utilizar wocle. Es la palabra de su lenguaje. Básicamente es un ungüento que tiñe la piel, fabricado a partir de las alas de las polillas de pantano. Es excelente como camuflaje. No sólo para el sentido de la vista, sino también para el del olfato. Enmascara olores. Nos lo poníamos en el cabello, en la ropa, en la piel. También tiene otras propiedades profilácticas. —Gaunt se fijó en que Welt estaba tomando notas con rapidez—. Pero es difícil de quitar, incluso frotando con fenol. —Gaunt se calló y se quedó mirando a Welt.

—¿Explica eso el elevado nivel de toxinas en su riego sanguíneo y en el del restos de los miembros del grupo? —le preguntó el inquisidor.

—Sí. Las polillas son venenosas, señor. El ungüento nos permitió desarrollar una cierta resistencia a las toxinas locales.

—¿Algo más?

Gaunt se encogió de hombros.

—Los nihtganes creen que una forma más concentrada de la pasta combate las infecciones provocadas por el Caos. No lo sé con seguridad.

—¿Lo vio utilizar de ese modo?

—Sí, señor, con el soldado Feygor y con un resultado sorprendente.

—Pero no lo sabría con seguridad —insistió Faragut.

—No soy médico. Sólo sé lo que vi. Sé lo que pasó. Quizá el ungüento ayudó a Feygor, incluso a todos nosotros, pero también es posible que sea un placebo. Creo que el mejor modo de combatir el Caos es con decisión y siendo cabal.

—¿Está diciendo que usted y su equipo salieron sin corromper de Gereon porque mentalmente se negaron a ser corrompidos?.

Gaunt miró a Ludd, quien se encogió de hombros.

—Por favor, conteste a la pregunta —le advirtió Kaessen.

—Sí —respondió Gaunt—. Es una simplificación, pero creo que es correcta en lo esencial. Aunque sufrimos, aunque pasamos por unas duras pruebas, rechazamos la corrupción de los Poderes Siniestros por pura fuerza de voluntad.

Faragut miró de reojo a Welt, quien negó con la cabeza. Balshin se puso en pie.

—Gaunt, si usted estuviera aquí sentado, ¿creería una sola palabra de lo que le ha dicho al tribunal?

—Sé que es la verdad, comisaria general, así que me gustaría pensar que sí.

—¿Y suponiendo que no fuese así?

—No lo sé. Es una idea muy inspiradora, una que se basa en la noción de la

incorruptibilidad esencial de las verdaderas almas imperiales.

—Sin duda. ¿Así es como se ve a sí mismo y a los miembros de su grupo?

—Sí.

—Es muy interesante —comentó Welt mientras se ponía en pie al mismo tiempo que Balshin se sentaba—. Como ha dicho, Gaunt, es una idea inspiradora, pero también es cierto que incluso las personas más puras se han visto corrompidas a lo largo de nuestra historia por la disformidad a pesar de la virtud de sus corazones.

—La historia habla de hechos semejantes, pero creo que no me equivoco al citar a Urbilenk, que escribió: «El Caos simplemente desencadena los rincones más oscuros de la mente, dejando libre a lo que siempre hubo allí. Las verdaderas mentes puras no tienen nada que el Caos pueda utilizar».

—Lo ha citado a la perfección.

—Es una de mis favoritas. También me gusta Ravenor, sobre todo cuando dice en Las esferas del anhelo: «El Caos se lleva a los descuidados o a los incompletos. Un verdadero ser humano puede evitar su posesión si es decidido y protege su alma con la armadura del desprecio».

—Una frase magnífica —comentó Welt.

—Yo pienso lo mismo.

—Aun así, según la estadística...

—Mi equipo y yo no estamos corrompidos.

—¿Porque son especiales en cierto modo? ¿Por qué no son vulnerables?

—Creo que los Fantasmas de Tanith han sido bendecidos por su relación con la santa —le aclaró Gaunt.

—¿Se refiere a Herodor?

—Entonces y antes. Creo que quizá... somos difíciles de corromper.

Welt sonrió.

—¿Se llevaron inhibidores?

—Bastantes, pero se agotaron.

—¿No es cierto que antes de partir hacia la misión —dijo Welt mientras consultaba una placa de datos— le preguntó al táctico Biota cuánto tiempo durarían en un mundo dominado por el Caos antes de que la corrupción fuera inevitable?

—Sí, inquisidor.

—Y para responder a eso, Biota se lo preguntó al Ordo Malleus, ¿no es así?

—Creo que sí.

—¿Cuál fue la respuesta?

—Alrededor de un mes.

—Alrededor de un mes. ¿Cuánto tiempo pasaron usted y su equipo en Gereon?

—Dieciséis meses.

—Es evidente que le ha cambiado el acento. Tiene cierto timbre, cierta

entonación.

—Lo mismo que a todo el equipo. Era inevitable que al vivir entre los nihtganes se produjeran ciertas alteraciones.

—¿Reconoce que el acento de su modo de hablar es desconcertante?

Gaunt se encogió de hombros.

—¿Reconoce que ese acento lo hace parecer un adepto del archienemigo?

—No —contestó Gaunt con firmeza—. Aunque todos hablamos gótico bajo, los acentos del Imperio son muchos y muy variados. ¿Alguna vez ha hablado con un vitriano, inquisidor?

—Sí.

—¿Con un kolsteco? ¿Un cadiano? ¿Un hyrkanio? ¿Ha oído alguna vez el ceceo de un fantino? ¿La cadenciosa manera de hablar de los habitantes de los bosques de Tanith?

—¿Qué quiere decir?

—Que un acento no significa nada. ¿Nos mandará ejecutar por un timbre en la forma de hablar?

Welt dejó la placa de datos sobre la mesa.

—Voi shet, ecchr setriketan —dijo de repente.

—Hyeth, voi magir, elketa anvie shokol —le contestó Gaunt.

Se oyó un murmullo amenazante por toda la sala. Ludd miró a Gaunt con expresión inquieta.

—Habla la lengua de los Poderes Siniestros —lo acusó Welt.

—Una de ellas.

—Por lo que parece, de forma fluida y natural.

—¿Cuánto tiempo supone que habría durado la resistencia si no conociera el lenguaje del enemigo? Era una herramienta vital.

—Aun así... —empezó a decir Balshin.

Gaunt miró fijamente al inquisidor Welt.

—Usted lo habla también muy bien —le dijo—. ¿Cómo es que no está aquí abajo conmigo?

Welt se rió con ganas.

—Touché, Gaunt —dijo antes de volver a sentarse.

Faragut se puso en pie de forma inmediata y abrió otro informe.

—Se mantuvo unido a la resistencia durante mucho tiempo.

—Como ya he dicho, nos habíamos resignado a nuestra situación.

—Entonces, ¿por qué se marcharon?

—Porque tuvimos la oportunidad de hacerlo.

—¿Para qué, si estaban llevando a cabo un servicio tan vital para la resistencia?

—Pensé que era necesario que el Imperio se enterara cuanto antes de lo que había

pasado con Sturm. También quería transmitirle otra información al Alto Mando.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que el condenado Magister Sek estaba utilizando Gereon como campo de pruebas para entrenar a sus propias tropas de choque de élite. Están basadas en el Pacto Sangriento y son aún más feroces, si eso es posible.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he combatido contra ellos y los he matado.

—¿Cree que representan una amenaza real para la cruzada?

—¿Cómo de real es el Pacto Sangriento, Faragut? Si los Hijos de Sek, que es como se llaman a sí mismos, se organizan adecuadamente para convertirse en una fuerza de combate en condiciones, estaremos hasta el cuello de mierda.

Faragut se quedó callado mientras intentaba pensar en otra pregunta. Fue Kaessen el que habló.

—Cuéntenos cómo logró salir del planeta, Gaunt.

—Encantado, señor. Llevábamos en el planeta dieciséis meses. Para entonces, el dominio del archienemigo sobre Gereon había disminuido un poco. No mucho, pero lo suficiente como para que los comerciantes independientes accedieran a lugares remotos del planeta y efectuaran operaciones de mercado negro. También se llevaban a los civiles que tenían dinero para pagar el pasaje. Beltayn y Rawne desarrollaron ese tipo de conexiones para así permitir que la resistencia se proveyera de munición, pero el volumen de negocio creció, aunque las fuerzas de ocupación se encargaban de eliminar a cualquier comerciante que capturaban. He visto más de una nave estallar en órbita. Sin embargo, comenzó a ser posible salir de Gereon, si la gente estaba dispuesta a correr los riesgos.

—¿Y eligió esa ruta de escape?

—Pensé que se lo debía a mi grupo. Como ya he dicho, consideraba necesario que el Alto Mando supiera que Sturm estaba muerto. Sobre todo, creía que las fuerzas de la cruzada debían conocer la existencia de los Hijos de Sek antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Así que se marcharon de Gereon?

—Fue peligroso. Entramos en contacto con un comerciante independiente, que nos hizo esperar cinco noches seguidas. A la sexta lo conseguimos, pero la huida se vio comprometida. Las naves de combate enemigas nos persiguieron hasta los límites del sistema.

—¿Qué ocurrió después?

—Luego pasamos un mes en tránsito hasta Beshun. El comerciante nos dejó allí, ya que no quería arriesgarse a forzar el bloqueo imperial en Khan Nobilis. No teníamos acceso alguno a comunicaciones astropáticas, y sabíamos que teníamos que llegar hasta Ancreon Sextus.

—¿Por qué?

—Teníamos que llegar hasta Van Voytz. Era el único que podía responder por nosotros.

—¿Qué sucedió?

—Hasta Beshun llegaban naves de rescate transportando refugiados y supervivientes que huían de Urdesh y de Frenghold. Conseguimos pasaje hasta Ancreon Sextus como parte de un destacamento de guardias imperiales que intentaban reunirse con la fuerza principal de la cruzada. Al llegar, nos llevaron hasta el campo de internamiento para ser interrogados. Nadie se creyó lo que les contaba, y no nos permitieron ponernos en contacto con Van Voytz. Nos dijeron que tendríamos oportunidad de hacerlo en el campamento Xenó, durante los nuevos interrogatorios.

—¿Pudo hacerlo? —le preguntó Ludd.

—No, en absoluto. Si no hubiera sido por las acciones extremas de mi equipo... y por la intervención de mi abogado, nos habrían ejecutado sin dudar.

—¡Protesto! —gritó Faragut.

—Retirada —le contestó la propia Balshin.

Un ayudante entró en la sala del tribunal, se subió al estrado y le susurró algo en el oído al inquisidor Welt. Éste miró al coronel Kaessen. Kaessen asintió.

—Ya es suficiente por hoy. Reanudaremos la sesión mañana a las ocho cero cero. Se hace un receso.



SEIS

A la mañana siguiente, ni Balshin ni Welt llegaron cuando debían. El propio Kaessen tampoco llegó hasta diez minutos más tarde de la hora marcada para el comienzo del interrogatorio y se disculpó ante los comisarios que estaban esperando.

—Ha sido un retraso inevitable —les dijo—. Empezaremos muy pronto.

Gaunt y Ludd llevaban sentados en la mesa de la defensa desde antes de las ocho. Ludd estaba revisando diversos papeles del maletín de documentos, y parecía inquieto.

—¿Sabes a qué se debe todo este retraso? —le preguntó Gaunt con un susurro.

—No —le contestó Ludd con quizá demasiada firmeza—. Han preferido no decirme nada.

Gaunt alzó las cejas con gesto pensativo. Era evidente que Ludd estaba tenso. El subcomisario, sin embargo, se esforzaba por mantener una apariencia de calma. No quería que su nerviosismo provocara que Gaunt tuviera algún ataque de ira, pero lo cierto era que no había pasado buena noche. Balshin lo había llamado tres veces y lo había interrogado sobre ciertos aspectos del testimonio de Gaunt. Había pasado media hora sólo revisando los informes médicos. Estaba ocurriendo algo, pero al abogado de la defensa lo mantenían apartado de todo aquello.

—Cuando me llevaron a la celda ayer por la noche, Cirk ya no estaba en la suya —le comentó Gaunt en voz baja—. Tampoco había vuelto esta mañana. ¿Tienes alguna idea de lo que eso significa?

Ludd negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no. Pregunté dónde estaba, pero me dijeron que se la habían llevado para que Balshin la interrogara.

—¿Eso no es contrario a los términos establecidos para este tribunal? Dijeron que empezarían conmigo.

—Lo sé. Es frustrante.

—Esto me parece cada vez más un montaje. Ludd, ¿hay algo que no me estás contando?

—No —le contestó el subcomisario—. Excepto que hay algo que no nos están contando a ninguno de los dos.

La pesada puerta de la sala de audiencias se abrió a sus espaldas con un chirrido metálico y entró la comisaria general Balshin acompañada por el inquisidor Welt. Ludd y Gaunt se pusieron de pie y los guardias en posición de firmes.

—Le pido disculpas al tribunal —dijo Balshin mientras se subía al estrado.

Luego se puso a hablar en voz baja pero a toda prisa con Kaessen. Welt se sentó

en su sitio y se quedó mirando a Gaunt. Cuando éste le respondió a la mirada con otra mirada, el inquisidor hizo un breve gesto de asentimiento.

Balshin le entregó a Kaessen una placa de datos. El coronel revisó el contenido de la placa y se quedó en pie para continuar la sesión mientras Balshin se sentaba.

—Seré breve —dijo—. Me gustaría que este tribunal tuviera en consideración este edicto —Kaessen mantuvo en alto la placa de datos—. Lo emitió el Comisariado a las cero siete cuarenta y cinco de esta mañana, y lo ratificó el inquisidor Welt en persona en nombre de su sagrado ordos. Declara que todos los cargos y acusaciones contra Gaunt y los miembros de su equipo quedan retirados con efecto inmediato.

Los comisarios sentados en la mesa del estrado se pusieron a hablar entre ellos. Ludd miró a Gaunt.

—Los acusados serán entregados en breve al Munitorum para que los liberen. Les agradezco a los miembros del tribunal el tiempo y la atención que han dedicado a este interrogatorio.

—¿Señor? —preguntó Ludd—. ¿Ese edicto indica alguna condición?

Kaessen asintió.

—Así es. Gaunt y los suyos deberán efectuar una serie de entrevistas y de pruebas psicométricas completas para comprobar su salud mental y su aptitud para el combate. También deberán estar disponibles para los interrogatorios que les efectuará la inteligencia militar. Por supuesto, habrá un período de pruebas de una duración establecida por el Comisariado. Aparte de eso, no. Subcomisario Ludd, quizá debería quedarse con Gaunt hasta que reciba las credenciales adecuadas del alto mando.

—Sí, señor.

—Por la gracia de del Dios Emperador, declaro este interrogatorio cerrado —dijo Kaessen en voz bien alta.

Los comisarios del estrado se pusieron en pie e inmediatamente empezaron a formar grupos para hablar de lo ocurrido mientras salían de la sala.

—Quise preguntar a qué se debía el cambio de idea —le comentó Ludd a Gaunt—, pero no me atreví a tentar al destino.

—Sé a lo que te refieres —le contestó Gaunt—, pero creo que ya lo descubriremos.

El coronel Kaessen se les acercó. Saludo primero de un modo militar y luego le tendió la mano a Gaunt.

—Un buen final, aunque inesperado —le dijo mientras Gaunt le estrechaba la mano—. No me habría gustado ser la persona que presidiera su fin, comisario coronel.

—Gracias, coronel. ¿Tiene alguna idea de a qué se debe este cambio de actitud?

Kaessen sonrió.

—Creo que tiene bastantes influencias, señor. Aliados poderosos.

—Ya veo.

Gaunt miró más allá del coronel, pero Balshin y el inquisidor ya se habían marchado.

—El comandante general lo está esperando —le informó Kaessen.

Ludd habló con uno de los oficiales de seguridad y le ordenó que entregara un pase de seguridad a Gaunt. Éste se colocó la pequeña insignia de plastek en la pechera de la camiseta y dejó que Ludd lo acompañara hasta la compuerta exterior de los aposentos del comandante general.

Ludd se detuvo ante la entrada, esperando, o al menos deseando, que Gaunt le mostrara alguna clase de gesto de agradecimiento, que incluso quizá le diera las gracias directamente. Gaunt se limitó a mirarlo sólo un momento, con una expresión casi de despedida, antes de entrar sin dirigirle ni una sola palabra, dejándolo allí, solo en el pasillo.

Ludd miró hacia un lado de la cubierta, se pasó la lengua por los dientes de arriba con gesto pensativo y se dio media vuelta para marcharse.

—¿Subcomisario?

Ludd miró a su espalda. Era Balshin.

Ella le indicó que se acercara con un breve gesto de la mano.

—Tenemos que hablar, por favor.

Van Voytz estaba sentado y revisando informes en el escritorio del despacho interior de sus aposentos. Cuando Gaunt entró, Van Voytz indicó a los ayudantes y servidores que se marcharan y se puso en pie en cuanto salieron de la estancia.

Le dio la vuelta a la mesa hasta quedar cara a cara con Gaunt.

—Me encantaría tener la oportunidad de hacerlo —le contestó Gaunt.

—Prefieres alguna arma en concreto con la que amenazarme?

—Señor, yo jamás lo amenacé de forma directa. Yo...

Van Voytz alzó una mano.

—¿Podemos empezar de nuevo? —le preguntó.

—Tranquilo. Era una broma. Se acabó, Ibram. Ya está.

El comandante general le indicó que lo acompañara y ambos se sentaron en los desgastados sillones que había cerca de la mesa.

—Así es como debería haber sido —comentó Van Voytz—. Misión cumplida, contigo informándome de todo, y un breve y tranquilo momento para saborear el éxito.

—Los acontecimientos nos lo impidieron —contestó Gaunt.

—Es cierto. Si hubiera podido evitar todo este asunto del tribunal, lo habría hecho. Tengo autoridad, Ibram, una autoridad tremenda en ciertas áreas, pero no en otras. La disciplina y la seguridad no son asunto mío. Ya sabes cómo funciona.

—Recuerdo cómo solía funcionar.

—Cuando montaste ese numerito en mi despacho, Ibram, ya no pude hacer nada. No me quedó más remedio que entregarte a Balshin. Mientras ella estaba ocupada contigo, me puse a buscar algún modo de sacarte del embrollo.

—¿Lo hizo?

—Tiré de algunos hilos y pedí unos cuantos favores. Probablemente serán los últimos favores que podré pedir. Viktoria Balshin es, posiblemente, la persona más fanática que he conocido cuando se trata de temas de pureza imperial. Ha dedicado toda su carrera a la erradicación de cualquier clase de impureza y no permite que se le escape el más mínimo rumor de una posible contaminación. Es algo admirable, por supuesto, y comprensible tal como han ido las cosas el último año, pero incluso ella tiene un precio. Tuve que entregarle algo para que sobreseyera el caso.

—¿Qué ha sido? —le preguntó Gaunt con cierta incomodidad. Van Voytz se encogió de hombros.

—No importa. Será mejor que no lo sepas. Lo único que necesitas saber es que... le hice una oferta. Contacté con la oficina del propio señor de la guerra y logré su apoyo personal para mi propuesta. El inquisidor Welt también la apoyó, lo que ayudó mucho. Creo que le caes bien a Welt, Ibram. Incluso te admira.

Gaunt frunció el entrecejo.

—No me imagino por qué, señor.

—Yo tampoco —le contestó Van Voytz—. ¿Quién sabe cómo funcionan las mentes de los servidores de la Inquisición? Tiene sus propios planes. Sea como fuere, con el apoyo del señor de la guerra y del inquisidor, yo disponía de un respaldo del que Balshin no podía hacer caso omiso.

—¿Me está diciendo que el propio señor de la guerra abogó por mí? —preguntó Gaunt, extrañado.

—Por recomendación personal mía. Pareces sorprendido.

—Ni siquiera tenía idea de que conociera mi existencia.

—¿Lo has visto alguna vez?

—Unas cuantas, pero no soy miembro del alto mando y...

—Te quedarías sorprendido de todo lo que llega a recordar —le contestó Van Voytz—. Puede que Macaroth sea un tipo de persona muy distinto al viejo Slaydo, pero sigue siendo un señor de la guerra. Tiene las mismas habilidades, la misma atención por el detalle, la misma memoria para recordar a los que sirven bien a la causa, sean quienes sean. Te recuerda muy bien, y se le ha informado por completo de la misión en Gereon.

—Ya veo.

—Y con respecto a la misión —siguió diciendo Van Voytz—, he pedido que tanto tu equipo como tú seáis citados en los partes de guerra, con la aprobación de

Macaroth. Es posible que se os conceda alguna condecoración o medalla especial dentro de un tiempo. Por el Trono que os la merecéis. Sin embargo, todo el asunto está embarullado con aspectos políticos de mayor importancia. De todas maneras, todo esto lleva su tiempo. Es posible que dentro de unos pocos meses haya un reconocimiento oficial. Te cuento todo esto porque de momento, y quizá para siempre, lo único que recibirás será gratitud en privado.

—No lo hice por la gloria —respondió Gaunt—. Lo que de verdad me gustaría es volver a servir en el frente lo antes posible.

—Ésa era la siguiente cuestión. Está en mi mano retirarte de la línea del frente durante una temporada. Unas cuantas tareas fáciles en la retaguardia te vendrían muy bien, pero ya supuse, conociéndote como te conozco, que no te conformarías con algo así. En cuanto te declaren apto para el servicio, puedo mandarte al campo de batalla, si eso es lo que quieres.

—Lo es, señor.

—Bueno, pues entonces... —empezó a decir Van Voytz.

Gaunt se dio cuenta de que el comandante general se sentía incómodo. Van Voytz también había cambiado. Ya no era la persona que los había enviado a la misión. El cambio quizá no era tan obvio como el que habían sufrido Gaunt y los suyos por las penalidades sufridas en Gereon, pero a pesar de todo, era evidente. Van Voytz parecía mayor, más demacrado, más gastado que la última vez que Gaunt lo había visto. Había perdido peso, por lo que el uniforme casi le colgaba del cuerpo. La tensión del mando parecía haber erosionado su físico robusto.

—Señor —le preguntó Gaunt—. ¿Podría explicarme qué ha querido decir con eso de “tal como han ido las cosas el último año”?

Van Voytz se encogió de hombros.

—Son tiempos duros, Ibram. El Segundo Frente se está encontrando con una resistencia especialmente feroz de las fuerzas de Sek, sobre todo en la zona de Khan orientada al núcleo. Macaroth espera resultados, pero no llegan con la suficiente rapidez. Por ejemplo, aquí ya tendríamos que haber acabado hace seis meses.

—¿Problemas concretos?

—El fanatismo del enemigo es particularmente elevado. También está el factor del terreno especial, aquí y en un par de mundos clave. Es terrible. Aquí se trata de las puñeteras ciudades escalonadas. Limpiarlas de enemigos es una pesadilla. También está el asunto de la corrupción.

—¿Otra vez eso?

—En los últimos doce meses, el Segundo Frente ha perdido un treinta y dos por ciento más de tropas por la impureza o la sospecha de impureza que durante la fase anterior. Unidades enteras desertan. Algunas incluso se cambian de bando.

—De ahí la obsesión de la comisaria general con la posibilidad de herejía.

—Así es. Se trata de algo endémico. Bueno, sin duda, existen razones. Los soldados tienden a desmoralizarse más si la situación es muy dura, y aquí sin duda lo es, y mucho. No estamos consiguiendo nada parecido a los avances palpables que el Frente Principal está logrando en el sistema Carcaradon. Tampoco ayuda que la mayoría de las tropas de los ejércitos del Segundo Frente sean novatas y sin experiencia. La mayor parte son regimientos recién reclutados que nos han enviado desde la retaguardia para reemplazar las pérdidas. Macaroth se llevó a casi todos los regimientos veteranos para el asalto principal. Ibram, tengo simples muchachos bajo mi mando. Novatos, inocentes, ingenuos incluso. Sus primeras experiencias de combate real son contra las feroces unidades del Caos repletas de corrupción, herejía y los estigmas de los Poderes Siniestros. La tasa de suicidios es elevada. Añade colapso mental, deserciones...

—¿El enemigo utiliza psíquicos para aumentar el efecto?

—No lo sabemos, Ibram. Es posible. Lo único que sabemos es que la corrupción del enemigo se extiende entre nuestras filas como una plaga, por todo el Segundo Frente. La moral siempre está baja, y eso sólo puede conducir a una cosa.

—Al colapso del Segundo Frente.

—A menos que el mando pueda cambiar el rumbo de la situación, o a menos que el señor de la guerra decida que no estamos dirigiendo e inspirando a los soldados de un modo apropiado y acorde con nuestra autoridad y nos sustituya.

—¿Es una posibilidad real? —le preguntó Gaunt.

Van Voytz no contestó. Era evidente que lo era. Era evidente que se encontraba bajo una tremenda presión para sacar al Segundo Frente de un profundo agujero negro.

—Bueno, volvamos a tu puesto en el frente —dijo Van Voytz al cabo de unos momentos—. Vendrá muy bien disponer de otro oficial experimentado en primera línea de combate.

—Estoy impaciente por volver al Primero de Tanith —comentó.

No había pensado de forma deliberada en esa posibilidad durante mucho tiempo. Había sido una esperanza demasiado importante durante los duros meses que había pasado en Gereon, una esperanza demasiado dolorosa a la que aferrarse. Gaunt se permitió por primera vez en muchos días el placer de saborearlo.

Duró poco.

—Eso... Verás, Ibram, no me resulta fácil decirlo. Eso no es posible.

—¿Qué? ¿Por qué motivo?

—En realidad, hay dos motivos. —Van Voytz se puso en pie y se sirvió un pequeño vaso de amasec. No le ofreció otro a Gaunt—. El primero eres tú mismo. He tenido que mover cielo y tierra para que te reincorporasen al servicio activo. Como ya te he dicho, tuve que pedir unos cuantos favores... Y como ya te he dicho,

probablemente serán los últimos favores que podré pedir, sobre todo a Macaroth, que cada vez está más descontento por mi actuación. Tuve que llegar a un compromiso. Era una condición que exigían Balshin y los oficiales superiores del Comisariado.

»Puedes volver a combatir en calidad de comisario, para apoyar y reforzar la disciplina de una unidad, pero no van a entregarte de nuevo un puesto de mando.

—No puedo creerlo.

—No me gusta. No me gusta en absoluto, pero es lo que hay. Debes hacerte a la idea de que tu carrera en el futuro se encuentra en el Comisionado, no en la escala de mando. Es una separación de poderes. Lo siento. Te esperan nuevas tareas, nuevos desafíos. El Primero de Tanith fue tu último mando.

—¿Puedo enviar una nota de protesta?

—¿A quién? —le contestó Van Voytz con una breve risa sin alegría.

—Entonces..., ¿cuál es la segunda razón, señor?

Van Voytz carraspeó.

—Es muy sencilla, Ibram. No puedes volver a ponerte al mando del Primero de Tanith porque el Primero de Tanith ya no existe.



SIETE

Cuando lo acabaron de hacer, lo llamaron Pierna Torcida. Pierna Torcida, el tres veces forjado, en honor a su forma retorcida y a la complejidad de su creación. Era un nombre que podía reconocer, a veces, pero que no podía pronunciar. Entre los forjados, que se comunicaban con aullidos, era conocido simplemente por la profundidad y resonancia de su rugido más feroz.

El sol ya había salido, pero ninguno de sus rayos había penetrado todavía en el enorme espacio en sombras que era el quinto compartimento. En lo alto, el cielo tenía un color azul blanquecino, impregnado de una luz suave. Los rayos del sol comenzaban a iluminar la superficie oriental de las gigantescas paredes del Mons. Allá donde la luz del sol la tocaba, arriba y a lo lejos, la piedra brillaba como el ámbar.

El hundido suelo del quinto compartimento era un lugar frío y oscuro, atrapado bajo la sombra de la pared occidental. La temperatura del amanecer era de tres grados bajo cero. Una neblina helada envolvía como un sudario las pilas de rocas negras y húmedas y los profundos estanques de aguas tranquilas. Todo estaba en calma y en silencio. Tan sólo se oía el ocasional correteo de los animales pequeños entre los escombros o los rugidos retumbantes de otros forjados que le llegaban como un eco por el largo cañón que formaba el compartimento.

Pierna Torcida, el tres veces forjado, estaba de caza. El impulso de hacerlo le retorció el estómago omnívoro e impelía a su pequeño y primitivo cerebro para que actuase. Trepó en silencio a pesar de su enorme corpachón por el risco de cuarzo fragmentado. Lo único que se oyó fue el leve chasquido de las gruesas garras contra el cuarzo y el suave jadeo de sus pulmones llenos de flema.

El final del risco daba a un riachuelo. Veía con toda claridad a pesar de lo oscuro que estaba. Sus ojos captaban los detalles del entorno como espíritus rosados, y también era capaz de sentir el olor y el sabor de esas siluetas. Bufó un par de veces para llenarse de aire frío los sensibles y largos conductos olfatorios que le recorrían el alargado cráneo. Captó el olor de la piedra, el levísimo aroma del agua que corría por el arroyuelo, el rastro de los líquenes húmedos pegados a la parte inferior de los peñascos de granito.

Había otros dos forjados a su espalda. Los había captado hacía por lo menos quince minutos, pero no había mostrado señal alguna de que hubiera advertido su presencia. Eran criaturas pequeñas, inmaduras y forjadas una sola vez, que carecían del aspecto de un toro adulto. Su lacio cabello negro estaba pegado por la humedad a los cráneos rosados cubiertos de suturas. Lo seguían sin su permiso, con la esperanza

de que los llevara hasta una presa, con la esperanza de compartir su éxito. Los forjados una vez lo hacían a menudo: seguían a los mayores para aprender sus habilidades y aprovecharse de su protección.

Pierna Torcida no les hizo caso. Hacían demasiado ruido. Uno de ellos estaba jadeando con fuerza debido al aumento de adrenalina en la sangre, lo que provocaba que la garganta le ululara de forma involuntaria.

El tres veces forjado siguió avanzando. Notó con las enormes manos y pies cada arista y hueco de la roca, pero no sintió arañazo o dolor alguno. Su cuerpo sólo distinguió la frialdad de la piedra, pero no percibió ninguna señal de incomodidad. Olió algo nuevo. Olió carne.

Oyó un estampido repentino. El eco le llegó en la oscuridad y provocó aullidos y rugidos en la lejanía. Pierna Torcida distinguió el resplandor de unas llamas a unos cinco minutos de carrera de donde se encontraba. Era un fuego brillante, que relucía como una estrella en la oscuridad, de un modo tan fulgurante que le hizo daño en la visión nocturna.

La sangre empezó a correrle con más fuerza por las venas. Las espinas que le rodeaban el cuello se alzaron como respuesta del resto del cuerpo. Pierna Torcida no lo hacía de forma voluntaria. Esa reacción estaba grabada en su carne, impresa en sus huesos. Era el instinto asesino que lo impulsaba a realizar los actos para los que había sido creado. La visión nocturna ya había pasado del color rosa al rojo. Notó que se le erizaba la piel y la humedad en los conductos de la garganta cuando se distendieron y vibraron debido a las rápidas exhalaciones sucesivas.

Se alzó sobre dos patas y balanceó los enormes brazos adelante y atrás para tomar impulso y dar un gran salto que lo llevó al otro lado del arroyuelo. Aterrizó sobre la ribera llena de barro. Comenzó a correr por la orilla pedregosa sobre los pies y los nudillos de las manos, avanzando a saltos como un gigantesco simio.

Los otros dos forjados lo siguieron con entusiasmo. Ambos bajaron de un salto del promontorio y cayeron en mitad del agua salpicándolo todo a su alrededor. Uno de ellos salió inmediatamente del arroyo y se puso a correr por la orilla detrás de Pierna Torcida, pero el otro, que ululaba de excitación con cada inspiración, siguió avanzando por el agua poco profunda levantando grandes chorros de líquido.

Pierna Torcida se detuvo y se dio la vuelta de repente. El forjado una vez que iba por la orilla dio un salto hacia atrás acobardado, pero el otro siguió corriendo, aullando y salpicando. Pierna Torcida se metió en el agua y se abalanzó sobre él. El golpe le dio al forjado una vez en la cabeza y en el cuello y la fuerza del impacto lo sacó del agua. La víctima se estampó al caer contra la otra orilla, donde quedó tendido entre convulsiones. Un chorro de sangre negra salía de las desgarraduras del cuello causadas por las garras de Pierna Torcida, pero no era esa herida la que lo había matado. Las convulsiones no eran más que espasmos de los nervios. La

tremenda fuerza del golpe de Pierna Torcida había aplastado el cráneo del forjado una vez.

Pierna Torcida se dio la vuelta y comenzó a correr otra vez. Ya sólo veía el color rojo. El rojo y el resplandor blanco de las llamas. Se abrió paso a través de un matorral de espino negro arrancando los arbustos, y al salir vio a las presas: pequeñas figuras de carne que se afanaban alrededor de una caja de metal en llamas. Una de ellas lo vio llegar y gritó. Varios rayos de luz cruzaron el aire en su dirección.

Pierna Torcida lanzó toda la furia que sentía con un rugido reverberante surgido de los conductos de la garganta que hizo que el mundo se estremeciera. Dio un salto en el aire con sus ochocientos kilos de peso con los brazos abiertos de par en par al mismo tiempo que las enormes mandíbulas se abrían por los goznes correspondientes y las dagas de acero que eran sus dientes se colocaban en su lugar.

—¡Contacto! —gritó el oficial de comunicaciones de la compañía, pero era algo evidente de todas maneras. Un kilómetro por delante de ellos, la penumbra precursora del amanecer se había iluminado con destellos y el resplandor de unas llamas. Oyeron el tableteo de las armas y algo más. Un rugido atronador.

Wilder corrió por el sendero helado hacia donde estaba el mayor Baskevyl, acucillado al lado del operador de comunicaciones.

—¡Informe!

—No está claro, señor —contestó Baskevyl exhalando una nube de aliento condensado sin dejar de apretar un auricular contra el oído izquierdo—. Por lo que parece, el avance de los hauberkanos se ha encontrado con una zona minada. Al menos uno de los vehículos ha quedado averiado y se encuentran bajo ataque.

—¡Oh por el Trono! —exclamó Wilder—. ¡Creía que la zona ya había sido desminada!

—Ayer por la tarde, antes de que anocheciera —contestó Baskevyl con un encogimiento de hombros.

—¿Qué están haciendo los hauberkanos?

—El comandante acaba de dar la orden de detenerse debido al peligro de las minas.

Wilder soltó otra exclamación malsonante.

—Ponme con él —le dijo al operador de comunicaciones. El oficial asintió y le entregó el micrófono a Wilder.

—Aquí Wilder, del Octogésimo Primero de Bellad... —Se detuvo y se corrigió—. Wilder, del Octogésimo Primero Primero. Solicito confirmación. ¿Están avanzando?

—Mmm... Negativo, Wilder.

—Gadovin, en nombre del Emperador, si no se mueven, los localizarán y los destrozarán, tengan o no tengan tanques.

—La zona está minada. Nos quedamos a la espera.

Wilder le devolvió el micrófono al operador con un gesto furibundo.

—¿Qué demonios les pasa a estos idiotas? —le preguntó a Baskevyl—. ¿Es que no se les ha explicado con claridad?

—Señor, los hauberkanos acaban de llegar. No creo que sean capaces de advertir el riesgo que corren.

—¿Es que creen que les explicamos la situación porque nos gusta charlar?

—Creo que eso es exactamente lo que piensan, señor.

—Bueno, pues vamos a tener que hacer algo —dijo Wilder mientras ajustaba el enfoque de las gafas de visión nocturna para poder echarle un vistazo a un mapa cubierto de plastek transparente—. Vamos a avanzar en una línea amplia para acudir en ayuda de esos idiotas.

—Nos ordenaron que protegiéramos la ruta de llegada de la segunda oleada, señor —le advirtió Baskevyl.

—Una segunda oleada va a ser tan efectiva como una meada en un horno de fundición si la primera oleada se queda inmobilizada. Dejaremos seis compañías aquí. El resto avanzará. Di a los comisarios que los necesitaré a mi lado cuando lleguemos a la sección de mando de los hauberkanos. Diles también que traigan palos puntiagudos.

—Sí, señor.

—Bueno, eso si los hauberkanos siguen vivos cuando lleguemos allí. Bask, si avanzamos tal como estamos desplegados, ¿cuál sería la primera compañía en establecer contacto?

—Probablemente la E.

Wilder asintió.

—Pongámonos en marcha.

Baskevyl saludó y se alejó por el sendero crujiendo por la escarcha dando órdenes a los soldados del Octogésimo Primero Primero para que se pusieran en movimiento. Las tropas, equipadas con camuflaje negro, salieron al sendero y al terreno abierto que había a la izquierda.

—¡Venga, moved esas armas pesadas! —oyó gritar a Baskevyl—. ¡Vamos! ¡Espabilad!

Wilder contempló durante un momento el rápido despliegue de las tropas y quedó satisfecho. Se movían al unísono, sin que nadie se quedara atrás. Tampoco, por suerte, había señal alguna de problemas de entusiasmo en la nueva fuerza mixta. No se había producido ningún problema serio de moral desde la reorganización. No sabía si debía sentirse halagado o simplemente afortunado.

Ajustó el microrreceptor.

—Wilder al jefe de la compañía E. Adelante.

—Lo recibo. Adelante, señor.

—Es probable que sean las primeras tropas en tener contacto, capitán. Confío en que se haga cargo.

—Entendido, coronel. No hay problema —respondió la voz del joven capitán.

—Gracias, Meryn. Lo veré al otro lado.

Los primeros rayos de la luz solar ya daban en la elevada cresta negra de la pared occidental. En la base del compartimento empezaba a formarse una especie de amanecer.

Era el peor momento del día. Demasiado oscuro para ver a simple vista y demasiada luz para utilizar las gafas de visión nocturna. Meryn se quitó las gafas. Según el método de combate del explorador, cuanto antes se acostumbraran los ojos a la luz, mejor.

La avanzadilla de la compañía E atravesó una zona llena de arbustos de espino negro que abundaban en una franja de tierra húmeda situada entre un sendero y un arroyuelo. Seguían el rastro de tierra aplastada dejado por los vehículos hauberkanos. El sonido del combate había cesado delante de ellos, pero todavía se veían las llamas que se elevaban alimentadas por los negros matojos pegajosos del lugar. La visión del fuego pareció realzar la sensación de frío que sentían.

Distinguieron tres grandes siluetas oscuras un poco más adelante. Eran tres vehículos hauberkanos, apartados e inmóviles. Meryn oyó la voz de su ayudante, Fargher, que discutía con furia.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando llegó hasta él.

Fargher señaló con un gesto al comandante del vehículo, asomado por la escotilla superior.

—Dice que no se mueve, capitán.

—Tengo órdenes —le contestó el oficial del blindado.

—¡Que le den a esas órdenes! —le replicó Meryn—. Los que tienen problemas ahí delante son de los suyos.

—Me ordenaron que no me moviera —insistió el individuo.

—Entonces, que te den a ti también —le espetó Meryn—. Fargher, apunta el número del vehículo. Ponlo en el libro.

—Sí, señor.

—¡Vamos a acercarnos! —gritó Meryn dándose la vuelta hacia el resto de los soldados que se acercaban—. ¡Sargento!

Caffran se le acercó al trote.

—Haz avanzar tu tropa por la derecha —le ordenó Meryn—. Moveos por esas rocas. Yo iré por la izquierda con la gente de Arkon por el flanco.

Caffran asintió. Todavía le resultaba tan extraño recibir órdenes de Meryn como

llevar una insignia plateada con los números 81/1 (r) grabados en ella. Los tiempos cambiaban, pero la guerra no. Tampoco los individuos. A Flynn Meryn le gustaba tanto dar órdenes como cuando era un simple jefe de escuadra. En opinión de Caffran, Wilder no había cometido muchos errores durante el proceso de fusión de las unidades, pero el ascenso de Meryn era sin duda uno de ellos.

Avanzaron con rapidez y a cubierto a través de los arbustos. Caffran mantuvo vigilada a su tropa. Cinco de ellos eran nativos de Belladon, pero habían aprendido a manejar bastante bien las capas de camuflaje. Además, tenían que mantener su propia reputación.

Cruzaron unas rocas y llegaron al punto de contacto.

Un Chimera hauberkano había salido de los arbustos a una zona llena de cascajo y barro y había pasado por encima de una mina. La explosión le había abierto un agujero enorme y había esparcido el barro y los trozos de blindaje por doquier. El interior del vehículo destripado ardía con fuerza. Otros dos Chimera, que evidentemente avanzaban detrás del primero, se habían detenido. Las escotillas abiertas indicaban que los tripulantes de ambos vehículos habían salido a ayudar a sus camaradas heridos.

Entonces había ocurrido algo nuevo y diferente. El terreno que rodeaba a los vehículos estaba sembrado con restos desgarrados que humeaban en el aire frío. Caffran tragó saliva. Los habían atacado con salvajismo y los habían destrozado. Sabía qué debía de haber hecho aquello. El eco de los profundos y terribles rugidos de aquellas bestias había resonado en el valle durante toda la noche.

Caffran caminó por el barro con la culata del rifle al hombro. Leyr y Wheln lo siguieron, con Raydee y Mkard pegados a los talones. Caffran ordenó a los demás que tomaran posiciones de disparo a lo largo del borde de las rocas y luego le indicó a Neskon que lo acompañara. El soldado lanzallamas bajó por las rocas hasta colocarse cerca de él. Luego aumentó con suavidad la bocacha de encendido y la pequeña llama azul iniciadora relució en la penumbra.

El estado en que se encontraban los cuerpos era estremecedor. No había ni uno solo intacto. A las extremidades les habían arrancado toda la carne, a los torsos los habían vaciado de vísceras. Las costillas rotas y ensangrentadas sobresalían envueltas en harapos empapados de rojo.

Leyr hizo una rápida señal con la mano para indicar que debían quedarse quietos. Caffran se acercó al explorador hasta que también oyó lo que Leyr había oído. Unos leves bufidos y una serie de chasquidos húmedos. Hasta ese momento no habían sido audibles debido al restallido de las llamas en el interior del Chimera.

Leyr señaló en una dirección. Alzaron las armas de nuevo y siguieron avanzando en silencio. Wheln y Neskon los siguieron también en silencio. Mkard y el belladon, Raydee, rodearon el vehículo para cubrir el otro lado.

El forjado una vez no había aprendido la lección que le había mostrado su compañero. Pierna Torcida había atacado y matado con ferocidad para luego alimentarse con rapidez y desaparecer de nuevo en la oscuridad. El forjado una vez no había matado nada. Había aullado y rugido mucho mientras se lanzaba a la carga, pero Pierna Torcida ya había acabado con todos para cuando llegó. Hambriento y nervioso todavía por la descarga de adrenalina en el cuerpo, el forjado una vez se había quedado para alimentarse de lo que Pierna Torcida no había querido y había dejado allí.

Estaba chupando la médula del hueso de un oficial hauberkano. Era una criatura vagamente humanoide, con unas piernas achaparradas y unos enormes brazos y hombros y que pesaba unos cuatrocientos kilos. La piel rosada del amplio pecho estaba salpicada de sangre. Unos jirones de músculo desgarrado le colgaban del enorme morro. El cráneo, casi liso y que todavía mostraba las cicatrices de alguna clase de cirugía, estaba salpicado por unos cuantos mechones de largo pelo negro que caían sobre unos ojos porcinos que relucían detrás de un visor de hierro implantado. Alzó la enorme cabeza al detectar movimiento.

—¡Feth! —jadeó Caffran.

Leyr y él comenzaron a disparar inmediatamente ráfagas automáticas de los rifles láser Mark III. La bestia ya se había lanzado a por ellos saltando sobre unos nudillos gruesos como raíces de árbol y con la mandíbula abierta de par en par. Lanzó un rugido reverberante acompañado de salpicaduras de saliva y sangre.

Caffran y Leyr vieron cómo los disparos perforaban la carne de la bestia. Ésa no se estremeció, ni siquiera cuando la sangre salió chorreando de los múltiples agujeros.

«No siente dolor —pensó Caffran—. ¿Cómo se detiene a algo que no...?»

Estaba a poco más de tres metros de ellos cuando Neskon logró acertarle con un largo chorro de fuego sibilante. El monstruo retrocedió pataleando para intentar apagar las llamas que lo devoraban. Neskon mantuvo el gatillo apretado.

El forjado una vez, enloquecido, se dio la vuelta y se alejó por el otro lado del vehículo destruido. Raydee y Mkard se lo encontraron de frente.

Raydee casi logró quitarse de su camino. Se echó a un lado y el forjado una vez le pisoteó el pie izquierdo, hundiéndoselo en el barro y partiéndole el tobillo. El monstruo agarró a Mkard del torso con su enorme mano izquierda y lo estampó con tanta fuerza contra la parte posterior del Chimera en llamas que destrozó el pecho del nativo de Tanith.

Las llamas que lo envolvían se apagaron. Todo el pelo del forjado una vez se había chamuscado y tenía la piel cubierta de ampollas siseantes. Rugió, y los conductos de la garganta vibraron.

Un disparo le reventó el cráneo. La descarga de energía entró directamente por el

enorme gahzate abierto del monstruo. El chorro de sangre y restos sanguinolentos no dejó atrás más que la pesada mandíbula inferior. La bestia de pesadilla cayó muerta.

—¡Adelante! ¡Avanzad y asegurad el área! —gritó Caffran.

Las tropas de Meryn salieron de entre los arbustos. Jessi Banda, que estaba a cubierto, bajó el rifle láser largo y sacó el cargador vacío.

—Buen disparo —le dijo Meryn antes de darle un fuerte beso en los labios. Ambos tenían los rostros fríos.

—Encantada de que te gustara —le contestó ella con una sonrisa. Meryn contestó también con una sonrisa y se apresuró a reunirse con los demás.

El amanecer llegaba con rapidez. La luz bajaba de forma apresurada por la pared oriental del compartimento. El viento también tomaba fuerza.

Wilder sintió la brisa contra la cara. Le recordó al chorro de aire frío que se producía por la descompresión cuando se abría una compuerta de vacío. Nadie de los departamentos de logística o de inteligencia de la Guardia Imperial había sabido explicar por qué los vientos tomaban fuerza durante las horas diurnas, aunque Wilder había asistido a tres o cuatro largas reuniones donde se hablaba del enfriamiento del entorno, el rápido calentamiento por la luz solar, el intercambio de presión y los efectos debidos a las turbulencias provocadas por las diferencias de presión entre los diferentes compartimentos.

Wilder vio a la luz todavía grisácea del amanecer cómo ardían los matorrales. El paisaje que tenía delante, dividido por peñascos de granito y de cuarzo, parecía pelo mojado. Las siluetas negras de sus soldados lo atravesaban en un amplio despliegue.

«Buena separación, buen protocolo de unidad —pensó Wilder—. Excelente disciplina de ruido.» Mestizo o no, estaba cada vez más orgulloso del Octogésimo Primero Primero (reconocimiento), con su orgulloso himno de combate...

Bueno, era en ese tipo de cosas en las que todavía no era perfecto. Dudaba mucho que ninguno de los recién llegados estuviese dispuesto a aprenderse la letra de Belladon, Belladon, mundo de mis antepasados, y la verdad era que no podía culparlos por ello. Estaba seguro de que tanto los nativos de Tanith como los de Verghast tenían himnos propios que no harían que se hinchara de orgullo el pecho de ningún soldado de Belladon. Aunque era relativamente fácil combinar títulos e insignias regimentales, el asunto se complicaba bastante en lo relativo a las canciones y a las tradiciones, eso sin contar con los gritos de guerra: ¡Furia de Belladon!, ¡Por Tanith!, ¡Por el Emperador! y, por supuesto, ¡Acordaos de la colmena Vervun! Buen intento, pero acabarías muerto en la trinchera antes de que acabaras de decirlo y empezaras a luchar de verdad.

Todo aquello se arreglaría, se solucionaría solo, pero llevaría tiempo, y estaba claro que era algo que no se podía forzar. Braden Baskevyl, el segundo de Wilder y

entusiasta instigador de un auténtico espíritu de cuerpo, había pasado la mayor parte de la tarde anterior organizando una pequeña improvisación. Pífanos de Belladon y gaitas de Tanith. Aquello sonó como un gato furioso metido en un saco al que no paraban de darle pinchazos.

Wilder sonrió al recordarlo, pero no era momento para ello.

—Estamos llegando a la línea de los hauberkanos —informó el capitán Callide por el intercomunicador—. Los tenemos a la vista, a unos cincuenta metros.

—Acercaos muy despacio —ordenó Wilder por el canal general—. Daos a conocer al llegar. Los tanquistas van a estar bastante nerviosos. Si alguien provoca una cruz negra, le patearé el culo. Incluso si está muerto.

Una cruz negra. Era la señal que los servidores del Munitorum anotaban para indicar un incidente en el cual dos unidades de la Guardia Imperial se disparaban la una a la otra.

El mayor Baskevyl apareció entre la penumbra. Se había colocado las gafas de visión nocturna sobre el borde del casco.

—¿Cómo puedes ver? —le preguntó Wilder.

—Es cuestión de acostumbrarse, señor —le aclaró Baskevyl—. Los exploradores tanith dicen que es mejor que los ojos se acostumbren lo antes posible.

Wilder frunció el entrecejo por un momento, pero después se quitó las suyas y parpadeó varias veces. Había aprendido que los nativos de Tanith sabían de lo que hablaban, sobre todo los fantasmales exploradores.

—He recibido una señal de la compañía E —le comunicó Baskevyl—. Meryn ha entrado en contacto con el enemigo. Uno de esos monstruos emboscó a unos blindados que se habían detenido al encontrarse con una mina perdida.

—¿Acabaron con el cabrón?

—Sí, señor.

—¿Bajas?

—No nos han dicho nada todavía.

Los oficiales se dieron la vuelta al oír un murmullo de saludos corteses de los hombres que tenían a la espalda. Los comisarios se acercaban a ellos y las tropas los saludaban de un modo formal y respetuoso.

—Aquí —los llamó Wilder.

El comisario Genadey Novobazky estaba con Wilder y su unidad desde hacía cinco años. Veterano y ágil, era un individuo severo pero justo. Una mirada desaprobadora de su rostro ceñudo era normalmente lo único que hacía falta. Cuando no era así, Novobazky se comportaba como realmente era. Era el mejor orador que conocía, sus arengas eran incendiarias, una auténtica mecha a la hora de prender el espíritu de combate. Era divertido, locuaz e instigador. Su predecesor, Causkon, había sido un auténtico bobo, pero tampoco había importado mucho, ya que la unidad no

había necesitado mucha disciplina de campo, pero Wilder se sintió afortunado por disponer de un elemento tan valioso como Novobazky cuando lo asignaron a la unidad.

El otro comisario, Viktor Hark, lo había heredado del regimiento tanith. Era grande, musculoso e impasible. Hark parecía un buen tipo, y su brazo artificial indicaba un comportamiento heroico en el campo de batalla. Hark había demostrado tener buena mano a la hora de solucionar pequeños hurtos, violaciones del código de vestimenta y peleas de cantina entre los soldados, pero todavía tenía que mostrar todo su potencial como comisario. Había indicios de que Hark poseía puntos fuertes ocultos, pero a Wilder le parecía una persona curiosamente reservada y dubitativa, como si estuviese acostumbrado a un estilo de mando más sutil. Supuso que se trataba de un legado del «gran comandante perdido». Era una responsabilidad muy grande a la que debía responder, y él ya tenía bastantes, gracias. Lamentaba lo que el Primero de Tanith había sufrido en Herodor y después, pero a veces, en secreto, se alegraba un poco de que el otro estuviera muerto. Lo habría tenido mucho más difícil si les hubiera quedado alguna esperanza.

—Quiero que los blindados avancen —ordenó a los comisarios.

—¿Y por qué no están avanzando ya? —le preguntó Novobazky.

—Por las minas —contestó Baskevyl.

—Porque están nerviosos —lo corrigió Wilder—. Han tenido un pequeño contratiempo y ahora se han quedado inmobilizados.

—Les recordaremos las órdenes —dijo Novobazky—. Ayer por la noche quedó perfectamente claro. La cresta dieciocho es el objetivo y deben dejar un pasillo abierto y protegido para la segunda oleada. Estamos muy lejos de eso, y Gadovin lo sabe.

—Dice que las órdenes son nulas porque se suponía que la zona estaba libre de minas —añadió Baskevyl.

—Una mina, en singular —comentó Wilder—. Vaya, así es la guerra. Gadovin se ha pasado de prudente, y si se queda mucho tiempo más ahí, le va a pasar de todo.

—¿Y eso no sería bueno? —le preguntó.

—¿Suena como si me lo pareciera?

—Vamos a hablar con ellos, entonces —dijo Hark.

Hark no hablaba, y cuando lo hacía, no llamaba la atención, pero Wilder se dio cuenta de que aquélla era unas de esas ocasiones en las que él había aprendido a hacer caso. Era una sugerencia contenida de que Hark estaba afilando con tranquilidad algo grande y puntiagudo.

Wilder asintió.

—Vale. Éste es el plan —dijo volviéndose hacia Baskevyl—. Que la compañía G avance por ese montículo en el flanco derecho, y dile a Varaine que siga el paso de la

compañía L antes de que los dejemos atrás.

Un operador de comunicaciones se acercó a la carrera.

—Coronel Wilder. Un mensaje del cuartel general.

Wilder tomó la nota y empezó a leerla. Era algo sobre una transferencia de personal.

Se oyó el repentino silbido de un proyectil al caer. Una gran bola de fuego apareció entre la línea de tanques inmóviles. Primero dos, y luego tres más, estallaron antes de que aquello se convirtiera en una andanada sostenida que explotaba con furia a lo largo de la posición de los hauberkanos y lanzaba por el aire una lluvia de tierra. El viento llevó la arenilla hasta donde se encontraba Wilder.

—¡Mierda! —gritó antes de empezar a correr hacia adelante—. ¡En marcha! ¡En marcha!

Wilder se metió la nota a medio leer en un bolsillo mientras corría con el resto de los soldados.



OCHO

Wilder encabezó la carga por la ladera a través de los matorrales de espino, en dirección contraria al viento y hacia las explosiones de los proyectiles. Vio al menos tres vehículos hauberkanos en llamas. El aire se estremecía, cargado de trozos de suelo levantado, de polvo y de fragmentos de raíces. Ninguno de los tanques había empezado a responder a los disparos, pero unos cuantos habían encendido los motores. Wilder oyó el ronco tosido de los motores de encendido, pero llevaban parados en aquel frío unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos, por lo que algunos de aquellos viejos vehículos necesitarían muchos cuidados y muchas plegarias para ponerse en marcha de nuevo.

Los proyectiles siguieron cayendo, los silbidos agudos cortados en seco por las fuertes explosiones. Algunos de los soldados del Octogésimo Primero Primero habían llegado a la formación abierta de tanques y se habían desplegado entre ellos para ponerse a disparar hacia la neblina y los vapores de las explosiones que bajaban por la ladera.

—¡Auspex! —gritó Wilder por el comunicador, todavía jadeante por el avance a través de los matorrales húmedos.

—No hay objetivos todavía, seguimos en ello.

—¡Daos prisa! —ordenó Wilder.

Había llegado hasta la parte posterior de un Chimera que estaba aumentando las revoluciones de las turbinas. Despedía grandes chorros de humo azul por los tubos de escape. Un Exterminador, situado tres vehículos a la izquierda, sufrió un impacto directo y desapareció envuelto en una tremenda nube de llamas. La onda expansiva sacudió los órganos internos de Wilder, quien casi cayó al suelo.

—¡Abran fuego! —le gritó al Chimera—. ¡Abran fuego, maldita sea!

Wilder pensó por un momento que el grito había atravesado el blindaje del vehículo y que lo habían oído. El Chimera aceleró los motores. Y después dio marcha atrás.

Wilder se quedó tan sorprendido que casi resultó atropellado. Tuvo que saltar de cabeza a un lado para quitarse de su camino.

—¡Dispersaos! ¡Dispersaos! —gritó a los hombres que estaban más cerca.

Otros tanques hauberkanos comenzaron a retroceder a toda velocidad por la ladera. Los soldados del Octogésimo Primero Primero, desplegados alrededor de los vehículos, intentaron esquivarlos. Algunos cayeron y otros gritaron.

Wilder oyó un chillido agudo que sólo podía significar una cosa: alguno de sus soldados había quedado aplastado por unas orugas.

El coronel Lucien Wilder, nacido en Belladon, orgulloso comandante condecorado del Octogésimo Primero de Belladon desde Balhaut, era conocido por ser un soldado ingenioso y de carácter alegre, un soldado entre soldados. Tenía una chispa contagiosa que a menudo le ganaba la desaprobación de sus superiores, pero también una hoja de servicios que no despertaba más que admiración. De complexión robusta y cabello oscuro, con el rostro afeitado, tenía unos rasgos atractivos y una mirada encantadora. Cuando alzaba la voz era para que se entendieran bien las órdenes que daba, o para que los soldados que estaban al fondo de la cantina oyeran el chiste.

O, en muy pocas ocasiones, cuando la furia se apoderaba de él, como ocurría en ese momento.

Cuando el Chimera pasó a su lado dando marcha atrás y salpicándolo con el barro frío y las ramitas rotas, se acercó y empezó a golpear en el costado y en las guardas de las orugas con la culata de la pistola automática mientras seguía gritando.

—¡Alto! ¡Alto, cabrones! ¡Alto!

El vehículo no lo hizo.

Enfurecido, Wilder se agarró a una de las redes de camuflaje y subió por el costado del vehículo en movimiento. Al llegar a la parte superior empezó a darle patadas a la torreta achatada mientras se balanceaba para contrarrestar el bamboleo del Chimera. Un proyectil estalló cerca de allí y lo cubrió de tierra y de restos varios.

—¡Alto! ¡Alto!

La voz se le había convertido en un aullido. Se fijó en que la tapa de la escotilla superior estaba suelta, así que la abrió de un tirón y se dejó caer al interior. La cara pálida del comandante del vehículo, iluminada tan sólo por el resplandor de los paneles de instrumentos, se alzó y lo vio. Intentó inmediatamente desenfundar su arma.

—¡Cabrón! —le gritó Wilder quitándole la pistola de un manotazo. Luego agarró al oficial por el cabello y le golpeo la cabeza una y otra vez contra una barra de la cabina de mando—. ¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Dile al conductor que pare ahora mismo! ¡Ahora mismo!

—¡Para! ¡Para! —gritó el comandante del vehículo con el rostro contraído en un gesto de dolor por el tirón de pelos y los golpes. El Chimera se detuvo en seco con un bamboleo.

—¡Comunicación! —exigió Wilder, y le arrancó los cascos de la mano al tanquista. Luego le dio una bofetada en plena boca para asegurarse su sumisión.

Los auriculares del casco retransmitían un puro desorden, repleto de gritos de histeria, llamadas de auxilio y lamentos de pánico. Los hauberkanos se habían desmoralizado por completo.

—¡Gadovin! ¡Gadovin! ¡Aquí Wilder! ¡Anule la retirada! ¡Ahora mismo, por el

Trono! ¡Gadovin!

Unos chillidos sin sentido fueron la única respuesta.

—¡Gadovin, ayúdeme! ¡Detenga la retirada y empiece a disparar, o por el Emperador que lo perseguiré hasta el fin de la galaxia y le abriré un culo nuevo de un tiro! ¡Gadovin! ¡Responda!

No hubo respuesta. Wilder le devolvió los auriculares al aturdido comandante del vehículo tirándoselos en el regazo.

—Utilice las armas —le ordenó Wilder—. Dispare contra ese banco de niebla. Tengo una arma en la mano, y hasta el momento sigue pareciéndome un enemigo.

El comandante asintió con rapidez y activó el sistema de armamento de la torreta. Los cargadores automáticos zumbaron y los bólteres pesados acoplados de la achatada torreta empezaron a disparar despidiendo llamaradas por los agujeros de las bocachas.

Wilder pasó al canal general.

—Wilder a los jefes de escuadra. Considerad a los hauberkanos fuera de la línea de mando. Yo tomo el mando. Tienen órdenes de detenerse y disparar. Haced lo que debáis para que cumplan esa orden. Cualquier negativa se considerará un incumplimiento de las órdenes recibidas.

Los proyectiles seguían cayendo por doquier. Ya había más de una docena de vehículos blindados en llamas, y los matorrales de la parte superior de la ladera también estaban ardiendo. Wilder vio desde su ventajosa posición que media docena de tanques ya habían bajado hasta llegar al sendero que bordeaba la ladera. El sonido de las andanadas de artillería era ensordecedor. Wilder se preguntó si habrían logrado oír su orden.

Los seis tripulantes del Exterminator que estaba cerca de allí habían conseguido salir del vehículo en llamas y bajaban corriendo por la ladera. Wilder estaba a punto de bajarse de un salto del vehículo y echar a correr detrás de ellos cuando vio aparecer al comisario Hark entre las nubes de humo. El comisario había desenfundado su arma, una pistola de plasma.

—¡Vosotros! —gritó. Era la primera vez que Wilder le oía alzar la voz—. ¡Volved a vuestros puestos de combate!

Los tanquistas dudaron por un momento, pero después siguieron corriendo.

Hark les dio la espalda.

Wilder decidió bajar, después de todo.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —le preguntó.

Hark lo miró.

—Si tenían tanto miedo como para no hacerme caso, ni a mí ni a mi rango, están demasiado atemorizados como para servir para algo. ¿Por qué? ¿Hubiera preferido que les pegara un tiro?

—¡Joder, sí!

—¿Para qué, para satisfacer la furia que siente?

—Usted y yo vamos a tener una pequeña charla, Hark.

Hark asintió.

—Como desee, coronel.

—¡Reagrupe a los hombres!

Wilder corrió hacia el flanco izquierdo de la línea rota. Algunos de los soldados del Octogésimo Primero Primero ya estaban en la cima de la loma y disparaban contra la niebla. Pasó al lado de Novobazky, que había reagrupado con mano experta a la mayoría de los miembros de la compañía D y los había dispuesto en posiciones de disparo mientras les soltaba una variación de uno de sus temas favoritos: «Las orillas de Marik».

—Amigos míos, en las orillas de Marik —exclamaba Novobazky mientras caminaba a lo largo de la línea sin hacer caso de los proyectiles—, los padres de nuestros padres se mantuvieron firmes bajo el estandarte de Belladon. Las bombas caían como gotas de lluvia. ¿Tenían miedo? ¡Pues claro que lo tenían! ¿Estaban atemorizados? ¡Por supuesto que sí! ¿Huyeron? ¡Sí, pero sólo con la mente! Huyeron a sus hogares y a sus familias, donde podían sentirse a salvo., y luego, gracias a la providencia del Emperador, vieron lo que les pasaría si no se mantenían firmes, ¡así que se mantuvieron firmes! ¿Cómo os sentís?

Se oyó un murmullo ronco.

—¡Os he preguntado que cómo os sentís!

Los gritos se hicieron más fuertes.

—La sangre de Belladon es como vino para los labios del Emperador! ¡Las almas de Belladon tienen un lugar especial a su lado! ¡Si derramamos nuestra sangre aquí y ahora es porque Él ha elegido este lugar para bendecirlo! ¡Oh, tierra afortunada! ¡Levantaos y cargad, amigos míos, levantaos y cargad! ¡Si lo que quieren es nuestra valiosa sangre, descubrirán que el precio es más elevado de lo que se pueden permitir! ¡Furia de Belladon! ¡Furia! ¡Furia!

Aquello era una obra de arte. La había refinado a lo largo de los años. El hábil reconocimiento del miedo, la vena patriótica, la inesperada broma de «¿Tenían miedo? ¡Pues claro que lo tenían!». Una obra de arte. La cadencia retumbante y el ritmo inspirador, palabras sencillas que se oían por encima del estruendo. Demasiados comisarios les decían a los soldados que eran invulnerables, cuando resultaba evidente que no era así. Demasiados comisarios soltaban arengas y amenazas, desposeyendo a los soldados del orgullo y de la autoconfianza.

«O le daban la espalda a cobardes que huían», pensó Wilder.

—¡Comisario! —gritó.

—¿Si mi coronel? —le pregunto Novobazky corriendo hacia Wilder.

—Buen trabajo. Estamos metidos en un buen fregado.

—Ya me he dado cuenta.

Un proyectil estalló a unos veinte metros de donde se encontraban los dos y encogieron el cuerpo.

—Quiero que vayas al flanco izquierdo Necesito que mantengas firmes a las unidades que hay allí. Si el enemigo comienza un ataque terrestre, estaremos expuestos en la base de la colina.

Novobazky asintió.

—Me pondré a ello.

—Furia de Belladon, Nadey.

—Furia de Belladon, Lucien.

Novobazky echó a correr colina abajo.

Wilder se dio la vuelta y contempló la situación. Esperaba ver a Baskevyl o a Callide, pero ninguno de los dos nativos de Belladon estaba a la vista. De hecho, había muy poco a la vista, aparte de las llamas, la nube de humo y las siluetas dispersas. Wilder se consoló con el hecho de que había al menos una docena de vehículos hauberkanos respondiendo a los disparos, incluido un Exterminator, que estaba rasgando la cortina de humo con los pesados proyectiles de los cañones automáticos. Wilder dudaba mucho de que aquello respondiera a alguna orden recibida. Lo más probable era que en cuanto el Chimera empezó a disparar, los demás hicieron lo mismo porque suponían que era lo que debía hacerse.

«Da igual cómo haya sido», pensó Wilder.

Se topó con una sección de tropas que estaba a cubierto alrededor de la protección que ofrecía un Chimera destrozado y humeante. Tenían preparadas las armas de apoyo: cañones de calibre treinta y un trío de morteros ligeros.

Ninguna de las armas estaba disparando.

Era la compañía G. Wilder lo vio en las insignias de las hombreras.

Corrió hacia ellos sin hacer caso del viento cortante y de la lluvia de tierra que caía.

—¿Dónde está Daur? —gritó.

El capitán Ban Daur, de estatura elevada, de aspecto solemne y atractivo, salió de una trinchera para hablar con él.

—¿Coronel? —lo saludó con la cabeza encogida entre los hombros, con una actitud de «hay metralla por todos lados y me gustaría no ser tan alto».

—Buena posición, tanith —le dijo Wilder.

—Gracias, señor. En realidad, soy verghasrira.

Wilder sonrió sin humor. Debería haberlo sabido. A los refuerzos procedentes del Primero y Único se les había permitido conservar las insignias propias, que lucían al lado del emblema de plata del 81/1 (r) de la unidad combinada, lo mismo que los de

Belladon habían conservado la cabeza de bronce de un carnodonte. Se trataba de un cráneo y una daga para los nativos de Tanith y una hacha-rastrillo para los mineros de Verghast. Ban Daur llevaba esa última.

—Te pido disculpas.

—No es necesario, señor.

—Por mucho que me gustase pasarme el día charlando contigo, Daur, quiero preguntarte, ya que nos están bombardeando, ¿por qué demonios tus soldados no disparan?

—Porque nos están bombardeando, señor —le contestó Daur.

—Más vale que me lo aclares.

Daur se dio la vuelta y señaló con un gesto el banco de niebla que se extendía al otro extremo de la ladera.

—Nos están bombardeando, coronel. Sean quienes sean los que nos están disparando, están muy lejos del alcance de nuestras armas cortas e incluso de nuestras armas de apoyo ligero. Están a cuatro o cinco veces el alcance, puede que incluso más. Si también hay enemigos ahí afuera, lo más probable es que se encuentren asimismo a dos o tres veces el alcance de las armas. Si estuvieran más cerca, se arriesgarían a que les cayeran encima algunos proyectiles de su propia artillería. Tengo una cantidad limitada de munición y de granadas de mortero. Preferiría no desperdiciarlas hasta estar seguro de tener un objetivo.

Wilder frunció el entrecejo, se dio la vuelta y luego se volvió de nuevo para mirar otra vez a Daur. Estaba sonriendo. Era aquella sonrisa la que había provocado que Daur le cayera bien desde el primer día de la reorganización.

—Eres listo, Ban —le dijo Wilder—. ¿Es que vas detrás de mi puesto?

—No, señor.

—¿Seguro?

—No pienso admitir nada, señor.

—Está bien. Buen trabajo. Me gusta el sentido común. El sentido común es bueno. Seguid así de momento..., pero será mejor que empecéis a machacarlos en cuanto aparezcan.

—Es mi propósito en la vida, señor. Corrijo, es el propósito en la vida de la compañía G.

Se oyó un rugido entusiasta lanzado por los soldados.

—Entonces seguid haciéndolo como hasta ahora —les dijo mientras se marchaba—. ¿Necesitáis un gaitero o algo así para animaros?

—No, señor. A menos que haga aparecer a Brin Milo de la nada.

—¿A quién?

—No importa. Estamos bien.

—Sí, creo que lo estáis, capitán. Seguid así, compañía G.

El comisario Novobazky bajó por la hierba húmeda y lacia de la base de la ladera que había en el flanco izquierdo de la desastrosa línea de batalla de los hauberkanos. El humo de fyceleno descendía de la zona machacada por las explosiones y todo el horizonte parecía estar en llamas.

Las tropas del flanco izquierdo del Octogésimo Primero Primero se habían agrupado en una larga zanja situada a los pies de la colina. Parecían desorganizadas, acobardadas, refugiadas en el agua de escasa profundidad.

—Amigos míos —empezó a exclamar Novobazky mientras caminaba entre ellos. Todos se volvieron para mirarlo—. Amigos míos, en las orillas de Marik... —continuó diciendo. La arenga había funcionado antes, y lo recordaba con la suficiente claridad como para repetirlo—, los padres de nuestros padres se mantuvieron firmes bajo el estandarte de Belladon. Las bombas caían como gotas de lluvia. ¿Tenían miedo?

—¿Quién?

—¡Los hijos de Belladon!

El soldado miró de arriba abajo al comisario.

—Me llamo Caober. Soy un explorador, nacido y criado en Tanith. Siento decirle que no sé de qué está hablando, pero seguro que es importante. ¿Por qué no habla con el mayor?

Un individuo corpulento se acercó hasta ellos atraído por las voces. Estudió al comisario por un momento. Novobazky meneó la cabeza al darse cuenta de su error. Era la compañía C.

—¿Sí, comisario?

—Mayor Kolea. Me parece que estoy perdiendo el tiempo con todo eso de «en las orillas de Marik», ¿verdad?

Gol Kolea sonrió a medias.

—No es el mejor público para ese tipo de historias. Aquí la mayoría son fantasmas.

—¿Puedo salvar un poco de dignidad al menos?

—Lo dudo mucho. Ha entrado como un actor en una comedia, pero me encantaría oír la historia. ¿Dónde está Marik?

—No tengo ni idea. No estaba allí.

Kolea soltó un par de risas.

—¿Sabe que Gaunt nunca nos contaba historias?

—Seguro que alguna sí.

—Bueno, quizá. La verdad es que yo no recuerdo ninguna. ¡Derin! ¿Recuerdas alguna historia que contara Gaunt?

—Sólo aquellas por las que habíamos pasado juntos, mayor —contestó un

soldado que estaba cerca—. Todavía tengo las cicatrices de Hagia.

—Sí, sí, vale —lo cortó Kolea. Se volvió de nuevo hacia el comisario—. ¿Ha venido por algún motivo, señor? Me refiero aparte de la representación de la comedia, claro.

Novobazky asintió.

—Órdenes del coronel. Quiere que estéis atentos y preparados.

—Si estuviéramos más atentos se nos saldrían los ojos de las órbitas.

—Bien. No parecéis preparados.

—Estamos preparados. Estamos preparados, ¿verdad? —le preguntó Kolea a la fila de soldados agazapados a lo largo de la zanja.

—¡Todo lo preparados que se puede estar, Gol!

—Bien, bien —comentó Novobazky—. Wilder dice que se va a producir un ataque terrestre.

—Me alegra oír que coincidimos —contestó Kolea—. Nosotros también lo pensamos. En cuanto pare el bombardeo.

—Pues entonces... —empezó a decir Novobazky, pero se calló.

Por toda la ladera se había extendido un silencio ominoso, roto tan sólo por el chasquido de las llamas y los gritos de los heridos. El bombardeo había cesado.

—Creo que... —empezó a decir de nuevo, pero el mayor Kolea le indicó con un gesto que se callara.

—En posición —ordenó Kolea con un susurro.

La compañía C se puso en pie y tomó posiciones de disparo con apenas algunos tintineos de armas y de cintas de munición.

Los primeros disparos láser empezaron a surgir del humo. Los impactos de las armas de pequeño calibre levantaron surtidores de tierra a lo largo de la posición. Las secciones del Octogésimo Primero Primero, que estaban a cubierto por toda la loma, respondieron a los disparos apoyadas por las armas pesadas de los pocos vehículos hauberkanos que no habían huido o quedado destruidos.

La infantería enemiga fue lo siguiente en salir a la carga de la niebla. Aparecieron uno por uno, pero no tardaron en convertirse en cientos primero, y en miles después. Corrían gritando y aullando, con las bayonetas caladas.

—Muy bien, compañía C —dijo Kolea—. Como el propio Gaunt hubiera querido, arriba y a por ellos.

Los soldados enemigos abandonaron la cobertura de la niebla. La luz del amanecer ya iluminaba el suelo del compartimento con la fuerza suficiente como para reflejarse en las armaduras rojas y negras, en las hojas de acero, en las máscaras de hierro.

Las filas de toda una brigada del Pacto Sangriento asaltaron la colina.



NUEVE

Zona de combate Sparshad, Ancreon Sextus

Vestido con un uniforme de faena limpio y una chaqueta de cuero negro, con un pesado saco de lona echado al hombro, Nahum Ludd se detuvo delante de la puerta, esperó un momento y luego llamó con educación.

Esperó. Los oficiales se cruzaban con él por el pasillo de la cubierta de alojamiento. Del comedor llegaba un leve aroma a desayuno, acompañado por el cáustico olor a matarratas que siempre parecía aumentar en los sistemas de reciclado de aire del Leviathan a lo largo de la noche.

Ludd estaba a punto de llamar de nuevo cuando la puerta se abrió. De repente, se vio ante Eszrah du Nocte. La elevada estatura del partisano ya era bastante impresionante, pero Ludd dio un paso atrás debido a una sorpresa adicional. Eszrah había obedecido las órdenes y se había bañado y afeitado. O más bien, lo habían bañado y afeitado. Tanto el cabello enmarañado como el largo bigote cubiertos de wode habían desaparecido, lo mismo que los mosaicos iridiscentes que le rodeaban los ojos. El cráneo pelado, con una curva firme y regia en la parte posterior, los anchos hombros y el largo cuello le conferían un aspecto noble. Tenía toda la piel de color gris oscuro, como si estuviese pigmentada así de forma natural o la pasta de los nihtgane la hubiese impregnado durante demasiado tiempo como para salir con un simple lavado. La capa de plumas y los demás atavíos tribales también habían desaparecido. Eszrah iba vestido con unas botas de cordones, pantalones de faena y un suéter de lana negro, todo ello material de la Guardia Imperial. Aquello realzaba su figura alta y delgada.

—He venido a ver al comisario —le dijo Ludd.

El oscuro rostro de Eszrah no mostró gesto alguno. La piel gris y sin arrugas parecía estar pulida, como el metal cromado. Llevaba los ojos tapados por un par de gafas de sol viejas y desgastadas.

—¿El comisario? —repitió Ludd un poco más alto.

Eszrah se hizo a un lado para dejar pasar a Ludd y luego cerró la puerta a su espalda. A Gaunt lo habían instalado en los alojamientos de los oficiales de alta graduación. La estancia en que se encontraba Ludd formaba parte del aposento. El subcomisario oyó un sonido siseante a través de la puerta que había al otro lado de la estancia. Sonaba como si alguien estuviera dando latigazos en el aire.

Ludd dejó el saco de lona al lado de la puerta y colocó la gorra sobre él. El nihtgane ya se había sentado de nuevo en una silla situada en una esquina de la estancia y limpiaba una arma de aspecto antiguo que parecía una ballesta. Todo el lugar estaba repleto de equipo, la mayor parte envuelto todavía por las fundas de

plastek en el que había llegado, recién traído de los almacenes de la Guardia Imperial. Ludd vio un saco de dormir, una bolsa con equipo de primeros auxilios, un abrigo de combate de cuero, unos magnoculares de campo y una gorra de comisario completamente nueva. De hecho, la visera relucía a pesar de estar todavía medio tapada por el papel de embalaje. Al otro lado de la mesa, en un maletín de transporte de acero, había dos pistolas bólder de cañón corto colocadas sobre la espuma de embalaje moldeada a medida. Al maletín iban unidos con una cinta elástica diez cargadores.

En la mesa principal se encontraban varias pilas de placas de datos y de informes abiertos. Ludd se dio cuenta al pasar al lado que una de las placas contenía una serie de códigos de datos y de protocolos actualizados. Otra incluía todos los mapas tácticos de Mons Sparshad. Se fijó en particular en una copia en papel del Instrumento de orden, el «reglamento» del Comisariado.

Ludd atravesó el umbral. La habitación que había al otro lado, de mayor tamaño, era el dormitorio, pero la cama y el resto del mobiliario estaban pegados a las paredes, y las esteras del suelo estaban enrolladas y echadas a un lado.

Gaunt se encontraba en el centro de la estancia. Llevaba puestas unas botas negras de caña alta y pantalones de color gris oscuro con una raya verde a lo largo de la pernera. Los pantalones eran de cintura alta y los mantenían a la altura del ombligo unos tirantes negros. Aparte de los tirantes, Gaunt no llevaba nada puesto de cintura para arriba. Tenía el cuerpo delgado pero musculoso, y estaba cubierto de sudor. Empuñaba a dos manos una hermosa espada de energía y ejecutaba magníficas estocadas, paradas y golpes de revés dando vueltas y giros, sin equivocarse en un solo paso; cada movimiento exacto y preciso. Con cada tajo, la hoja emitía un sonido sibilante parecido al de un látigo.

Ludd se quedó contemplando la escena un momento. No tenía intención alguna de interrumpir. Era evidente que Gaunt era un espadachín excelente que se tomaba muy en serio su entrenamiento. Cuando se dio la vuelta, Ludd vio con un sobresalto que en el estómago liso y musculoso del comisario había una enorme cicatriz. Parecía producida por una espada sierra o...

—Ludd —dijo Gaunt deteniéndose en mitad de una estocada para luego bajar la espada—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Buenos días, comisario —lo saludó Ludd—. He venido a decirle que ya hemos recibido las órdenes de marcha. El transporte estará preparado a mediodía.

—¿Tan pronto? —preguntó Gaunt recogiendo una toalla para secarse la cara y el cuello.

—Quieren que esté en el frente lo antes posible.

—Seguro que es lo que ella quiere —comentó el comisario—. A mediodía. De acuerdo. ¿Ya sabemos adónde vamos?

Ludd metió una mano en uno de los bolsillos del uniforme y le entregó a Gaunt una nota. Gaunt la tomó, desactivó la espada y se la pasó.

—¿Te importaría sostenerla?

Ludd empuñó el arma. Era antigua, soberbia, y agradablemente pesada. La empuñadura estaba desgastada por el uso y la guarda cubierta de una pátina por el paso del tiempo, pero la hoja estaba equilibrada a la perfección y relucía como un espejo. Aunque la había apagado, todavía estaba tibia al tacto y desprendía un leve olor a aceite caliente y Gaunt se echó la toalla sobre el hombro izquierdo y se dispuso a leer el mensaje.

—La base logística del tercer compartimento. Vaya. Un sitio tan bueno como otro cualquiera, supongo. Debemos presentarnos en la oficina de personal del mariscal Sautoy. ¿Lo conoces?

Ludd negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo, pero no añadió nada más. Hizo una bola con el papel y la tiró en el incineratum que tenía al lado de la mesita de noche. Luego se volvió hacia Ludd y alargó una mano para que le devolviera la espada—. ¿Te gusta?

—Es una arma soberbia, señor —contestó Ludd mientras se la devolvía con cuidado.

—La espada ceremonial de Heironymo Sondar —le explicó Gaunt dando un par de mandobles antes de guardarla de nuevo en su vaina de cuero—. Es un trofeo, Ludd. Me lo entregó la familia gobernante de la colmena Vervun como muestra de respeto. —Gaunt alzó la vista y miró a Ludd—. Es casi lo único que me llevé a Gereon que volvió intacto. Se habían quedado con ella desde que llegué aquí. Acaban de enviármela. La echaba de menos.

—Pedí que trajeran todos los efectos personales requisados durante el procesamiento en el campamento Xenon —le dijo Ludd.

—Procesamiento —musitó Gaunt con una sonrisa—. Haces que casi suene agradable.

Ludd se sonrojó.

—Déjalo, Ludd —le dijo Gaunt mientras se bajaba los tirantes y se secaba alrededor de los hombros—. Si vamos a trabajar juntos, no puedo permitir que te sonrojes cada vez que gaste una broma sobre las circunstancias de nuestro primer encuentro.

Ludd asintió e intentó parecer feliz.

—Señor, sólo quiero decirle... Sólo quiero decirle que considero todo un honor que me asignen a la misma unidad que usted.

Gaunt se quedó mirando a Ludd mientras acababa de secarse.

—No lo pedí. Lo sabes.

—Lo sé, señor.

—Te destinaron para que me ayudaras.

Gaunt tiró la toalla a un lado y se volvió hacia la camiseta y la camisa que había colgadas del respaldo de una silla cercana.

—Podría haber pedido otro ayudante, señor.

Gaunt se puso la camiseta y se la remetiÓ en los pantalones.

—Supongo, pero después del excelente trabajo que hiciste en el tribunal...

Ludd soltó un suspiro.

—Señor, ¿he de suponer que debo esperar que toda esta clase de pullas serán parte de mi trabajo diario como su ayudante?

—Sí. ¿Por qué no? —contestó Gaunt mientras se abotonaba la camisa—. Te mantendrá espabilado.

Ludd asintió.

—Pero aprecio el detalle —añadió Gaunt remetiéndose la camisa. Luego se subió los tirantes—. Me refiero a que sientas que es una especie de honor. Pensaba que sería más bien un deber. ¿No se supone que debes vigilarme?

—¿Perdón, señor?

—Vamos, Ludd. Puedo hacerme a la idea de que vas a vigilar todos y cada uno de mis movimientos para asegurarte de que me comporto, pero lo que no puedo soportar es la hipocresía. Eres el espía que ha designado Balshin. Lo sé, y tú también lo sabes. Al menos, seamos francos en esto. No puedo soportar las mentiras, Ludd. Sé un hombre y sé sincero, y no tendré que matarte.

Ludd carraspeó para aclararse la garganta.

—Supongo que eso es otra muestra de su sentido del humor.

—Espero que sea así.

Gaunt se colocó con cuidado dos insignias pequeñas en la pechera de la camisa y luego se puso a buscar algo en la cómoda de la habitación.

—¿Ha perdido algo, señor?

—Más de lo que te puedes imaginar, Ludd —le contestó Gaunt. Se agachó para mirar debajo del mueble—. Feth, dónde demonios...

Ludd miró a su alrededor y distinguió algo pequeño y brillante al lado de la mesita de noche. Se acercó y lo recogió del suelo. Era el emblema de un regimiento, un cráneo rodeado por una corona de laurel atravesado por una daga de arriba abajo. Tenía un lema, pero el paso de los años lo había borrado. La insignia tenía algunos bordes desiguales, como si se le hubieran partido algunos salientes.

—Señor, ¿es esto lo que está buscando?

—Sí —contestó Gaunt.

Tomó la insignia y la colocó al lado de las otras dos.

—Señor, ¿puedo preguntar...? —empezó a decir Ludd.

Gaunt fue señalando las insignias una por una.

—¡El emblema de! Octavo Hyrkanio. El hacha-rastrillo de la colmena Vervun. La insignia del Primero y Único de Tanith. He perdido todo esto, Ludd, pero no marcharé al combate sin que me acompañen.

—¿Amuletos de la suerte?

—Supongo. Ludd, ¿no ha perdido nunca algo que le importara de verdad?

Ludd se encogió de hombros.

—La verdad es que no... Bueno, sí. Sí. Mi padre. Murió en Balhaut.

—¿De verdad? ¿Era comisario?

—Sí, señor. Servía en el cuartel de mando del general Curell, en Balopolis. Por lo que sé, cayó durante un ataque con gas venenoso los primeros días de combate.

—¿Cómo se llamaba?

—Igual que yo. Nahum Ludd, comisario Nahum Ludd. Soy el subcomisario Ludd en más de un sentido.

Gaunt asintió.

—No lo conocí. Yo estaba metido en el asunto de la Oligarquía cuando lo de Balhaut, pero sé que Balopolis fue un desastre. De los peores. Conocía a Curell, pero poco.

—La Oligarquía —murmuró Ludd—. Ése fue el centro de los combates. ¿Estaba con Slaydo?

—Sí, allí estaba.

—¡Por el Trono! ¿Fue allí donde...?

—¿Dónde qué, Ludd?

—La cicatriz de su estómago, señor,..

Gaunt negó con la cabeza.

—Ésa me la hicieron mucho tiempo antes de Balhaut. En honor a mi padre. Supongo que tenemos algo en común: seguimos los pasos de nuestros padres.

—Sí, señor.

—Pues cuidado adónde llevan, Ludd.

Gaunt regresó a la estancia principal, donde Eszrah seguía limpiando su arma antigua. Hablaron en un idioma que Ludd no entendió. Luego sacó el abrigo de combate sin estrenar de la funda de plastek y se lo puso. Había estado doblado durante tanto tiempo que las dobleces se mantuvieron a pesar de llevarlo puesto. La estancia se llenó con el olor a cuero nuevo.

El comisario se acercó a la mesa grande y empezó a rebuscar entre las placas de datos y los informes. Encontró un plano del tercer compartimento y lo estudió durante unos momentos.

—¿El Instrumento de orden? —le preguntó Ludd mientras tomaba el libro en las manos.

Gaunt lo miró de reojo.

—Creí que debía repasarlo. Voy por libre, Ludd. He estado fuera de todo control durante mucho tiempo. Pensé que sería buena idea repasar las verdaderas reglas.

—¿Y?

—Son una tontería. Rígidas, altaneras, remilgadas y aburridas. Me cuesta trabajo recordar cómo pude cumplir mis deberes como comisario sin derrumbarme llorando de frustración.

—Ya es comisario de nuevo, señor —le recordó Ludd.

—Sí, eso es lo que soy, y no esa curiosidad de comisario coronel. Echo de menos la capacidad de mando, Ludd. La echo mucho de menos. ¿Sabes qué? Será mejor que metas el libro en uno de tus bolsillos. Te necesitaré para que me recuerdes qué Feth se supone que debo hacer.

—¿Perdón, señor?

Gaunt se echó a reír y meneó la cabeza.

—Un soldado teme por su vida, algo muy natural en la guerra, y rompe la línea. ¿Qué se supone que debo hacer?

Ludd se quedó callado, dudando.

—Bueno, te daré una pista. No es hablar con él, tranquilizar sus temores y hacer que vuelva a la línea de combate. Oh, no, no señor. La respuesta correcta según ese libro de mierda es ejecutarlo delante de los demás soldados. —Gaunt soltó un suspiro—. ¿Cómo logramos construir este Imperio? Con muerte y con miedo. No son grandes materiales de construcción.

—¿Esto es otra muestra de su extraño sentido del humor, verdad, señor?

Gaunt lo miró.

—Si eso te hace dormir mejor esta noche, entonces la respuesta es sí. —Gaunt dejó la placa de datos en la mesa—. Quiero ver a los fantasmas.

—¿Perdón, señor?

—Los fantasmas. Están a punto de ser reasignados, ¿no es así?

—Sí, señor. En uno o dos días.

Gaunt asintió.

—¿Los van a enviar a esa nueva compañía?

—El comandante general pensó que sería lo más apropiado, señor. Eso suponiendo que el comandante de la compañía esté de acuerdo.

—Ya veo. ¿Cómo se llama?

Ludd se quedó pensativo un momento.

—Coronel Lucien Wilder, señor.

—Feth! —exclamó Gaunt—. Es increíble cómo la verdad se infiltra en los sueños.

—¿Perdón, señor?

—No importa, Ludd. Quiero ver a los fantasmas antes de irme.

—¿Es sensato, señor? ¿No sería mejor...?

—Hay demasiado entre nosotros, Ludd. Demasiada sangre derramada juntos. Tengo que verlos una última vez.

—Barracón Nueve E, señor. Esperan que los redistribuyan.

Gaunt se dirigió hacia la puerta.

—Gracias. Volveré antes de mediodía. Haz algo útil y empaca todo mi equipo.

Ludd se quedó callado un momento.

—¿Yo, señor?

—No le estaba hablando a Eszrah —le contestó Gaunt mientras abría la puerta—. Tiene una serie de habilidades excelentes, pero entre ellas no se encuentra guardar el equipo reglamentario de la Guardia Imperial. Me refería a ti, Ludd.

—Sí, señor.

—Habrá un sitio en el transporte para Eszrah, ¿verdad?

—¿Viene con nosotros?

—Por supuesto.

—Me ocuparé de que así sea, señor.

Gaunt caminó por el pasillo bajo el resplandor intenso de las barras luminosas. Sabía lo que iba a pasar y lo odiaba. Jamás se imaginó, jamás en absoluto, que tendría que hacer lo que estaba a punto de hacer...

Despedirse.

Mientras caminaba se cruzó con varios oficiales jóvenes de aspecto novato. La mayoría de ellos fingieron no mirarle, pero sintió sus miradas al pasar.

Temerosos, intranquilos. Cautelosos.

Eso estaba bien. Tenían que estar atemorizados.

En esos precisos momentos, Gaunt se sentía el cabrón más peligroso de todo el Imperio.

Los fantasmas se pusieron en pie cuando entró, pero Gaunt les indicó con un gesto que se volvieran a sentar. Tenían un aspecto extraño con las nuevas ropas negras. Parecían reclutas recién llegados. Sólo los rostros delataban su veteranía. Todos menos Criid llevaban el cráneo afeitado. Gaunt se fijó en que en los antebrazos llevaban algo parecido a esparadrapos. Eran pequeños parches adhesivos que soltaban poco a poco medicinas en el riego sanguíneo para librarlos de parásitos y piojos.

Gaunt se sentó en uno de los camastros, y todos se reunieron a su alrededor.

—Ya tengo asignado un destino, así que me marcho esta misma mañana, de modo que lo más probable es que no os vea a ninguno durante bastante tiempo.

Había poco que decir al respecto. Rawne se limitó a asentir. Beltayn se quedó mirando al suelo.

—Bueno, tampoco os pongáis tan sensibleros —les soltó Gaunt.

Brostin y Varl se rieron. Bonin murmuró algo.

—¿Mach? —le preguntó Gaunt.

Bonin se encogió de hombros.

—Nada. Sólo dije que... no es como me lo esperaba.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Feygor.

—Habla del final —le respondió Mkoll en voz baja.

Bonin asintió.

—Nunca piensas en ello —dijo.

—Excepto cuando lo haces —le susurró Larkin.

—Sí, excepto entonces —asintió Bonin—. Y entonces te imaginas que..., no sé, quizá una última acción heroica, o un desfile triunfal y una pensión. Una cosa u otra.

—Muerto o acabado —comentó Varl con las cejas alzadas en señal de broma—. Pues vaya elección.

—Mach tiene razón —insistió Larkin—. Eso es lo que te imaginas. Los dos extremos, pero no esto.

—No esto —repitió Bonin.

—Es que parece tan... —empezó a decir Beltayn—, tan vulgar.

—Es el mundo real, Bel —le recordó Rawne—. La vida en la Guardia Imperial. Olvídate de las canciones gloriosas. Patear planetas y llevarse disgustos, eso es lo que nos toca.

—Bueno —dijo Gaunt—, ahora que he elevado la moral a niveles increíbles... —Unos cuantos más se rieron, pero fueron risas sin alegría—. ¿Ya sabéis adónde vais? —le preguntó a Rawne.

—Estamos esperando la confirmación —le respondió éste poniéndose en pie. Se acercó a una mochila y empezó a rebuscar en el interior—. Pero lo sabemos más o menos. Y sabemos qué somos.

Sacó una bolsita de papel encerado de la mochila y se la tiró a Gaunt. Era pesada y tintineaba. Llevaba impreso un sello codificado del Munitorum. El comisario yació el contenido en la palma de la mano. Eran insignias plateadas y relucientes marcadas con el emblema 81/1 (r).

—No sé mucho acerca de ellos —comentó Gaunt, estudiando con atención la insignia—, pero el Munitorum habrá querido asegurarse de que cualquier reorganización con restos de otras unidades tenga sentido en el campo de batalla. Además, Van Voytz dio su aprobación personal a la operación.

Alguien soltó un bufido despectivo.

—Vale, ya sé que no es vuestra persona favorita, pero creo que sigue de nuestro lado, incluso ahora. Me han dado a entender que vuestro nuevo comandante es un tipo en condiciones. —Gaunt miró a Criid—. Se llama Wilder. —Tona Criid abrió los ojos de par en par durante un momento—. Sí, Tona. Me preguntaba si te acordarías.

—¿De qué? —preguntó Varl.

—De nada —le replicó ella.

Gaunt metió las insignias de nuevo en la bolsa y se la devolvió a Rawne antes de ponerse en pie.

—No voy a despedirme, porque sería asegurarnos de que la mala suerte hará que no nos veamos otra vez, y no voy a soltar un discurso. No es el lugar, y tampoco estoy de humor. No quiero que marchéis al combate pensando que tenéis que hacer algo que me haga sentir orgulloso. No me debéis nada. Nada en absoluto. Hacedlo por el Trono, y por vosotros mismos.

Se dirigió a la puerta del barracón. No tenía pensado mirar atrás, pero algo lo hizo volverse en el umbral en el último momento. Los fantasmas se habían puesto en pie. No habían formado una fila ni estaban alineados, pero todos estaban frente a él en posición de firmes.

Gaunt los saludó y se marchó.



DIEZ

Habían rechazado al enemigo dos veces en media hora y lo habían obligado a retirarse de la cima de la colina. Las armas de apoyo y la disciplina de disparo de las escuadras habían hecho la mayor parte del trabajo, pero en algunos puntos el combate había sido brutal. Callide informó de bajas por enfrentamientos cuerpo a cuerpo en un punto donde las tropas del Pacto Sangriento habían encontrado una desenfilada y habían conseguido flanquear a la segunda sección.

Wilder sintió que habían llegado al punto culminante de aquella batalla concreta. ¿Iba el enemigo a desmoralizarse o iba a intentar un tercer asalto a la colina?

Era difícil adivinarlo. La luz blanca del día ya brillaba con fuerza, pero la visibilidad se había reducido enormemente debido a las nubes de humo en la ladera de la colina. Los informes le indicaban que las líneas imperiales se mantenían en posición, pero localizar dónde se encontraba el enemigo era cuestión de intuición.

A Wilder también le costaba ver debido a la sangre que le corría sobre los ojos. Estaba cerca de la cima cuando un Chimera hauberkanos que estaba cerca había recibido el impacto de un cohete. El vehículo había estallado como una mina de demolición. Wilder había salido despedido por los aires debido a la onda expansiva y se había rasgado la frente contra el tocón de un árbol arrancado.

Tenía que estar parpadeando continuamente para impedir que las gotas de sangre le cayeran en los ojos mientras no dejaba de intentar enjugar la herida. Notó el sabor salado en la boca.

Llegó a la posición bajo el mando de uno de los oficiales de compañía tanith, un tal capitán Domor, y uno de los suyos, el capitán Kolosim.. Por el Trono, tenía que dejar de pensar así. Los dos eran capitanes suyos.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó Domor a Wilder mientras subía.

Domor era un individuo robusto con un cierto aspecto fiable. Le habían sustituido los ojos en algún momento de su vida de servicio por unos grandes implantes ópticos. Los tanith tenían un apodo para él, pero Wilder no lo recordaba en ese momento.

—Estoy bien —le contestó—. ¿Qué hay?

—Se han retirado a ese arroyo de ahí —contestó Kolosim, otro individuo robusto y pelirrojo—. Hay mucha cobertura en esa parte. Muchas rocas. Tenemos una línea de visión que se solapa con la gente del sargento Buckren, pero ninguno de nosotros es capaz de decir qué están haciendo.

—He enviado a dos unidades al flanco —le informó Domor—. La de Raglon y la de Theiss, por si acaso nos atacan de repente por ahí, por esa zanja.

A su izquierda, lejos, el pesado tableteo de un cañón automático resonó en el aire.

—¿Cree que vienen a por otra tunda, señor? —le preguntó Kolosim.

—Ferdy, ¿te parecen tan estúpidos? —le contestó Wilder con una sonrisa.

—Lo bastante estúpidos como para que nos tiremos todo el día aquí —fue la respuesta de Kolosim.

—¿Qué hay de esos tanques, señor? —quiso saber el sargento Bannard, el segundo de Ferd Kolosim—. ¡Cabrones cobardes!

—Todos opinamos algo sobre la gente de los tanques, Bannard —le replicó Wilder—, y yo se lo diré a ese cerdo cretino de Gadovin en cuanto le ponga la vista encima. —Wilder levantó una mano de repente—. ¿Qué es eso?

Un ronquido bajo, un murmullo mecánico, empezó a llegar hasta ellos.

—Son blindados —dijo uno de los soldados de Belladon con cierta confianza.

Algunos avanzaron a rastras para intentar distinguir a los vehículos enemigos entre el humo.

—Están detrás de nosotros —indicó Kolosim.

—No, eso es el eco —negó Bannard.

El capitán Domor se dio la vuelta hacia la densa cortina de humo que había a espaldas de la colina.

—Kolosim tiene razón —dijo.

—¿Cómo? —soltó Wilder.

—¡Oh, Feth! —exclamó Domor de repente, le arrancó el micrófono de la mano al operador de comunicaciones—. ¡Ataque aéreo, ataque aéreo! ¡Informe de su posición!

Sólo se oyó la estática.

—Repito, ataque aéreo! ¡Informe de su posición! ¡Si se aproximan para efectuar un ataque, sepan que hay tropas amigas en la zona!

Se oyó más estática. Luego un silencio.

—Ataque aéreo a dos minutos. Vamos a bombardear la zona objetivo.

Para los ojos de Wilder, el humo no era más que humo, pero los implantes oculares de Domor, capaces de ver más allá de la simple visión humana, habían captado el rastro de calor de las aeronaves que se acercaban a baja altura. Miró a Wilder.

—¡Ordene la retirada! ¡Ahora mismo! —gritó Wilder. Domor empezó a gritar a su vez por el micrófono—. ¡Arriba y atrás! —aulló Wilder—. ¡Vamos, vamos! ¡Salid de la colina!

Los soldados agarraron las armas y el equipo y empezaron a bajar a la carrera la ladera esquivando los vehículos hauberkanos en llamas. Todas las tropas del Octogésimo Primero Primero que había en la colina iniciaron una retirada frenética a toda prisa hacia el sendero.

Un minuto después, más o menos, con los soldados lanzados todavía a la carrera,

las naves cañoneras surgieron del humo. El rugido de los turbocompresores las precedió como la ola de proa de un barco. Veinticinco aeronaves de ataque de la clase Vukure, con los alerones de cola en forma de V y de morro afilado, pintadas con un esquema de camuflaje de colores arena y marrón, cruzaron la nube de humo casi a la altura de los árboles. Las sombras imprecisas pasaron por encima de los soldados de Wilder bajo la turbia luz del sol. El coronel oyó el siseo de los cohetes al salir disparados desde los montantes de las alas. Las estelas de vapor adelantaron a los rugientes Vulture y la cima de la colina desapareció convertida en una hilera de explosiones que estremecieron el suelo.

Wilder vio a unos cuantos soldados caer al suelo derribados por las ondas expansivas.

—¡Están disparando corto! —le gritó al operador de comunicaciones más cercano—. ¡Diles que están disparando corto!

El operador empezó a gritar por el micrófono.

Una segunda oleada pasó rugiendo por encima y dispersó parte del humo con el poderoso chorro de los motores. Otra andanada de cohetes de fragmentación silbó sobre la colina y una lluvia de fuego y esquirlas salpicó el suelo.

—Tengo al control aéreo —le informó el operador—. Creo que los he convencido de que disparen al otro lado de la colina.

Llegó una tercera oleada, o quizá era la primera que regresaba para disparar de nuevo. Wilder no estaba seguro. La tercera andanada de cohetes pasó por encima de la cresta de la colina y estalló en la ladera del otro lado. La gruesa capa de humo negro provocada por las explosiones se enroscó sobre sí misma creando extraños dibujos en el aire cuando los Vulture la atravesaron.

Wilder le dio una palmada en el hombro al operador.

—Eso sí que es hablar rápido, muchacho. ¿Cómo te llamas?

El soldado lo miró sorprendido.

—Esteven, señor. Soy Esteven.

Lo era. Esteven, nacido y criado en Belladon, operador de comunicaciones de la unidad de Baskevyl. Wilder se había vuelto tan cauteloso sobre el asunto de identificar correctamente a todos los nuevos que no había reconocido a un soldado al que conocía desde hacía años. Esteven tenía la cara cubierta de suciedad, pero eso no era excusa.

—Claro que lo eres —le soltó Wilder—. Sólo te estaba poniendo a prueba —añadió para que sonara como una broma.

Esteven se echó a reír mientras se echaba al hombro el equipo de comunicaciones para dirigirse a la zanja. Lo cierto era que se trataba de un asunto de risa, pero a Wilder no le había apetecido mucho reírse en lo que llevaba de día.

—¡Eh, Esteven! —lo llamó el coronel—. ¿Te explicaron los de control aéreo cuál

fue el error en la zona de bombardeo?

Esteven asintió.

—Dijeron que no ha sido un error. Se dirigían a la zona que le habían señalado los hauberkanos.

Recibieron la señal de retirarse una media hora más tarde y retrocedieron por el sendero hasta el puesto 36, cuatro kilómetros más atrás en el compartimento. Ya era media mañana cuando el Octogésimo Primero Primero empezó a reagruparse.

El puesto 36 era uno de los cuarteles generales de campo establecidos en la zona controlada del quinto compartimento. Estaba cerca de la pared occidental y a la vista de la gigantesca entrada que llevaba al cuarto compartimento. El puesto cubría una superficie de unos dos kilómetros cuadrados, la mayor parte de la cual estaba ocupada por los almacenes de suministro y las tiendas de campaña. Algunas de las instalaciones del puesto, incluido el hospital de campaña, se habían establecido en la casa medio derruida que los imperiales habían encontrado durante su ofensiva en el quinto compartimento. La casa era una estructura de piedra de un solo piso, tan vieja y desgastada como las propias murallas del Mons. Las ruinas como aquélla se podían encontrar por doquier en todos los compartimentos explorados de la ciudad escalonada. Algunas eran poco más que los cimientos de piedra que sobresalían del suelo. Otras se mantenían en pie aunque estuvieran desgastadas. Ninguna de ellas se parecía a las otras, y todavía no se había determinado para qué servían. Se decía que se trataba de los restos de domicilios primitivos, que antaño los compartimentos habían estado llenos de ciudades populosas. Otros decían que las casas eran reliquias construidas por las tribus locales que habían emigrado hasta el interior de las murallas después de que el propio Mons se convirtiera en una ruina. Una tercera teoría sostenía que los compartimentos siempre habían sido áreas abiertas de espacio salvaje construidos con un propósito místico, y que las casas eran los templos y las capillas que habían dejado atrás los constructores originales del Mons.

A Wilder no le importaba mucho. El lugar era lo bastante bueno para establecer un campamento desde el que se pudiera organizar la exploración y la conquista del compartimento.

Había bastantes regimientos de infantería reunidos en el puesto 36. Se veían otros más que avanzaban por la carretera que cruzaba el gran portal de entrada. Una columna de blindados. Vehículos de suministro. Varias naves de la clase Valkyrie descendían hacia una amplia superficie de basalto situada al oeste del puesto para desembarcar a los heridos en el campo de batalla. Algunos de los hombres que transportaban en las camillas eran soldados de Wilder. En cuanto descargaban, las Valkyrie despegaban y se dirigían hacia el interior del compartimento para volver a por más heridos o volaban hacia el sur atravesando la enorme abertura de entrada

para dirigirse a los campos de aterrizaje en los puestos avanzados del cuarto compartimento.

Wilder se salió del camino y comenzó a subir por la polvorienta cuesta que llevaba hasta el puesto. La luz del sol estaba quemando la hierba y los puñados de matojos que dejaba atrás. La muralla más alejada del compartimento se alzaba como un risco desértico. Alzó la mirada para ver mejor a un escuadrón de Vulture de camuflaje arena y marrón, que lo sobrevoló de camino a su base.

Había un puñado de vehículos blindados aparcados a un lado del camino. La mayoría tenían un número de serie pintado de negro que pertenecía a un regimiento que Wilder no conocía, pero entre ellos había al menos cinco blindados hauberkanos, y había más vehículos de estos últimos que se acercaban por el sinuoso sendero del valle.

—Que los hombres descansen y se asean —le dijo a Baskevyl—. Quiero que hayan comido y revisado las armas para las catorce cero cero. Y a todo el mundo con la munición a tope, sin excusas.

—Sí, señor.

Wilder siguió cruzando el terreno polvoriento que llevaba hasta el hospital.

Los ingenieros del Munitorum habían techado la casa con planchas de blindaje prefabricado y reforzado las paredes con tablones y sacos de arena. En el extremo norte se encontraba el puesto de mando, en una zona ampliada del propio edificio gracias a varias telas de tiendas de campaña. Habían erigido un par de mástiles de comunicación cerca de allí. Los cables de alimentación serpenteaban hacia la fila de generadores colocados en la parte posterior de la casa. El resto del lugar lo ocupaban la sala de clasificación prioritaria de heridos y la enfermería. Un fuerte olor a serrín y a planchas de madera nuevas invadía el aire y casi ahogaba por completo el olor habitual en un hospital de campaña.

Ni los heridos graves ni los muertos se quedaban mucho tiempo allí. No había lugar para ellos. Una serie de unidades de transporte pasaban de forma regular y se los llevaban hasta las bases principales situadas en las Llanuras Rotas y en Tarenal, o hasta el cementerio cada vez más amplio que había en el desierto. El hospital del puesto 36 era un punto de procesamiento, superficial y eficiente, donde se trataban las heridas leves, las infecciones, algunas enfermedades y se estabilizaba a los menos afortunados hasta que llegara la evacuación.

Los menos afortunados. Wilder pensó en ello por un momento. ¿Lo eran? ¿De verdad eran los menos afortunados? Pasó por debajo de una arcada y se echó a un lado para dejar pasar a una serie de camilleros que entraron en procesión. A la derecha había un par de estancias donde se clasificaba a los heridos, con una cámara adyacente que se había equipado para utilizarla como quirófano de campaña. Había otros dos quirófanos en unas habiendas montadas fuera. A la izquierda había tres

pequeñas enfermerías, donde los heridos leves podían descansar y recibir tratamiento durante unos pocos días antes de volver al servicio activo, y donde los heridos graves esperaban hasta ser transportados.

El lugar estaba abarrotado. No había dejado de estar abarrotado desde que la Guardia Imperial había avanzado y ocupado la posición cinco días antes. Wilder vio unos cuantos soldados suyos entre los heridos, la mayoría por cortes y quemaduras. Habló con ellos y les dirigió unas cuantas palabras de ánimo. Hasta ese momento sólo había cinco heridos graves. Dos estaban inconscientes. Uno de ellos era el sargento Piven, con quien Wilder había pasado mucho tiempo. Parecía que le habían golpeado en la cara con una plancha lisa de hierro. Al otro, el soldado Boritz, le habían disparado ocho o nueve veces. Le faltaban trozos del torso y de las piernas. Dos enfermeros se afanaban en intubarlo.

Wilder encontró al soldado Raydee un poco más adelante. Estaba tumbado en una cama, inconsciente a ratos debido a las fuertes dosis de calmantes para el dolor. Tenía el pie y el tobillo aplastados.

—Era un cabrón muy grande, señor —le dijo Raydee.

—¿Lo liquidasteis?

—Yo no, señor, pero lo liquidaron por mí.

Wilder sonrió. La lesión de Raydee tardaría mucho tiempo en curarse. En poco tiempo sería uno de los «menos afortunados».

—¿Mkard sobrevivió? —le preguntó Raydee.

—¿Perdona?

—Mkard, señor. Estaba conmigo cuando ocurrió. Espero que lograra sobrevivir, señor —insistió Raydee.

—Me enteraré —le aseguró Wilder.

Raydee había expresado una preocupación sincera por uno de los recién llegados. Mkard era un nombre tanith. Quizá la unión ya era duradera.

Wilder divisó cerca de allí al veterano jefe médico que había llegado con los refuerzos tanith. Estaba vendando la herida del brazo de un verghastita.

—¿Doctor?

Dorden miró a su alrededor.

—Un momento, coronel —le pidió mientras acababa de vendar al soldado.

A Wilder, Dorden le parecía frágil y quebradizo, demasiado viejo para el servicio en el frente, pero tenía veteranía y habilidad, y puesto que la unidad había perdido a la mayor parte de su personal médico, eso contaba mucho.

—Por aquí, coronel —le dijo Dorden. Lo llevó hasta una mesa de primeros auxilios que estaba vacía—. Eche la cabeza un poco para atrás, por favor.

—¿Qué? ¡Ah! —Wilder casi se había olvidado de su propia herida—. No he venido por esto, doctor. Me he pasado por aquí para enterarme un poco del número de

bajas. Tuvimos que retirarnos con mucha prisa y no tengo ni idea de cuántas sufrimos.

Dorden se encogió de hombros.

—Lo siento, coronel, no puedo ayudarlo. Todavía nos están llegando, como puede ver, y no me fijo en los emblemas. Sólo son cuerpos que debo curar. El Quincuagésimo de Kolstec ha sufrido un bombardeo a primera hora de esta mañana en la zona del acantilado. Los han estado trayendo por vía aérea desde hace una hora.

—¿Un bombardeo duro?

—¿Los hay blandos? ¿Qué me dice de ustedes?

—Ha sido bastante intenso. De hecho, una paliza. Voy a hablar con los nuestros.

—La verdad es que preferiría curarle la herida ahora mismo —le indicó Dorden.

—Más tarde. Atienda a alguien que lo necesite con más urgencia.

Dorden se lo quedó mirando un momento antes de que se marchara.

Wilder estaba a punto de acercarse a las habitaciones de enfermería cuando se dio cuenta de que la puerta trasera de la casa estaba abierta. Vio las bolsas de cadáveres alineadas sobre la tierra seca bajo la luz del sol. Salió fuera y se quitó la gorra a pesar del fuerte brillo del sol. Había cerca de cuarenta cuerpos formando líneas perfectas, casi en formación de desfile. Varios enfermeros que estaban trasladando más cadáveres hasta allí desde varios camiones cercanos. Wilder caminó entre las filas mirando las placas de identificación que llevaban anudadas alrededor de los cierres de la bolsa. Encontró a dos de Belladon y a uno de Tanith. Mkard.

Un anciano encorvado caminaba con lentitud entre las filas salmodiando un himno y bendiciendo los cuerpos uno por uno. Los últimos ritos al estilo del frente de combate.

—Ayatani —lo saludó Wilder.

Zweil lo miró. A Wilder siempre le había parecido que el viejo sacerdote estaba un poco loco, pero formaba parte de la unidad que habían absorbido.

—Coronel. Otro día en el polvo, que es allí donde todos regresaremos, aunque, a este paso, antes de lo que querríamos la mayoría de nosotros.

Wilder no tuvo muy claro qué contestar. El anciano tenía la habilidad de dejarlo sin respuestas.

—¿Sabe? Algunos días le rezo a la santa para que me conceda alguna habilidad con la que pueda ayudar. Yo no lucho, ya lo sabe, y no curo..., no como Dorden. A menudo le rezo para que me conceda la capacidad para traerlos de vuelta de entre los muertos.

—¿A quién, padre?

Zweil señaló con un gesto los cuerpos tendidos en el suelo.

—A ellos. A otros. A cualquiera. Pero hasta el momento, me ha negado esa capacidad. ¿Puede hacerlo, Wilder?

—¿El qué?

—Traerlos de vuelta de entre los muertos.

—No, padre.

—Es curioso, pero a veces me parece el tipo de persona que sería capaz de traerlos de vuelta de entre los muertos.

—Lo siento, pero no. Me gustaría pensar que mi capacidad es impedir que los maten, pero ni siquiera en eso soy infalible.

Zweil sorbió por la nariz y se la limpió con la manga.

—Ninguno de nosotros es perfecto —dijo el ayatani.

De repente, miró con atención a Wilder y, para sorpresa del coronel, lo agarró de la mandíbula con unos dedos nada limpios.

—Debería ir a que lo examinaran —le dijo Zweil mientras le movía la cabeza para verle mejor la herida de la cabeza.

—Sí, lo haré. Gracias, padre —le contestó mientras le apartaba los dedos—. Dorden ya se ha ofrecido a curarme, pero le he dicho que podía esperar.

—¿Por qué?

—Por la clasificación prioritaria de heridos. Padre.

—Exacto.

—¿Qué?

Zweil se sacó una ramita seca del bolsillo y empezó a mordisquearla con aire ausente.

—La clasificación prioritaria de heridos. Grados de prioridad. Es sólo un arañazo, pero es el comandante de la compañía. ¿Qué pasaría si lo dejara así y se le infectara? Pues que la unidad se quedaría sin jefe en esta etapa temprana y delicada.

—Supongo que así sería, padre.

—Pues que lo curen. Prioridades.

—Sí, padre.

—Antes de que todos ellos empiecen a dar vueltas, perdidos como pollos sin cabeza, en busca de un liderazgo adecuado porque usted está en cama, febril a causa del envenenamiento de la sangre...

—Que sí, padre.

—Y con gangrena en las cejas, aparte del pus negro que rezumaría de,...

—Gracias, padre. Iré ahora mismo.

—Ésa es mi habilidad —le dijo Zweil a Wilder mientras se alejaba—. Acabo de acordarme. Puedo dar buenos consejos y sabias advertencias. Le doy gracias a la santa por concederme ese don.

—Sí, padre —respondió otra vez Wilder.

—¿Está seguro? —le gritó Zweil cuando llegó a la puerta de la casa. Wilder se volvió hacía él.

—¿De qué?

Zweil estaba mirando los cuerpos envueltos en sacos tendidos sobre la tierra seca. Estaba apagado de nuevo. Aquellos repentinos cambios de humor y pensamientos erráticos indicaban alguna clase de trastorno bipolar.

—¿No puede traerlos de vuelta de entre los muertos?

—No, padre ayatani. No puedo.

Zweil soltó un suspiro.

—Bueno, pues entonces siga con lo suyo.

—Quítese la gorra y los auriculares —le dijo Dorden. Wilder obedeció—. La cabeza hacia atrás. —Dorden lavó la herida y la cerró con unas grapas de plastek—. Lo vendería, pero es mejor que se seque al aire —le comentó Dorden mientras le entregaba un pequeño tubo de gel antiséptico—. Póngase esto cada pocas horas, mantenga la herida limpia y vuelva dentro de uno o dos días.

—Gracias —le dijo Wilder.

Baskevyl apareció en la puerta de la zona de clasificación de heridos y vio en seguida a Wilder.

—DeBray quiere un informe de lo sucedido esta mañana. No creo que le haya gustado mucho lo que ha pasado.

—Pues que se ponga a la cola detrás de mí —replicó Wilder—. ¿Cuándo quiere verme?

—Cuando a usted le convenga. Le dije que lo estaban curando.

Wilder asintió.

—¿Tenemos el número de bajas?

—Ocho muertos —le informó Baskevyl—. Treinta y ocho heridos, de los cuales doce son graves. Eso hasta el momento.

—Podría haber sido mucho peor —comentó Wilder—. Mucho, muchísimo peor. Por cierto, felicita de mi parte al capitán Domor. Él es uno de los motivos de que no haya pasado algo peor.

—Sí, señor.

—Reúne a los jefes de compañía y...

Wilder se metió el tubo de antiséptico en el bolsillo de la chaqueta mientras hablaba y los dedos tropezaron con el mensaje. Lo sacó y se puso a leerlo.

—¿Señor? ¿Ocurre algo? —le preguntó Baskevyl.

—¿Qué?

—Ha puesto una cara como..., como no sé qué.

Wilder se quedó mirando a su primer oficial, y estaba a punto de contestarle cuando Dorden lo interrumpió. Le tendía la gorra y los auriculares.

—El microrreceptor está chasqueando.

Wilder se los colocó justo a tiempo de oír una llamada repetida.

—Aquí Wilder, adelante.

—Aquí Hark, coronel. Por favor, venga a la zona de dispersión.

Hark saludó a Wilder y a Baskevyl mientras se acercaban. La amplia explanada de la zona de dispersión estaba repleta de los vehículos blindados que regresaban del frente y un convoy procedente de la puerta. Hark estaba al lado de un trío de Chimera sucios que llevaban las insignias de la unidad hauberkana.

—Por aquí —les indicó Hark. Un grupo de hauberkanos se había reunido alrededor de la parte trasera de uno de los transportes blindados de tropas. Wilder apretó los puños—. ¡A un lado! —les advirtió Hark.

Los tanquistas se apartaron para dejarlos pasar. Gadovin, el comandante de los hauberkanos, estaba esposado por una muñeca a una de las barras de la parte trasera de un Chimera. Era un individuo de rostro enjuto, con el cabello ralo y rubio. La camisa mostraba dos medias lunas de sudor bajo los brazos.

—¡Suélteme! —le gritó a Hark—. ¡Esto es ridículo!

—¿Ridículo? —le preguntó Wilder.

Gadovin se fijó en él por primera vez y se puso tenso.

—Se supone que debías avanzar, Gadovin —le espetó Wilder.

—La zona estaba minada.

—No tanto como para que tuvieras que pararte en seco y apagar los motores. Te advertí de lo que pasaría.

—¡Le hice caso! —protestó Gadovin—. Cuando se produjo el ataque, me puse en marcha inmediatamente...

—¡Diste marcha atrás!

—¡Para recuperar el sendero!

—A través de mis soldados, quienes habían avanzado para apoyaros. Casi los atropelláis a todos. Los dejasteis con las líneas rotas y luego pediste un ataque aéreo.

—¡La situación era extremadamente peligrosa! Podían haber roto la línea. Era esencial que...

—Claro que era peligrosa. Tú te ocupaste de eso. Mi gente todavía estaba en la zona de ataque librando por ti la lucha de la que debías ocuparte tú cuando los Vulture llegaron. ¿Es que no pensaste en eso? ¿Es que no te importó?

—¡Creí que también se habían retirado!

—¿Por qué? ¿Por qué tú lo hiciste? No todos somos unos gusanos cobardes, Gadovin.

Gadovin no le contestó. Estaba mirando por encima del hombro de Wilder. Se acercaba el mariscal DeBray acompañado por el mayor Gerrogan, el segundo de Gadovin en el mando.

Los soldados se apartaron más todavía en señal de respeto. DeBray entró en el círculo de tanquistas. Era un individuo de complexión delgada y cabello blanco, con una expresión apática permanente en la cara. DeBray los miró de arriba abajo.

—A un lado, coronel Wilder —le dijo—. No es asunto suyo reprender a otro oficial superior. ¿Fue usted quien esposó a este hombre, comisario?

Hark se limitó a asentir.

DeBray se quedó mirando a Gadovin.

—He leído los informes preliminares, Gadovin. No pintan nada bien. En primer lugar, deberías haber seguido avanzando. En segundo lugar, deberías haber mantenido la posición, y en tercer lugar, ese ataque aéreo fue una decisión nefasta.

—La situación era crítica, señor —contestó Gadovin—. Había minas y...

—Vaya con las minas. Estamos en guerra, Gadovin, y eres un imbécil. Sin embargo, tanto tú como tu unidad sois novatos y acabáis de llegar. Acabas de tener un comienzo penoso, pero espero que hayas aprendido y que cumplas con tu puñetero deber con rapidez. Sé osado, decidido y cíñete al plan, y cuando un oficial experimentado como Wilder te dé un consejo, será mejor que lo sigas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Que te esposen, que te humillen y que te llamen imbécil delante de tus soldados es probablemente un castigo más que suficiente. Comisario, suéltelo, por favor.

Hark se quedó quieto un momento, pero después se acercó a Gadovin y lo soltó.

—¿Es que va a dejar que...? —empezó a protestar Wilder.

—Ah, ah, ah —lo interrumpió DeBray alzando una mano—. Entiendo ese rencor que siente, Wilder, pero ya le he dicho que no es asunto suyo reprenderlo.

—Lo cierto, mariscal, es que tampoco es asunto suyo —le dijo Hark con brusquedad—. Este individuo se ha comportado de un modo deficiente al servicio del Dios Emperador. Muy deficiente. —Se dio la vuelta y en la mano le apareció una pequeña pistola automática. El disparo hizo que todos se sobresaltaran. Gadovin chocó de espaldas contra la parte posterior del Chimera. La mancha de sangre de la cabeza manchó el costado del vehículo antes de que cayera de bruces al suelo.

Los hauberkanos se quedaron mirando, mudos por el horror que sentían. DeBray miró fijamente a Hark.

—La disciplina y el castigo son asuntos del Comisariado —dijo Hark en voz alta y clara para que todos pudieran oírlo—. No necesitamos que nos diga nada más sobre el asunto, mariscal. Los tanquistas hauberkanos aprenderán de esta demostración que ni la Guardia Imperial, ni el señor de la guerra Macaroth y ni siquiera el propio Emperador tolerarán la incompetencia y la cobardía, sobre todo en los oficiales superiores de la línea del frente. Mayor Gerrogan, espero que esto le sirva de inspiración para ser mucho mejor jefe que su antecesor. Limpie esto y limpie la hoja de servicios de la unidad.

Enfundó la pistola y se alejó. DeBray inspiró profundamente, miró a Wilder sin mostrar simpatía alguna y se volvió para regresar a su puesto de mando.

—¡Por favor, Wilder, quiero ese informe pronto! —le dijo por encima del hombro.

Wilder alcanzó a Hark a mitad de camino de los alojamientos del Octogésimo Primero Primero.

—¿Qué ocurre ahora? —le preguntó Hark.

—Nada, es que... —Wilder se encogió de hombros—. Ve a unos soldados que abandonan su puesto y los deja huir, pero no duda en ejecutar a un oficial superior.

—Sí. Que eso le sirva de lección —le contestó Hark. Se detuvo, y se volvió para mirar a Wilder—. Era una broma, por supuesto. Me gustaría pensar que esto le ha aclarado un poco mi modo de pensar. Los soldados abandonan su puesto. Tienen miedo. ¿Por qué tienen miedo? Porque no se les dirige de forma adecuada. ¿Deberían ser ejecutados por los errores de otra persona? No, yo creo que no. Creo que debería proporcionárseles un liderazgo firme para que eso no ocurra de nuevo. Si un oficial falla, toda la estructura de mando se viene abajo. Gadovin era la razón por la que esos hombres huían. Gadovin era el fallo, y por eso reservé mi castigo para él.

Wilder asintió.

—¿Estamos de acuerdo? —quiso saber Hark.

—Sí.

Hark empezó a caminar de nuevo.

—¿Hark?

—¿Sí, coronel?

Wilder le entregó el mensaje.

—He recibido esto esta misma mañana. Creo que quizá debería leerlo.

Hark lo leyó.

—¿Está confirmado, señor?

—Sí.

—¡Por el Trono,..! ¿Están vivos? Después de que todos... Bueno, es algo inesperado. ¿Se lo ha dicho a alguien?

—No. Usted es el primero.

Hark asintió.

—Será mejor que decidamos cómo vamos a manejar esto. ¿Cómo le decimos a los Fantasmas que Gaunt está vivo?



ONCE

Zona de combate Sparshad, Ancreon Sextus

Los turbopropulsores del Valkyrie aullaron bajo el implacable sol del mediodía a medida que aumentaban de potencia. El sargento de vuelo comprobó el arnés de seguridad de Ludd dándole un par de tirones. Luego hizo lo mismo con Gaunt, pero no con Eszrah.

—Estará bien —le dijo Gaunt.

El sargento de vuelo asintió y luego le hizo una señal al piloto. El rugido de los motores se intensificó de repente, como si fueran a estallar, y el transporte de asalto se elevó en el aire.

El sargento de vuelo había dejado abiertas las compuertas deslizantes laterales del compartimento de carga. Se quedó de pie al lado de la abertura del costado izquierdo, junto al montaje del bólter pesado, con una mano alzada para mantenerse agarrado a una barra. Ludd vio al otro lado de su silueta y del arco del ala de babor como el reluciente mundo pasaba a toda velocidad. A poca altura al principio, mientras se alejaban del Leviathan a lo largo de la ciudad formada por las tiendas de campaña y de las concentraciones de vehículos de las Llanuras Rotas, por encima de las banderas ondeantes y de los mástiles de comunicación. Todo eran detalles borrosos. Luego empezaron a ascender en dirección norte. El paisaje que se veía era la enorme extensión blanca y lisa de las propias Llanuras Rotas, una visión cegadora de luz. El Valkyrie viró levemente en un giro amplio y ascendente y Ludd vio a través de la compuerta derecha la pequeña y veloz sombra de la aeronave, que los seguía como un proyectil negro por encima del reluciente suelo del desierto, dando saltos y parpadeando cuando las dunas y los riscos la deformaban.

—El tiempo estimado de vuelo hasta el Mons será de unos quince minutos —les gritó el sargento de vuelo.

Gaunt asintió y comprobó el cronómetro que llevaba puesto en la muñeca. Ludd se dio cuenta de que Gaunt jugueteaba con la correa. El artefacto era reglamentario, grande y desgastado, pero la correa de la muñeca la habían sustituido por una banda trenzada de lo que parecía ser cuero y paja.

—Deberían haberle entregado uno nuevo, señor —le gritó Ludd para hacerse oír por encima del rugido de los motores.

—Funciona bien —le respondió Gaunt también a gritos—. Me daba la hora en Gereon, y me la dará aquí.

Ludd miró a Eszrah. El nihtgane tenía los brazos cruzados, como si estuviera dormido, pero tenía puestas aquellas gafas de sol desgastadas, por lo que era imposible saberlo con seguridad. Ludd tuvo de repente la incómoda sensación de que,

en realidad, Eszrah lo estaba mirando directamente a él, así que apartó la mirada con rapidez.

Abajo, en el cegador desierto blanco, vio manchas negras, líneas oscuras y remolinos de polvo. Eran columnas de soldados y filas de vehículos que atravesaban las Llanuras Rotas para añadir sus fuerzas a la lucha en el Mons. Era una tarea inmensa. Ludd se preguntó qué clase de obstáculo requeriría semejante esfuerzo. Mons Sparshad no era más que una de las ocho ciudades escalonadas de Ancreon Sextus que se encontraban bajo el asalto de los ejércitos de Van Voytz. Los ejércitos del Caos habían sido expulsados de las llanuras y de las ciudades modernas de Ancreon Sextus durante la primera fase de la liberación y se habían refugiado en esas ciudades antiguas, donde, según los informes, estaban logrando mantener a raya a las unidades imperiales.

Se oyó un chasquido por el comunicador y el sargento de vuelo se apresuró a cerrar las compuertas laterales y a asegurarlas. El rugido de los motores no desapareció, pero cambió de tono y se hizo más profundo.

—Llegamos a la nube de humo —les explicó el sargento.

Como si la hubiera llamado, las pequeñas ventanillas de observación de las compuertas de carga quedaron tapadas por una humareda negra. El Valkyrie empezó a dar saltos y a temblar. Volaban a través de la extensa cortina de humo que cubría Mons Sparshad e impedía que se viese desde las Llanuras Rotas.

La vibración cedió poco a poco, y el sargento de vuelo abrió otra vez las compuertas después de unos tres minutos. Por los lados del transporte siguió pasando un poco de vapor, pero el aire en el exterior ya estaba limpio y la luz era cegadora.

El Valkyrie comenzó a virar de nuevo y Ludd distinguió otros detalles en el suelo. Pilas de rocas, losas de piedra derribadas, el ocasional reflejo de la luz en una superficie metálica. Gaunt se desabrochó el arnés y se puso en pie para acercarse a la compuerta y colocarse al lado del sargento de vuelo. Ludd no oyó lo que decían, pero el tripulante se puso a señalar varios puntos fuera de la aeronave.

El subcomisario también se desabrochó el arnés y se acercó a ellos. Era más difícil mantener el equilibrio sobre el suelo de metal de lo que Gaunt había hecho parecer. Ludd se esforzó por mantenerse agarrado en todo momento al pasamanos de seguridad.

—Mons Sparshad —le dijo Gaunt con un gesto del mentón.

Ludd vio por primera vez el Mons desde la compuerta abierta. Esperaba algo grande, pero aquello dejaba empequeñecidas todas sus expectativas. El Mons era inmenso: gigantesco, enorme, ciclópeo, no tanto un monumento creado por el hombre como un pico montañoso cortado en grandes escalones angulares desde la base hasta la cima. Las piedras eran talladas y no procedían de aquel desierto, sino que las habían sacado de las canteras de las tierras bajas situadas a miles de kilómetros hacia

el oeste y las habían transportado hasta allí mediante procedimientos desconocidos. La roca brillaba con un resplandor rosado y gris bajo la luz del sol.

Ludd sabía por los informes que el Mons era una estructura de murallas concéntricas que ascendían hasta una cima. Las murallas, de cientos de metros de altura e increíblemente gruesas, formaban lo que se llamaba compartimentos, sectores de naturaleza salvaje a cielo abierto. Por algún capricho del clima y de la topografía, cada uno de aquellos compartimentos, algunos de incluso veinte kilómetros por diez, incluía un ecosistema completo con plantas y animales, alimentado por alguna calse de corriente de agua subterránea que desafiaba al desierto que se extendía fuera de allí. Los compartimentos estaban conectados en cadena, unidos de un extremo a otro por gigantescas aberturas internas. Los invasores imperiales habían descubierto con perplejidad que el terreno y el ecosistema de uno podía ser completamente diferente del que tenía al lado.

El informe también recalca que no existía una ruta directa hacia el centro del Mons. La abertura de uno de los compartimentos, llamado el primer compartimento gracias a la clásica falta de imaginación entre los militares, permitía pasar al nivel inferior y luego se comunicaba con los demás compartimentos como en un laberinto. Cada zona había sido defendida con dureza, cada compartimento conformaba un nuevo «mundo perdido» por el que la Guardia Imperial había tenido que avanzar luchando para llegar hasta la siguiente abertura. Hasta aquel momento, sólo se había conseguido tomar siete de aquellos compartimentos.

—¿Para qué servía? —preguntó Ludd a gritos.

Gaunt negó con la cabeza sin dejar de mirar al exterior.

—Nadie lo sabe. Nadie sabe siquiera si lo construyeron manos humanas. Sin embargo el trazado multicursal sugiere alguna clase de propósito ritual o simbólico.

—¿El qué...?

—Trazado multicursal, Ludd. Un diseño de rutas alternativas, con unas que no llevan a ningún lado y otras que conducen al centro.

—¿Cómo un laberinto, señor?

—En realidad no. Un laberinto suele ser unicursal. Sólo tiene un trazado, sin callejones ciegos, sin salida ni alternativas. No, esto es multicursal, ha sido diseñado como un rompecabezas.

—Así pues, el archienemigo se encuentra en el centro de todo eso y tenemos que encontrar la ruta correcta para llegar hasta él... ¿Desde cuándo la guerra es tan complicada? —preguntó Ludd.

—Desde siempre —fue la contestación a gritos de Gaunt.

—¿Por qué no destruyen este lugar desde la órbita y nos ahorramos todo este derramamiento de sangre?

—Yo me estaba preguntando lo mismo —respondió Gaunt.

El Valkyrie bajó el morro y descendió un poco más. El paso del tiempo y las duras condiciones del desierto habían derribado lo que antaño había sido el anillo exterior de compartimentos que rodeaba la base del Mons. La arena blanca estaba salpicada de bloques de piedra caídos y restos de las anteriormente imponentes murallas. Ludd distinguió en el interior de aquellos restos circulares los emplazamientos atrincherados de la artillería imperial que no dejaban de disparar proyectiles contra los pisos superiores del Mons.

Descendieron más todavía y llegaron a los baluartes del primer compartimento. La densidad del número de vehículos y de tropas imperiales que se desplegaban bajo ellos se incrementó. También se encontraron con tráfico aéreo, transportes y cañoneras que pasaban en formación cerca de ellos.

La entrada al primer compartimento había desaparecido. El enorme umbral había quedado destrozado y sólo quedaban grandes piedras sueltas. En el interior se veían filas de columnas partidas, cada una de ellas de diez metros de diámetro que se adentraban en el interior cubierto de maleza del compartimento. El subcomisario vio puestos de mando de campaña, mares de tiendas, zonas enteras repletas de vehículos de transporte de tropas, los puentes portátiles de los ingenieros que cruzaban lechos de ríos y barrancos. Divisó columnas de tanques en movimiento. El metal resplandecía bajo la luz, aunque la escena estaba medio oculta por la sombra de la muralla más cercana.

Al principio le pareció que volaban en línea recta hacia uno de los colosales extremos de la muralla del compartimento, pero Ludd se dio cuenta de repente que lo que había tomado por una parte de la sombra era de hecho la inmensa entrada, que era negra como el fondo de un pozo. Medía al menos cien metros de alto y otros tantos de ancho, todo ello rematado por un arco semicircular. Ludd distinguió a medida que se acercaban una serie de grabados y bajorrelieves alrededor de la entrada, aunque desgastados por el paso del tiempo y medio tapados por enormes capas de enredaderas y líquenes.

Notaron un repentino aumento de la presión y un cambio en el sonido de los motores cuando entraron por la abertura. Los envolvió una negrura fresca. Era una larga caverna de roca iluminada en la parte inferior por hileras de focos y grandes quemadores. El arco de luz solar que perforaba la oscuridad al otro extremo de la abertura brillaba delante de ellos.

Salieron al segundo compartimento con otro fuerte cambio de presión. La gran extensión que se abría ante ellos estaba cubierta de matorrales de color marrón salpicados por pequeñas superficies de matojos de tonalidad rosácea que se entrelazaban con las líneas blancas de los caminos y algún montón de piedras ocasional perteneciente a una ruina. Había zonas donde los matorrales eran negros, sin duda debido a los incendios que habían arrasado parte de la extensión de plantas.

Ludd vio los restos retorcidos de algunas máquinas de guerra y otras muestras destruidas de los combates librados durante la primera fase. Al norte de ellos, al otro extremo del compartimento, todavía se divisaba una zona en llamas. Pasaron al lado de nubes de humo negro y de restos en llamas arrastrados por las corrientes de aire.

Viraron a estribor. Apareció otra enorme abertura a unos tres kilómetros siguiendo la muralla que había a mano derecha del compartimento. La parte delantera de la entrada estaba quemada y acribillada por marcas de disparos de artillería. Ludd vio de refilón unas cuantas baterías de cohetes y posiciones de artillería agrupadas alrededor de la abertura un momento antes de que entraran en la oscuridad.

—Tercer compartimento —le anunció el sargento de vuelo al salir por el otro lado.

Aquella sección del Mons, tan ancha y amplia como las dos anteriores, estaba orientada hacia el noreste y se curvaba levemente hacia la izquierda siguiendo el trazado exterior del Mons. El terreno bajo ellos era abrupto e irregular, con salientes de granito y amplios estanques, e incluso lagos, que reflejaron la pequeña imagen de la aeronave como si fueran enormes espejos. Había más caminos, más zonas dañadas y quemadas. El subcomisario distinguió bastantes cráteres enormes, de varios cientos de metros de diámetro, con el fondo lleno de agua oscura.

Gaunt le dio un par de golpes en el hombro para llamarle la atención y señalarle algo que había delante de ellos. Era una amplia parcela de terreno liso y firme donde se extendía un emplazamiento imperial de tamaño considerable. Vio apretadas hileras de tiendas de campaña, suministros apilados y cubiertos por redes de camuflaje, mástiles de comunicación, estructuras prefabricadas, silos portátiles y hangares. Toda la extensión de ruinas locales se había aprovechado para usos militares. Era la Base Logística del Tercer Compartimento, también llamada simplemente puesto 10. Era evidente incluso desde el aire que el lugar estaba rebosante de actividad.

El piloto hizo descender la aeronave en una serie de tirabuzones suaves que les revolvió el estómago de todas maneras, trazando varias circunferencias alrededor del puesto antes de apuntar el morro hacia un trozo de tierra lisa y quemada situada al sur del emplazamiento principal. Alguien había pintado en el suelo sin demasiada precisión una águila imperial de color blanco. Al extremo de la pista estaban posadas dos cañoneras de la clase Vulture y una aeronave de reconocimiento del tipo Nymph. Un miembro de la tripulación de tierra corrió hacia el centro de la figura del águila y entrecruzó un par de palas circulares luminosas. El Valkyrie descendió con suavidad, con los retrocohetes aullando, hasta posarse con una leve sacudida. El rugido de los motores comenzó a disminuir de forma inmediata.

Gaunt y Ludd se bajaron de un salto a la luz y al calor aromático. Eszrah los siguió, pero con movimientos más prudentes y con la cabeza agachada para no tropezar con los puntales de las alas. El sargento de vuelo descargó las mochilas y el

resto del equipo. Gaunt se lo agradeció con un leve gesto de asentimiento. El sargento le respondió con otro asentimiento antes de saludarlo de un modo más formal y darse la vuelta para empezar a sacar la carga de suministros médicos y productos perecederos que habían llevado con ellos hasta el puesto.

Ludd se acercó para recoger las mochilas y el resto de material, pero Eszrah ya lo había hecho..., aunque había dejado en el suelo todo el equipo de Ludd.

—Eso también —le indicó Gaunt.

El nihtgane recogió también sin esfuerzo alguno las mochilas de Ludd.

—¿Necesitas que te eche una mano? —le preguntó el subcomisario.

Eszrah no le contestó. Se limitó a quedarse allí de pie, con todo el equipo echado a los hombros, impasible.

—Bueno, quizá no —dijo Ludd.

Gaunt ya estaba cruzando la zona de aterrizaje. El joven tuvo que correr para alcanzarlo.

—No creo que le caiga muy bien, señor —le comentó.

—¿A quién?

—A Eszrah.

—Ah. Lo más seguro es que tengas razón. No hace amistades con facilidad. Probablemente piensa que le quieres quitar el puesto.

—¿El puesto, señor? ¿Qué puesto?

—Cuidar de mí. Es algo que se toma muy en serio, y es muy bueno en ello. — Gaunt volvió la cabeza hacia el nihtgane, que los seguía—. Favorem, ¿numerus quantum vitae saviatur habemus?

—Septis numerus, amicus —le contestó Eszrah con su característica voz grave.

—Siete. Siete veces me ha salvado ya la vida —le tradujo Gaunt a Ludd.

Casi habían llegado al extremo de la pista. Las banderolas indicadoras de la velocidad del viento y las boyas aéreas de colores chillones ondeaban atadas a los mástiles reforzados con cables. Un oficial de uniforme beige, escoltado por dos soldados, se acercaba para reunirse con ellos. Se detuvieron al llegar a su altura y el oficial, un capitán, saludó a Gaunt. Era un individuo de piel pálida y boca pequeña, con los ojos de color azul claro.

—¿El comisario Gaunt? Soy el capitán Ironmeadow. Bienvenido al puesto 10. El mariscal lo está esperando.

—Gracias. Este es mi subalterno, Nahum Ludd.

—Señor —lo saludó Ironmeadow. Se detuvo un momento y se quedó mirando al nihtgane—. ¿Y él quiénes?

—Eszrah Noche. Viene conmigo, capitán. No lo moleste y él no lo matará.

—Bien, estupendo —contestó Ironmeadow esforzándose por no mostrar que no había entendido nada de aquello—. Por aquí, comisario.

Caminaron juntos hacia la pasarela de planchas de contrachapado que llevaba hasta el puesto principal de mando. Era una de las ruinas locales, una casa tremendamente antigua reparada superficialmente por los ingenieros imperiales. Las baterías antiaéreas Hydra se mantenían alerta en las posiciones excavadas a lo largo del lado norte, con los largos cañones automáticos apuntando al cielo.

—¿A qué unidad pertenece, capitán? —le preguntó Gaunt mientras caminaban.

—Al Segundo de Fortis Binary; señor —le contestó Ironmeadow.

—¿De veras? Ya había oído comentar que Fortis había crecido tanto que ya podía crear una fundación.

—Ya vamos por tres en realidad, señor. Estamos muy contentos de entrar en combate. Debo decirle, señor, que solicité el honor de recibirle en persona. Toda la gente de Binary conoce el nombre de Gaunt, por la liberación.

—Yo sólo fui uno más entre tantos, capitán.

—Uno más sin el cual el mundo forja de Fortis Binary seguiría todavía bajo el yugo del archienemigo.

—Eso fue hace bastante tiempo —insistió Gaunt—. No quiero que se me vaya tratando como un héroe.

—No, señor.

—Tan sólo quiero que me tengan el miedo abyecto y el recelo que normalmente se siente hacia un oficial del Comisariado.

Ironmeadow parpadeó. Se dio cuenta de que Gaunt casi estaba sonriendo, lo que se tomó como un permiso para reírse de lo que esperaba de todo corazón fuera una simple broma.

—Sí, señor.

Entraron en la penumbra de la casa. El lugar, que apenas tenía ventanas, estaba iluminado por globos de brillo y tiras luminosas. El pasillo estaba repleto de cajas de munición y de suministros. El suelo lo cubrían unas rejillas metálicas por debajo de las cuales corría una extensa red de cables de energía y de transmisión de datos. Ludd oyó el chasquido continuo de los cogitadores y el zumbido de maquinaria.

—Por aquí, señor —le indicó Ironmeadow—. El mariscal se encuentra en la siguiente habitación.

El mariscal Rasmus Sautoy se levantó de la mesa de mapas cuando entraron en la sala de mando del puesto. Era de estatura media, tenía una perilla espesa y ojos de mirada lánguida. Llevaba una hilera de condecoraciones en la pechera izquierda del abrigo púrpura que vestía.

—¡Ibram Gaunt! —exclamó mientras se acercaba a él con la mano extendida, como si fuera un viejo amigo.

—Mariscal —le contestó Gaunt, y le estrechó la mano sólo un momento.

No deseaba utilizar su nombre propio, ya que estaba claro que Sautoy quería

mostrar que habían compartido cierta amistad.

—Ha pasado mucho tiempo desde Fortis —comentó Sautoy.

—Sin duda, mucho tiempo.

—Has logrado muchas victorias para tu hoja de servicios desde entonces. Una lectura inspiradora. Es curioso que el destino nos haya vuelto a reunir.

—Sí, será que tiene sentido del humor.

Sautoy soltó una carcajada.

—Siéntate, Ibram, tu subcomisario también, por favor. ¿Es tu ayudante?

—Eszrah, espérame fuera —dijo Gaunt.

El nihtgane salió sin hacer gesto alguno.

—¿Quieres una taza de cafeína? ¿Algo más fuerte?

—Sólo agua, gracias.

Ya sentía la falta de hidratación debida al calor sufrido en el viaje.

—Ironmeadow, un poco de agua, por favor.

El capitán de Fortis Binary se apresuró a ello.

—Bueno, Ibram, bienvenido a este punto de la guerra —le dijo Sautoy mientras se sentaba de nuevo, aunque giró la silla para ponerse frente a frente con los invitados.

La sala de mando era alargada y tenía el techo bajo. Aparte de la zona del mariscal, con la mesa de operaciones, los mapas de pared y las pilas de archivadores de documentos, el grueso de la estancia lo llenaban los cogitadores y los codificadores tácticos, manejados por oficiales de la Guardia Imperial y consejeros del *Tacticae Imperalis*. Se oía un murmullo general de fondo.

—Por lo que me han dicho, nos has sido asignado en calidad de comisario —comentó Sautoy—. El Trono sabe que los necesitamos. Este lugar dispone de soldados suficientes, Ibram, pero la mayor parte acaban de ser reclutados y son novatos.

—Eso me han comentado. ¿Cuál es la ratio per cápita de oficiales del Comisariado?

—Aproximadamente de uno por cada setecientos. Es muy, muy poco. Hay que solucionarlo. Disciplina, disciplina. Falta entereza y valor. Hay muchas deserciones, aunque también es justo decir que este lugar atemorizaría incluso a los guardias imperiales más veteranos.

Ironmeadow regresó con unas botellas de agua que entregó a Gaunt y a Ludd.

—¿Podría ponernos al día de la situación en este compartimento, señor?

Sautoy asintió y despejó la mesa de operaciones para dejar a la vista el mapa a gran escala que tenía allí desplegado.

—El tercer compartimento, llamado así porque fue el tercero en ser tomado, fue defendido con fiereza al principio, aunque el enemigo acabó retirándose. Dispongo de

nueve regimientos de infantería, más el apoyo blindado equivalente a tres unidades mecanizadas. He pedido más, pero tendremos que esperar a ver qué ocurre. Las fuerzas están concentradas sobre todo aquí, en el puesto 10; aquí, en el puesto 12; y aquí, en el puesto 15. Las zonas de combate son las siguientes: penetramos a través de la puerta de la muralla norte hace cuatro días, así que hemos empezado a combatir en el compartimento que hemos denominado «siete». Son los primeros días de combate y la resistencia también está siendo feroz; además, a unos cuatro kilómetros subiendo por la misma muralla, aquí, ¿lo ves?, está la puerta que lleva al compartimento nueve. Todavía no hemos logrado cruzar la abertura. El terreno que la rodea está muy defendido y lleno de bosques. Los combates son encarnizados. De hecho, voy a trasladarme allí mañana para verlo todo de primera mano. ¿Queréis venir?

—Sí, mariscal. Me gustaría orientarme lo antes posible. —Gaunt señaló un punto del mapa—. Parece que existe otra puerta en el extremo más septentrional de este mismo compartimento.

—Así es. Lleva al compartimento ocho. Nuestros exploradores lo registraron hace poco. El ocho está vacío; es un callejón sin salida. La puerta no estaba defendida y la zona está abandonada. Ya hemos encontrado otros compartimentos vacíos como éste, así que lo tachamos de la lista y nos concentramos en el siete y en el nueve.

—¿Cuál es la distribución del enemigo en el tercero?

Sautoy se encogió de hombros.

—Hay muy poca cosa. Algunas bolsas de resistencia y algún combate ocasional. La mayoría han sido eliminados u obligados a retroceder. No digo que sea un lugar completamente seguro, porque las patrullas a veces se topan con enemigos, pero se puede decir que el tercer compartimento es nuestro. Bueno, a excepción de los acechadores.

—¿Los acechadores? —preguntó Gaunt.

—Una amenaza nocturna, Ibram —le aclaró Sautoy—. No hemos podido determinar si son depredadores naturales de la zona o algo que el archienemigo es capaz de soltarnos en mitad de la oscuridad. Se los ha encontrado en todos los compartimentos, aunque son más numerosos cuanto más avanzamos. Son unas bestias salvajes. Los soldados los llaman de muchos modos: acechadores, monstruos, espectros, ogros. Son criaturas terribles, terribles. Lo más desconcertante es que no hemos logrado rastrearlos para determinar su origen. No hemos encontrado ni guaridas ni señal alguna de dónde pasan el tiempo durante el día. —Sautoy rodeó la mesa y miró a Gaunt—. ¿Cómo piensas empezar a resolverlo todo, Ibram?

—Pasaré unos cuantos días haciéndome una idea de la situación y de cómo funcionan las cosas. Me reuniré con los comandantes de las unidades y con otros comisarios. Luego tomaré una decisión y me concentraré en aquello donde yo crea

que mi esfuerzo será más útil.

—¿Qué necesitas?

—Alojamiento en este puesto, en una habitienda. Un transporte y un enlace autorizado, un oficial, para empezar. También necesitaré libertad de movimientos por todo el compartimento, los códigos de comunicación diarios y una lista actualizada del estado de las unidades.

—No hay problema —contestó Sautoy—. Te puedo dar esa lista ahora mismo. —Tomó una placa de datos de una estantería situada al lado de la mesa y se la entregó a Gaunt—. Como verás, la mayoría de las unidades están tan verdes como un orko. Son sangre nueva. Oh, Ironmeadow, no ponga esa cara de preocupación. Su regimiento también es novato, pero está demostrando tener una gran valía. Muchas gracias.

—A usted, mariscal —le contestó Ironmeadow.

—Ironmeadow puede ser el oficial de enlace, si no tienes ninguna objeción.

—Ninguna.

—Bueno, no quiero entretenerte —le dijo Sautoy al tiempo que le tendía la mano de nuevo. Gaunt se la estrechó con la misma brevedad que lo había hecho la primera vez—. Los oficiales de estado mayor cenamos a las veinte cero cero, hora local. Me gustaría que te unieras a nosotros. Me aseguraré de reservarte una plaza, si quieres.

—Gracias, mariscal.

—Por cierto, Ibram, ¿Qué ocurrió con esa unidad tuya? Tuviste el mando durante cierto tiempo, ¿no?

—Los perdí, señor —fue lo único que contestó Gaunt.

Se dirigieron a la oficina de logística, que estaba al otro lado de la casa, siguiendo a Ironmeadow y con Eszrah pegado a la espalda.

—Por favor, espere aquí, señor —le indicó Ironmeadow—. Haré que le asignen un alojamiento.

El capitán desapareció en el interior de la oficina.

—No te bebiste toda el agua —le dijo a Ludd.

—No tenía tanta sed.

—Bébetela toda la próxima vez. Cada vez que puedas. La pérdida de agua con este calor es elevada, y quiero que estés espabilado, con la cabeza despejada, para que actúes de un modo fiable.

—Sí, comisario.

Siguieron esperando unos momentos más.

—Señor, dijo que conocía al mariscal... Lo cierto es que él se comportó como si fueran amigos —comentó Ludd al cabo de unos instantes.

—Sería mejor que te fijaras más en mi lenguaje corporal que en el suyo. Sí, conozco a Sautoy. Fue en Fortis Binary. En aquella época yo servía bajo el mando de Dravere. Era un cabrón odioso, cruel como nadie. Sautoy era coronel en aquel

entonces y formaba parte del sobredimensionado estado mayor de Dravere. Eran todos unos lameculos y unos imbéciles. Sautoy era un soldado de despacho cuando lo conocí, y dudo mucho que haya cambiado desde entonces. De su antiguo comandante ha heredado la costumbre de llevar un montón de medallas que no significan nada. Siempre se muestra ansioso por demostrar que se lleva bien con veteranos de combate como yo. ¿Te has fijado como no ha dejado de llamarme por mi nombre, como si fuéramos colegas? Lo hizo para que Ironmeadow lo oyera. Pronto me llamará por mi cargo.

—¿No le cae bien?

—Lo más probable es que Sautoy sea inofensivo, pero es lo único que es. Inofensivo. Sin valor. Se afanó en mostrarnos la bisoñez de las fuerzas de la Guardia Imperial enviadas aquí. En su mayoría son unidades recién fundadas, con reclutas, chavales que tienen su primer contacto con una verdadera zona de combate. Lo que Sautoy no llegó a mencionar fue que se puede decir lo mismo de los oficiales de estado mayor. Bueno, hay excepciones... Van Voytz, por supuesto, y Humel y Celso... Macaroth se ha llevado a los mejores oficiales a su propia línea del frente. En el Segundo Frente combaten muchachos dirigidos por comandantes inexpertos o no cualificados para ello. No es de extrañar que la proporción de desertiones y de corrupción sea tan elevado.

Ludd se esforzó por mantener una apariencia pensativa, con la esperanza de que la conversación no acabara mencionando su propia falta de experiencia.

—Maldita sea —exclamó Gaunt de repente—. Se me olvidó por completo hacerle la pregunta clave a Sautoy.

—¿Cuál es, señor?

—La que tú me hiciste.

Ironmeadow regresó por fin.

—He conseguido un alojamiento. Se encuentra en la zona de los Fortis Binary. Los llevaré hasta allí.

Salieron a la intensa luz del sol. Ludd buscó sus lentes antibrillo.

—Ironmeadow, me pregunto si podría contestarme a algo que me intriga.

—Lo intentaré, señor.

—¿Por qué se dedica la Guardia Imperial a conquistar las ciudades de este modo? ¿Por qué no han sido neutralizadas desde la órbita?

Ironmeadow frunció el entrecejo.

—Nunca., se me ocurrió preguntármelo, comisario. Lo averiguaré.

Ironmeadow los condujo durante un breve trecho por el concurrido puesto hasta las ordenadas filas de la zona de alejamiento del regimiento de Fortis Binary. En aquellas hileras de habitiencias, los jóvenes soldados en uniforme de combate de color beige descansaban, charlaban, fumaban, jugaban con balones o simplemente se

ocultaban del sol tumbados en sus camastros, con los laterales de la habitienda enrollados y asegurados en la parte superior. Muchos de ellos hicieron el ademán de acercarse a saludar a Ironmeado, pero retrocedieron atemorizados al ver quien lo acompañaba.

—¿Les sirve ésta? —les preguntó Ironmeadow señalando una habitienda que estaba casi al final de una de las filas. Se trataba de un modelo para cuatro personas diseñado como alojamiento de oficiales.

—Está bien, capitán —asintió Gaunt antes de indicarle con un gesto a Eszrah que metiera todo el equipo en el interior. La habitienda se encontraba cerca del camino principal que cruzaba el campamento y a sólo cinco minutos a pie del puesto de mando—. Muy bien, capitán. Dénos una hora para instalarnos. Vaya a conseguirme un transporte. Y que también traigan agua.

—Sí, comisario —contestó Ironmeadow antes de marcharse.

Gaunt se quitó la gorra y el abrigo. Luego se sentó en una de las pequeñas sillas de campaña del interior, de la tienda y empezó a hojear la lista actualizada del estado de las unidades que Sautoy le había entregado.

—Por el Trono —dijo al cabo de un rato—. No bromeaban sobre el índice de desertiones. Diecinueve soldados en aislamiento sólo la semana pasada por sospecha de corrupción y contaminación. —Miró a Ludd—. Sé lo que se siente. Y mira... —Gaunt puso en alto la placa para que Ludd pudiera leerla—. También hay enfermedades por encima de lo que es corriente. Existe una epidemia muy grave en el puesto 15. Una pérdida muy seria de efectivos. —Dejó la placa de datos a un lado—. Vamos a dar una vuelta.

—¿Adónde?

—Por ahí —le contestó Gaunt. Se volvió hacia Eszrah—. Reposam qui, amicus.

El nihtgane se tumbó en uno de los camastros.

Gaunt se dirigió a dos soldados de Fortis Binary que estaban jugando a las cartas bajo la tela de entrada de su propia habitienda.

—Vosotros.

Se levantaron de un salto.

—¡Sí, señor!

—Que nadie entre en esta tienda ni moleste al hombre que está dentro. ¿Entendido? Os dejo encargados de ello a los dos.

—¡Sí, señor!

Caminaron hasta llegar a los límites del puesto 10 y lo rodearon. Se trataba del típico campamento de la Guardia Imperial, algo que Gaunt ya había visto muchas veces con anterioridad. Las grandes estructuras prefabricadas albergaban los comedores, los almacenes y los talleres, las amplias tiendas circulares de las enfermerías de campaña, las filas ordenadas de alojamientos, las hileras de vehículos

aparcados. Los transportes y los blindados ligeros rugían por las vías de acceso y los soldados se apresuraban arriba y abajo para cumplir las tareas que tenían encomendadas. Las compañías practicaban en los campos de entrenamiento. Gaunt vio llegar una nueva unidad de infantería que desembarcaba de los camiones mientras los vehículos elevadores de descarga se ocupaban de bajar las cajas y el equipo pesado. Olía a comida recién hecha y al desinfectante de unas letrinas limpias. Todo un pelotón de guardias imperiales con el equipo de combate estaba arrodillado delante de una tienda de campaña de gran tamaño para recibir la bendición de un eclesiarca vestido con una túnica.

—No se puede decir que aquí sufran el horror de la guerra.

—Eso les espera en las zonas de combate —le contestó Gaunt—. Y aquí —añadió dándose unos golpecitos en el pecho—. La razón más probable para que un soldado deserte es el miedo a lo desconocido. Para los nuevos reclutas, ese miedo es a todo. No han visto ningún combate, ninguna herida ni ninguna muerte. Lo más probable es que jamás hayan abandonado su planeta natal antes y, sin duda, nunca han estado tan lejos de su familia y de todo lo que les es familiar. Este puesto parece un lugar agradable, pero para casi todos ellos es probablemente un sitio solitario y extraño, y no hacen más que pensar en los horrores que están a punto de sufrir, así que se desmoralizan y huyen.

—Me parten el corazón —murmuró Ludd.

Gaunt sonrió.

—Para ser un individuo tan joven y, disculpa que te lo diga, con tan poca experiencia en la vida, eres un tipo bastante duro, Ludd. ¿Te has vuelto así, o ya eras tan duro?

Ludd se encogió de hombros, aunque quedó encantado con aquella especie de cumplido.

—Entiendo lo que quiere decir respecto a estos reclutas, señor, pero yo jamás he tenido esos sentimientos. Jamás me sentí unido a nada que pudiera llamar mi hogar. Desde que fui pequeño no he pensado en otra cosa que no sea seguir los pasos de mi padre, y parece olvidar que soy el resultado del entrenamiento del Comisariado.

—Es cierto, a veces parece que me olvido de ello. ¿Qué scholam?

—Thaker Vulgatus, como mi padre. ¿Y usted, señor?

—Ignatius Cardinal, hace ya más años de los que me gustaría recordar.

Se habían parado al lado del espacio reservado a los vehículos, en el extremo occidental del puesto. Gaunt se quitó la gorra, se secó la frente y se quedó mirando a los salientes de rocas graníticas y los lagos resplandecientes del tercer compartimento.

—Qué lugar tan extraño para librar una guerra —comentó.

—Deberíamos regresar —le indicó Ludd mirando su cronómetro de pulsera—.

Ironmeadow querrá comprobar cómo estamos, y supongo que no querrá dejarlo en manos de Eszrah.

La idea hizo sonreír a Gaunt. Levantó la mano para mirar su cronómetro, pero tuvo que meter la otra por la manga.

—¿Qué ocurre, señor?

—Feth —gruñó Gaunt mientras seguía rebuscando en la manga.

Por fin logró sacar el cronómetro de muñeca. La pulsera primitiva que lo mantenía atado se había soltado y se le había colado por la manga. Se volvió a atar el aparato a la muñeca.

—Señor, debería...

—Ni lo digas, Ludd.

Comenzaron el regreso a los alojamientos del Fortis Binary por el mismo camino por el que habían llegado hasta allí. Ludd se dio cuenta de repente que estaba caminando solo. Miró a su alrededor y vio que Gaunt se había quedado a la sombra de un almacén de suministros. Estaba muy quieto, observando algo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ludd cuando llegó a su lado.

—Esos soldados de ahí —le dijo Gaunt.

Ludd vio al otro lado del camino, por el que pasaba numeroso tráfico, un aparcamiento con varios camiones pesados de ocho ruedas situado detrás de un edificio prefabricado de almacenaje del Munitorum. Siete soldados con uniforme de color caqui, con las mangas de la camisa enrolladas, estaban cargando cajas de raciones en la parte trasera de uno de los camiones.

—¿Qué pasa con ellos?

—Estaban haciendo lo mismo cuando pasamos por aquí hace diez minutos —le aclaró Gaunt—. ¿Cuánto tardan siete hombres en cargar unas cuantas cajas?

Ludd se encogió de hombros.

—No veo que...

—Pues inténtalo otra vez. ¿Qué es exactamente lo que ves? Me refiero como comisario. —Ludd volvió a mirar, intentando por todos los medios captar lo que el experto ojo de Gaunt ya había visto—. ¿Y bien, Ludd?

—Siete hombres...

—¿De qué compañía?

—A ver... El Cuadragésimo de Kolstec Quizá el Cuadragésimo Primero.

—¿Qué están haciendo?

—Están cargando cajas de raciones en el camión.

—¿Eso es todo lo que ves?

—Parecen... relajados.

—Sí. Casi imperturbables, como si quisieran parecer relajados.

—No creo que...

—Ludd, ¿dónde está el encargado del Munitorum? En un almacén así no puedes mover nada sin que alguien lo compruebe todo. ¿Y desde cuando las tropas de combate se dedican a cargar suministros? Eso es tarea para los servidores automatizados.

Ludd miró a Gaunt.

—Con el debido respeto, señor, pero, ¿eso es todo? Me refiero a que podría haber cientos de razones para explicar estas circunstancias.

—Y yo conozco una de ellas. Quédate aquí, Ludd. Aquí. Ven sólo si te llamo.

—Comisario...

—Te he dado una orden, Ludd —lo interrumpió Gaunt con voz cortante.

Salió al camino, dejó que pasara un transporte de munición y lo siguió un momento hasta que pasó un viejo camión de doce ruedas al que también dejó pasar para llegar al aparcamiento antes de que ninguno de los soldados lo viera ni siquiera acercarse.

—¿Un trabajo duro, soldados?

Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se lo quedaron mirando. Llevaban puestas lentes antibrillo, pero Gaunt captó con rapidez los gestos de su lenguaje corporal.

—¿Qué? ¿Trabajo duro o no?

—Sí, comisario —contestó uno de ellos, un individuo fornido que llevaba los galones de sargento de artillería—. Y más con este tiempo.

—Y que lo digas —corroboró Gaunt quitándose la gorra y pasándose la mano por la frente—. ¿Hacen falta siete para mover todas esas cajas?

El sargento inclinó un poco la cabeza hacia un lado con un gesto simpático.

—Pesan bastante, señor.

—Seguro que sí. —Gaunt vio que otros dos todavía sostenían una de las cajas—. Por favor, soltadla. Me estáis haciendo sudar sólo con veros.

Los soldados dejaron la caja en el suelo con expresión intranquila. Los demás se quedaron agrupados junto a la parte trasera del camión, observando.

—Ya veo que os pongo nerviosos —dijo Gaunt con tono de voz de disculpa—. Lo sé. Sé que el uniforme lo provoca. Tranquilizaos. Acabo de llegar al puesto 10, sólo intento adaptarme. Sólo me he acercado porque he reconocido el uniforme. Kolstec, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—El Cuadragésimo Primero, Valientes y Leales —contestó el sargento. Algunos de los soldados dejaron escapar un gruñido.

—Yo serví junto a los Martillos, en Balhaut. Excelentes soldados aquellos Martillos de Kolstec. Toda una reputación que mantener por vosotros, los jóvenes.

—Sí, señor.

—¿Qué tal os encontráis? —les preguntó. Empezó a palpar los bolsillos del abrigo—. Vaya, ¿dónde habré dejado los pitillos?

El sargento se le acercó y sacó un paquete de la manga enrollada de la camisa. Gaunt tomó un pitillo de lho y dejó que el sargento se lo encendiera con un encendedor metálico.

—Gracias —le dijo el comisario.

Exhaló una bocanada de humo y a la vez dio un paso atrás. El tacón de la bota tropezó con la caja que los dos soldados habían dejado en el suelo, y ésta se deslizó con facilidad sobre la tierra seca. Gaunt le dio otro taconazo sin ni siquiera mirarla y se deslizó otro medio metro.

—Os daré un consejo —les advirtió—. Cuando finjáis cargar cajas pesadas, doblad las rodillas y que parezca que hacéis un esfuerzo. Sudad un poco, por Feth. Hacedlo la próxima vez —Miró al sargento—. Aunque tampoco es que vaya a haber una próxima vez.

El sargento se abalanzó sobre Gaunt. El comisario desvió de un simple manotazo el golpe y le quemó la cara con el cigarrillo de lho. El sargento retrocedió trastabillando con un pequeño grito de dolor. Los demás soldados fueron a por él. Uno de ellos le lanzó un puñetazo, pero falló por entero cuando Gaunt se agachó para esquivarlo y a cambió le propinó uno en toda la boca. También retrocedió trastabillando y escupiendo sangre y trozos de dientes. Gaunt dio una vuelta sobre sí mismo y le propinó una patada lateral en el estómago. El soldado se dobló sobre sí mismo y cayó encima de la caja vacía, que se aplastó bajo su peso.

Otros tres soldados se unieron a la pelea. Uno de ellos empuñaba una palanqueta de hierro en la mano.

Ludd empezó a correr al ver aquello.

—¡Por el Trono! —murmuró—. ¡Por el Sagrado Trono!

Intentó cruzar el camino, pero tuvo que echarse atrás de un salto para esquivar a duras penas un transporte de tropas que lo avisó con el claxon. Ludd esperó a que pasara y luego echó a correr de nuevo esquivando los camiones y los vehículos de transporte de munición. A mitad de trayecto tuvo que pararse en seco para dejar pasar un enorme transporte oruga.

—¡Vamos! —le gritó al lento vehículo—. ¡Vamos!

Gaunt se agachó de nuevo con rapidez, lo que le hizo perder la gorra, y le pegó un fuerte puñetazo en el pecho al soldado. Luego lo agarró por la pechera de la camisa y le propinó otro puñetazo. El oponente cayó paralizado y sin respiración. Mientras caía, Gaunt giró sobre sí mismo y le dio una patada en las piernas a otro de los soldados que corría hacia él. Éste también cayó de bruces. El comisario se irguió para bloquear el ataque del soldado armado con la palanqueta. El individuo era grande,

grande y joven. A Gaunt le recordó por un momento a Bragg, grande, simple y siempre inocente.

Gaunt cruzó los brazos por encima de la cabeza para detener el golpe de la palanqueta y logró atraparla entre los antebrazos. El soldado intentó tirar de ella para arrebatársela aprovechándose de su gran tamaño, pero Gaunt le dio una patada en la rodilla y lo hizo caer. El comisario le arrancó la palanqueta de las manos mientras caía de lado y estrelló el extremo romo en la cara del último atacante con tanta fuerza que le frenó en seco la parte superior del cuerpo e hizo que las piernas se elevaran por el aire.

—¡Vamos! —gritó Ludd una vez más.

El transporte oruga estaba tardando una eternidad en pasar.

Un puño logró golpear a Gaunt en la mejilla y le hizo girar la cabeza con brusquedad. El comisario notó el sabor de la sangre en la boca: se había mordido el labio. Hizo una finta hacia la izquierda, engañó a su atacante y lo derribó de un tremendo golpe seco con el brazo extendido que le había enseñado Colm Corbec. Su viejo camarada del condado Pryze.

El soldado de Kolstec cayó y se quedó en el suelo hecho un ovillo y gimiendo. Gaunt se volvió hacia el que quedaba. El soldado se dejó caer de rodillas, tembloroso.

—Por favor, por favor, señor, por favor... Dijeron que funcionaría. Dijeron que saldríamos de aquí... Por favor... Yo sólo quería...

—¿Qué? —lo cortó Gaunt.

—Mi casa, señor. Quería irme a mi casa.

Gaunt se puso en cuclillas delante del gemebundo chaval y le apartó las manos de la cara llena de lágrimas.

—Mírame. ¡Mírame! Éste es tu hogar ahora, soldado. ¡Es la zona! ¡No le gusta hacer amigos, y tú tampoco le gustas, pero por el Trono, es dónde estás! ¡El Emperador te necesita! ¡Nadie te lo ha dicho nunca? ¡El Emperador quiere que le consigas la gloria! ¿Cómo puedes lograrlo si sales huyendo hacia tu casa?

—Tengo miedo, señor... Dijeron que no había ningún problema... Dijeron...

—¿Tienes miedo? ¿Tienes miedo? ¿Cómo te llamas?

El muchacho levantó la cara para mirarlo. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos. No tenía más de diecisiete años. Como Caffran, pensó Gaunt. Como Milo, Meryn, Cader, en los campos de fundición de Tanith Magna.

—Teritch, señor. Soldado de tercera clase Teritch.

—Teritch, tú tienes miedo, pero yo estoy aterrorizado. El archienemigo no es un asunto de risa. Vas a ver y a hacer cosas que harían que a tu pobre madre le diera un ataque, pero el Emperador espera y el Emperador protege, de todos nosotros y a todos nosotros, incluso a ti, Teritch. Incluso de ti. Te lo prometo.

Teritch asintió.

—Ponte en pie —le ordenó Gaunt alzándose. El chaval obedeció.

—Creí que nos iba a ejecutar a todos —murmuró.

—Debería hacerlo —le contestó Gaunt—. Debería hacerlo, pero creo que...

—¡Todos quietos! ¡No os mováis! ¡Quietos donde estáis! ¡Ni un parpadeo!

Gaunt se dio la vuelta. Ludd se acercaba corriendo con la cabeza agachada. Empuñaba la pistola láser con las dos manos y la apuntaba a los hombres que estaban tendidos y gimiendo en el suelo.

—¡Que ninguno se mueva, cabrones!

—¿Ludd?

—¡Sí, señor! —contestó el subcomisario mientras apuntaba de uno en uno de forma diligente a todos los que estaban en el suelo.

—Guarda esa arma, por Feth.

Ludd enderezó el cuerpo y enfundó lentamente la pistola.

—Todo está bajo control —le dijo Gaunt—. Llama a la guardia del puesto y que los encierren. Ya me encargaré de ellos más tarde.

Ludd asintió. Contempló aquella demostración de eficacia. Un chaval que sollozaba de forma incontrolable y cinco soldados capacitados que rodaban y gemían en el suelo. Gaunt se había enfrentado a siete hombres... Cinco más uno eran...

—Señor, ¿dónde está el que falta?

Gaunt se volvió de nuevo hacia Ludd.

—¿Qué?

—Eran siete en total, señor.

Faltaba el sargento de artillería. El pitillo que Gaunt había encendido estaba tirado en el suelo.

—Ludd...

El motor del camión de ocho ruedas se puso en marcha con un rugido. Salió de la fila y giró para dirigirse hacia la salida del aparcamiento.

—Ludd, que ninguno de ellos se mueva! —le gritó Gaunt mientras echaba a correr detrás del vehículo—. ¡Apúntales con el arma o algo así!

Ludd desenfundó de nuevo la pistola láser.

—Todo el mundo boca abajo. Tú también, chaval.

Gaunt cruzó el aparcamiento. El camión levantó un chorro de tierra y echó una gran humareda por los tubos de escape mientras daba la vuelta alrededor del extremo de una fila de vehículos aparcados y enfilaba la salida hacia el camino.

Gaunt desenfundó una de sus pistolas bólter sin estrenar, limpias y brillantes, y se apresuró a ponerse en el camino del camión. Distinguió al sargento de artillería al volante, conduciendo como un loco.

Gaunt afirmó las piernas y alzó la pistola bólter.

—¡Alto! ¡Ahora mismo! —gritó.

El camión se detuvo con un chirrido de frenos a unos diez metros de él. La turbina del motor siguió rugiendo. El humo salió de los tubos de escape como el aliento de un dragón furioso. Gaunt se dio cuenta de lo vulnerable que era su cuerpo de carne y hueso frente al monstruo de metal de dieciocho toneladas que era el camión.

—Apaga el motor y sal de la cabina.

Los tubos de escape soltaron una gran bocanada de humo acompañada de otro rugido.

—Todavía no has cruzado la línea, sargento de artillería, pero así lo harás pronto —gritó Gaunt amartillando el arma—. Apaga el motor, sal de la cabina, acércate sin dar problemas y arreglaremos este asunto como hombres. Sigue así, y te prometo que acabarás muerto.

El motor aceleró de nuevo. El vehículo dio un pequeño salto adelante de uno o dos metros.

Gaunt soltó un suspiro y bajó la pistola a un costado.

—Venga, adelante. Puedes atropellarme sin problema. ¿Y después, qué? ¿Adónde vas a huir? No hay ningún lugar al que ir más que aquí, y aquí es donde te quedas.

El motor rugió una última vez antes de apagarse con un ronroneo. El sargento de artillería bajó de la cabina con las manos en alto y se tumbó boca abajo.

Gaunt se acercó hasta él.

—Buena elección. ¿Cómo te llamas?

—Pekald.

—Ya hablaremos más tarde, sargento Pekald.

Oyó el aullido de las sirenas. El personal de seguridad del puesto atravesó corriendo el aparcamiento en su dirección.

—Es mi arresto —le dijo Gaunt a uno de los soldados mientras se alejaba de Pekald, que seguía tumbado en el suelo—. Me llamo Gaunt. Quiero que los encierre hasta que yo los interrogue, y sólo yo lo haré. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

Eszrah los estaba esperando fuera cuando llegaron a la habiienda. El nihtgane inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto interrogativo.

—Nada de lo que debas preocuparte —le dijo Gaunt, y Eszrah se apartó.

Ironmeadow lo estaba esperando en el interior de la tienda. Se encontraba sentado y muy erguido en una de las sillas de campaña, tenso y atemorizado.

—Hola, Ironmeadow —le dijo Gaunt al entrar mientras se quitaba la gorra y el abrigo—. ¿Lleva mucho rato esperando?

—Su hombre... —murmuró Ironmeadow con nerviosismo—. Su hombre, Eszrah Noche... Él.....

—¿Él, qué?

Gaunt tomó una de las botellas de agua y bebió un largo trago.

—Tiene una especie de ballesta y me apuntó con ella, y me hizo sentarme, y...

—Eso es un acto de cortesía muy común allá de donde viene Eszrah, capitán. Estoy seguro de que usted no se habrá enfadado.

—No, señor. Me ha atemorizado un poco.

—¿Atemorizado? ¿Por Eszrah? Bien. ¿Cómo va el asunto del transporte?

Ironmeadow carraspeó para aclararse la garganta.

—He conseguido un camión de cuatro ruedas y un conductor preparado para cuando usted lo desee, comisario.

—Buen trabajo, capitán. Le agradezco el esfuerzo.

—Verá... —Ironmeadow tosió con delicadeza—. Al parecer, se ha producido un altercado...

—Está solucionado, capitán. Olvídelo. Otra tarea para el Comisario.

—Ya veo. ¿Necesita algo más por hoy?

—No —contestó Gaunt sentándose en su camastro—. Queda libre de servicio, capitán. Empezaremos de nuevo mañana. Daremos una vuelta por la zona.

—Sí, señor. Muy bien, pues buenas noches.

—Descanse —le dijo Ludd, quitándose la chaqueta y el cinturón reglamentario.

—Ah, comisario —dijo Ironmeadow apareciendo de nuevo a través de las dos solapas que formaba la abertura de acceso a la habiéndola—. Ya tengo la respuesta para la pregunta que me hizo.

Gaunt se levantó.

—Gracias. Dígamela.

Ironmeadow sacó una placa de datos de un bolsillo de la chaqueta.

—El Tacticae lo ha preparado para usted. Está todo ahí. No arrasamos las ciudades escalonadas desde la órbita del planeta porque la Eclesiarquía dice que existe la posibilidad de que sean lugares sagrados.

—¿Qué sean qué? —preguntó Ludd.

Ironmeadow se encogió de hombros.

—Ha habido muchas discusiones sobre lo que significan todas esas estructuras y quién las construyó. Todo está en el texto, señor. Algunos dicen que son reliquias de los Poderes Siniestros, otros dicen que son vestigios de una cultura prehumana. Sin embargo, existen indicios, al parecer de los arqueólogos, de que tanto este Mons como los demás son edificaciones construidas en honor al Dios Emperador, cerca del siglo XXX.

—En cuyo caso... —empezó a decir Gaunt.

—En cuyo caso son lugares sagrados que deben conservarse —añadió Ludd.

—En cuyo caso, deben ser purificados y no arrasados —completó Ironmeadow

—. ¿Responde eso a su pregunta, señor?



DOCE

11:23 horas, 195.776.M41
Puesto 36, Quinto Compartimento
Mons Sparshad, Ancreon Sextus

Wilder llevaba en el punto de observación del extremo sur del puesto casi una hora. Allí se habían reunido oficiales de todos los regimientos destinados en el puesto 36, con los visores montados sobre trípodes dirigidos al desigual terreno rocoso y cubierto de hierba del compartimento. Cinco kilómetros al norte se estaba librando una batalla.

Los exploradores habían informado poco antes del amanecer de una concentración de vehículos de combate enemigos que se dirigía hacia el sur. Se suponía que habían aprovechado la oscuridad para avanzar a través de la puerta que comunicaba con el sexto compartimento. DeBray había enviado al Octavo Regimiento Mecanizado de Rothberg para enfrentarse a ellos, y a los escuadrones supervivientes hauberkanos, que todavía estaban por demostrar su valía, para que formaran una línea de contención en su retaguardia. Los combates habían tardado poco en empezar y habían aumentado de ferocidad en poco tiempo. Los Vanquisher del Octavo Regimiento habían atacado a los vehículos enemigos atravesando una serie de arroyos que corrían al este del camino principal. El estruendo de los disparos de los tanques había resonado desde entonces y la escasa luz del día se había enturbiado por todo el compartimento con el humo de los combates. Las columnas de otro humo más denso y negro se elevaban hacia el cielo señalando los puntos donde yacían destrozados los vehículos blindados tanto propios como enemigos. El comandante del regimiento de Rothberg había informado que los combates eran intensos, pero que la línea se mantenía. Había identificado a tanques acechantes de las clases AT70 Reaver, AT38 Brigand y al menos dos superpesados.

Muchos mostraban los colores y los emblemas del despreciable Pacto Sangriento.

Los comandantes de infantería esperaban con impaciencia en el puesto de observación. Si todo iba bien, o si el enemigo de repente utilizaba tropas de infantería para apoyar el ataque, las unidades como el 8111 (r) y el Cuadragésimo de Kolstec podrían avanzar con rapidez para reforzar a los blindados imperiales. Si la situación empeoraba, es decir, si empeoraba mucho, todo lo que había hasta el puesto 36, incluido el propio puesto, y los demás puestos de mando del quinto compartimento podían acabar perdiéndose.

Lo único que DeBray no estaba dispuesto a permitir era que el propio compartimento cayera. Habían invertido demasiado tiempo y demasiada sangre para abrirse paso a través de aquella antigua puerta en nombre del Trono Dorado.

A Wilder lo acompañaban Baskevyl y Kolea, los dos oficiales de mayor rango de Belladon y de Tanith. El mayor Kolea le caía extremadamente bien a Wilder, quien

había admirado desde el principio su solidez y sentido del mando. Se preguntó si sería significativo que el oficial de mayor rango de las nuevas tropas no fuera un nativo de Tanith, sino un verghastita. Los tanith, cuyo grupo había sido la base original sobre la que se había formado el regimiento, no parecían resentidos por el mando superior que tenía Kolea. El asedio de la colmena Vervun había provocado la unión de los tanith y los verghastitas, y, desde entonces, ambos grupos se habían entremezclado muy bien. Wilder conocía otros casos de regimientos mixtos que habían acabado librando «guerras civiles», plagados de bandos, facciones y luchas internas. Aparte de unos cuantos roces y problemas menores, el Primero de Tanith, los llamados Fantasmas de Gaunt, se habían interrelacionado de forma admirable según los informes. El método de combinar «restos» de otros regimientos había tenido lugar de nuevo, y había ido razonablemente bien hasta ese momento.

Eso fue hasta que llegó la noticia. Después de consultarlo con Hark, con Baskevyl, con Kolea y con unos cuantos más, Wilder decidió comunicárselo al Octogésimo Primero Primero. La gente se había quedado aturdida y en silencio. Wilder había mirado las caras de los tanith y los verghastitas y los había comprendido por completo. La noticia había hecho desaparecer la mayor parte de las razones para la fusión de las unidades.

Como consecuencia de la batalla por Herodor y la misión secreta en Gereon, el Primero de Tanith se había quedado sin sus jefes principales. El coronel Corbec había muerto de un modo heroico en Herodor, el apreciado verghastita Soric había sido retirado del servicio activo en circunstancias difíciles. Y después, al parecer, la misión de Gereon había arrebatado a los fantasmas a Gaunt, al mayor Rawne y al jefe de exploradores Mkoll. A pesar de los denodados esfuerzos de Gol Kolea y de Viktor Hark, ninguno de ellos oficial fundador del regimiento, el alto mando había considerado que el Primero de Tanith carecía por completo del liderazgo carismático y esencial que lo había convertido en una unidad de primera clase. Gaunt, Corbec, Rawne, Mkoll: sin esos individuos, los fantasmas eran un regimiento sin dirección.

Por su parte, el Octogésimo Primero de Belladon también había sufrido lo suyo. El regimiento había sido fundado dos años antes del comienzo de la Cruzada de los Mundos de Sabbat con unos efectivos totales de ocho mil hombres, y había logrado una serie de victorias durante la operación New Found y el ataque al Saliente Cabal. Luego había llegado el infierno de Khan III, la campaña contra el magíster Shebol Mano Roja. Como victoria, permanecería como uno de los mayores honores del regimiento de Belladon, pero el coste había sido terrible. Casi tres cuartas partes de los soldados del Octogésimo Primero habían muerto, casi mil de ellos de una sola vez durante los desesperados combates en el Campo de la Última Imagen. El Octogésimo Primero de Belladon había derrotado a la famosa unidad de élite llamada Falange Roja, había destruido el Altar Rugoso, matado al Pater Savant y al Pater Dolor y

había obligado a huir al propio magíster, algo que a la larga condujo a la muerte de Shebol a manos de la Guardia Plateada en Partopol. Sin embargo, había sido un honor ganado a un precio muy costoso. El regimiento había quedado reducido a menos de dos mil soldados, por lo que había corrido peligro de ser redesignado como “compañía de apoyo o auxiliar”. Sin embargo, su estructura de mando estaba casi intacta.

Así pues, según le habían dicho a Wilder, el propio comandante general había aprobado la fusión. Los dos regimientos parciales, ambos ligeros y orientados hacia el reconocimiento, se complementaban entre sí. Los fantasmas llenarían las mermadas filas del regimiento de Belladon, y el cuerpo de oficiales de éste, sobre todo Wilder, proporcionaría a los tanith la necesaria capacidad de mando. Así era como se tomaban las lejanas e implacables decisiones en el alto estado mayor, así era cómo se sumaban soldados a soldados para que les cuadraran las cuentas a los contables del Munitorum.

Así era como el Octogésimo Primero de Belladon y el Primero de Tanith se habían convertido en el Octogésimo Primero Primero de reconocimiento.

Y en esos momentos, todo estaba de nuevo en el aire. Los fantasmas habían aceptado el cambio porque creían que el líder que adoraban había muerto, pero acababan de descubrir que no era así. Se mirara como se mirara, a los fantasmas iba a empezar a disgustarles la fusión de regimientos. A disgustarles Belladon. A disgustarles el propio Wilder. Todo había sido por darles una buena oportunidad, pero los fantasmas habían descubierto que tenían otra oportunidad, una con la que ni siquiera habían contado.

—Se preocupa demasiado —dijo Gol Kolea.

—¿Qué?

Wilder miró a su alrededor.

Kolea sonrió. Era un individuo de gran tamaño, todo él músculos y tendones, con una boca que parecía pequeña, perdida en aquel rostro tan grande, pero que mostraba una sonrisa alegre y perspicaz.

—Que se preocupa demasiado, señor. No lo haga.

Wilder hizo un leve encogimiento de hombros. Su lenguaje corporal era amistoso y tranquilizador, una de las claves de su éxito como comandante.

—Sólo estoy preocupado por este asunto, Gol —le contestó señalando con un gesto de cabeza el lejano estampido de los cañonazos de los tanques.

—No, no lo está —contestó Kolea.

—No, no lo está —añadió Baskevyl, mostrándose de acuerdo mientras se agachaba para mirar por el visor.

—¿Qué es esto? ¿Dos contra uno? —les preguntó Wilder.

—Está preocupado por el mensaje, señor —insistió Kolea—. El que nos leyó

ayer.

—No eres nada tonto, Gol Kolea —comentó Wilder.

—Supongo que por eso sigo vivo —le respondió Kolea.

—No, eso es por suerte —soltó Baskevyl sin dejar de mirar por el visor.

—Lo cierto es que Bask tiene razón —admitió Kolea—, Bueno, no importa. Sé que lo está pasando mal porque resulta que Gaunt está vivo. Está preocupado por el efecto que eso pueda tener en la fusión de los regimientos.

—¿Tú no lo estarías? —le preguntó Wilder.

—Yo lo estaría —murmuró Baskevyl.

—No te he preguntado a ti, Bask. ¿No lo estarías, Gol? Me refiero a si estuvieras en mi lugar.

—¿En su lugar? Señor, si yo estuviera en su lugar habría mantenido el nombre de Primero de Tanith y habría dejado que los de Belladon se fastidiasen.

—Claro que lo hubieras hecho.

—Era una broma —le aclaró Kolea.

—Lo sé —contestó Wilder con voz despreocupada.

—Sólo una broma.

—Lo sé.

Varios de los oficiales que estaban cerca se habían vuelto para escuchar lo que decían. Kolea le indicó con un gesto a Wilder que sería conveniente que se alejaran hasta el fondo del reducto. Baskevyl los siguió.

—Le diré lo que pienso —se sinceró Kolea—. Esta unión tiene sentido. Tenía todo el sentido para los de Belladon y tenía todo el sentido para los de Tanith. ¿Ha oído alguna queja?

Wilder hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Feth, claro que no. No voy a decir que haya sido fácil, pero los fantasmas lo han aceptado todo. Perder su nombre y unirse a los demás. Son guardias imperiales veteranos. Saben cómo funciona todo esto. Todos debemos mantenernos dispuestos para el combate. En la Guardia Imperial, o te mantienes en marcha o mueres.

—O te vas a casa —soltó Baskevyl.

—Cállate —dijeron Kolea y Wilder al mismo tiempo.

Baskevyl se encogió de hombros.

—Bueno...

—La unión de los regimientos tenía sentido —siguió diciendo Kolea—. Nos pusimos a ello y nadie protestó. Así es como funcionan las cosas. ¿Y sabe lo que lo hizo más fácil? Usted. Usted y la gente como Bask.

—Kolea, me estás haciendo la pelota.

Kolea le sonrió.

—Parezco el tipo de individuo que le gusta hacerse pasar por agradable, Lucien?

Wilder se quedó callado un momento. No, no lo era.

—No —respondió.

—Estábamos perdidos y dolidos. Usted apareció y nos cayó bien, lo mismo que Bask, que Kolosim y Varaine. Nos cayó bien Novobazky. Callide es un capullo, pero siempre hay alguno.

—Es verdad —comentó Baskevyl—. Callide es un completo capullo. Yo mismo le pegaría un tiro si no fuera mi cuñado.

Kolea pareció angustiado.

—Trono... No lo sabía, señor.

Baskevyl miró a Wilder y los dos se echaron a reír.

—Era una broma —le dijo Baskevyl.

—¿No es su cuñado?

Baskevyl negó con la cabeza.

—Pero sí es un capullo —añadió.

Kolea se pasó una mano por el cráneo rapado.

—Trono, tenía una idea en la cabeza, y con la broma...

—Lo siento —se disculpó Baskevyl con una sonrisa.

—Creo que lo que quería decir —siguió diciendo Kolea retomando lo que había pensado—, es que los fantasmas han aceptado formar parte de la fusión por tratarse de ustedes. Esto empieza a funcionar.

—Pero Gaunt... —empezó a decir Wilder.

Kolea hizo un movimiento de rechazo con las manos.

—¿Sabe lo que pensé cuando nos lo dijo? Pensé... que era muy feliz. Ibram lo había conseguido. Había sobrevivido. Había cumplido la misión. Nos juró que la cumpliría. Fui feliz. Todavía lo soy. Los fantasmas también. Ibram es una gran persona, señor, y el hecho de que haya cumplido la misión y regresado con vida es un motivo de orgullo para nosotros.

—Pero sigue vivo —le insistió Wilder.

—Sí, así es, pero no es una amenaza para usted. Nos lo dijo. El mensaje estaba muy claro... Gaunt ha vuelto a cumplir funciones exclusivamente del Comisariado. Ha sido reasignado. No va a ser un problema para nadie.

Wilder apartó la mirada.

—El simple hecho de que siga vivo es un problema. Los fantasmas van a querer que regrese. No aceptarán un sustituto.

—Creo que ya han dejado eso atrás, señor —lo contradijo Kolea—. Y aunque quisieran que regresara, el alto mando lo ha dejado muy claro. No podemos tenerlo otra vez, y se acabó.

Wilder asintió.

—Supongo que así es. ¿Qué hay de los otros? Ellos sí que van a regresar. ¿Cómo

es ese tal Rawne? He oído decir que no hace más que crear problemas.

—Le haremos sitio —propuso Baskevyl—. Quitaré a Meryn para que Rawne se pueda incorporar. ¿Qué te parece, Gol?

—Meryn no —contestó Kolea—. Meryn se había convertido en uno de los del grupo de Rawne y no le gustará nada la idea de tener que dejar su puesto. Yo quitaría a Arcuda y le daría a Rawne el mando de la compañía H. O mejor todavía, haría que uno de Belladon le cediese el mando de una compañía. Eso sería un mensaje muy positivo.

Wilder pensó en ello e hizo algunas cuentas rápidas.

—Si lo hiciera, habría más jefes de compañía tanith que de Belladon.

—¿Y eso sería malo? —pregunto Kolea— Me refiero como gesto. ¿Como un compromiso?

—Se podría enconar la situación —indicó Wilder—. Conozco a los de Belladon. ¿Ese Rawne es tan bueno como dicen?

—Es un jodido hijo de perra —le respondió Kolea con sinceridad—. Pero Gaunt jamás actuaba sin que Rawne estuviera en primera línea.

Wilder miró a Baskevyl.

—¿Qué piensas? ¿Kolosim? ¿Raydrel?

—¡Trono, ninguno! —exclamó Baskevyl—. Qúitate el mando a Ferdy Kolosim y te perseguirá como un sabueso. Raydrel es un oficial excelente. Ya estamos hablando de una cuestión de orgullo.

—Estoy de acuerdo —opinó Kolea—. Ni Kolosim ni Raydrel. Mire, si sirve de ayuda, estoy dispuesto a cederle mi mando a Rawne.

—¡No! —exclamaron los dos oficiales de Belladon al unísono. Kolea sonrió.

—Gracias, es una sensación muy agradable que te quieran... Bueno, entonces tendrá que ser Arcuda. Lo entenderá. O quizá mejor Obel. O Domor. Es muy leal.

Wilder soltó un suspiro.

—Esto es exactamente lo que me preocupaba, caballeros. No Gaunt sino los demás. Mkoll...

—Ah, ése es fácil —lo animó Kolea—. Forme una unidad compuesta sólo por exploradores y dele el mando. Le encantará lo que es capaz de hacer. Es un mago. Dele los exploradores de Tanith y sus mejores hombres de la sección de reconocimiento y lo hará reventar de gusto.

—Lo dice como una imagen poética respetuosa, señor —añadió Baskevyl.

—Ya lo sé. De acuerdo, de acuerdo... Rawne sigue siendo el problema. Dejádmelo a mí.

El microrreceptor de comunicaciones chasqueó. Los tres oficiales se miraron entre sí.

—Ya está —dijo Wilder—. Venid los dos conmigo, por favor.

—¿Cree que iba a perdérmele? —le respondió Kolea.

El extremo norte del puesto 36 estaba curiosamente tranquilo. Cuando los fantasmas vieron que se acercaba una nube de polvo provocada por una columna de transportes dejaron poco a poco de tomar el sol, de jugar a las cartas y los catres de las habitandas y se reunieron frente a la entrada del puesto.

Los vehículos llegaron al puesto. Eran cuatro camiones de diez ruedas que llevaban suministros médicos y uno adicional para el transporte de tropa, que iba sin el techo de lona. Entraron en el puesto cambiando de marcha y levantando una nube de polvo a su paso.

Wilder, Baskevyl y Kolea llegaron al lugar pocos momentos antes de que los camiones se detuvieran. Se reunieron con Dorden y Hark y se quedaron esperando con ellos. El ayatani Zweil también apareció y se apresuró a unirse al grupo, tuvo que levantarse el borde de la túnica para poder correr.

—Me mintió, coronel —dijo el anciano sacerdote.

—¿Cómo, padre?

—El otro día me juró que no podía traer a la gente de vuelta de entre los muertos. Me mintió.

Wilder se rió y movió la cabeza con gesto resignado.

El polvo se asentó poco a poco. Wilder miró alrededor y notó la tensión eléctrica en el aire. Vio a los fantasmas: a Domor, Caffran, Obel, Leyr, Meryn, Dremmond, Lubba, Vadim, Rerval, Daur, Haller, DaFelbe, Chiria... y a todos los demás.

Con los ojos abiertos de par en par. Esperando. Esperando.

La compuerta trasera del último camión se bajó y unas siluetas oscuras descendieron de un salto del vehículo. Se quedaron quietos un momento antes de empezar a andar hacia el centro del puesto en formación dispersa. Las figuras vestidas de negro salieron con lentitud de la nube revoloteante de polvo. Caminaban con lentitud y tranquilidad, y con las armas echadas al hombro.

Rawne. Feygor. Varl. Beltayn. Mkoll. Criid. Brostin. Larkin. Bonin.

Sus rostros mostraban una expresión adusta y severa. Los uniformes nuevos, con la insignia del Octogésimo Primero Primero, estaban limpios y casi relucientes. En la cara de Lucien Wilder apareció poco a poco una sonrisa.

Había conocido a unos cuantos cabrones duros en su vida, y los mejores estaban entre las filas de los de Belladon.

Sin embargo, jamás había presenciado semejante muestra de autoconfianza. Aquellos soldados ya le gustaban desde el principio. Volvían a casa cuando todos los daban por perdidos. Volvían a casa con actitud veterana. El paso lento, la zancada tranquila. Por el Trono, ya eran héroes antes de haber hecho nada.

Wilder oyó un sonido, un sonido que empezó lentamente y que aumentó poco a poco. Aplausos. Los fantasmas que había en el lugar estaban aplaudiendo, y con

ganas. Sin saber realmente el motivo, los nativos de Belladon se unieron a los aplausos de saludo a los héroes que regresaban a casa. Gritos, hurras, silbidos, vítores.

Rawne y su grupo no reaccionaron. Salieron caminando del polvo en dirección a Wilder, con los rostros imperturbables.

Se detuvieron delante del coronel. Los aplausos siguieron sonando. Los recién llegados ni siquiera intentaron formar una fila ordenada, tan sólo se detuvieron unos junto a otros, pero se pusieron en posición de firmes al unísono.

—El mayor Elim Rawne y su escuadra se presentan al servicio, señor —dijo Rawne.

Wilder dio un paso hacia ellos y respondió al saludo.

—Coronel Lucien Wilder, Me alegro de conocerles. Bienvenidos al quinto compartimento.



TRECE

14:01 horas, 196.776.M41
Puesto 12, Tercer Compartimento
Mons Sparshad, Ancreon Sextus

El contraste entre el puesto 10 y el 15 no podía haber sido más patente.

Habían pasado un par de días en el ambiente relativamente civilizado y ordenado del puesto 10, donde se habían estado orientando, pero a Ludd le había parecido mucho más tiempo. Gaunt había insistido en celebrar largas reuniones con los comandantes de compañía, los consejeros tácticos, los encargados de mayor rango del Munitorum y los oficiales del Comisariado. Ludd se había aburrido de permanecer sentado sin poder hablar o de dar paseos mientras aguardaba. El subcomisario esperaba empezar a trabajar como ayudante de campo de Gaunt en muy poco tiempo, pero lo que estaban haciendo no parecía tener ninguna clase de sentido. Estaba claro que Gaunt tenía algún propósito con todo aquello, pero no se lo había dicho. Ludd no tenía nada claro lo que Gaunt estaba buscando, y cuando le insistía al comisario sobre el tema, Gaunt le solía contestar con acertijos enrevesados.

—Nahum, buscamos soldados que lleven cajas vacías y que no doblen las rodillas.

Gaunt también pasaba gran parte del tiempo en las celdas hablando con los prisioneros. Ludd había esperado unos interrogatorios despiadados, pero Gaunt se había comportado de un modo tranquilo y relajado. Habló con los soldados kolstec que había arrestado el primer día. Varios de ellos casi se habían deshecho en lágrimas al confesarle todos sus miedos al comisario.

—No son más que chavales aterrorizados —le informó Gaunt—. Con una carencia absoluta de liderazgo firme. Vieron la oportunidad de largarse con la excusa de un transporte de suministros. Fue un intento algo desesperado y patético. He dispuesto que reciban como castigo ocho días de encierro aquí y que luego los transfieran a las Llanuras Rotas para servicios de apoyos básicos.

—¿No deberíamos... fusilarlos? —le preguntó Ludd.

Gaunt fingió buscar algo en los bolsillos del abrigo.

—No lo sé. ¿Deberíamos? No puedo encontrar mi copia del Instrumento de orden.

—Sabe a lo que me refiero, señor.

—Si empezamos a ejecutar a todo el mundo, Van Voytz acabará combatiendo él solo. Por lo que he visto y por lo que me han dicho, las fuerzas imperiales del Segundo Frente están plagadas de miedos y de falta de decisión. Ludd, el castigo tiene su lugar, pero lo que hace falta aquí es encontrar algo para que la Guardia Imperial tenga un objetivo, un motivo para combatir.

—¿Porque lo han perdido?

—Porque nunca lo han tenido. Estos chicos carecen de experiencia alguna en la guerra, nada con lo que protegerse. En otras circunstancias, los oficiales y los comisarios les harían encontrar el valor necesario y los ayudarían a sobrellevar las primeras semanas de miedo y de dudas hasta que se sobrepusieran. Pero los oficiales no tienen más experiencia que ellos, y no hay suficientes comisarios. La ejecución sumaria es la herramienta más poderosa de un comisario, Ludd. Si se utiliza en una situación en la que se ha visto implicada una unidad veterana, les recuerda a los soldados su compromiso. Si se utiliza en una unidad de novatos, destruye la poca capacidad de ánimo que tengan. Aún más: les confirma sus peores temores.

Cuando Gaunt, a la segunda mañana después de la llegada al Mons, anunció que había llegado el momento de visitar el puesto 15, Ludd se animó. El quince estaba muy cerca de las zonas de peligro, al lado de los combates por la puerta que llevaba al noveno compartimento. Era posible incluso que participaran en alguno.

Ludd se dio cuenta mientras viajaban hacia el puesto 15 que la perspectiva de entrar en combate lo había puesto nervioso, inquieto. De repente, entendió cómo se sentían los guardias imperiales jóvenes. El transporte era un baqueteado camión de cuatro ruedas con la parte posterior descubierta, que sin duda había vivido días mejores. El motor tosía con un sonido desesperante, como si tuviera piedras en el tubo de escape. El conductor era un servidor del Munitorum, un individuo bajo y moreno, de aspecto desaseado, llamado Banx.

—Con que sólo nos iban a dar lo mejor, ¿eh? —le murmuró Gaunt a Ludd mientras subían.

Ironmeadow se sentó al lado del conductor, y Ludd y Gaunt en los asientos de atrás. El comisario había insistido en que Eszrah los acompañara, así que el nihtgane se sentó en la parte posterior, apoyado contra la columna de una de las barras antivuelco.

El puesto 15 se encontraba a unos nueve kilómetros del puesto 10, en la malsana espesura que rodeaba la abertura de la entrada al noveno compartimento. Ironmeadow insistió en que el viaje sólo se podía hacer de día y que tenían que conseguir una autorización firmada por el mariscal Sautoy.

El viaje pareció eternizarse. El camino serpenteaba entre los amplios estanques y lagos que caracterizaban el tercer compartimento, y atravesaba las extensas llanuras de juncias de aspecto siniestro y montones de rocas antes de llegar a los sombríos bosques de alerces y pinos negros.

Por todos lados se veían las señales de la guerra: vehículos destrozados y quemados y piezas de equipo desechadas y estropeadas al lado del camino. Tres o cuatro veces tuvieron que apartarse para que pasaran columnas de vehículos, grandes camiones de diez ruedas y pequeños transportes que se dirigían hacia el sur, hacia el puesto 10. El camión que los llevaba se sobrecalentó en una ocasión, a mitad de

camino hacia el puesto 15, y tuvieron que esperar sentados a la vera del camino mientras Banx intentaba que el desgastado motor respondiera de nuevo. Desde allí tuvieron una buena panorámica de la enorme muralla y de la gigantesca puerta que daba al séptimo compartimento. En algún lugar cercano estaba el puesto 12. Al otro lado se estaba librando una fase completamente diferente de la guerra.

El puesto 15 se anunció a sí mismo con fuerza antes incluso de que estuvieran cerca. Vieron por encima de los árboles raquíticos y sombríos una espesa columna de humo y vapores de combustible que medio tapaba el enorme risco que formaba la muralla del compartimento y la puerta por la que se estaba combatiendo. Ludd oyó el fuerte zumbido de las descargas de artillería de energía y el estruendo de los proyectiles. Sintió que el estómago se le encogía y se dio cuenta de que tenía miedo.

Luego captaron el olor. Un hedor enfermizo, rancio y orgánico que flotaba sobre la zona como un augurio de mala suerte.

Banx redujo la marcha cuando aparecieron los guardias del perímetro y exigieron que les enseñaran los papeles de autorización. Los guardias, unos individuos nerviosos y mal encarados, cambiaron un poco de actitud al percatarse de la presencia de Gaunt.

—Siga todo recto, señor —le dijo uno de ellos—. Le comunicaremos al comandante del puesto que acaba de llegar.

—Hazme un favor, soldado —le pidió Gaunt mientras sacaba un par de cartones de lho de su mochila y se los pasaba al otro guardia sin aspavientos—. Déjanos darle una sorpresa. ¿De acuerdo?

Los dos asintieron y Banx continuó la marcha.

El puesto 10 era un lugar ordenado y organizado, limpio y formal, reguiado como un cronómetro bien mantenido. El puesto 15 era un agujero infernal. Estaba situado en una depresión acuosa, y siempre estaba húmedo e inundado. Los caminos eran pantanos embarrados, y era evidente que las letrinas se habían atascado. Todo el lugar apestaba y el aire estancado estaba repleto de moscas que no cesaban de zumbar. Pasaron al lado de filas de habitandas empapadas por el agua encharcada, por lo que las flácidas superficies de tela estaban cubiertas de grandes manchas de hongos y moho. El aire estaba impregnado del humo sucio de las cocinas y del repugnante olor a carne rancia y grasienta. Todos los soldados con los que se encontraron estaban pálidos y tenían ojeras, con aspecto cansado y tenso. Miraron al camión mientras pasaba con expresión resentida e irritada. Ludd empezó a ponerse nervioso.

El extremo norte del puesto era un círculo de posiciones de artillería que no cesaban de disparar contra la enorme fachada de la puerta de paso, provocando una nube de humo de fyceleno que también se expandía por el puesto. Sin duda, el constante estampido estruendoso de los cañones era mas que suficiente para provocar que cualquiera perdiera la calma, y aquello era así a todas horas del día.

Ludd se sobresaltó cuando un escuadrón de Vulture los sobrevoló con los motores aullando a toda potencia. Las cañoneras viraron en un giro amplio y dispararon todos los cohetes contra la oscura boca de la puerta en una lluvia de chispas y humo.

—Tranquilízate —le dijo Gaunt.

—Estoy tranquilo —le respondió Ludd—. Muy, muy tranquilo.

Gaunt tenía dos preocupaciones concretas respecto al puesto 15: el elevado número de desertiones y una plaga infecciosa muy virulenta. La sensación que le transmitía aquel lugar le recordaba desagradablemente a Gereon y la corrupción que allí había. Sentía un leve picor en la piel. Aquello le hizo recordar por un momento a Cirk. Se preguntó qué le habría ocurrido, y se sorprendió al darse cuenta de que en realidad no le importaba. Dudaba mucho que la volviera a ver.

Pasó unos escasos veinte minutos con el comandante del puesto, un coronel angustiado que estaba esperando la llegada del mariscal y tenía demasiadas cosas en las que pensar. Ludd vio los pabellones médicos del lugar. Eran cinco veces más grandes que los del puesto 10. Habían añadido secciones adicionales a lo largo de los días anteriores para acomodar a los guardias imperiales afectados por aquella plaga. El jefe médico había pedido permiso para trasladar a los enfermos hasta unas instalaciones alejadas de la línea del frente, pero la solicitud había sido denegada por temor a que propagaran la enfermedad a los puestos de las zonas «limpias».

—Dicen que es la contaminación del Caos —le comentó Ironmeadow a Ludd mientras esperaban que Gaunt saliera del puesto de mando—. Que es algo que hay en el agua, o en el aire.

Ironmeadow se había anudado una bufanda alrededor de la cabeza para taparse la nariz y la boca. Ludd pensó que el capitán parecía un bandido. No estaba en absoluto sorprendido por la plaga que asolaba el puesto. Las condiciones higiénicas eran espantosas. Eso sólo ya hubiera sido más que suficiente para incubar las infecciones, y Ludd estaba seguro de que las letrinas encharcadas eran responsables de buena parte de aquello.

¿Una contaminación del Caos? La respuesta no tenía por qué ser tan imaginativa. A pesar de todo, Ludd tenía la sensación de que los microbios lo invadían. Deseó dejar de sobresaltarse cada vez que disparaban los enormes cañones instalados en la zona norte del puesto.

Gaunt salió del despacho.

—Qué agujero —comentó en voz baja—. Hasta yo saldría corriendo de aquí.

—Sé lo que quiere decir —le contestó Ludd.

—Voy a pedir que nos preparen alojamiento —dijo Ironmeadow.

—¿Por qué? —quiso saber Gaunt.

Ironmeadow se encogió de hombros.

—Bueno, señor, ya es media tarde. Si nos vamos dentro de una hora o así, no pasa

nada, pero si nos quedamos más, tendremos que esperar hasta mañana.

—¿Por qué? —preguntó otra vez el comisario.

—Son órdenes del mariscal Sautoy. No se debe viajar de noche bajo ninguna circunstancia.

Gaunt miró a Ludd.

—No estaremos mucho tiempo, Ironmeadow. No se preocupe.

—¿Qué es lo que sabe, señor? —le preguntó Ludd.

—Tengo un presentimiento. Espero estar equivocado por completo.

Una explosión especialmente violenta procedente de la zona de la puerta lo interrumpió antes de que pudiera seguir. La detonación hizo que el suelo se estremeciera y provocó unas tremendas llamaradas que se alzaron hacia el cielo.

—¡Por el Trono! —exclamó Ludd—. ¿No deberíamos...?

—¿Qué, Ludd?

—¿Correr, señor?

Gaunt negó con la cabeza.

—No ha sido más que un tanque. Toda la munición que llevaba ha estallado a la vez.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ludd.

—Porque ya lo había oído antes. Pobres. Que el Emperador los acoja en su seno. Venga, vamos a los comedores.

Ludd miró extrañado a Gaunt.

—¿Quiere comer?

—No.

—Señor, ya le he concertado una entrevista con el jefe médico.

—Eso puede esperar, Ludd. —Gaunt tenía una placa de datos en la mano—. El comandante del puesto me ha dado esto y le he echado un vistazo rápido. De ahí mi presentimiento, pero antes quiero comprobar un par de cosas. ¿Ironmeadow?

—¿Sí, señor?

—Quiero pedirle disculpas, capitán.

Ironmeadow se quedó sorprendido.

—¿Por qué, señor?

—Creo que es posible que en la próxima media hora su orgullo se vea herido de un modo considerable.

—No le entiendo, señor.

—No importa. Sólo acepte mis disculpas. Recuerde que no es nada personal.

Ironmeadow miró a Ludd, que se limitó a encogerse de hombros.

—Por aquí, caballeros —les dijo Gaunt, y se dirigieron hacia el pabellón comedor.

La larga fila de tiendas comedor de lados abiertos estaba repleta de soldados que

devoraban el rancho servido en las tazas metálicas abolladas. Del interior de las tiendas salían vaharadas de vapor, y el olor a carne era intenso.

Un grupo de operarios del Munitorum y de trabajadores de la Guardia Imperial situados en la parte posterior del pabellón principal servían con cucharones el rancho en las bandejas de los soldados que esperaban, removían el contenido de las grandes ollas colocadas sobre los quemadores o hacían puré con la verdura que ya estaba algo pasada.

—Ludd, ve a hacer unas cuantas preguntas —le ordenó Gaunt—. Habla con el personal encargado. Que te den algunas respuestas.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre lo que a ti se te ocurra. Ironmeadow, el gorro y el abrigo, por favor.

—¿Qué? —le preguntó extrañado el capitán.

Gaunt se quitó la gorra de comisario y el pesado abrigo de combate de cuero y se lo cambió a Ironmeadow por su chaqueta y su gorra, ambas de tela.

—Ahora vas a fingir que eres un comisario. No digas nada, adopta un aire altanero y deja que sea Ludd quien hable.

—Señor, esto es muy irregular...

—Yo soy muy irregular —le contestó Gaunt mientras se ponía la gorra del capitán—. Y quítate esa bufanda. Pareces un bandido.

Ironmeadow se puso la gorra y el abrigo del comisario y siguió a Ludd hasta el pabellón principal. Perdieron de vista a Gaunt.

—Hola —saludó Ludd a los que estaban al otro lado.

—¿Una ración, señor? —le preguntó uno de los trabajadores.

—No, gracias. Sólo quería hacer un par de preguntas. En realidad, las quiere saber mi superior, pero no le gusta mucho hablar.

Ludd señaló con un gesto a Ironmeadow, quien se esforzó por parecer altivo e intimidatorio. El abrigo de Gaunt le quedaba un poco grande, por lo que tenía más bien aspecto de vampiro o de espectro a punto de atacar.

—¿No le gusta la comida? —le preguntó el individuo.

—¿Y a ti? —le preguntó a su vez Ludd, que tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del barullo de la cocina.

—¿A mí? No, señor. Yo como raciones deshidratadas.

—¿Quién se encarga de todo esto?

El hombre, un individuo relleno y de aspecto pesado que iba vestido con un delantal y una camiseta manchados, se quedó pensando un momento.

—En su mayor parte el Munitorum. Los cocineros jefe son de un regimiento del puesto. El Primero de Fortis Binary.

Ludd miró al capitán, pero Ironmeadow estaba demasiado ocupado esforzándose por aparentar ser un comisario que no había oído la mención de su regimiento

hermano.

—Señálame uno de ellos.

El hombre miró a su alrededor.

—¡Eh, Korgy! ¡Ven aquí! —gritó.

Se acercó otro encargado de la cocina. Era un individuo muy robusto, ceñudo. Se limpió las manos en un delantal grasiento y miró a Ludd de arriba abajo. El subcomisario se fijó en la insignia del regimiento Fortis que llevaba prendida a la camiseta.

—Comisario. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Sólo estoy echando un vistazo. ¿Se llama Korgy? ¿O algo parecido?

El hombre asintió con gesto precavido, demasiado a la defensiva según le pareció a Ludd.

—Oficial de servicio de primera clase Ludnik Korgyakin. Korgy para abreviar. ¿Hay algún problema?

—¿Es el encargado de esta cocina? —le preguntó Ludd.

—Junto a Bolsamoy —asintió señalando a un individuo calvo y corpulento que pasaba en ese momento cargado con una olla llena de estofado.

—¿Hay algún problema?

Korgy se encogió de hombros.

—¿Cómo cuál, señor?

—No sé... El campamento está repleto de enfermos, pero ninguno de los de aquí parece afectado.

—Comemos bien y nos lavamos. ¿Qué puedo decirle? Los del Comisariado jamás se habían pasado antes a husmear por aquí. ¿Hay alguna denuncia?

—No —le aclaró Ludd.

—¿Tiene una orden para investigar? —añadió Korgy.

—No, pero no me hace ninguna falta.

—Bueno, pues tienen una cola de gente esperando detrás.

—Sí, es cierto. La cola no avanza —comentó Ironmeadow.

—Cállese y siga fingiendo —le espetó Ludd con un susurro.

—Sólo decía...

—Ah, pero habla —soltó Korgy.

—No le haga caso. Tiene daños cerebrales —le indicó Ludd—. La cola puede esperar un poco. ¿Por qué está a la defensiva, oficial de servicio Korgyakin?

Korgy apoyó el cucharón que tenía en la mano en el borde de la olla de estofado.

—No tengo ni idea. ¿Quizá porque me está interrogando el Comisariado? Puede que sea por eso.

—Puede —dijo Ludd mostrándose de acuerdo—. Es muy suspicaz para ser un cocinero. ¿Por qué?

Korgy apartó la vista y miró un momento a alguien. Fue un aviso, algo acordado. Ludd lo vio con toda claridad. Korgy volvió a mirarlo.

—Mire, ¿quiere o no quiere una comida? Si no la quiere, salga de aquí. Tiene detrás a un montón de gente hambrienta.

Alguna clase de instinto, una parte de él que nunca antes había conocido, hizo que Ludd actuara por puro reflejo. Sacó la pistola láser sin ni siquiera pensar en ello y apuntó a Korgy.

—¡Retrocede con las manos en alto! —le ordenó.

—¿Qué está haciendo? —exclamó Ironmeadow a su espalda—. ¡Baje eso!

Korgy dio un paso atrás. Levantó las manos en el aire y dejó caer el paño de cocina que tenía en una de ellas.

—Cabrón —le espetó a Ludd.

—¡Cuidado, Ludd! —gritó Ironmeadow.

Ludd miró a un lado. El otro jefe cocinero, Bolsamoy, había dejado caer la olla humeante y empuñaba una pistola automática pesada, una Hostec 5.

Bolsamoy empezó a disparar.

Gaunt se deslizó en silencio hacia la parte posterior de las tiendas de cocina y esperó hasta que no pasó nadie. No había ninguna puerta, así que desenvainó el cuchillo tanith y rajó la tela de la tienda.

Atravesó la abertura y entró en un congelador de carne, una despensa que se mantenía bajo cero gracias a potentes motores de enfriado. Las piezas de carne colgaban de los ganchos o estaban metidas, hinchadas y viscosas, en contenedores de conservación.

Dio un par de pasos. Cada fibra de su cuerpo deseaba que el presentimiento fuese una equivocación. Llegó a la pared trasera. Unas grandes planchas de madera contrachapada formaban una barrera alrededor de la zona posterior del lugar. Miró por detrás de ellas. Vio unos cuantos arañazos en el suelo y los bordes desgastados de una de las planchas, señal de que había sido arrastrada con frecuencia.

La empujó para abrir un hueco. Cedió con muy poco esfuerzo. Al otro lado había un muelle de descarga y un cobertizo prefabricado. Era un lugar tranquilo y discreto en mitad de un campamento abarrotado de gente. Gaunt captó un olor en el aire.

—Oh, no, por el Trono... —murmuró.

Se acercó hasta el cobertizo y abrió la puerta.

Por la abertura salió una vaharada de vapor frío que se condensó en el calor húmedo. Apestaba a antisépticos. Echó un vistazo y todos sus temores se confirmaron.

Casi vomitó.

—Cabrones estúpidos —dijo.

Oyó varios disparos en la zona de las tiendas comedor, a los que siguieron gritos y aullidos.

Gaunt metió la mano debajo de la chaqueta de Ironmeadow y sacó las dos pistolas bólder antes de echar a correr hacia allí.

La primera ráfaga de Bolsamoy astilló el poste de sujeción más cercano y mató a un soldado joven que esperaba en la cola con el plato en la mano. El muchacho simplemente cayó hacia atrás con el cráneo reventado. Los demás disparos hirieron a otros tres soldados de la fila y provocaron que el resto salieran huyendo empujados por el pánico.

Ironmeadow se tiró al suelo y se cubrió la cabeza con las manos. Ludd ya había saltado hacia un lado. Chocó con varias mesas, lo que provocó que cayeran los calderos que había sobre ellas.

Korgy echó a correr al lado de varios miembros del personal de cocina. Bolsamoy seguía disparando al interior de la tienda sin dejar de chillar.

Ludd rodó sobre sí mismo, se agachó bajo otra nueva ráfaga de disparos y lo apuntó con la pistola láser.

—¡Comisariado! ¡Detente o disparo!

Bolsamoy disparó de nuevo.

Ludd tenía un ángulo de tiro perfecto y se enorgullecía de su puntería. Disparó.

Bolsamoy trastabilló un poco. A Ludd le pareció que de repente todo se movía con lentitud. El cocinero se estremeció con tanta fuerza y de forma tan violenta que Ludd fue capaz de distinguir cómo la grasa de la barriga y de las mejillas temblaba como gelatina. De repente, apareció un pequeño agujero negro en el pómulo derecho de Bolsamoy, de donde salió un poco de humo. El rostro se le deformó alrededor de la herida. El ojo derecho sobresalió antes de reventar. La cabeza se echó hacia atrás como si un latigazo lo hubiera recorrido por dentro. El dedo índice, sin control alguno ya, apretó el gatillo en un espasmo. El arma se alzó y empezó a abrir agujeros en el techo de tela.

Ludd se puso de rodillas sin dejar de apuntarlo con la pistola. Oyó un agudo silbido pasar junto a su oído izquierdo, y se dio cuenta de que alguien le acababa de disparar, y que había estado a punto de acertarle en plena cara. Korgy estaba cerca de la entrada de la tienda, en mitad del frenético grupo de encargados de la cocina que huían. Tenía un arma del calibre nueve en la mano y disparaba en fuego automático.

Ludd creyó por una fracción de segundo que era capaz de ver cómo una de las balas giraba sobre sí misma en el aire mientras se dirigía hacia él. Intentó darse la vuelta y el proyectil le impactó en la cabeza con un estruendo parecido al de un trueno. Cayó a plomo al suelo y se golpeó en la mejilla derecha con la pata de la carretilla que tenía al lado.

Ironmeadow gritaba como un cerdo degollado. Los soldados que estaban en la tienda huían en masa, dando gritos y empujones.

Gaunt apareció súbitamente por la parte trasera a través de las solapas de la tienda que daban a la zona interna de las cocinas. Empuñaba una pistola bólter cromada en cada mano.

Korgy lo vio y empezó a dispararle mientras retrocedía y lo insultaba de un modo obsceno.

Gaunt se detuvo, alzó las enormes armas y abrió fuego. De las bocachas surgieron unas tremendas llamaradas y Korgy se deshizo, despedazado en una lluvia increíble de carne y sangre.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó Gaunt—. ¡No habrá piedad para quien corra! ¡Si no os paráis, os mato a todos!

Los cocineros y ayudantes dejaron de huir y cayeron de rodillas con las manos detrás de la cabeza.

Uno de ellos se dio la vuelta para intentar empuñar una pistola que llevaba escondida.

—¡Idiota! —exclamó Gaunt, y le pegó un tiro en la cabeza. El individuo cayó de bruces, todavía de rodillas—. ¡Ludd! —gritó Gaunt a continuación—. ¡Ludd!

—Creo que ha muerto, señor —le contestó Ironmeadow.

No estaba muerto. La bala le había destrozado la gorra y le había abierto una pequeña brecha a lo largo del cuero cabelludo.

—¿Estás bien? —le preguntó Gaunt.

Ludd asintió.

—¿Acabo... acabo de matar a un hombre?

—Sí —le confirmó Gaunt.

Ludd vomitó.

—El comandante del puesto está enfurecido —le comunicó Ironmeadow—. ¿De qué demonios iba todo esto?

—¿Recuerdas las disculpas que te pedí antes, Ironmeadow? —le replicó Gaunt.

—¿Sí. ¿Y?

El comisario lo condujo por la parte posterior de la tienda hasta el cobertizo. Dejó que Ironmeadow vomitara al otro lado de la verja.

—Siento que los de Fortis Binary hayan traído esta maldición con ellos —le dijo Gaunt al cabo de un momento—. De verdad que lo siento.

—¡Cállese! —le soltó Ironmeadow entre arcadas—. ¡Cállese de una vez!

Banx, fiel a sí mismo, no dijo nada mientras conducía de regreso al puesto 10.

Quedaba poca luz diurna, pero todavía tenían tiempo. Gaunt era quien lo acompañaba en la parte de delante, con Ironmeadow y Ludd sentados en los asientos traseros. Eszrah estaba callado, como siempre.

—Lo siento —dijo Gaunt por encima del hombro.

—Se equivoca —contestó Ironmeadow—. Los de Fortis Binary jamás han...

—Lo siento, Ironmeadow, pero ya lo han hecho antes. Yo estaba allí. La escasez de comida en Fortis Binary fue tan seria que el Munitorum comenzó a llevarse los muertos de los depósitos de cadáveres y a reprocesarlos para aprovechar la carne. Es algo inevitable en las ciudades colmena llegados a cierto punto. Es un secreto vergonzoso que tu gente dejó atrás.

Ironmeadow vomitó de nuevo y salpicó el costado del camión de bilis amarillenta.

—Reconocí el olor en cuanto llegamos, y en cuanto el comandante del puesto me entregó la placa de datos, lo tuve claro. Los soldados de los regimientos de Fortis Binary son novatos, pero el personal de servicio no. Los cocineros y los encargados del comedor son veteranos de la guerra en vuestro planeta natal, Ironmeadow. Saben qué hacer para que no falte comida. Más en concreto, pueden sacar beneficio vendiendo las provisiones frescas en el mercado negro y sustituir lo que falta con materia prohibida.

—¡Cabrón! —gritó Ironmeadow.

—Enfermedades y plagas, Ironmeadow, haz ni mismo los cálculos. Lamento que esta sórdida parte de la historia de Fortis Binary os haya seguido hasta aquí.

—¡Cabrón! —repitió Ironmeadow antes de vomitar de nuevo.

Ludd mantuvo agarrado al capitán mientras seguía asomado para escupir lo que le quedaba.

—¿Estás bien, Ludd? —quiso saber Gaunt.

—De fábula —le gritó el subcomisario para hacerse oír por encima del rugido del motor.

—Lo has hecho muy bien. ¿Cómo tienes la cabeza?

—Me duele.

—Lo has hecho muy bien.

—Esto no va bien —exclamó Banx de repente.

El motor del camión petardeó y después se apagó por completo. Rodaron hasta detenerse bajo la sombra de unos limoneros de corteza negra.

—Arráncalo de nuevo —le ordenó Gaunt al servidor del Munitorum mientras se bajaba del camión. Banx se apresuró a bajarse también para levantar el capó del vehículo.

—Maldita sea, esto no nos viene bien —le dijo Ironmeadow a Gaunt cuando se puso a su lado en la carretera—. Pronto anochecerá.

—Tranquilízate —lo calmó Gaunt.

Ludd se reunió con ellos. El cielo todavía estaba claro y pálido, pero la sombra de la muralla del compartimento se acercaba con rapidez a medida que el sol se ponía.

—No pasará nada —dijo Gaunt mientras se volvía a mirar a Banx.

Del motor del camión no salía más que un sonido rasposo y traqueteante cada vez que el conductor intentaba que se pusiera en marcha de nuevo. Pasaron cinco minutos. Diez. Treinta. El motor seguía tosiendo y negándose a encenderse. Banx lo maldijo con frenesí.

El denso terreno boscoso que los rodeaba quedó envuelto en la penumbra. La sombra ya estaba cerca.

—Señor —lo avisó Ludd tocando en la manga a Gaunt.

Eszrah se había bajado de repente del camión con el arma en las manos. Estaba alerta, a la escucha, tenso. Echó una mirada a Gaunt y desapareció entre la espesura.

—Mierda —soltó Gaunt—. Ahora sí que tenemos problemas.

Un feroz rugido cruzó el aire, un aullido depredador que resonó por la espesura húmeda.

El anochecer los rodeó. Algo enorme se movía en los oscuros matorrales cercanos.



CATORCE

La temperatura empezó a descender con rapidez en cuanto cayó la noche. A lo lejos, el compartimento comenzó a resonar con el eco de gritos inhumanos, guturales y broncos. Algo cercano a ellos contestó a aquellas llamadas con un rugido ululante.

—Acechadores —exclamó Ironmeadow—. ¡Por el Trono, acechadores! Salen en cuanto oscurece y...

Gaunt lo cogió con fuerza por uno de los hombros.

—Capitán, ya has tenido un día bastante malo. Habla en voz baja y no lo empeores. Toma tu arma.

Ironmeadow asintió y entró en el camión para sacar su rifle láser.

—Tú también, Ludd —dijo Gaunt—. Que nadie dispare hasta que yo os lo ordene, ¿entendido?

—Sí, señor —contestó Ludd mientras desenfundaba la pistola láser—. ¿Dónde... dónde ha ido Eszrah, señor?

—A cazar, Ludd. Me parece que dentro de poco sabremos por quién debemos sentir pena: por nosotros o por lo que nos está observando ahí afuera. —Gaunt se acercó al camión y le echó otro vistazo a Banx para saber cómo le iba. Al conductor le temblaban las manos de tal manera que apenas podía trabajar.

—Cálmate. Hay cuatro hombres armados cubriéndote —le dijo Gaunt para tranquilizarlo—. Necesitamos que este montón de chatarra se ponga en marcha, así que concéntrate, trabaja y hazlo.

Banx asintió y se limpió el sudor de la frente con la manga.

Algo se movió entre la espesura al otro lado de la carretera. Ludd se dio la vuelta con rapidez y apuntó con la pistola. Gaunt se apresuró a reunirse con él con la pistola bólter en la mano.

—¿Ves algo?

—Está claro que algo está dando vueltas alrededor de nosotros, señor.

Se oyó el chasquido de una ramita al partirse y el susurro de las hojas al ser arrastradas. Gaunt pensó que era una situación parecida a la de los lobos de Tanith, que aullaban mientras rodeaban con lentitud, preparados para atacar a los rezagados, a los desafortunados, a los perdidos. Él jamás los había oído en persona, claro, pero a Colm Corbec le gustaba contar aquellos relatos en las noches que dormían al lado de una hoguera.

—Me gusta ver la expresión de la cara de los muchachos —le había explicado Colm una vez—. Veo cómo los relatos les recuerdan el hogar.

«Más bien les hacía cagarse de miedo», pensó Gaunt en aquel momento.

De repente, se dio cuenta de que no sentía miedo. Era muy consciente de todos los peligros que lo rodeaban, pero el miedo se negaba a aparecer. Más bien se sentía calmado, con una terrible claridad de mente. Intentó recordar la última vez que había sentido miedo, y se percató de que no se acordaba. Gereon le había arrebatado aquella sensación. A él y a todos los miembros del equipo. El terror había sido una sensación tan permanente, rodeándolos en todo momento, que la respuesta física simplemente había desaparecido, lo mismo que todo lo demás: deseo, apetito, sentimientos comunes. Lo único que les había quedado a todos era el simple y puro deseo de sobrevivir. Gereon los había endurecido de tal modo que Gaunt dudaba de que alguna vez logran recuperar las emociones básicas humanas.

Otro susurro entre el follaje. El rifle de Ironmeadow iba de un lado para otro siguiendo los ruidos, incluso los imaginados. El motor del camión se puso en marcha con un rugido y dio un acelerón antes de pararse de nuevo.

Gaunt oyó en el silencio que siguió a aquello un rápido y extraño siseo. Lo localizó: era Ironmeadow. El capitán de Fortis Binary estaba murmurando la Letanía de la Providencia Fiel una y otra vez.

—Aprecio el esfuerzo místico, capitán —le dijo Gaunt—, pero reza en silencio, si no te importa.

Se oyó un nuevo movimiento entre los matorrales, pero más fuerte. Varias ramas se estremecieron y algunas hojas cayeron. Unos guijarros entorchocaron entre sí. Los tres hombres alzaron las armas.

Algo enorme se movió de repente entre los árboles, partiendo ramas, tallos y troncos jóvenes. Parecía como si un Leman Rus estuviera a punto de salir del bosque. Un horrible rugido ululante resonó en la oscuridad.

—Esperad hasta que lo veáis con claridad! —les gritó Gaunt.

Oyeron más sonidos estruendosos, otro rugido y luego una serie de curiosos gruñidos apagados. Algo, posiblemente un árbol, cayó derribado con un fuerte estrépito en la oscuridad, y los ruidos acabaron del todo. El silencio se apoderó de nuevo del lugar.

—¡Por el Emperador, ahí está! —aulló Ironmeadow.

—¡Idiota! —exclamó Gaunt al mismo tiempo que le desviaba el arma. Eszrah Noche surgió de la oscuridad y caminó con tranquilidad hacia ellos.

—¿Favorem, amicus? —le preguntó Gaunt.

Eszrah se llevó una mano a la boca e hizo un sonido chasqueante metiendo los dedos y sacándolos de golpe. Era un gesto de los nihtgane, el equivalente a un guardia imperial que se pasara el dedo por el cuello. «He arrancado el espíritu del enemigo de su cuerpo.»

—Está muerto —tradujo Gaunt.

—¿Qué? —preguntó extrañado Ironmeadow.

—Está muerto. Eszrah lo ha matado.

—¡Eso es genial! —exclamó con fuerza Ironmeadow. Se sentía tan aliviado que parecía a punto de echarse a llorar—. ¡Genial! ¡Es increíble! ¡Bien hecho, señor! —Alargó la mano hacia Eszrah, quien la miró como si le estuviese ofreciendo una rata muerta—. ¡No importa! ¡Buen trabajo; —insistió Ironmeadow mientras Eszrah se alejaba.

El motor del camión soltó un desagradable sonido chirriante y rugió al ponerse en marcha. Sonaba averiado, pero sin duda funcionaba. Los faros se encendieron y bañaron a Banx con una brillante luz amarilla. Bajó el capó de golpe y se giró hacia ellos bajo las luces con los brazos extendidos de par en par, como un artista que recibiera el aplauso del público.

—Lento pero seguro —les gritó—. El Munitorum hace su trabajo. ¡Ya me darán las gracias después!

Para Banx, ese después duró un segundo, más o menos. Una sombra gigantesca se alzó por detrás de su silueta recortada por la luz, se inclinó sobre él y le arrancó la cabeza de un mordisco.

Lo que quedaba del conductor, que seguía con los brazos abiertos, dio un par de pasos adelante arrastrando los pies, estremeciéndose y sacudiéndose, y cayó sobre la carretera. Los chorros de sangre que salían a presión de la terrible herida cruzaron el aire y las gotas carmesíes cayeron como lluvia.

Ironmeadow perdió el control de la vejiga y cayó de rodillas.

—Santo Trono... —jadeó Ludd.

El forjado una vez avanzó hasta quedar bajo los chorros de luz. Estaba encorvado, con las bolsas de la garganta sueltas y flojas. Sus enormes brazos, doblado por los codos, soportaban el tremendo peso de la cabeza y del tronco superior. La piel era de un color rosa fuerte, casi rojizo, y una melena enredada de cabello castaño le caía sobre la armadura segmentada que le cubría la enorme cabeza. Unos ojos pequeños y de mirada feroz brillaban en las profundidades de las rendijas del visor que le habían implantado. Todos lo olieron: el hedor a sudor rancio del cuerpo y de los restos de sangre y carne que se pudrían en el interior de las inmensas fauces.

La mandíbula inferior del acechador sobresalía del morro blindado, y los largos dientes de acero, afilados y angulosos como un cincel, salieron de las ranuras situadas en las encías y se colocaron en posición.

—Null... Nuli possibilis —murmuró Eszrah, evidentemente sorprendido—. Octo darti impalabir, plenis venenum. ¡Mortus erat!

—Bueno, pues por lo que parece, ha logrado recuperarse de algún modo —le contestó Gaunt. La criatura se los quedó mirando por unos momentos antes de que los flojos y pesados sacos de piel que le colgaban de la garganta comenzaran a expandirse y distenderse. Abrió las fauces y lanzó un rugido ensordecedor envuelto

en una vaharada de aire maloliente y una neblina sanguinolenta.

—Matadlo ahora mismo —ordenó Gaunt.

Alzó las dos pistolas y empezó a disparar, iluminando la penumbra con el resplandor de las bocachas de las armas. Ludd, que seguía a su lado, disparó también, con la pistola láser a la máxima potencia y cadencia. Eszrah levantó su arma, parecida a una ballesta, y le clavó otro virote de hierro en el cuerpo, a la altura del hombro.

Aquella potencia de fuego combinada habría derribado a la mayor parte de los enemigos humanoides del Imperio. Incluso uno de los temibles marines traidores habría retrocedido ante la fuerza de los disparos de una pistola bólter disparada a una distancia tan corta. La carne del monstruo se desgarró, estalló, explotó. Los brazos y la parte superior del torso sufrieron heridas graves, y en el morro blindado aparecieron dos melladuras.

Pero no pareció importarle. Se lanzó a la carga a por ellos.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —gritó Gaunt.

Ludd saltó hacia la izquierda. Eszrah desapareció hacia la derecha. Gaunt se disponía a seguir a Eszrah, pero de repente se acordó de Ironmeadow.

El capitán todavía estaba en el camino de la bestia, de rodillas en el suelo, gemebundo e indefenso.

—Feth —soltó Gaunt.

Se dio la vuelta, resbaló en la carretera embarrada y casi se cayó. Rodeó con los brazos a Ironmeadow sin soltar las pistolas y le gritó:

—¡Muévete! ¡Vamos!

Casi toda la capacidad mental del capitán Ironmeadow se había concentrado en vaciar el cuerpo con toda la rapidez posible. Las frenéticas lágrimas eran la parte menos repugnante del proceso. Gaunt sintió cómo el suelo temblaba cuando el monstruo se abalanzó sobre ellos, y usó todo el peso de su cuerpo en un acto desesperado.

El comisario cayó de espaldas y lanzó a Ironmeadow por encima de la cabeza. Resbaló sobre el barro cierta distancia y acabó al lado del camión. La enorme bestia pasó de largo corriendo de forma atronadora al desaparecer de repente su presa.

El forjado una vez se dio la vuelta con pesadez, gruñendo y bufando. Los sacos de la garganta se hincharon y deshincharon, se hincharon y deshincharon. Los dientes de aspecto feroz se retrajeron al interior de las encías y salieron de nuevo, brillantes y letales.

Vio a Gaunt, tumbado de espaldas y con los brazos abiertos.

El comisario intentó ponerse en pie. Vio los virotos de hierro, ocho en total, que estaban clavados en la carne sonrosada de la bestia. Eszrah no se había equivocado. Le había acertado con ocho proyectiles cargados con veneno del Impro, y el

monstruo todavía seguía vivo.

El acechador se lanzó a por Gaunt con un rugido.

A Gaunt se le había escapado de la mano una de las pistolas, pero aun de espaldas disparó una y otra vez contra el horrible monstruo que se había lanzado a la carga contra él.

El comisario rodó hacia la izquierda. Una de las enormes zarpas del acechador, con las garras sacadas, arrancó una enorme palada de barro del lugar donde había estado Gaunt. Éste se puso en pie de un salto. Sólo le quedaban tres proyectiles en el cargador. Los metió en un lado del cráneo de la bestia mientras retrocedía.

El acechador sacudió la larga cabeza blindada y luego se volvió hacia él para mirarlo con ojos relucientes y porcinos.

El cargador estaba vacío. Tenía otro en el bolsillo del abrigo. Dos segundos para recargar. ¿Tres quizá? No le quedaba ese tiempo ni por asomo.

«Por el Trono —pensó Gaunt—, tengo miedo. ¡Gran Dios Emperador, tengo miedo de verdad!»

—¡Bien hecho, hijo de puta! —le gritó al monstruo.

Se irguió con los brazos en alto para saltar sobre él. Aquellas extremidades tenían unos músculos tan gruesos, tan reforzados, que Gaunt supo que le destrozaría los huesos en pedacitos.

El acechador saltó a un lado antes de que cayera el golpe. Una lluvia de disparos láser le martilleó las costillas, ráfaga tras ráfaga de un modo incesante.

—¡Eso es cabrón! —le gritó Ludd—. ¡Aquí! ¡Aquí! —Disparó de nuevo. El forjado una vez se volvió soltando un resoplido enfurecido y se lanzó a la carga contra su nuevo objetivo.

—Joder... —exclamó Ludd.

Gaunt dejó caer la pistola bólter descargada al suelo y corrió hacia la bestia al mismo tiempo que desenvainaba la espada de energía de Heironymo Sondar. La puso en marcha y sintió el chasquido de la activación.

Le dio un tajo al forjado una vez.

Notó cómo la hoja cargada de energía atravesaba de arriba a abajo el cuerpo del monstruo. Gaunt estaba seguro de que si lo hubiera alcanzado en la espina dorsal, se la habría cortado y lo habría matado, o al menos lo hubiera herido de gravedad. Pero no lo había logrado.

El forjado una vez soltó un tremendo aullido de dolor que hizo que se le estremecieran las flácidas bolsas de la garganta. Se volvió para averiguar qué había sido lo que le había hecho tanto daño. Una gran cantidad de sangre negra y apestosa salió a borbotones del profundo tajo que la espada de Gaunt le había abierto en el torso.

La bestia le lanzó un zarpazo. Gaunt se protegió con la espada y contraatacó.

Desvió la extremidad del monstruo y varias garras salieron despedidas desprendiendo un humo siseante por el extremo cortado.

Aquella enorme alimaña abrió las fauces. El hedor que salía de allí golpeó a Gaunt igual que un ataque físico. Iba a lanzarle de un mordisco. El comisario empuñó la espada con las dos manos y se preparó. Estaba seguro de que podía ensartar a la bestia, matarla incluso. Por supuesto, moriría en el intento, ya que las enormes mandíbulas se cerrarían sobre él.

Al menos, todo aquello tendría una simetría. Morir matando a tu matador. Eso quizá sería suficiente. Después de todo aquel tiempo, después de todas aquellas batallas, después de los interminables horrores de Gereon, quizá aquello sería suficiente. Suficiente para morir. Casi lo recibió con alegría.

—Por fin... —dijo con un suspiro.

El forjado una vez se desplomó a sus pies.

Gorgoteó una vez y luego dejó de respirar. Estaba muerto. Esta vez estaba muerto de verdad.

—Por todo lo sagrado... —murmuró Gaunt mientras se dejaba caer de rodillas y se apoyaba en la espada.

El potente veneno de los viotes de Eszrah, más que capaces de matar a un humano con un simple arañazo, había acabado por fin con el acechador.

—¿Señor? ¿Está bien, señor? —le preguntó Ludd mientras se acercaba.

—Estoy bien. Estoy vivo —contestó Gaunt poniéndose en pie de nuevo—. Estoy vivo. ¡Todavía estoy vivo! —gritó en dirección a los bosques oscuros que los rodeaban. Ludd dio un paso atrás—. ¿Me oís? ¡Estoy vivo, cabrones! ¡No podéis matarme! ¡¿A qué no?! —Gaunt levantó los brazos y sostuvo en alto la espada. Dio una vuelta sobre sí mismo con lentitud—. ¡Todavía estoy vivo! ¡Cabrones! ¡¿Qué os queda por echarme?!

Empezó a reírse con fuerza, a carcajadas, con la cabeza echada hacia atrás, casi de un modo enloquecido.

Nahum había presenciado a lo largo de ese día muchas cosas que lo habían atemorizado, y el acechador era casi lo primero de la lista. Sin embargo, las risotadas desafiantes de Gaunt eran lo más aterrador de todo.

Eszrah Noche salió de la oscuridad y puso una mano sobre el hombro de Gaunt.

—Reposam, amicus —le susurró.

Gaunt asintió.

—No pasa nada, amigo mío. Estoy bien. ¿Ludd?

—Sí, señor.

—Buen trabajo. No lo olvidaré. Que Ironmeadow se limpie.

—¿Cómo, señor?

—Encuentra un estanque o un arroyo y que se meta allí.

—Sí, señor.

Gaunt se volvió hacia el partisano.

—Quid occurram, amicus? Velocis et ferocius aggressio est.

Eszrah se encogió de hombros.

—Ego hedorum captati. Illic est.

El nihtgane guió a Gaunt hasta la espesura. Lejos del camino y de las luces del camión encontraron unas enormes losas de granito que se asomaban en la oscuridad entre los árboles. Estaban de lado, como monolitos derribados por el paso del tiempo.

—Videre —le indicó Eszrah señalando partes de la piedra y del follaje mientras avanzaban— Hic locus hic locus et illic Vestigium conspicuus, et hic, totum partiis.

Se detuvieron delante de una gigantesca losa de cuarzo, tan grande como un tanque superpesado. El trozo de roca estaba inclinado entre unos árboles de aspecto enfermizo. Gaunt tuvo que captar su forma palpando en la oscuridad.

—¿Y aquí es donde acaba el rastro? —le preguntó Gaunt.

—Nessun plus hedorum, nessun plus vestigium. Terram vomitavir.

—¿Estás seguro? —insistió el comisario mientras seguía palpando la piedra.

Eszrah no le contestó. Gaunt sintió el mudo reproche del nihtgane. Por supuesto que estaba seguro. Era un partisano, un nihtgane del Impro. Aquello que no podía rastrear es porque estaba más allá de los sentidos humanos.

Gaunt alzó la mirada hacia el cielo nocturno. Las estrellas brillaban en el cielo más allá de la fría atmósfera. En algún lugar entre ellas, al otro lado del oscuro y vacío espacio, se libraban las batallas verdaderamente importantes, y las libraban soldados valientes y decididos.

Pero iban a perder allí. Si estaba en lo cierto, y Gaunt estaba bastante seguro de ello, la Cruzada de los Mundos de Sabbat se perdería allí, en las ciudades escalonadas de Ancreon Sextus. Al señor de la guerra lo iban a apuñalar por la espalda.

Lo iban a apuñalar por la espalda y lo iban a matar.

Y Gaunt no podía hacer nada para evitarlo. Después de todo, no era más que un peligro, un oficial bajo sospecha, al que consideraban tan poco leal que le habían asignado un observador para que lo mantuviera vigilado. Lo consideraban tan poco de fiar que ni siquiera le habían permitido ponerse al mando de soldados.

Y todo porque pensaban que estaba corrompido. Pues bien, era precisamente ese veneno en la sangre el que le permitía saber lo que sabía en ese momento. Saberlo con seguridad.

A pesar de todo lo que tenía en contra, debía encontrar algún modo de que el estado mayor lo tomara en serio.

Y se le acababa de ocurrir una manera de lograrlo...

—Volvamos al camión —le dijo a Eszrah.

Allá abajo, en la carretera, el motor del vehículo seguía funcionando, lo mismo

que los faros. Los lejanos gritos de los acechadores a la caza resonaban en la noche.

—¿Ludd? ¿Ironmeadow? —los llamó Gaunt mientras se dirigía hacia el vehículo
—. Nos vamos. Ahora mismo.



QUINCE

El grupo de Rawne había regresado y llevaba casi dos días con ellos, y Wilder ya estaba más convencido que nunca de que no deberían haber regresado. No era porque no los conociera, aunque, por el Trono, así era, pero había esperado que los tanith los integraran en la compañía, que suavizaran la tensión, que dieran la bienvenida a los miembros del grupo. Eso no estaba ocurriendo.

Habían intentado festejar su regreso. Habían aplaudido y gritado a su llegada, y después se habían abalanzado sobre sus camaradas, abrazándolos, dándoles la mano, haciéndoles las primeras de un millar de preguntas. El grupo de Rawne simplemente había soportado todas aquellas atenciones. Habían contestado a las sonrisas con sonrisas formales, aceptado los abrazos y los apretones de mano con rigidez y saludado sin entusiasmo a los viejos conocidos.

Gol Kolea se había dirigido directamente hacia su amigo Varl y había estrujado a su camarada de menor tamaño con un abrazo de oso. Varl sonrió de forma inexpresiva y le dio palmadas en la espalda a Kolea hasta que éste lo soltó.

—A pesar de todo, no han podido contigo —bromeó Kolea.

—Eso parece —contestó Varl—. Les sugerí que lo intentaran con más ganas, pero no estaban motivados.

—Por el Trono, me alegro de verte.

—Sí.

Varl parecía estar de acuerdo, pero miraba a todos lados menos a la cara de Kolea.

—Bueno, ¿cuándo vais a contárnoslo todo? —le preguntó Kolea.

—No hay mucho que contar —se limitó a contestar Varl.

Los exploradores tanith habían rodeado a Mkoll y a Bonin. Por lo que Wilder llegó a oír, los saludos tampoco fueron muy efusivos por allí.

—¿Qué es lo que ha visto, señor?

—¿Qué ha pasado?

—Gaunt está vivo, ¿verdad?

—¿Qué le ha pasado a Ven?

—Me alegro de ver que estáis todos vivos —les había contestado Mkoll.

Aquél era Mkoll, el famoso Mkoll del que se habían enorgullecido tanto los exploradores, pero a Wilder no le parecía gran cosa. Era de baja estatura, poco impresionante, muy tenso.

—Pero ¿qué han visto, señor? —insistió Leyr.

—Nada de lo que merezca la pena hablar mucho —contestó Bonin.

—Que alguien me informe de la situación —dijo Mkoll, como si acabara de

regresar de una simple misión de rutina de media hora.

El soldado Caffran se había abierto camino a través del gentío para llegar hasta Tona Criid. Se había detenido un momento delante de ella y luego había hecho ademán de abrazarla, pero algo en la actitud de ella le indicó que no lo hiciera.

—Tona.

—Caff.

—Sabía..., sabía que volverías.

—Me alegro de que alguien lo creyera.

Después de decir esto, ella se marchó en dirección a los alojamientos y lo dejó solo, con expresión de asombro en la cara y las mandíbulas apretadas.

Tan sólo Brostin, el soldado lanzallamas de Rawne, se había mostrado algo amistoso. Lo recibieron los lanzallamas de la compañía, gente como Lubba, Dremmond, Nekon y Lyse, de los que Brostin aceptó un pitillo de lho del paquete que le ofrecieron.

—¿Cómo ha sido, Bros? —le preguntó Dremmond.

—Bueno —contestó Brostin mientras miraba el pitillo—. Para empezar, no había suficiente de esto.

Una suerte de desánimo se apoderó de todos. Los «héroes» que habían regresado sólo parecían querer que los dejaran tranquilos. Las ganas de celebraciones se fueron apagando de un modo tan patético como una cinta detonadora mal conectada.

Wilder los llamó a todos a la mañana siguiente para que se reunieran con él en la tienda de mando. Hizo llamar también a otros oficiales, incluidos Baskevyl, Kolosim, Meryn y Kolea. El combate contra el Pacto Sangriento iniciado el día anterior continuaba sin un vencedor claro. La luz que iluminaba el compartimento era de una tonalidad gris que parecía tan poco alentadora como el estado de ánimo general. Según los consejeros del puesto, lo más probable era que DeBray ordenara un avance de la infantería a lo largo de las siguientes treinta y seis horas. Para Wilder, esa maniobra tenía sentido. Los blindados enemigos no habrían mantenido la posición con tanta ferocidad si no intentaran conservar una abertura para que avanzaran tropas de infantería.

—Lo más probable es que avancemos hacia el compartimento —les comunicó Wilder—. Es posible que incluso lo hagamos esta misma tarde. Ya os daré los detalles más adelante, pero quiero un avance firme de las compañías principales acompañado de un barrido de las unidades de exploradores en vanguardia. El segundo asunto es dónde encajaros a todos vosotros sin problemas. —Aquel «todos vosotros» se refería al grupo de Rawne. El mayor se limitó a asentir—. Tengo varias ideas al respecto, pero creo que lo mejor sería antes un poco de aclimatación. En este lugar los combates son un poco extraños...

—Estamos acostumbrados a lo extraño —dijo de repente Rawne.

Wilder se quedó callado unos momentos. No estaba acostumbrado a que lo interrumpieran, y mucho menos, que lo hiciera un individuo al que apenas conocía.

—Entendido, Rawne. Gracias. Voy a dividirlos y a colocarlos en tres grupos. Quiero que el sargento Mkoll y el soldado Bonin, dada su especialidad, vayan al grupo de reconocimiento para que conozcan de primera mano cómo nos gusta efectuar las operaciones de exploración. El capitán Kolosim es uno de nuestros jefes de reconocimiento, así que iréis con él.

Kolosim hizo un gesto de asentimiento para saludarlos, gesto que apenas fue contestado.

—Varl, Criid, Brostin y Larkin. Siento no conocerlos mejor todavía. Voy a destinarlos a la compañía C, la de Kolea, para que estéis con el avance principal de la infantería. Intentad acoplarlos. No creo que tengáis demasiados problemas para hacerlo.

—Ya les daré yo lo suyo si no lo hacen —comentó Kolea en tono de broma. Ninguno de ellos respondió.

—Mayor Rawne, voy a destinarlo a la compañía E, junto a Feygor y Beltayn. La compañía E es la unidad del capitán Meryn. Voy a ser sincero: sé que puede resultar un poco extraño, ya que Meryn era su subalterno cuando se marcharon, pero, por favor, acomódese a ello. Se trata tan sólo de una cuestión de aclimatación. Meryn, ya sabes que el mayor Rawne es un oficial veterano y experimentado. Creo que todos pensamos que es una suerte tenerlo de nuevo entre nosotros. No te mentiré: es bastante probable que acabe dándole el mando de la compañía E dentro de poco tiempo. Sé que te parecerá que te degradan, pero tranquilo, si eso ocurre, no se reflejará en la hoja de servicios. Habrá más oportunidades.

—Lo entiendo a la perfección, señor —contestó Meryn.

No había el menor indicio de que se sintiera disgustado por aquello. Wilder pensó que Meryn debía de haberlo previsto. El coronel también advirtió que Kolea no parecía contento de que no le hubiera hecho caso en lo que le recomendó sobre Meryn y Rawne.

—Muy bien, pues ya está —dijo Wilder poniéndose en pie—. Mayor Rawne, estoy seguro de que le recordará a su grupo que lo importante es que se adapten a sus antiguos camaradas y a los nuevos lo antes posible.

—Por supuesto —contestó Rawne.

—Quiero aprovechar la oportunidad para decir que el Octogésimo Primero siente una tremenda admiración por lo que han conseguido a lo largo de los últimos dieciocho meses. Por supuesto, no nos lo han contado todo. Ciertas partes de la misión siguen siendo información confidencial, pero no nos tienen que demostrar nada..., excepto que pueden combatir de nuevo en las operaciones a nivel de compañía.

Ya había amanecido de nuevo. Wilder se despertó y de inmediato se sintió inquieto otra vez. No era el frío. La actitud altanera y gélida del grupo de Rawne todavía lo preocupaba. Sólo eran nueve en total, pero habían sido suficientes para descolocar todo el equilibrio del regimiento.

Los de Belladon no sabían qué pensar de aquellos recién llegados tan malhumorados y de su reputación de duros como el acero. Para los tanith y los verghastitas fue una decepción tremenda. Aquellos compañeros eran unos héroes que habían regresado de entre los muertos. Los habían idealizado tanto en sus sueños que la cruda realidad había sido como un baño de agua fría.

El Octogésimo Primero Primero y el Cuadragésimo de Kolstec se habían puesto en marcha en la oscuridad más absoluta. Los inquietantes aullidos de los acechadores resonaban en la negrura del compartimento. Baskevyl le llevó el mensaje del puesto de mando. Un avance antes del amanecer, tal como Wilder había previsto. El Octogésimo Primero Primero marcharía en cabeza hacia el lado oriental del compartimento, seguido del regimiento de Kolstec. DeBray quería que el regimiento de Wilder tuviera asegurada la colina 56 a las nueve de la mañana, a ser posible después de haber entrado en contacto con los blindados de Rothberg.

Las compañías se organizaban a lo largo del camino y en la zona de reunión. Los soldados, todavía algo atontados y con frío, llenaban las cantimploras, preparaban el equipo de combate y comprobaban las armas. El cielo estaba transparente como el cristal, y sólo el brillante tapiz de estrellas indicaba dónde acababa el cielo negro y dónde empezaba la silueta de las murallas del compartimento.

Faltaban veinte minutos para la salida. Wilder se abotonó el abrigo de reborde de lana, comprobó las comunicaciones y salió a pedir un rifle láser en el almacén. Normalmente sólo utilizaba la potente pistola láser que llevaba en la funda de la cadera, pero aquel día tenía un presentimiento, y no era bueno.

Vio a Hark y a Novobazky en el camino de vuelta al puesto. Estaban hablando con Dorden.

—Buenos días —les dijo al reunirse con ellos.

—Estábamos a punto de reunirnos con los soldados, señor —le dijo Novobazky.

—¿Hay algún problema? —quiso saber Wilder.

—Estábamos hablando sobre Rawne y los demás, señor —contestó Hark.

—¿Hay algo que quieran decirme?

Hark se encogió de hombros y miró al viejo jefe médico.

—No puedo ni imaginarme por lo que han pasado —empezó diciendo el doctor—. No puedo ni imaginármelo, y, por lo tanto, no tengo ni siquiera una idea aproximada, porque ninguno de ellos está dispuesto a hablar. Ayer les hice un chequeo médico, el habitual examen de rutina. Había deseado tanto verlos de nuevo,

y se comportaron como extraños. No es que fueran desagradables, es que fueron... distantes.

Hark asintió.

—Yo opino lo mismo, señor.

—¿Alguna conclusión? —preguntó Wilder.

Dorden frunció el entrecejo.

—Han estado tanto tiempo aislados que es posible que les cueste un poco acoplarse a una compañía. Me refiero a que no están acostumbrados a estar rodeados de gente en la que pueden confiar. Creo que han tenido que renunciar a muchas cosas para poder sobrevivir durante tanto tiempo como lo han hecho. De hecho, eso es lo único que les queda. El instinto de supervivencia. No sé si volverán a ser las personas que conocimos.

Wilder sabía que Dorden estaba tremendamente desilusionado de que su querida colega, Curth, no hubiera regresado con el grupo.

—¿Están aptos?

—Físicamente están más que aptos. Incluso Larkin, que es el mayor de todos. Y supongo que Larks fue el que me hizo pensar más. Nunca fue,..

—Siga —le ordenó Wilder.

—Dorden intenta decir de un modo diplomático que Larkin no estaba muy bien de la cabeza —intervino Hark—. Tenía ciertos asuntos personales, era nervioso y siempre estaba tenso. El único motivo por el que lo eligieron para la misión en Gereon fue que no hay mejor francotirador en el Primero de Tanith.

—Larks tiene ahora una fortaleza mental tremenda —le explicó Dorden—. Ha perdido muchos tics y temblores que tenía antes. Yo esperaba que una misión tan exigente como la de Gereon lo llevaría al límite y lo acabaría de rematar. Quizá lo haya hecho, pero lo ha llevado tan al límite que ha salido por el otro lado. Lo que quiero decir es que si la misión le ha hecho esto al miembro más débil psicológicamente hablando... —Su voz se fue apagando poco a poco.

Wilder soltó un suspiro y echó un vistazo a su cronómetro de pulsera.

—Muy bien, caballeros. Es hora de poner en marcha este circo.

La señal de avanzar llegó por los microcomunicadores, sencilla y tranquila. Larkin, que estaba en la compañía C, oyó el pitido en el oído y empuñó el arma. Era nueva, un rifle largo láser Mark IV de diseño urdeshita, con un satinado negro y acabados en plastek oscuro. Una arma muy buena en todos los sentidos, pero todavía se estaba acostumbrando a ella. Había dejado en Gereon su querido rifle de francotirador, con la culata y acabados de madera de nal, que había llevado en todos los combates en que había participado desde Tanith hasta Herodor. De hecho, todavía le costaba no pensar que había dejado tres amigos en aquel puñetero mundo: Ven, la doctora Curth

y su rifle de francotirador. Al final, no le había quedado más remedio. Después de pasar los primeros seis meses en Gereon, se había quedado sin la poderosa munición del rifle largo. Incluso se había quedado sin los medios necesarios para manufacturar o recargar ese tipo de munición. Muerto, mudo, su viejo rifle largo le era tan útil como un garrote. Había empezado a utilizar un rifle automático de proyectiles sólidos que Landerson le había entregado, una vieja arma de caza de cerrojo.

Larkin se dio cuenta mientras caminaba en la oscuridad por la carretera que a su lado iba un joven soldado de Belladon que también estaba armado con un rifle largo.

—Kaydey —dijo el joven a modo de saludo ofreciéndole la mano.

—Larkin.

—El mayor Kolea me pidió que fuera contigo. Nos quiere en el frente con los de la avanzadilla.

—Tú diriges —le dijo Larkin.

Caminaron a paso ligero entre las filas de soldados durante un par de minutos.

—¿Así que estuviste disparando en ese sitio, Gereon?

—Una o dos veces.

—¿Cómo era?

Larkin miró al muchacho.

—Igual que aquí. Apuntas y disparas.

—No, me refiero a...

—Sé a lo que te refieres.

Después de aquello, Kaydey no dijo mucho más.

Kolea hizo avanzar a su compañía hacia el norte atravesando los matorros al otro lado de la carretera. Todavía faltaba para que amaneciera, así que la mayoría de ellos utilizaban lentes de visión nocturna. El mundo era color verde, como si se encontraran bajo el agua.

Kolea le ordenó a Derin que actuara de cabeza de la formación y procedió a revisar la línea de la compañía, soldado por soldado. Vio a Criid y se puso a caminar con ella.

—¿Me estás esquivando, Tona? —le preguntó.

—Sí, Gol. Por eso me fui a Gereon, para esquivarte.

—Supongo que no habrás tenido ocasión de ver a los chavales desde que has llegado —le dijo Kolea.

Criid y su compañero sentimental, Caffran, habían rescatado a dos niños de la zona de guerra de la colmena Vervun y los habían criado como si hieran suyos. Los niños formaban parte del tren de suministros del regimiento, que incluía seguidores, personal de apoyo y civiles. Después descubrieron en una muestra más del peculiar sentido del humor del Emperador que los críos eran de Kolea, los niños que él había

creído perdidos en la ciudad colmena junto a su madre. Kolea había dejado que la situación siguiera como estaba, dejando a Criid y a Caff a cargo de ellos porque no deseaba confundirlos y hacerlos sufrir más de lo que ya habían sufrido.

Los niños, Yoncy y Dalin, se habían quedado desde la llegada a Ancreon a cargo de la gente que acompañaba al regimiento, en el centro de mando imperial.

—No —contestó Criid.

—¿Vas a hacerlo?

—Han pasado dieciocho meses desde que me fui, Gol. ¿Acaso los has visto tú? ¿Has ido a verlos para decirles la verdad, que su padre no está muerto?

—No.

—¿Al menos has hablado con Caff?

—No —repitió Kolea.

—¡Por el Trono, Kolea! ¡Él ya lo sabe! Ya se lo he contado todo. ¡Feth, después de dieciocho meses, ni siquiera habéis hablado! ¡Sois tan malos el uno como el otro!

—Tona...

—No me hables —lo cortó Tona—. Quizá más tarde, pero ahora mismo no me hables. Estamos en el maldito campo de batalla, Gak estúpido. Cállate y escoge mejor el momento de hacerlo.

Criid siguió caminando. Algunos de los soldados que estaban cerca miraron a Kolea. No habían oído casi nada de la conversación, pero sabían que acababa de pasar algo poco agradable.

—Se dice Gak estúpido, mayor... —dijo Kolea mientras ella se alejaba.

La compañía E, junto a la compañía H de Callide, fue la última en salir del puesto 36. Las unidades de Kolstec que los seguirían ya estaban agrupándose en la fría oscuridad iluminada tan sólo por linternas y ocupando las zonas de reunión que había dejado libres el Octogésimo Primero Primero.

Mientras esperaba la señal de partida, Feygor no dejaba de mirar atrás, a los soldados de Kolstec reunidos treinta metros detrás de él. Chasqueó la lengua en silencio y meneó la cabeza. Los de Kolstec estaban haciendo bastante ruido.

Rawne estaba a su lado, vestido con su nuevo abrigo de cuero. Había pasado bastante tiempo durante los días anteriores tratando el abrigo con aceite y lana en un intento de suavizarlo, pero el cuero sin apenas estrenar seguía crujiendo un poco cada vez que se movía.

—¿Murt?

—Idiotas de Feth —susurró Feygor—. Nada de disciplina de ruidos.

Rawne asintió. Había quedado bastante impresionado por el modo en que el

Octogésimo Primero Primero se había organizado y puesto en marcha. Un poco de ruido, algunas charlas, pero nada demasiado grave. Supuso que las buenas costumbres de Tanith se le habían pegado a aquella gente de Belladon.

Sin embargo, los de Kolstec no paraban de armar ruido. Oyó quejas, protestas e incluso alguna que otra carcajada. Además, aunque tenían las gafas de visión nocturna, iban de aquí para allá con linternas y lámparas encendidas como si fuera el Día de la Gloria del Trono.

Rawne vio al comisario del Octogésimo Primero Primero... ¿Cómo se llamaba? Novobazky o algo así. Estaba hablando con el capitán Callide y varios oficiales a los que Rawne no conocía. Se acercó hasta ellos.

—Buenos días, mayor Rawne.

—Comisario. Supongo que hará algo al respecto —le dijo señalando con un gesto de la cabeza las fuerzas de Kolstec.

—¿Disculpe?

—Todas esas luces y ruidos. Es inaceptable.

—Todo se calmará en cuanto nos pongamos en camino.

Rawne sonrió.

—Ah, eso pasará. Ah, bueno, entonces no importa.

—Además, es asunto de sus propios comisarios...

Rawne miró a Novobazky fijamente a los ojos.

—Será asunto nuestro cuando por culpa de esos idiotas de Feth empiecen a zumbarnos gracias a todo ese parloteo a nuestras espaldas. Si supone que otra persona hará algo, jamás se hará. Y el problema de otro no se limita a ser su problema en este caso.

—¿Me está diciendo cómo debo hacer mi trabajo, mayor? —le preguntó Novobazky.

—Por supuesto que sí, por Feth. Alguien tiene que hacerlo —le soltó Rawne.

Luego se dio media vuelta y se alejó.

—¡Mayor! ¡Vuelva aquí ahora mismo!

—No pienso hacerlo —le contestó Rawne sin dejar de caminar.

—¡Mayor Rawne!

Rawne no le hizo ningún caso a Novobazky y se reunió con Feygor.

—Acabamos de recibir la señal de ponernos en marcha —le indicó Feygor.

La compañía E se puso en movimiento. El ayatani Zweil recorrió la columna impartiendo unas últimas bendiciones sobre la cabeza de los soldados. Llegó a Bekayn y sonrió, dispuesto a recitar una sencilla plegaria de protección.

—Déjelo, padre —le cortó Beltayn.

—Hijo, sólo iba a...

—Usted déjelo. Estoy bendecido o estoy maldito. Sea como sea, unas pocas

palabras no me servirán.

Zweil se quedó callado y contempló cómo el joven soldado se alejaba con el resto de la compañía. Dughan Beltayn había sido uno de los soldados más devotos de todo el regimiento, siempre entre los primeros en llegar al servicio diario. Pero la mirada que acababa de ver en sus ojos...

Meryn estaba cerca de la vanguardia de la formación, dirigiendo a los suyos hacia la oscuridad. A pesar de todo lo de acuerdo que se había mostrado con las órdenes que Wilder había dado el día anterior sobre la recolocación de los recién llegados, se sentía incómodo e irritable. Le parecía sentir los ojos de Rawne fijos en él fuera donde fuera. Meryn se había forjado a sí mismo a imagen y semejanza de Rawne antes de que éste se marchara a Gereon. Lo admiraba y lo había apoyado, y se había beneficiado de ser «uno de los de Rawne». Pero ya era capitán y jefe de compañía, y Rawne había regresado de entre los muertos, lo que amenazaba con arrebatarse todo aquello. Meryn no culpaba a Rawne por ello. Resultaba irónico, pero aquella situación hacía que se concentrara con mayor intensidad todavía en las habilidades y en todo aquello que Rawne le había enseñado: autoconfianza, astucia, el deseo de proteger lo que era suyo con eficiencia brutal y excluyente.

Había respondido con amabilidad, había asentido mientras aceptaba lo que decía Wilder, pero por Feth que no había modo alguno de que Flyn Meryn dejara que Rawne llegara y le quitara el mando.

Jessi Banda iba por delante de ellos, de avanzada con el resto de los francotiradores. Aquello era otro asunto espinoso. No es que lo supiera todo el mundo, pero Rawne y la cáustica francotiradora de agudo ingenio habían mantenido una relación antes de la misión. Cuando Rawne se marchó, ella eligió como sustituto a Meryn. Éste no se hacía ilusiones. Sabía que Banda era una mujer ambiciosa, que le gustaba mantenerse en compañía de oficiales prometedores o de individuos con valor al alza. Al igual que Rawne antes que él, Meryn era otro trofeo de la francotiradora. Sabía que ella no lo amaba, pero eso no le importaba. Se lo pasaban bien juntos, y mantenían una relación terca y volátil que parecía satisfacer sus necesidades básicas.

El problema era que Meryn se había vuelto tremendamente posesivo. A fuer de sincero, él tampoco amaba a Banda, pero se sentía poseído por ella: poseído por su ingenio cruel, por su risa, por su modo de coquetear, por su olor y calor. A ella sólo le hacía falta mirar a otro hombre, o que otro hombre la mirara a ella, para que Meryn se enfureciera. Dos días antes, un sargento de Belladon llamado Berenbeck había acabado en la enfermería como resultado de una paliza. Berenbeck era un bocazas, así que todo el mundo había supuesto que se la habían dado unos tanquistas hauberkanos después de que le oyeran decir que, en su opinión, una bala en la cabeza había sido poco para lo que se merecía Gadovin. Lo cierto era que había sido Meryn, que lo esperó detrás las letrinas después de que se hiciera de noche con un calcetín

lleno de piedras. Meryn había oído cómo contaba a sus compañeros «lo buena que estaba la francotiradora fantasma».

Banda no había dicho nada sobre el regreso de Rawne, al menos nada que hiciera enfadar a Meryn, pero éste apenas podía contener la rabia que sentía en el fondo del estómago. Ni su mando ni su chica. El cabrón de Rawne no iba a quitarle ninguna de las dos cosas.

La compañía E, con la compañía H en el flanco derecho, avanzó a través del terreno lleno de matorrales y se acercó a las unidades del Octogésimo Primero Primero que ya marchaban hacia el norte del compartimento. Rawne pensó que lo hacían bien. Era evidente que el regimiento de Belladon lo constituían buenas tropas. Lo más probable era que los fantasmas hubiesen tenido suerte al unirse a ellos, pero Rawne se sentía frío, vacío, y no se trataba de la brisa helada precursora del amanecer. Ya no había nada a lo que sentirse unido. No tenía razón de ser, ni motivo, ni sentido de la lealtad. El Primero de Tanith había desaparecido a pesar de todos los rostros familiares que lo rodeaban. El mundo había quedado vacío, había perdido su atractivo, y Elim Rawne simplemente se dejaba llevar por la situación.

El terreno del compartimento al nordeste del puesto 36 estaba cubierto de matorral bajo a lo largo de tres kilómetros. Era una extensión de terreno abrupto cubierta a trechos por bosquecillos y arbustos de espino. En el punto más bajo, los matorrales dejaban paso a una zona pantanosa y a tramos aislados de un río con agua estancada y repletos de cañas y juncos ennegrecidos. Al este de esa hondonada, al otro lado de un camino apenas transitado y cubierto de moho, el terreno se alzaba de nuevo, más rocoso y casi desprovisto de vegetación. Entre los matorrales sobresalían unos riscos de cuarzo y ouslita que parecían las gigantescas raíces de la inmensa muralla oriental del compartimento que hubieran quedado al aire.

La cota 18, así marcada en los mapas, era un buen ejemplo de ello. Se trataba de un risco combado de aristas afiladas que recorría un tramo de aproximadamente un kilómetro de este a oeste. La parte superior estaba cubierta por una espesa capa de zarzas y brezos. La unidad de reconocimiento de Kolosim se encontraba a mitad de camino de la ladera sur.

Delante del cuerpo principal del regimiento se habían enviado cuatro unidades de reconocimiento: una al oeste, dos a través de la cuenca principal cubierta de espesura y la cuarta, la de Kolosim, al este. Habían tardado unos cuarenta y cinco minutos en llegar hasta allí desde el puesto. El amanecer todavía no era ni un leve resplandor en el borde de la muralla occidental.

Ferdy Kolosim, pelirrojo y bien humorado, era el equivalente a Mkoll entre los soldados de Belladon. Era un especialista en reconocimiento, y había ascendido hasta el mando de una compañía por su experiencia y capacidad de liderazgo. Le caía bien a todo el mundo. Hasta los tanith lo apreciaban.

Tenía ocho hombres en su unidad. Los exploradores tanith Caober y Hwlan, los soldados de reconocimiento de Belladon Maggs, Darromay, Burnstine y el sargento Buckren, y por último, dos de los recién llegados, Mkoll y Bonin. Ya había tomado nota mental de las impresionantes capacidades de ambos. Siempre había creído que los exploradores de Belladon eran unos expertos en el arte de la infiltración, y había sido todo un descubrimiento ser testigo de las extraordinarias habilidades de los fantasmas cuando el regimiento se fusionó.

Pero Mkoll y Bonin eran algo completamente diferente. Kolosim tenía que comprobar cada poco tiempo que estaban con ellos, y cada vez que lo hacía, ni Mkoll ni Bonin estaban donde los había visto la última vez.

Aunque la unidad del capitán Wilder estaba orgullosa de sus habilidades en el terreno del reconocimiento, había que reconocerle que no se habían producido roces cuando llegaron los fantasmas. En vez de mostrarse resentidos por la superioridad mostrada por los tanith, los nativos de Belladon se habían apresurado a aprender todas las técnicas de infiltración y las tácticas de combate que los fantasmas les podían enseñar. Se libraron de las redes de camuflaje características desde su fundación y adoptaron las capas propias de los tanith. También dejaron de utilizar las bayonetas con forma de espada para el combate cuerpo a cuerpo y solicitaron unos cuchillos de combate más pequeños y de doble filo. Aquellas armas no eran tan buenas o bellas como los cuchillos de plata pura característicos que utilizaban los fantasmas, pero eran mucho más útiles que las largas bayonetas. Incluso habían empezado a apagar el brillo de las insignias y emblemas del regimiento con betún. Caober, el explorador más veterano después de que Mkoll, Bonin y Mkvenner se marcharan, se lo había enseñado en persona a Kolosim. Le había señalado el absurdo hecho de que los soldados de Belladon apagaban el brillo de los botones, los cuchillos, las hebillas, los ojales de los cordones e incluso la propia piel, pero luego llevaban unos emblemas relucientes en las camisas.

—Es una cuestión de orgullo —le había contestado Kolosim—. De orgullo por nuestra unidad.

—Lo del orgullo está muy bien —le contestó Caober—. Muy bien para un montón de cosas, excepto cuando te matan por él.

A Kolosim le gustaba la actitud franca y serena de Caober, y ambos habían establecido una buena relación de trabajo. De lo que no estaba seguro era de cómo se desarrollaría después de que regresara el famoso Mkoll. Cada consejo y recomendación que le había hecho Caober o cualquiera de los otros exploradores iba acompañado de una frase como: «Así nos lo enseñó» o «Como siempre decía Mkoll».

Hasta ese momento, Mkoll había cruzado una decena de palabras con Kolosim, de las cuales seis fueron: «¿Usted es Kolosim? De acuerdo. Vámonos».

La unidad llegó a la cúspide de la cota 18 y se deslizó a través de la cobertura de

las zarzas. Gracias a las gafas de visión nocturna tenían una buena vista desde la cima del risco de la profunda cuenca que había bajo ellos, un valle de paredes abruptas repleto de matorrales que se ensanchaba a medida que se dirigía hacia el este. Al otro lado del valle, en paralelo a ellos, estaba la cota 19, un risco de menor elevación pero más escarpado. En el extremo occidental se encontraba la colina 55, y detrás de ella, la silueta más ancha y en forma de hoja de la colina 56, donde el Octogésimo Primero Primero debía encontrarse más adelante. La colina 56 estaba recortada por una serie de luces temblorosas y parpadeantes, breves destellos y explosiones que se mantenían durante unos momentos en las gafas de visión nocturna. Incluso a media docena de kilómetros de distancia se oía el retumbar de los disparos de los tanques. Los blindados del regimiento de Rothberg habían rechazado al enemigo hasta la parte posterior del compartimento, pero todavía resistían, incluso a esa hora de la madrugada.

Kolosim estudió la zona y tomó unas cuantas notas.

—Al menos están donde esperábamos que estuvieran —murmuró.

Buckren asintió. Existía el peligro de que los tanques de Rothberg se hubieran visto obligados a retroceder durante la noche, o algo peor incluso, lo que habría convertido a la colina 56 en un objetivo inviable para la infantería. Una de las misiones clave de las unidades de reconocimiento era asegurarse de que las órdenes de DeBray todavía tenían sentido. Gracias al terreno alto y a la eficiencia del avance, la unidad de Kolosim fue la primera en obtener confirmación visual.

—¿Lo comunico? —le preguntó Buckren.

—Hazlo —contestó Kolosim.

Buckren se acercó hasta Darromay, que llevaba el comunicador, y comenzó a enviar los detalles.

La otra tarea de las unidades de reconocimiento era estudiar las rutas de aproximación. Los consejeros tácticos del puesto creían que era muy posible que el archienemigo utilizara la distracción de los blindados para infiltrar algunas unidades de infantería por el lado oriental del compartimento.

Mkoll se quedó mirando hacia el norte. Había estudiado los mapas con detenimiento, pero no había nada como ver el terreno de primera mano, captar la orografía. A pesar de que parecía un lugar natural, el compartimento era artificial. No era más que una caja inmensa llena de rocas y tierra. Giró el visor hacia el extremo norte y logró discernir a duras penas la pared que remataba el compartimento, un enorme bastión que rodeaba la siguiente puerta gigantesca. Ése sería el verdadero objetivo en los días siguientes: abrirse un camino hasta esa entrada monumental y cruzarla. Nadie sabía lo que habría al otro lado. Ni siquiera la observación orbital había conseguido determinar algo. Lo único que se sabía con seguridad era que el

siguiente compartimento era otro paso hacia el centro de aquel antiquísimo rompecabezas y que de allí podían salir columnas blindadas y compañías de guerreros para enfrentarse al Imperio.

Unos rugidos ululantes llegaron hasta el risco procedentes del valle que se abría a sus pies. Mkoll giró el visor para mirar hacia allí.

—Nunca los descubrirás —le dijo Maggs.

Bonin lo miró.

—¿A los acechadores?

—Sí. No se les ve nunca, hasta que ya es demasiado tarde.

—¿Ah, sí?

Maggs asintió mientras daba unas palmaditas a la culata del Mark III.

—Y uno de estos cacharros es incapaz de pararlos, ni siquiera en fuego automático. Ni aunque lo vieras tú primero, cosa que no sucederá. Nunca los ves hasta que ya te han encontrado.

—Puede que tú no, pero el jefe seguro que sí.

Wes Maggs frunció el entrecejo. Era un individuo de estatura baja pero de complexión fornida, con espaldas de nadador y unos hombros a juego. Llevaba el cabello castaño muy corto, y tenía una pequeña cicatriz vertical debajo de la comisura exterior del ojo izquierdo. Maggs era uno de los mejores exploradores de Kolosim, a quien sus camaradas de Belladon conocían como un individuo agradable y simpático que a veces hablaba más de lo que le convenía. Bonin todavía no se había formado una opinión sobre él. Tenía demasiada personalidad, para su gusto.

—Ya me gustaría ver a tu jefe enfrentarse a un acechador... —empezó a decir Maggs.

—Pues quédate por aquí —lo interrumpió Bonin.

Kolosim no hacía caso de la conversación. Estaba observando con atención el risco que tenían delante de ellos.

—No hay modo de que hagan avanzar una fuerza por aquí —comentó Buckren.

—Sería demasiado complicado —dijo Burnstine mostrándose de acuerdo—. Los riscos laterales los retrasarían, y si acaban perdiendo, no tendrían una retirada fácil.

—El Pacto Sangriento no suele pensar en la retirada —dejó caer Mkoll.

—¿Crees que puede ser que vengan por aquí? —le preguntó Maggs.

—Creo que es posible y que deberíamos comprobarlo —contestó Mkoll.

—Estás loco... —le soltó Maggs.

—Cierra el pico —lo cortó Ferdy Kolosim. Se puso en pie al lado de Mkoll—. Yo pensaba seguir la línea del risco hacia el oeste hasta que llegáramos a la zona llana y luego subir por la escarpadura hasta la colina 56, pero algo me dice que eso no es lo que tú harías.

Mkoll se encogió un poco de hombros.

—Es su unidad. Usted decide.

—Se supone que debemos empezar a conocernos mejor, Mkoll. Me gustaría saber qué piensas.

—De acuerdo. Los riscos parten el terreno a lo largo de la muralla este. No sería la ruta de aproximación ideal. Para el enemigo sería mejor intentar infiltrar una columna de infantería alrededor de la colina 55 y llegar hasta el camino. Pero la verdad es que creo que deberíamos dejar de pensar en todo esto como si fuera un terreno abierto normal. Estamos encajonados por murallas. Estamos encerrados. Si yo quisiera flanqueamos, enviaría tropas por ahí.

—¿Por encima de los riscos?

—Por encima de los riscos. Son empinados, pero ¿cuánto hemos tardado en subir éste? ¿Una hora desde que salimos del puesto? Eso sin contar que proporcionan una buena cobertura. Es la zona de matorrales más densa de todo el compartimento. El avance sería difícil, pero merecería la pena. Además, no sabemos lo que hay allí abajo o detrás del próximo risco... —Señaló con un gesto la cuenca—. Y no sabemos si el enemigo conoce mucho mejor que nosotros el terreno.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Caober.

—Quiero decir que puede haber túneles, puede haber trincheras, puede haber agujeros de salida que no hemos logrado descubrir. Todo este lugar es artificial.

—No hemos visto señal alguna de túneles ni de nada parecido —comentó Hwlan.

—Eso no significa que no los haya —respondió Mkoll.

Kolosim frunció los labios.

—Echemos un vistazo —dijo al cabo de un momento.

—¡Será una broma! —gruñó Maggs.

—Darrormay —dijo Kolosim sin hacer caso de Maggs—. Comunica al puesto de mando que nos dirigimos a la cota 19, que llegaremos en una hora más o menos. Nos pondremos otra vez en contacto con ellos cuando lleguemos, y allí tomaremos la siguiente decisión.

—Sí, señor.

Allí abajo, en el oscuro valle que se abría entre la cota 18 y la 19, en un claro húmedo entre árboles cargados de líquenes, Pierna Torcida, el tres veces forjado, se detuvo. Algo se acercaba, algo bajaba por la ladera que había al sur de donde se encontraba.

Otros forjados menores, una o dos veces forjados, también estaban de caza en los alrededores, pero todos sabían que debían mantenerse alejados de Pierna Torcida, el tres veces forjado. El sol y el momento del regreso todavía estaban lejos.

Pierna Torcida expulsó el aire a través de los vacíos tubos de la garganta y emitió un sonido rasposo. Avanzó unos pasos sobre las cuatro poderosas extremidades.

Olisqueó el aire. Ya lo olía con toda claridad.

Algo se acercaba, y era carne.



DIECISÉIS

El valle quedaba envuelto por las sombras incluso bajo la luz del sol. La concavidad situada entre los dos riscos estaba repleta de vegetación que tapaba el cielo. Era lo que allá en Tanith llamaban una quebrada.

La ladera sur era muy empinada, casi vertical en algunos sitios. El terreno era una mezcla de tierra suelta y rocas de cuarzo que sobresalían. La pendiente estaba cubierta de zarzas y de matojos de retama que caían como cataratas congeladas. De los depósitos de tierra más profundos brotaban los resistentes tilos y otra especie de árbol tuberoso de tronco retorcido. La unidad de reconocimiento los aprovechó para agarrarse mientras bajaba.

De la quebrada subía un fuerte olor a humedad, a barro y a hojas podridas. La temperatura allí era más elevada que al aire libre.

Los soldados avanzaron con las armas al hombro. Con la mano derecha las mantenían en su sitio y con la izquierda iban agarrándose a lo que podían. De la oscuridad que los esperaba abajo surgían diversos ruidos. Se oía el arañazo de zarpas contra el suelo, algún bufido y algún gruñido. Mkoll estaba seguro de que allí abajo había como mínimo un acechador.

Mach Bonin escuchaba con atención. Los demás miembros de la unidad de reconocimiento apenas hacían ruido, pero todavía sonaban escandalosos y torpes comparados con el silencio total en el que tanto él como Mkoll se movían. No se trataba sólo de los soldados de Belladon. Incluso Caober y Hwlan le parecían patosos, y eso que eran dos de los mejores exploradores de los fantasmas. ¿Habrían perdido habilidades mientras Mkoll estaba fuera?

Los observó con atención durante unos momentos y se dio cuenta de que no era así. Eran tan buenos como siempre. La diferencia era él. Cuando marchó a Gereon, Bonin no pensaba que pudiera mejorar todavía más sus habilidades. Aquel lugar le había demostrado lo equivocado que estaba, lo mismo que les había demostrado lo equivocados que estaban en tantas otras cosas.

Mkoll se detuvo en un saliente de cuarzo que había a mitad de camino del descenso y levantó la mano para indicar que los demás también debían detenerse en silencio. Los otros exploradores se apresuraron a seguir la indicación y se quedaron a la espera, observándolo.

Mkoll se quedó allí, escuchando, olisqueando el aire, captando qué era lo que había y lo que no había. No había pájaros ni insectos. Probablemente habría algunos gusanos y escarabajos, pero nada que volara. No se oían trinos ni nada que piara. Tampoco roedores, ni lagartos. Tan sólo los matorrales inmóviles y húmedos.

Olió la piedra húmeda, la corteza de los árboles, las hojas mustias, el humus. Olió una corriente de agua y también la oyó: el gorgoteo del líquido al pasar por las piedras y caer en pequeñas cascadas.

El sonido del acechador o acechadores había retrocedido, y el único ruido fuerte que se oía eran los estampidos de la batalla entre tanques que se estaba librando a lo lejos, más allá de las colinas.

Pero sí fue capaz de oler la sangre. El sudor rancio, el olor corporal de la sangre, como si procediera de una herida mal curada. El olor a la carne podrida que un depredador lleva consigo entre los dientes.

Indicó con otra señal que volvieran a avanzar. Maggs meneó la cabeza como si lo divirtiera el minucioso método de avance de Mkoll.

Kolosim llegó al pie de la ladera, donde la profundidad de la quebrada empezaba a suavizarse, y se alegró de poder empuñar de nuevo el arma con las dos manos. Empezó a mirar a su alrededor y se sobresaltó por la sorpresa de encontrarse a Mkoll a su lado.

—¡Mierda!

—Despleguémonos por ahí —le indicó Mkoll con un susurro.

Avanzaron en línea lateral por el fondo de la quebrada. Las botas se les hundían en la densa capa de barro negruzco, zarzas espesas y ramas. Bonin también captó el olor a sangre, y miró a Mkoll.

El olor había cambiado un poco. Mkoll notó que olía más a sudor humano, un sudor sucio.

Algo se movió por delante de ellos. Un árbol se estremeció y oyeron un bufido.

Todos alzaron las armas.

Mkoll dio un paso adelante.

Pierna Torcida, el tres veces forjado, salivó ante el sabor que tenía el aire. Ya estaba cerca. Siguió moviéndose con una agilidad increíble para una criatura tan grande y pesada. Se deslizaba con delicadeza entre los matorrales y las ramas de los árboles jóvenes.

Cerca de él, a su izquierda, un forjado una vez, o quizá dos veces, también estaba de caza y no dejaba de soltar bufidos. Si seguía así, no tardaría en delatar su presencia.

Pierna Torcida abrió las fauces y los dientes de acero salieron de sus vainas. Tenía la visión teñida de rojo. Vio por fin la carne, unas siluetas delgadas de calor rosado en mitad de la oscuridad rojiza.

Los dientes se colocaron en su sitio con un chasquido.

Mkoll, con el rifle echado al hombro, indicó con un gesto a Maggs y a Bonin que avanzaran por la izquierda. Caober y Burnstine estaban a su derecha y los demás los seguían.

Maggs atravesó los matorrales tal como le habían enseñado, retorciendo el cuerpo a un lado y a otro para no tocar ni una ramita. Ya estaba harto de las demostraciones de los recién llegados. No eran los únicos que sabían cómo hacer su trabajo.

Maggs se agazapó bajo un tilo retorcido y miró hacia atrás en busca de Bonin. No vio señal alguna de él. ¿Dónde demonios...?

Una mano le tapó la boca. Maggs tensó todo el cuerpo en un instante de terror antes de percatarse de que era el tanith.

Bonin apartó la mano. Había logrado colocarse a la espalda de Maggs sin que éste se diera cuenta. ¿Cómo demonios podía lograr alguien algo semejante, a menos de que fuera un...?

Fantasma.

Maggs miró con rabia a Bonin. Este hizo caso omiso de la mirada furibunda y señaló un punto por delante de ellos. Sin duda, allí había algo, algo que los acechaba del mismo modo que ellos lo acechaban.

Maggs tragó saliva. Aquello era una locura. Lo cierto era, aunque Maggs no estaba dispuesto a admitirlo delante del señor sabelotodo Bonin, que él jamás había llegado a ver a un acechador, pero había oído contar muchas cosas sobre ellos desde que el Octogésimo Primero Primero había llegado al Mons. Eran cuentos de horror sobre los monstruos que acechaban en los compartimentos después de caer la noche, de ogros bestiales que se negaban a morir, ni siquiera cuando los estabas acribillando con ráfagas de disparos automáticos y se lo pedías por favor. Todo el mundo sabía que no había que buscar y enfrentarse a un acechador, ni siquiera si formabas parte de todo un pelotón. Kolosim tendría que haber retrocedido por el risco, no bajar hasta allí, hasta donde...

Bonin alzó con lentitud el arma. Oyeron un bufido entre la densa espesura negra que tenían ante ellos y el chasquido de una raíz al partirse bajo un gran peso.

Maggs también alzó el rifle y lo prefijó en modo de disparo automático.

Pierna Torcida, el tres veces forjado, se puso en tensión. Los músculos le palpitaron y empezó a emitir jadeos cortos y secos. Los tubos de la garganta comenzaron a hincharse y las espinas del lomo se le pusieron erectas. La saliva le chorreó entre la línea de dientes afilados como una sierra.

El forjado una vez salió aullando de la espesura y se lanzó hacia Maggs y Bonin. Maggs empezó a disparar inmediatamente, descargando una y otra vez brillantes

chorros de energía cuando el arma disparó a plena potencia.

Mkoll, que estaba veinte metros por detrás de ellos, echó a correr hacia allí y el resto de la unidad lo siguió. El explorador no veía nada de la situación aparte del fuerte resplandor de los disparos láser que recortaba la silueta de la espesura. Oyó los rugidos que acompañaban a los disparos.

Maggs siguió disparando todo el tiempo que se atrevió. Había hecho unos destrozos terribles en la garganta y en la placa de blindaje frontal del acechador. Las tremendas ráfagas de disparos habían machacado la placa y arrancado trozos de carne del cuello, pero la bestia siguió lanzada a la carga, aullando y soltando chorros de saliva y sangre por el aire. «Nunca los ves, hasta que ya es demasiado tarde», se oyó decir a sí mismo. Ya era demasiado tarde. Aquella criatura era una pesadilla que...

Maggs se dio cuenta de algo más: estaba solo. Bonin había desaparecido. En algún momento entre la aparición a la carga del monstruo y los disparos de respuesta de Maggs, ese fantasma cobarde y maldito había desaparecido sin ni siquiera disparar una sola vez. Había salido corriendo y había dejado a Maggs para que se las apañara por su cuenta.

—¡Cabrón de mierda! —gritó Maggs con todas sus fuerzas, pero el grito quedó ahogado por el rugido aullante lanzado por la bestia mediante los tubos de la garganta.

Maggs se dio media vuelta y echó a correr. Había recorrido unos cinco metros cuando, aterrorizado, tropezó con una raíz y cayó al suelo. El forjado una vez se abalanzó sobre él.

Maggs levantó la cabeza, gritó y forcejeó para librarse de la raíz. La criatura ya se le había echado encima con las fauces abiertas, con unos dientes, unos...

El forjado una vez se desplomó de repente y cayó de bruces, como si también hubiera tropezado. Se estampó con tanta fuerza que la mandíbula se estrelló contra el barro y la boca se le cerró de golpe. Había caído a menos de un metro de la pierna de Maggs.

No estaba muerto ni por asomo. Se retorció y rugió antes de alargar los enormes brazos y soltar unos cuantos bocados al aire. Maggs gritó de nuevo y se arrastró de espaldas para alejarse de aquello. Manoteó intentando empuñar de nuevo el rifle láser. ¿Por qué se había caído el monstruo? ¿Por qué demonios se había caído?

¿Y por qué en nombre del Dios Emperador había empezado a rugir de un modo tan agudo?

Como si algo le doliera.

El forjado una vez logró avanzar de nuevo con un tremendo impulso de sus enormes brazos. Los músculos se le hincharon y las venas le sobresalieron como cables. Los labios se le cubrieron de espuma. Se lanzó de nuevo a por Maggs.

Maggs logró empuñar el rifle y le disparó al interior de la boca. Vio los agujeros

ennegrecidos que los disparos abrían en la carne rosada del paladar del monstruo. Luego se echó con fuerza a un lado y se arañó la cara y los brazos con los espinos y los matojos.

Bonin apareció de repente detrás del forjado una vez, impulsado por un salto que debió de lograr después de una buena carrera. Ya no empuñaba el rifle láser. En una mano extendida hacia atrás llevaba el arma característica de Tanith, la daga de combate de plata pura. La hoja de la daga de Bonin estaba llena de sangre negra.

El explorador aterrizó sobre la espalda jorobada del forjado una vez con un gruñido de esfuerzo y se agarró a las púas levantadas con la mano libre. Maggs se dio cuenta entonces de que el acechador estaba medio tumbado sobre la barriga y arrastraba las extremidades posteriores.

El monstruo se estremeció y se encabritó en un intento por derribar al individuo que tenía sobre su ancha espalda. Bonin se mantuvo agarrado y clavó el cuchillo en la base del cráneo del acechador.

Treinta centímetros de plata pura tanith atravesaron el hueso y el cerebro. Un fuerte chorro de sangre espesa y negra saltó por los aires e impactó contra Bonin como el chorro de una manguera a presión. Sacó el cuchillo y lo clavó de nuevo.

Él forjado una vez se estremeció, tuvo unos cuantos espasmos y convulsiones para luego caer de lado con una sacudida que pareció hacer retemblar toda la tierra. Bonin salió despedido.

Se produjo un silencio casi total, roto tan sólo por los jadeos agónicos que salían de los tubos de la garganta del acechador moribundo y el gorgoteo del chorro de sangre que seguía saliendo alrededor de la empuñadura del cuchillo.

—Por el Trono... —murmuró Maggs.

—¿Estás bien, Maggs? —le preguntó Bonin mientras se ponía en pie y se limpiaba la sangre de la cara con la palma de la mano.

—Sí, estupendamente... —acertó a contestar Maggs.

—¿Bonin? —lo llamó Mkoll.

Apareció de repente al lado de ambos, con el arma alzada. Kolosim y los demás llegaron un momento más tarde.

—Trono Dorado... —murmuró Kolosim mientras contemplaba atónito el enorme cadáver del acechador—. Joder...

—¿Has sido tú, Mach? —le preguntó Hwlan.

—No ha podido ser otro —contestó Caober con una breve risa—. ¿No ves la plata?

—Sí. Buen trabajo, Bonin —dijo Mkoll sin relajarse, como si todavía estuviera tenso.

—¿Buen trabajo? ¿Buen trabajo? —gritó Maggs airado—. ¡Me ha dejado solo! ¡Me ha dejado para que me enfrentara a él yo solo!

Bonin se acercó al acechador y desclavó la daga. Cuando se dio la vuelta, tenía a Maggs pegado a la cara.

—¡Me dejaste solo, cabrón!

—Lo he matado, ¿no? —le contestó Bonin.

—Sí, pero...

—Antes de que te mordiera.

—Sí, cabrón, pero...

—Me dijiste que ni siquiera en fuego automático se podía parar a un acechador —dijo Bonin con voz tranquila—. Así que te creí, Maggs. Es una bestia infernal, pero sigue siendo un animal. Tiene una anatomía, una anatomía que sigue las sencillas reglas de la caza.

—¿Qué?

—Tiene tendones en las patas traseras, así que se los corté, por eso se cayó. Tiene un cerebro. Ahí fue donde le clavé el cuchillo. ¿Ves esta parte del cráneo? ¿La placa de blindaje acoplada en la zona frontal? Por eso no se les puede parar ni con fuego automático. Quienquiera que los hiciera, blindó los cráneos por delante. Hay que atacarlos por detrás.

Maggs se quedó mirando a Bonin durante un largo instante.

—Un momento —dijo de pronto el sargento Buckren—. ¿Cómo que «quienquiera que los hiciera»?

Caober estaba a punto de contestarle cuando vio que Mkoll alzaba la mano con lentitud.

El jefe de los exploradores de Tanith se llevó el rifle al hombro y apuntó a los matorrales que tenían a la espalda.

—Preparaos —les susurró—. Todavía no hemos salido de ésta, ni por asomo.

Pierna Torcida, el tres veces forjado, estaba jadeando. El forjado una vez se había precipitado al lanzarse al ataque y le había estropeado la ocasión. Casi le había estropeado la caza con su inexperiencia y su precipitación. Más tarde, al regresar, cuando estuvieran bajo las Piedras Silenciosas, Pierna Torcida lo habría matado sin duda alguna por su insolencia al privar a un forjado tres veces de su comida.

Sin embargo, ese castigo ya no era necesario. Aquel ser inferior ya estaba muerto. Las ramas de carne lo habían matado.

Pierna Torcida inspiró profundamente. Los sacos de la garganta se le llenaron y se le hincharon hasta tomar una coloración rosada. El sol y la hora de regresar estaban ya muy cerca, pero todavía podía alimentarse. La carne no tenía ni idea de lo cerca que estaba. No sabían que sus garras estaban a punto de...

No. Uno de ellos sí lo sabía. El más pequeño. El que no tenía carne sobre los huesos. Ése se dio la vuelta y miró directamente a Pierna Torcida, el tres veces forjado.

El ansia de sangre de Pierna Torcida era demasiado fuerte como para que le preocupara una curiosidad semejante. Sacó las garras y salió de un salto.

El segundo acechador surgió de la cortina de matorrales como una avalancha. Los troncos de los tilos se partieron y astillaron cuando su enorme peso los pulverizó. Era gigantesco, casi del doble de tamaño que el monstruo que Bonin había logrado abatir.

Kolosim, Hwlan, Buckren y Caober empezaron a disparar. Mkoll ya estaba disparando a toda potencia. Bonin corrió hacia el rifle que había dejado atrás. Maggs se dio la vuelta y soltó un jadeo de asombro al ver la enorme masa del nuevo monstruo. Burnstine simplemente huyó.

Darromay murió.

La garra central de la zarpa izquierda de Pierna Torcida atravesó la parte superior del cráneo de Darromay después de perforar el casco de acero endurecido que llevaba puesto. Luego, el peso de Pierna Torcida aplastó a Darromay contra el suelo partiéndole todo el cuerpo como si no fuera más que un tallo de hierba. Le rompió todos los huesos y los extremos astillados le atravesaron la piel.

Darromay quedó convertido en un trozo de carne aplastada y deformada contra el barro. La sangre salió despedida por doquier y humeó bajo el frío de la madrugada. Pierna Torcida ni siquiera se había propuesto matarlo. Tan sólo se lo había encontrado en el camino.

El comunicador destrozado que Darromay llevaba a la espalda soltó una lluvia de chispas y de chasquidos.

La unidad retrocedió y dispararon todos a la vez, martilleando al monstruo con una lluvia de disparos láser. Ni siquiera cinco guardias imperiales disparando en fuego automático lograron frenarlo un poco. Maggs recuperó su arma y se unió a las descargas, lo mismo que Bonin.

No fue suficiente ni por asomo.

Oan Mkoll tiró a un lado el arma descargada y desenvainó el cuchillo de combate. —Vamos, maldito cabrón —lo desafió con un gruñido.

Se oyó un repentino zumbido penetrante que hizo que todos los soldados pusiesen cara de dolor y se llevasen una mano a los microcomunicadores de los oídos.

Pierna Torcida se detuvo y se llevó las enormes zarpas a los lados de la cabeza.

Rugió de frustración.

La llamada. La llamada de regreso a las Piedras Silenciosas.

Mkoll se sacó de un tirón el microcomunicador de la oreja, pero siguió oyendo el zumbido. Estaba en el aire, a su alrededor, tan bajo e intenso que hasta las hojas retemblaban. El resto de la unidad de reconocimiento trastabillaba mientras intentaban sacarse también los microcomunicadores de las orejas.

Pierna Torcida dio un par de pasos atrás intentando oponerse a la orden, girando la enorme cabeza a un lado y a otro, arañándose las orejas. Mkoll, tembloroso a causa

del tremendo zumbido infrasónico, dio un paso hacia el monstruo.

La criatura lo miró. Parpadeó y gruñó.

—La próxima vez que nos veamos, te mataré —le advirtió Mkoll.

Pierna Torcida, el tres veces forjado, rugió, se dio la vuelta y desapareció entre los matorrales de brezo y espino.

El zumbido cesó.

Los soldados de la unidad de reconocimiento fueron recuperándose poco a poco.

—¿Qué demonios era eso?—preguntó Caober.

—Alguna clase de llamada —contestó Kolosim—. ¿No es así, Mkoll? ¿Alguna clase de llamada?

Mkoll asintió.

—Me recuerda algo —le dijo Bonin en voz baja al jefe de exploradores.

—¿A ti también? —le preguntó Mkoll mientras recuperaba el rifle y lo recargaba.

—Me ha recordado al sonido que hacían los glifos allá en Gereon.

—Eso me pareció —comentó Mkoll. Se dio la vuelta hacia los demás.

—Tenemos que encontrar a Burnstine —estaba diciendo Kolosim en ese momento.

—A Burnstine? ¿A Burnstine? —preguntó Buckren a gritos.

—¡Cállate! —lo cortó Mkoll. Miró a Bonin—. Me pregunto por qué harían regresar a los monstruos.

Mkoll se quedó callado. Olió aquello de nuevo. El olor a sangre seca y punzante que había captado mientras estaba en la ladera. Había supuesto que ese hedor pertenecía a los acechadores, pero ya sabía que no era así. Los acechadores sólo olían a sudor agrio y a carne humana.

Aquel olor a sangre seca era distinto.

Familiar.

—Tenemos que marcharnos —dijo.

—¿Qué hay de Burnstine? —le preguntó Kolosim—. ¡Maldita sea, Mkoll!, ¿qué hay de Burnstine? ¿Y de Darromay? No podemos dejar el cuerpo de ese desgraciado ahí tirado.

—Podemos y lo haremos. Olvídense de él, capitán, olvídense de Burnstine. No estoy bromeando. Creo que el enemigo está cerca, muy cerca. Tal como sospechábamos.

—¿Qué?

—Echemos un vistazo y avisemos si tengo razón.

—¿Sin un comunicador? —preguntó Buckren.

El de la unidad estaba destrozado debajo del cuerpo de Darromay.

—Ya encontraremos un modo de hacerlo —respondió Kolosim—. Haced lo que dice Mkoll.

Treparon por la densa vegetación en dirección noreste. Tuvieron que cortar matojos enteros de espinos que les bloqueaban el camino. Detrás de ellos, hacia el oeste, el primer resplandor del amanecer se asomaba por encima de la muralla más lejana y poco a poco enrojecía el cielo.

—¿Qué es eso? —preguntó Kolosim con un susurro, deteniéndose de repente.

—Ruido de máquinas —contestó Hwlan.

Clac, clac, clac. El sonido les llegaba a través de la espesura. También oyeron pasos, muchos, que aplastaban y hacían crujir el barro y los guijarros. Kolosim indicó por gestos a la unidad que se pusiera a cubierto. Todos se echaron cuerpo a tierra con rapidez y se colocaron detrás de los troncos de los árboles y los espesos matorrales. Tenían las armas preparadas para disparar.

Ante su escasa visión nocturna aparecieron varias siluetas que avanzaban por la espesura de la quebrada. Era una columna de soldados que procedían del risco norte.

Soldados que llevaban puestas unas máscaras oscuras. Soldados que lucían los emblemas de lo prohibido y de lo abominable.

Mkoll sabía que había olido antes aquel tufo a sangre seca. De hecho, lo había olido demasiado a menudo.

Era el hedor del Pacto Sangriento.

Mkoll calculó desde aquella posición ventajosa que eran al menos unos cien soldados de infantería del Pacto Sangriento, probablemente más. Junto a ellos marchaban, clac, clac, clac, los tanques acechantes sobre sus alargadas patas, lo bastante ligeros y ágiles como para atravesar el escarpado terreno de los riscos.

Kolosim indicó por gestos a la unidad que se quedaran quietos y en silencio.

Inmóviles, dejarlos pasar, y luego a...

—¿Capitán? ¿Capitán? Responda, por favor...

La voz nerviosa de Burnstine resonó de repente en el microcomunicador. Kolosim se apresuró a tapanlo, pero el daño ya estaba hecho.

Uno de los tanques acechantes se detuvo con un estremecimiento y elevó un poco el cuerpo. La torreta frontal se giró hasta apuntar hacia la zona de matorrales donde estaban ocultos los exploradores. Vieron con claridad al operador del tanque, un humano alterado mediante cirugía que estaba tumbado en una cabina llena de fluido amniótico. Estaba ajustando los mandos. Los cañones de la parte delantera del tanque soltaron un traqueteo al cargar la munición.

—¡Voi shet tahr grejj!

La orden salió resonante por los altavoces exteriores del tanque. Dos escuadras de soldados del Pacto Sangriento se separaron de la columna inmediatamente y empezaron a avanzar hacia el lugar donde se escondían los exploradores. Uno de ellos descubrió a Buckren casi en seguida.

El guerrero soltó un grito, pero cuando alzó el arma para disparar, un rayo láser lo

abatió.

—Escondese ya no es una opción —dijo Mkoll disparando de nuevo y matando a otros dos soldados—. Atacar y huir.

El resto de la unidad de reconocimiento también empezó a disparar. El Pacto Sangriento respondió al fuego y acribilló los matorrales con los rifles mientras nuevos disparos reducían su número.

Y entonces fue cuando los cañones del tanque acechante también empezaron a disparar.



DIECISIETE

Con las primeras luces, Wilder se permitió un breve momento de satisfacción. El grueso del Octogésimo Primero Primero todavía estaba avanzando por la llanura cubierta de matorrales, pero la colina 56 estaba a menos de un kilómetro de distancia y la compañía de Baskevyl ya había llegado allí. Iban por delante de lo planeado.

Iba a ser un amanecer frío y gris. La neblina todavía se mantenía pegada a las tierras bajas. Al otro lado de la suave curva que formaba la colina 56 se oía el estruendo continuado de los disparos de los tanques. El cielo quedaba iluminado en algunas ocasiones por fuertes destellos.

Wilder llamó al operador de comunicaciones y se puso en contacto con Baskevyl. Caminó al lado del operador mientras hablaba por el micrófono.

—Dime qué hay, Bask.

—...algo de pelea...

La voz de Baskevyl le llegó entrecortada por la estática. El amanecer provocaba un efecto parecido algunas veces, aunque en esta ocasión parecía más grave de lo habitual.

—Repíte, Bask. Me llega entrecortado.

—Digo que parece que vamos a tener algo de pelea esta mañana, señor. La colina está asegurada. Veo la línea de tanques de Rothberg y nos hemos puesto en contacto un momento con el comandante. Ahí abajo se están zurrando de lo lindo. Los...

—Repíte lo último, cambio.

—Ahí abajo se están zurrando de lo lindo, señor. Los blindados están aguantando, pero por lo que he podido ver, el enemigo debe de estar mandando todo lo que tiene. Los de Rothberg han tenido que pedir ayuda a los hauberkanos.

—¿Cómo se están comportando?, cambio.

Otra descarga de estática.

—¿Baskevyl? ¿Baskevyl? Jefe de compañía B, adelante.

—¿... ahora? Repito, ¿me recibe ahora, jefe Ochenta?

—Te recibo, Bask La transmisión está muy mal hoy. Te pregunté cómo se están comportando los hauberkanos.

—Según el comandante de los de Rothberg, los hauberkanos se están comportando de maravilla. Veo una línea de sus vehículos al noroeste de mi posición protegiendo el camino. Hay mucho humo, un humo muy denso. El problema parece ser que los de Rothberg llevan con esto desde hace casi tres días. Las tripulaciones están agotadas. Han enviado un mensaje al puesto de mando solicitando que envíen más blindados para relevarlos. Tengo entendido que van a enviar blindados del

regimiento de Sarpoy para que se reúnan con nosotros hacia el mediodía. Ése será el momento crítico. Puede que el enemigo intente aprovechar la oportunidad si ve que los de Rothberg se retiran.

—Entendido —contestó Wilder.

Ése sería el momento en que una línea de infantería bien atrincherada sería muy útil. Previendo la posible aparición de blindados, tanto el Octogésimo Primero Primero como el Cuadragésimo de Kolstec, que lo apoyaba desde retaguardia, habían ido preparados para enfrentarse a los carros enemigos. Cada pelotón disponía de al menos un lanzacohetes antitanque. Wilder se había enterado de que los tanith los llamaban «petatanques». Consultó de nuevo el mapa. Tenían que mantener la colina y los caminos adyacentes además del río que corría por el lado oeste. Petatanques, armas de dotación. Tenían unas seis horas para atrincherarse de un modo efectivo. Se podía hacer.

—¿Sigue ahí, jefe Ochenta?

—Te recibo, Bask. Quiero que empieces a revisar el terreno en busca de buenas posiciones defensivas. Quiero una línea de rotura, ¿entendido? Una línea de rotura que detenga cualquier cosa que no nos guste.

—Recibido. Me pongo a ello —contestó la voz de Baskevyl.

Una «línea de rotura» era el término que utilizaban los de Belladon para referirse a una posición defensiva levantada de tal manera que maximizara el apoyo del fuego cruzado, de modo que cada unidad estuviera respaldada por el fuego de cobertura de su adyacente.

—Bask, ¿alguna señal de infantería enemiga?

—De momento no, señor, pero como ya le he dicho, el humo es muy denso. Lo más probable es que tengan a la infantería en los flancos para atacar en cuanto termine el combate entre tanques.

—¿Las unidades de reconocimiento están ahí contigo?

—Dos de ellas. La unidad de Raydrel está al oeste, rodeando la zona de los pantanos. La comprobó hace diez minutos y dice que no hay posibilidad alguna de que el enemigo pase por ahí.

—Tal como suponíamos. ¿Qué hay de Kolosim?

—Negativo respecto a Ferdy, jefe Ochenta. Nada desde la comunicación de rutina de hace una hora.

—Entendido. Poneos a trabajar. Estaré con vosotros dentro de veinte minutos. Cambio y corto.

Wilder le devolvió el micrófono al operador de comunicaciones. El soldado movió los hombros para asentar mejor la pesada pieza del comunicador que llevaba a la espalda.

—Ponme con Kolosim.

—Sí, señor.

El operador ajustó el microcomunicador del oído sin dejar de caminar y empezó a revisar todos los canales con el panel de control secundario que llevaba ceñido al antebrazo izquierdo. Wilder oyó cómo probaba todos los canales reservados para las unidades de comunicación.

Wilder se dio la vuelta y miró la lejana muralla del compartimento, situada al otro extremo de la llanura. Más allá de la línea discontinua que formaban las largas sombras de los soldados que se dirigían hacia el norte a través de los matorrales dispersos, el terreno descendía y se hacía más escarpado a lo largo de los riscos empinados. Los bosques eran más densos en esa zona, unas áreas oscuras en las que todavía había niebla. En algún punto de esa zona estaba la unidad de reconocimiento de Ferdy Kolosim dirigiéndose, en teoría, hacia la colina 56.

Wilder intentó dejar a un lado la sensación inquietante que se había apoderado de su cabeza. No era propio de Kolosim no contactar cuando debía hacerlo, y ya debería de estar en la colina o cerca de ella.

—Nada, señor —le informó el operador—. No hay respuesta alguna en el canal designado para el capitán.

—Prueba en otros canales. Puede que tenga problemas con la recepción.

—Lo he hecho, señor. Nada. El puesto de mando dice que se puso en contacto con ellos poco antes de las cinco y que informó que se encontraba en la cota 18. Les dijo que iba a reconocer el siguiente risco antes de girar hacia el oeste.

Wilder asintió. Se rascó el pómulo, donde la piel se le había empezado a irritar después de llevar puestas durante dos horas las gafas de visión nocturna.

—Quiero que lo sigas intentando cada cinco minutos.

—Sí, señor.

—Pero antes ponme en contacto con el comandante del Kolstec. Luego quiero que me pongas en contacto con todos los jefes de compañía a la vez.

El comandante de campo del Cuadragésimo de Kolstec era un oficial llamado Forwegg Fofobris. El Cuadragésimo era una unidad experimentada de infantería pesada que incluía algunas potentes piezas de apoyo, servidas por la correspondiente dotación, que podrían ser muy útiles más adelante. Sin embargo, Fofobris le había parecido a Wilder un poco fanfarrón en los breves encuentros que habían tenido. Baskevyl y Wilder se habían acostumbrado a llamarlo «Fufu Frigwíg», lo cual era una mala costumbre, ya que era muy fácil meter la pata y llamar a una persona por su apodo en su cara. Los dos habían bautizado como «Jonny Gafitas» a un oficial volpone altivo y desdeñoso con el que habían tenido que tratar en Khan III. Cuando Wilder lo había llamado así sin querer en una reunión, el volpone lo había desafiado a un duelo.

Había salido con bien de todo aquello gracias a Van Voytz, a una caja de amasec y a una disculpa formal. Resultaba curioso que a Baskevyl, que era quien solía poner aquellos apodos insultantes, nunca se le escapaban. Siempre era Wilder. El coronel se preguntó si Baskevyl tendría un apodo también para él.

Lo más seguro.

—Wilder, ¿está usted ahí, señor? —dijo la voz de Fufu Frigwig por el comunicador.

A Wilder le entró de repente un ataque de risa. Recordó un encuentro en los alojamientos del puesto 36, varias noches antes, cuando Gol Kolea y Ban Daur habían hecho partícipes a los oficiales de Belladon de los misterios de la destilación artesanal de la sacra. Era evidente que se trataba de una bebida tanith. Con un simple sorbo ya se empezaba a sonreír como un bobo simpático. Fue durante aquella sesión cuando a Baskevyl se le había ocurrido el apodo de «Fufli Frigwig», añadiendo que el «fufuribundo capullo» estaba al mando del «Fufuadragésimo de Folstec» luchando con «fu fuerza y honor for el Emferador»

La verdad era que había sido muy divertido, pero ese tipo de humor tenía la mala costumbre de aparecer donde ya no era divertido ni adecuado... a menos que hubieras estado allí.

—¿Fofobris? Aquí jefe Ochenta.

—¿Qué les pasa a las comunicaciones? Parece que se está tronchando de risa.

Wilder tapó el micrófono y miró al operador de comunicaciones.

—Keshlan, dame un buen bofetón.

—¿Cómo dice, señor?

—En la cara, si no te importa.

—Pero... pero...

Wilder negó con la cabeza.

—No importa. —Miró al este, hacia los riscos, y pensar en Kolosim le hizo ponerse serio casi en seguida—. Lo siento, jefe Kolstec. Las comunicaciones no van bien. Creo que lo tenemos a la espalda, ¿no es así?

—Afirmativo, jefe Ochenta. Estamos ahora mismo a unos cuarenta minutos de la colina.

«Fuarenta minutos.»

Seguía siendo muy divertido.

—Fofobris, los tanques de Rothberg se retirarán más o menos al mediodía. Para entonces tendremos que estar preparados en una posición defensiva. ¿Lo ha entendido?

—Estaremos en condiciones de hacerlo en cuanto nos encontremos en posición, jefe Ochenta.

—Me alegro de oírlo, jefe Kolstec. Vamos a necesitar petatanques y...

—Repita, por favor.

Por el Trono, que poco costaba caer en la jerga. «Soy mi peor enemigo», pensó Wilder.

—Antitanques, Fofobris. Muchos. Van a recibir mucha presión. Póngase en contacto con mi segundo al mando, Baskevyl, en 751. Está explorando la zona ahora mismo. Quiero que se despliegue siguiendo sus recomendaciones.

—Entendido. No hay problema, jefe Ochenta.

Wilder le devolvió el micrófono a Keshlan.

—Ponme con los jefes de compañía, por favor.

Keshlan lo puso en contacto con todos los oficiales del Octogésimo Primero Primero y Wilder les explicó las líneas básicas del plan que iban a seguir.

Lo hizo sin dejar de mirar al este.

«¿Dónde estás, Ferdy, y cuál es el problema?»

La compañía C ya había llegado a los pies de la colina 56.

—¡A paso ligero, tortugas! —les gritó Kolea—. A por la ladera. Ya tendréis tiempo de descansar cuando estéis muertos.

Los soldados empezaron a subir al trote la pendiente llena de matojos. Kolea se dio la vuelta y vio a Varl. Éste se había parado. Estaba de pie, en la ladera, mirando hacia el oeste con la mano pegada a la oreja izquierda.

—¿Varl?

Éste tardó un momento en mirarlo. Cuando lo hizo, no había rastro alguno del hombre que Kolea conocía.

Varl ajustó el microcomunicador que llevaba en el oído.

—¿Oyes eso?

—¿El qué?

—Esos chasquidos que suenan. En la estática.

Kolea negó con la cabeza.

—No es más que un efecto atmosférico, Ceg. Atmosférico. El tiempo está muy mal hoy para las comunicaciones. Es algo de la radiación solar o algo parecido.

—No —contestó Varl—. Es el jefe. Está en apuros.

—¿Mkoll?

Varl se lo quedó mirando.

—Sabes, vas a tener que contarme unas cuantas cosas algún día, Ceg —le dijo Kolea con voz amable—. Me refiero a que éramos amigos, y el Ceglan Varl que yo conocía era el mejor narrador de historias que me he encontrado. Empiezo a creer que el archienemigo nos ha enviado una mala copia que se parece mucho, pero que en realidad...

—¿Eso es una broma? —lo interrumpió Varl con voz amenazante. La expresión del rostro se le había endurecido.

—¡Gak, sí! —dijo Kolea dando un paso atrás, apesadumbrado—. Es una broma, Varl. Una broma de Feth. Recuerdas lo que son, ¿verdad?

Varl inspiró profundamente. En el rostro le apareció una pequeña sonrisa.

—Lo siento, Gol. Lo siento de verdad. Es que parece que todo el mundo con el que me encuentro sospecha de mí, cree que estoy contaminado por haber estado allí tanto tiempo. Ya sabes que la Inquisición de Feth vino a por mí.

—Lo sé.

—Todos hemos tenido que pasar por eso. ¿Qué te parece, después de todo lo que hicimos? ¡Pasar por un tribunal! ¡Yo cumplí, por el Trono! Cumplí, joder!

Kolea palideció. Alargó una mano.

—Gak, Ceg. ¿Qué te pasó? ¿Qué te hicieron en Gereon?

Varl se echó a reír.

—Nada, Gol. Ellos no me hicieron nada. Me lo hice todo yo. Sólo para sobrevivir... —La voz de Varl se fue apagando poco a poco. Miró a su viejo amigo—. Sabes, a veces...

—¿Qué, Ceg?

Varl negó con la cabeza.

—Nada. Es que a veces me gustaría que mis camaradas tuvieran una idea de todo lo que tuvimos que pasar en Gereon.

—Pues cuéntamelo y la tendré.

Varl se echó a reír de nuevo. A Kolea le dolió ver a su antiguo camarada tan en conflicto consigo mismo.

—¿Contártelo? No hay nada que contar. Gereon no dio para anécdotas o batallitas. Gereon era un infierno de Feth. A veces sólo quiero llorar, gritar hasta reventar los pulmones.

Kolea sonrió.

—Pues haz una cosa u otra, o las dos a la vez. Quedará entre tú y yo.

—Eres un buen hombre, Gol. ¿Cómo están los niños?

—¿Qué?

—Tona nos lo contó todo. Tienes que ver a tus hijos, Gol.

Kolea se dio media vuelta, dolido y furioso.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices, Varl.

—De acuerdo. Lo que tú digas, papá. Duele, ¿a que sí? ¿Di en el blanco? Te diré algo, Gol: Gereon está más cerca de mi corazón de lo que parece. Y es lo mismo para todos los que estuvimos allí. Duele de Feth de lo cerca que está. —Varl volvió a mirar hacia el oeste—. El jefe está en apuros. Lo sé.

El capitán Meryn regresó sobre sus pasos por los matorrales y convocó a los jefes de sección de la compañía E.

—Ya casi estamos en la colina 56 —les dijo mientras se agrupaban a su alrededor—. Wilder quiere que formemos una línea, con las armas de apoyo delante. Fargher, Guheen, Harjeon, eso quiere decir que les toca a vuestros pelotones. Colocaos en vuestras posiciones con rapidez y atended a las órdenes de Baskevyl.

—Sí, señor —dijeron a coro.

Meryn se quedó callado un momento y miró a su alrededor.

—¿Dónde está el mayor Rawne?

Guheen señaló a un grupo de soldados que estaba más abajo en la ladera.

—Muy bien. En marcha. Estaré ahí en un minuto o dos —dijo Meryn, y luego empezó a bajar por la ladera.

Rawne estaba junto a Feygor, Caffran y Beltayn. El operador de comunicaciones estaba probando todos los canales de comunicación.

—¿Hay algún problema? —preguntó Meryn con voz autoritaria. Rawne miró a Meryn mientras éste se acercaba a ellos.

—Creo que sí, capitán.

Trono... Meryn odió el modo en que Rawne pronunció la palabra «capitán».

—¿Y cuál es?

Beltayn alzó la vista de los controles sin dejar de cambiar los canales para mirar a Meryn.

—Pasa algo raro.

A Meryn se le escapó una sonrisa. Hacía muchísimo tiempo que no había oído aquella expresión.

—¿Cómo qué?

—Mkoll está en apuros —dijo Feygor con voz rasposa, aunque sin emoción alguna debido al implante artificial laríngeo.

—¿Cómo Feth lo sabes? —quiso saber Meryn—. Vamos, tanith, se supone que debemos llegar hasta la cima de esta colina de Feth y...

—Mkoll está en apuros —repitió Rawne. Se quedó mirando a Meryn—. Beltayn me lo ha dicho. ¿Qué más necesitas saber?

Meryn se puso delante del mayor.

—Pues necesito saber por qué lo cree. Necesito conocer los detalles. No me ponga a prueba, mayor. Sigo teniendo el mando de la unidad.

Rawne señaló con un gesto a Beltayn.

—Recibo descargas de estática, rítmicas, de tres impulsos seguidos de otro más —contestó Bekayn.

—Es cosa de la atmósfera —explicó Meryn—. Wilder ya nos avisó de eso. Es la radiación solar. Desvirtúa las comunicaciones.

—No, señor —insistió Beltayn—. Es una señal.

—Oh, vamos. Por favor, que...

Meryn se calló de repente cuando Rawne lo agarró por la solapas.

—Hazle caso, capullo engreído —le soltó Rawne con voz furiosa—. Es una señal que establecimos en Gereon.

—¿Qué?

—Tres impulsos seguidos de otro más. Era nuestra señal para indicar problemas. Allá en Gereon, mi joven amigo, no siempre disponíamos de comunicaciones perfectas. Tuvimos que improvisar. Descargas de estática, palabras cortas y en clave. Tres impulsos seguidos de otro más era nuestra señal para indicar problemas.

Meryn apartó a Rawne de un empujón.

—¿Eso es verdad, Beltayn? —le preguntó al operador de comunicaciones.

—Sí, lo es.

—De acuerdo, de acuerdo —admitió Meryn—. Quizá pueda enviar unos cuantos soldados hacia el este. Quizá.

—Pues hazlo de prisa o le diré a Banda que has dejado al jefe con el culo al aire —le dijo Rawne.

—Cabrón.

—Vale, vale, lo que tú digas.

—Lo recibo otra vez —dijo de repente Beltayn.

Tres impulsos seguidos de otro. Era difícil conseguirlo mientras iba corriendo. Mkoll se había quitado el microcomunicador y había abierto la cubierta de plastek para poder operar la lengüeta de emisión de forma manual, con el índice y el pulgar.

Tres seguidos de uno. Tal como lo hacían allá en Gereon. Improvisación. Creaba una tremenda cantidad de interferencias e interrumpía los canales de comunicación principales, pero Mkoll sabía que merecía la pena.

Tres seguidos de uno.

El grupo de reconocimiento se había dispersado por la espesura de la quebrada. Buckren había muerto, y Hwlan tenía una herida que lo hacía cojear y se estaba quedando rezagado.

El Pacto Sangriento los seguía a través de los matorrales sin dejar de disparar. Los tanques acechantes también corrían sin dejar de disparar todas sus armas contra arbustos y árboles, despidiendo por doquier una lluvia de hojas y cortezas quemadas. Tres seguidos de uno. Tres seguidos de uno.

—¿Coronel Wilder? —lo llamó el operador de comunicaciones Keshlan.

—¿Sí?

—Me están llegando informes...

—¿De qué?

—No estoy seguro, señor. Al parecer, las compañías C y E se dirigen hacia el este.

—¿Qué se dirigen adónde?

Keshlan se encogió de hombros.

—Lo siento, señor, ya le digo que no estoy seguro. Parece ser que las dos han cambiado de ruta y ambas se dirigen hacia el este.

—¿Saben que tendrían que estar en esa puñetera colina ahora mismo? —le preguntó Wilder.

—Sí, señor. He hablado tanto con Kolea como con Meryn. Piden disculpas, pero se dirigen hacia el este.

Wilder alargó la mano derecha y se golpeó varias veces en la palma con los dedos.

—Dame ese micrófono. Dame ese micrófono ahora mismo.



DIECIOCHO

El grupo de reconocimiento abandonó corriendo la quebrada en penumbra y salió a la pálida luz del sol, velada todavía por la neblina. El terreno que tenían ante ellos era descubierto, una suave ladera rocosa con juncias y espinos. Varios disparos láser procedentes de la espesura los siguieron y atravesaron el frío aire.

—Sería bueno ponerse a cubierto —dijo Kolosim casi como un comentario.

Mkoll señaló un punto. Quinientos metros más arriba de la ladera el terreno se nivelaba y había lo que parecían ser peñascos o los restos de una pared.

—¡Eso servirá! —gritó Kolosim mostrándose de acuerdo.

Echaron a correr. Hwlan se había quedado muy atrás. Cojeaba y trastabillaba. Mkoll le tiró el microcomunicador abierto a Bonin.

—¡Sigue enviando! —le ordenó antes de dar media vuelta y volver corriendo a por el explorador herido.

Hwlan le sacaba por lo menos una cabeza a Mkoll y era mucho más pesado pero el antiguo jefe de exploradores no se lo pensó ni un momento. Se agachó, agarró con el brazo izquierdo la pierna de Hwlan y se lo echó al hombro. Luego empezó a correr hacia la cobertura que había visto.

—Suéltame... —jadeó Hwlan.

—Tú cállate —le contestó Mkoll entre gruñidos de esfuerzo.

Avanzó dando pasos cortos para no perder el equilibrio. Unos cuantos potentes disparos láser impactaron contra el suelo cerca de él, levantando ceniza y polvo. Dos pasaron siseando a su lado.

Kolosim y Bonin ya habían llegado al puñado de rocas. Resultaron ser las ruinas de una de las curiosas estructuras en forma de casa propias del Mons. Aquella construcción en concreto estaba más allá de toda esperanza de ser reconstruida. Apenas quedaba algo más aparte de la situación original de las paredes dibujada por los escombros dispersos entre la hierba. En algunos puntos todavía se alzaban lo suficiente como para ponerse a cubierto detrás. Kolosim y Bonin pasaron de un salto al otro lado y se colocaron en posición de tiro para disparar ladera abajo y cubrir a los demás. Maggs se unió a ellos, seguido de Caober. Mkoll y Hwlan estaban un poco más atrás.

—¡Vamos! —le gritó Kolosim—. ¡Vamos!

Los primeros perseguidores salieron de la densa maleza. Eran al menos una docena de soldados del Pacto Sangriento. Las armaduras de placa y el equipo pesado que cargaban repiquetearon con fuerza mientras subían la pendiente disparando desde la cadera.

—¡Acabad con ellos! —rugió Kolosim.

Los cuatro exploradores empezaron a disparar en fuego semiautomático. Los rayos láser se cruzaron en el aire por arriba y por abajo de la ladera. Caober le dio a uno del Pacto Sangriento en el pecho. El impacto lo lanzó de espaldas pendiente abajo al mismo tiempo que el explorador disparaba otra vez contra otro enemigo y le acertaba en la cabeza. El disparo reventó la máscara que llevaba puesta y envió por los aires los restos mientras el individuo caía al suelo. Kolosim acabó con otro, que cayó sentado agarrándose la garganta antes de derrumbarse hacia atrás. Maggs y Bonin mataron al mismo soldado.

—Qué desperdicio de munición —comentó Maggs con humor mientras apuntaba y disparaba de nuevo.

Bonin no le contestó. Mandó otra ráfaga de impulsos con el microcomunicador, tres más uno, y volvió a empuñar el arma para derribar a otros dos enemigos.

Mkoll llegó hasta las ruinas. Kolosim y Maggs soltaron los rifles y lo agarraron a él y a Hwlan para tirar de ellos por encima del parapeto. Varios disparos achicharraron las piedras a su alrededor.

Hwlan soltó un grito de dolor al caer al suelo. Le habían dado en la cadera derecha y en ese mismo costado un poco más arriba.

—¡Yo me encargo! —gritó Maggs con la cabeza agachada mientras se ocupaba de él.

Kolosim y Mkoll se unieron a Bonin y a Caober en la pared derruida y todos siguieron disparando. Habían empezado a salir muchos más soldados del Pacto Sangriento detrás de los primeros. Ya eran tres o cuatro decenas, quizá más. Unos seguían avanzando mientras otros se ponían de rodillas o se tumbaban para disparar apuntando con cuidado. Los disparos de rifle láser empezaron a caer como una lluvia torrencial.

Maggs abrió de un tirón uno de los morrales de lona y sacó el material de primeros auxilios. Las vendas envueltas en papel quedaron esparcidas por el suelo.

—¡Aguanta! ¿Me oyes? —le murmuró a Hwlan.

El explorador tanith, tumbado de espaldas y a punto de entrar en estado hipovolémico, asintió débilmente. Tenía el rostro contraído y pálido por el dolor.

Maggs desgarró la tela del pantalón de combate de Hwlan y le quitó el cinturón. Las heridas eran graves. La piel estaba quemada y cauterizada, la consecuencia normal de un disparo de temperatura elevada, pero la fuerza del impacto había rasgado la carne y provocado varias hemorragias secundarias importantes. La piel de Hwlan ya tenía una palidez enfermiza y había empezado a amoratarse. A Maggs se le llenaron las manos de sangre.

—¡Aguanta! —le repitió Maggs—. ¿Hwlan? ¡Hwlan! ¡No te me desmayes! ¡Hwlan!

—Estoy aquí, estoy aquí —insistió Hwlan espabilándose de nuevo—. Feth, Wes, esto duele.

—¡No! ¿De verdad? —Maggs le estaba limpiando las heridas con gel antiséptico—. Venga, quédate conmigo. Háblame.

—¿De qué?

—Cuéntame algo. Cualquier cosa. Cuéntame cómo fue tu primera vez.

—¿Que me dispararon?

—No, idiota. La primera que vez te acostaste con una chica.

Maggs había colocado vendas adhesivas sobre ambas heridas y estaba utilizando el cinturón de Hwlan para hacerle un torniquete en la pierna.

—¿Hwlan?

—¿Qué?

—Tu primera chica.

—Ah. Se llamaba Seba.

—¿Seba? ¿Cómo Sebastian, pero en tía?

—No, no. Sólo Seba. Feth, era muy dulce. ¡Aaaaau!

—Lo siento. Tiene que estar muy apretado. —Maggs se limpió las manos en la chaqueta y le quitó la capucha a una jeringa de plástico de un solo uso—. Entonces, Seba. ¿Estuvo bien?

—No lo sé. Sí. Sólo tenía dieciséis años. No sabía lo que hacía.

Maggs clavó la jeringa en el muslo de Hwlan.

—Así es mi vida —comentó Maggs—. ¿Hwlan?

—Mmm. ¿Sí?

—La inyección te quitará la mayor parte del dolor, pero te dejará un poco grogui. Tengo otra dosis por si la necesitas.

Cada uno de ellos llevaba un pequeño botiquín con dos dosis de calmantes, pero los médicos les habían advertido que jamás utilizaran más de una cada vez.

—Ya me siento mejor.

—Bien. Ahora tengo que irme. Quédate aquí tumbado y no te muevas.

—Apóyame en la pared. Puedo disparar.

—Anda, cállate. Ahora va a resultar que eres un héroe. Cierra el pico y quédate aquí.

Maggs se acercó, arrastrándose, a la pared.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Tan sólo otro interesante momento en la vida de un guardia imperial de Feth —contestó Caober sin dejar de disparar.

Maggs miró hacia abajo y vio en la ladera un número desmoralizador de enemigos. Entre todos los exploradores ya habían matado a más de veinte. El terreno estaba cubierto de cadáveres, pero eran más de cien los que subían disparando hacia

las ruinas. La densidad de los disparos láser y de proyectiles dirigidos contra los exploradores era aterradora.

—¿Cómo está Hwlan? —le preguntó Mkoll entre el estruendo de los disparos.

—Estable —contestó Maggs—. A este paso, nos sobrevivirá.

Una explosión un poco más allá de la línea del muro lanzó tierra y piedras por los aires. Los guerreros del Pacto Sangriento habían empezado a arrojar granadas, aunque los lanzamientos se quedaban cortos. Kolosim vio a un soldado ponerse en pie con el brazo echado hacia atrás para lanzar otra y le disparó. Le acertó en todo el pecho y el soldado cayó. Un segundo más tarde, los cuatro o cinco soldados que estaban a su alrededor fueron derribados por el estallido de la granada. Otras dos granadas cayeron delante de la pared y estallaron en una columna de fuego y tierra.

Bonin dejó escapar un gruñido de dolor cuando un disparo láser le dio en el hombro derecho.

—¿Mach? —lo llamó Caober.

—Estoy bien. Sólo es un arañazo —contestó Bonin, aunque lo cierto era que le dolía como si lo hubieran golpeado con un martillo pilón al rojo vivo.

Otro disparo, de proyectil sólido, impactó contra la pared y rebotó hacia Kolosim. El capitán trastabilló hacia atrás mientras la sangre le mojaba la boca. La bala, ya deformada, le había desgarrado el labio superior y el surco de debajo de la nariz. Escupió un chorro de sangre y siguió disparando.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Bonin de repente.

Maggs inclinó la cabeza hacia un lado.

—No, a mí tampoco —dijo mostrándose de acuerdo.

El primer tanque acechante salió con pesados pasos de la espesura arrastrando ramas y matorrales con sus largas patas arácnidas. Detrás llegó otro. Los soldados del Pacto Sangriento lanzaron fuertes vítores.

El sonido de las aclamaciones despertó a Hwlan de su atontamiento.

—¿Estamos ganando? —preguntó.

Maggs y Caober se echaron a reír. Incluso Bonin sonrió.

—No —respondió Mkoll con tristeza—. No creo que lo hagamos esta vez.

Los tanques acechantes empezaron a avanzar disparando.

—¡Baskeyl! —gritó Wilder por el comunicador—. ¡Tienes el mando! ¿Me recibes?

—Recibido, jefe Ochenta.

—Forma la línea de defensa aquí y asegura la colina. Que nadie te joda.

—Entendido. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está?

—No tengo tiempo de explicarlo. Ponte a ello.

Wilder le devolvió el micrófono al operador.

—Sígueme —le ordenó, y se dio media vuelta para bajar por la ladera en

dirección este—. Ponme con Meryn, con Kolea o con Rawne. Con cualquiera de ellos, pero ya.

—Sí, señor.

Los dos corrían campo a través en sentido opuesto a la marea de soldados que avanzaban.

—¡Seguid subiendo a la colina! ¡Seguid subiendo! —gritó Wilder a las tropas mientras corría—. ¡Novobazky!

El comisario, que estaba organizando varias escuadras al pie de la colina, se volvió al oír su nombre.

—Sí, coronel.

—Ven conmigo.

Novobazky se acercó y se puso a correr con ellos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó.

—En una sola palabra: Rawne —le contestó Wilder—. Tenemos a dos compañías que se han separado del grueso de la tropa y se dirigen hacia el este.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Como ya te he dicho, creo que es cosa de Rawne. ¿Por qué demonios ha tenido que volver?

—No iba a mencionarlo, señor, pero esta mañana me trató como una mierda.

—Entonces tienes mi permiso para pegarle un tiro a ese cabrón.

Los tres habían llegado al terreno libre de matorrales y se alejaban de los guardias imperiales desplegados en la colina. Wilder tuvo que bajar el ritmo para permitir que el operador de comunicaciones, que llevaba el pesado aparato, se mantuviera a su lado.

—El mayor Rawne, señor —le dijo Keshlan, jadeante.

Los tres se detuvieron y Wilder tomó el micrófono.

—¿Rawne? Aquí Wilder. ¿Qué coño está pasando?

—Tenemos un problema, señor —le respondió la voz de Rawne—. Nos hemos puesto en contacto con la unidad de reconocimiento perdida. Están en apuros.

—¿En qué clase de apuros?

—No sabría decirle, señor. El contacto no fue verbal.

—¿Que no qué?

—Fue un código de emergencia improvisado. Sé que es Mkoll. Conozco ese código.

—Rawne, estoy tentado de ahogarle con sus propias pelotas. ¿Qué le ha ocurrido a la cadena de mando? En nombre del Trono Dorado, ¿por qué no me lo hizo saber?

—No había tiempo, señor. Se trataba de una prioridad.

Wilder se apartó el micrófono de la boca por un momento.

—Ese cabrón va a acabar conmigo —le dijo a Novobazky—. Puedo aceptar que

haya logrado convencer a Meryn para que se meta en este lío, pero ¿qué demonios le pasa a Kolea? Creí que estaba cuerdo.

—Son viejas lealtades —le respondió Novobazky—. Ese tal Mkoll es muy importante para los fantasmas. Es casi tan importante como el propio Gaunt, según tengo entendido.

—¿Y yo que soy? ¿Una boñiga de vaca? Así no se puede dirigir una unidad. Los denunciaré a todos. Tú los denunciarás a todos. La situación ya es bastante difícil sin esos idiotas... —Dejó de hablar, cerró los ojos y luego soltó una maldición. Se acercó el micrófono otra vez a la boca—. ¿Rawne? —dijo, intentando mantener la calma y controlando la voz—. ¿Dónde está?

—Avanzando por el sureste de la colina 55, en dirección a la cota 19.

—Búscalos —le ordenó Wilder a Novobazky, quien sacó un mapa y empezó a estudiarlo—. ¿Dónde cree que se encuentra la unidad de reconocimiento?

—En algún punto cerca del risco. Hay terreno bajo un poco más adelante. Oímos el tiroteo de un combate. Suena encarnizado.

—Rawne, voy a reunirme con vosotros. Cuando sepa algo con seguridad, comuníquemelo, y no, repito, no entre en combate sin mi autorización expresa. Cambio y corto. Vamos —les dijo a Novobazky y al operador de comunicaciones.

Tuvieron que correr bastante para mantener su paso.

Rawne le devolvió el micrófono a Beltayn.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Feygor.

—Que viene a reunirse con nosotros —contestó Rawne.

—¿Qué más ha dicho? —quiso saber Meryn.

Rawne se encogió de hombros.

—La verdad es que no me acuerdo. La estática no hacía más que cortar la comunicación.

—Eso es mentira.

—Sí, pero tengo más rango que tú, de modo que te aguantas.

Siguieron caminando mientras hablaban. La compañía E avanzaba a paso ligero por el terreno cubierto de arbustos. El grueso de la compañía C estaba a unos quince minutos por detrás de ellos, al norte.

—Se oyen muchos disparos más adelante —les gritó Caffran—. Al otro lado del risco, a medio kilómetro más o menos. Parece serio.

Rawne se detuvo.

—Que alguien me dé un visor de larga distancia.

Uno de los sargentos originarios de Belladon, un tal Razele, le pasó unos magnoculares. Rawne examinó el horizonte con ellos.

—Feth —exclamó. Las formas del terreno le tapaban buena parte de la vista, pero

Rawne distinguió la nube de humo que subía hacia el cielo y numerosos resplandores de armas láser—. Caff no bromeaba. Alguien ha empezado una pequeña guerra por su cuenta. —Le devolvió los magnoculares al sargento—. ¡Avance en línea! ¡Plata pura! ¡Armas preparadas!

Se oyó un tintineo como respuesta cuando toda la compañía fijó las bayonetas.

—Creí que Wilder había dicho que no entráramos en combate.

—Meryn, si ya sabes lo que ha dicho, ¿para qué Feth me lo sigues preguntando?

—La compañía está preparada, señor —le comunicó Feygor.

—¡Manos a la obra! —gritó Rawne—. ¡Adelante! ¡Por el Emperador y por Tanith!

—¿Qué hay de Belladon? —le preguntó el sargento.

—Que le den a Belladon —le contestó Rawne—. Esto es un asunto de familia.

El devastador fuego de los tanques acechantes desintegró otra sección de la pared en ruinas. Las llamas y las piedras rotas volaron hacia el cielo. Mkoll, Kolosim y Bonin se apartaron arrastrándose de lo que quedaba de pared sin dejar de disparar. Caober y Maggs arrastraban a Hwlan entre los dos.

Había salido un tercer tanque acechante de la espesura. Este último tenía una torreta frontal de mayor tamaño, hasta tal punto que parecía una deformidad. Estaba equipada con lo que parecía ser una arma de plasma o un láser múltiple. Con aquello en juego, la partida se había terminado. Los soldados del Pacto Sangriento, que aullaban y lanzaban gritos de victoria y ya eran cerca de doscientos, se pusieron en pie y avanzaron a la par que los tanques. Dos minutos más y llegarían a las ruinas.

—Eres todo un artista —le dijo Maggs a Mkoll—. Te conozco de hace veinticuatro horas y ya me has metido en esta mierda.

—Piensa en lo que podría hacer si de verdad me lo propusiera —contestó Mkoll.

Otra andanada impactó contra la debilitada barrera de piedras y la hizo volar en una lluvia de pedazos de roca y esquirlas. Un momento después, el tanque que iba en vanguardia se asomó por encima de la pared destrozada. La torreta frontal se elevó sobre los grasientos pistones hidráulicos. De la recámara del cañón automático salía una pequeña columna de humo negro.

Se oyó un fuerte siseo y algo pasó aullando a baja altura por encima de la cabeza de los exploradores. Algo impactó de lleno en la articulación superior de las dos patas delanteras y explotó. Toda la parte frontal del tanque acechante desapareció en una bola de fuego de color naranja. La onda expansiva aplastó a los exploradores contra el suelo.

Se esforzaron por ponerse en pie tosiendo y envueltos en humo.

—Vale —dijo Kolosim—. ¿Quién de vosotros, payasos, tenía un lanzacohetes metido en el bolsillo todo este rato?

—Octogésimo Primero Primero! —gritó Maggs—. Octogésimo Primero Primero! Señalaba hacia el terreno abierto que tenían a la espalda mientras gritaba.

—Feth —exclamó Caober.

Los soldados de la compañía E aullaron mientras se lanzaban a la carga desde ambos lados de la casa. El grito era incoherente, pero la intención, la pasión, eran inconfundibles. Eran soldados del Imperio enardecidos por la visión del enemigo. Los exploradores distinguieron el brillo de las bayonetas caladas recortado contra el uniforme de combate oscuro de los guerreros lanzados a la carrera.

—Eso sí que es todo un espectáculo —dijo Bonin.

Rawne se dio cuenta de que no habría tiempo para maniobras sutiles. Aquello iba a ser una batalla campal en el sentido antiguo de la palabra, una línea de infantería contra otra línea de infantería. No había cobertura alguna, ni terreno suficiente como para intercambiar disparos, ni espacio suficiente para maniobras de flanco. Cara a cara, mano a mano, del modo que se solían librar las batallas.

La compañía E tenía la ventaja de la altura de la ladera. Saltaron por encima del borde y bajaron corriendo hacia el enemigo al mismo tiempo que disparaban mientras blandían los rifles como si fueran lanzas. El Pacto Sangriento por entero pareció detenerse en seco, como si no fueran capaces de entender lo que estaba ocurriendo. Los que estaban en la parte alta de la ladera se quedaron inmóviles por la sorpresa, y los que estaban más abajo se quedaron dubitativos porque no sabían lo que los atacaba.

Las líneas chocaron con un impacto brutal y feroz de cuerpos, cascos y armaduras de combate. El sonido de los disparos, los gritos y los golpes se volvió frenético.

Caffran y Guheen corrieron hacia las ruinas donde estaban los exploradores. Ambos iban armados con lanzacohetes. Dunik los seguía llevando la munición.

—Bienvenido a mi mundo —le dijo Caober a Guheen.

—¿Eso ha sido cosa tuya? —le preguntó Benin a Caffran, que estaba metiendo otro cohete en el arma.

Caffran echó un vistazo al humeante tanque acechante descabezado que había al otro lado de la pared.

—Sí. Fue un poco arriesgado dada la distancia a la que estaba, pero pensé que agradeceríais el esfuerzo.

Guheen ya se había echado al hombro su petatanques y apuntaba contra el segundo blindado.

—¡Cuidado! —gritó.

Los compañeros que estaban cerca abrieron las bocas para aliviar el posible dolor por el cambio de presión. El petatanques de Guheen dejó escapar una llamarada y disparó un cohete que impactó contra un costado del segundo tanque. El blindado se estremeció por la explosión y quedó dañado, pero no inutilizado.

—¡Carga! —le gritó Guheen a Dunik.

Caffran ya estaba agazapado al lado de la pared con el arma cargada.

—¡Cuidado! —advirtió un momento antes de disparar.

El aullante cohete impactó contra el tanque y remató lo que Guheen había empezado. La sección principal del tanque saltó en mil pedazos con una explosión tremenda, probablemente ayudada por el estallido de la munición que transportaba. Decenas de soldados del Pacto Sangriento quedaron achicharrados por la bola de fuego que siguió a la explosión.

—Apunta al tercer tanque —le dijo Mkoll a Guheen.

La potente arma de plasma había empezado a disparar y abatía de forma inmisericorde con sus rayos a los soldados de la compañía E. El aire quedó impregnado de repente con el olor a hueso quemado y sangre hirviente.

Varios cohetes salieron disparados de diversos puntos de la línea de combate de la compañía. Un soldado de Belladon llamado Harwen logró el impacto decisivo. El tercer tanque también estalló, y la torreta de enorme tamaño, decapitada, salió despedida dando vueltas sin dejar de disparar mientras rebotaba entre las filas del Pacto Sangriento.

Rawne y Feygor estaban en el fragor del combate, inmersos en plena violencia feroz. Rawne disparó contra los que se pusieron a tiro y le clavó la bayoneta a los que se acercaron demasiado. El último combate de verdad en el que había participado fue durante los últimos días pasados en Gereon, y había olvidado durante una temporada lo que se sentía al matar. Aquella batalla se lo recordó con rapidez.

Antaño, para Elim Rawne el combate tenía que ver con el orgullo y la furia, con el sincero esfuerzo colérico del soldado de infantería. En esos momentos le parecía una explicación demasiado romántica. Recordó a Gaunt y a Colín Corbec discutiendo los diferentes estilos y tipos de combate, como si hablaran de distintos sabores o intensidades, de amor o de sueño.

A él, en esos momentos, no le hervía la sangre ni se le había alterado mucho el pulso. Notaba la sangre fría en las venas. Gereon era responsable de ello. En aquel planeta, cada combate, desde las batallas a gran escala como los salvajes enfrentamientos con cuchillos de las misiones de infiltración, giraba en torno a la supervivencia, la supervivencia inmisericorde, carente por completo de sentimientos, honor o misericordia. Había aprendido a utilizar todas las ventajas y ocasiones. Dio patadas, estocadas, mordiscos, aplastó, sacó ojos, dio tajos con la plata pura en pechos y espaldas y traseros. Remató a enemigos que ya estaban heridos o que se habían dado la vuelta para huir.

Rawne jamás había sido un individuo especialmente honorable, pero su alma se había quedado fría y vacía, desprovista por completo de todo honor o coraje. El combate simplemente se había convertido en algo mecánico, ya no había intermedio:

Rawne luchaba o no luchaba, mataba o no mataba. El propósito del combate había quedado reducido hasta un punto donde el único modo de asegurarse de seguir con vida era que todo lo que lo rodeara estuviera muerto. Ya no necesitaba la precaución, ya no necesitaba el miedo.

A Feygor, que luchaba detrás de su comandante, le pasaba prácticamente lo mismo. La muerte ya no era algo que temiese. Era algo que utilizaba, un don que les entregaba a aquellos que se atrevían a oponerse a él. La muerte ya no era más que una herramienta, un instrumento. De lo único que sentía temor Murt Feygor era de volver a sentir temor.

Cerca de ellos, también enzarzado en el combate, Meryn se dio cuenta de la furia increíble que estaba presenciando. Se quedó sin aliento al verlos a los dos tan insensibles al miedo. Cuando Mkoll y Bonin pasaron por encima de la pila de cadáveres que rodeaban a Rawne y a su ayudante, Meryn perdió por completo el valor y retrocedió. Odiaba al archienemigo con todas sus fuerzas, pero todo su valor y coraje parecieron esfumarse cuando vio a los soldados del Pacto Sangriento atemorizados por aquellos demonios.

Demonios. ¡Demonios! No eran fantasmas en absoluto. Ni siquiera eran humanos.

El Pacto Sangriento se desmoralizó y salió huyendo. Rodeado y superado, sorprendido por un enemigo que no se esperaba, retrocedió en desorden hacia la profunda cobertura de la quebrada. La compañía E, enardecida por el ejemplo y la tremenda furia de Rawne, los persiguió.

Meryn regresó cojeando hasta los humeantes restos de la casa en ruinas. Había sufrido un corte en la rodilla en algún momento del combate, pero no recordaba cuándo. El suelo estaba cubierto de cadáveres, en su inmensa mayoría cuerpos con el uniforme rojo del Pacto Sangriento. Los cuerpos al enfriarse desprendían un vapor que ascendía como una neblina. El aire estaba pegajoso y olía a matadero.

Las dotaciones de armas de apoyo de la compañía estaban desplegándose en las ruinas a lo largo del risco. Leclan, el enfermero, estaba atendiendo a Hwlan. Maggs y Caober habían desaparecido en el fragor del combate. Kolosim estaba sentado, apoyado en una pila de escombros, apretándose una venda contra la boca desgarrada.

—¿Qué demonios te pasa?

Meryn miró a su alrededor. Banda había utilizado una porción de pared como nido de tirador, pero el enemigo había huido más allá del alcance de su arma.

—Nada.

—¿Es que le vas a dejar hacerlo? —le preguntó ella mientras desmontaba el arma para colocarle un nuevo cañón.

—¿Hacer qué?

—Aparecer así por las buenas y tomar el mando. Por lo que yo sé, tú eres el comandante de la compañía E.

Meryn se sentó sobre una de las patas dobladas del tanque acechante más cercano a las ruinas. Se quitó el casco y lo tiró al suelo.

—Es Rawne —se limitó a decir.

—¿Y qué? —insistió ella.

—¿Crees que yo podría haber logrado esto?

—Tú das las órdenes, capitán, y la compañía E te obedece.

A Meryn no le gustó nada el tono de voz que Banda estaba empezando a utilizar.

—Jessi, para empezar, si por mí hubiera sido, ni siquiera habríamos venido hacia el este. Fue Rawne quien reconoció la señal, no yo.

—Wilder se va a cabrear.

—Lo sé.

—¿Quieres que Rawne consiga el mando de la compañía E?

—Le meterán un buen puro por esto.

—¿Eso crees, Flynn? ¿De verdad lo crees? —El rostro de Jessi Banda era hermoso y expresivo, pero cuando se enfadaba, a Meryn le parecía horroroso y repelente—. Echa un vistazo, Flynn. Echa un buen vistazo —le dijo mostrando con un gesto la ladera cubierta de cadáveres—. Rawne acaba de descubrir una contraofensiva y la ha aplastado. Puede que Wilder tenga una charla con él, pero para el alto mando todo esto es una citación como mínimo, incluso quizá una medalla.

—¿Y qué?

—Pues que te quedaste ahí plantado y le dejaste hacerlo —le contestó ella mientras se ponía en pie y metía un cargador nuevo en el arma.

—Algo pasa —dijo de repente Kolosim poniéndose también en pie.

—Tiene razón. Están regresando —confirmó Leclan levantándose.

Meryn miró hacia atrás. La compañía E volvía de repente a subir la larga ladera. Un fuego nutrido los obligaba a salir de la espesura. Eran disparos de plasma, rayos de una potencia abrasadora. Se dio cuenta de que estaba sonriendo a pesar de la situación. Rawne había pegado un gran mordisco, pero resultaba que había mordido más de lo que podía masticar. La fuerza del Pacto Sangriento que los exploradores de Mkoll habían descubierto era mucho mayor de lo que pensaban.

—Mierda —exclamó Kolosim mientras se acercaba a Meryn—. Pensamos que se trataba de una pequeña brigada de ataque. Deben de haber hecho avanzar todo un puñetero ejército por el flanco este.

Meryn inspiró profundamente y alargó la mano para ponerse el microcomunicador, que le colgaba sobre el hombro, de nuevo en el oído. Ya podía tomar el mando otra vez y preparar una línea defensiva en condiciones. Ya podía hacer que Rawne pareciera un idiota impulsivo por...

—Hemos oído que dabais una fiesta. ¿Llegamos tarde?

Meryn se dio la vuelta. Gol Kolea caminó con tranquilidad hasta colocarse a su

altura. A su espalda, la compañía C se había desplegado en una línea amplia por toda la parte superior de la colina. Las dotaciones de las armas de apoyo ya las estaban montando.

—Calad la plata —gritó Kolea con voz aparentemente tranquila. Un repiqueteo metálico por toda la línea fue la respuesta a la orden.

—Tienes buen aspecto, minero —le gritó Banda a Kolea con una sonrisa descarada.

—Siempre tengo buen aspecto, chica —le contestó él—. ¡Compañía C! Preparaos bien. Dejad que la gente de Rawne vuelva a nosotros y luego pondremos manos a la obra.

La gente de Rawne. Meryn se quedó mirando fijamente a Kolea.

—¡Vamos, compañía C! ¡Quiero unas cuantas antorchas ahí delante!

Brostin, Lyse, Mkella y un soldado de Belladon llamado Frontelle se apresuraron a salir de la línea de combate de la compañía C. Los pesados depósitos de combustible que llevaban a la espalda repiquetearon con un sonido denso y líquido.

—Veo matorrales —comentó Kolea—. A mí me parecen inflamables. ¿Tú qué dirías, Bros?

Brostin sonrió. De la comisura de la boca le colgaba la colilla de un pitillo de Iho. Apestaba a promethium, como si se hubiera bañado en él.

—Yo le diría adiós a los matorrales, señor. Cuando usted diga.

—Caliéntalos —le contestó Kolea.

Brostin bajó con fuertes pisotones por la ladera.

—Poneos en línea conmigo, antorchas, con una buena separación. Chorro azul grueso, dispersión amplia, mantenedlo pegado al suelo y la presión alta.

Lyse, Mkella y Frontelle avanzaron con él mientras ajustaban los reguladores. El hedor a promethium gelatinoso ya lo invadía todo.

—Eh, Larks! —gritó Brostin mientras caminaba.

Larkin salió de la línea de la compañía C con el rifle largo en los brazos. El francotirador de Belladon, Kaydey, fue con él.

—Dime.

—¿Un pequeño petardo aéreo? —le preguntó Brostin.

Larkin asintió.

—Si eso te hace feliz.

Le quitó el seguro al rifle y movió los hombros mientras seguía a los lanzallamas por la ladera.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Kaydey.

—Yo voy a disparar —le contestó Larkin—. Tú mirarás y aprenderás.

—Eh, tirador —lo saludó Banda al pasar a su lado.

—Eh tú, muñeca —le contestó Larkin entrechocando la palma de la mano con

ella.

—Haz daño.

—Eso voy a hacer —respondió Larkin mientras se llevaba el rifle al hombro, como un cazador que preparara la escopeta.

La compañía E subía de regreso por la ladera. No era tanto una retirada como una medida de supervivencia. Fuese lo que fuese lo que les perseguía, estaba furioso y bien armado.

Los lanzallamas de la compañía C, desplegados por la ladera en una formación dispersa, como si estuvieran de paseo por el campo, se encontraron de frente con las tropas de la compañía E. Rawne, que estaba cubierto de sangre, se acercó a Brostin.

—Me alegro de verte.

—¿Algún problema, mayor?

—Los enemigos que machacamos no eran más que la sección de vanguardia de algo mucho mayor. Los tenemos pegados a los talones y están a punto de llamar a la puerta.

Brostin asintió.

—Estupendo. Al señor Amarillo le encantan las visitas —contestó—. ¿Tiene un pitillo, señor?

—¿Feygor? —lo llamó Rawne.

Feygor corrió hacia ellos y sacó un paquete de pitillos de Iho. Luego cogió uno de los pitillos y se lo puso en la boca a Brostin mientras las tropas de la compañía E pasaban corriendo a su lado camino de la cima de la ladera.

Brostin alzó el lanzallamas y encendió el pitillo con la llama piloto de color azul colocada al lado del regulador del arma. De los tubos salían pequeñas burbujas de promethium.

—Aaah, sí —comentó Brostin—. Tira bien. Una marca excelente, señor Feygor.

—Sólo lo mejor —contestó Feygor con una sonrisa.

Brostin exhaló una bocanada de humo.

—¿Lanzallamas? Hagamos el trabajo.

Cuando los últimos soldados de la compañía E pasaron a su lado, los lanzallamas siguieron bajando un poco por la ladera y se dispersaron aún más. Los depósitos que llevaban a la espalda gorgoteaban y las llamas piloto siseaban. Larkin, con el arma a medio alzar, los seguía, con Kaydey pegado a la espalda.

Brostin ordenó que el grupo se detuviera a unos veinte metros del borde de la espesura. Le dio una última calada teatral al pitillo y luego lo tiró lejos con un capirotazo de los dedos.

—Esperad un instante para verles las caras —los avisó.

Los soldados del Pacto Sangriento empezaron a salir de entre los altos matorrales. Dieron un grito, un aullido, y las armas chasquearon al disparar. A su espalda, el

sonido de maquinaria indicaba la presencia de más tanques acechantes.

—Muy bien —dijo Brostin—. Ya les hemos visto bastante las caras. Achicharradlos. Chorro azul grueso, dispersión amplia, mantenedlo pegado al suelo. Vamos a ello.

Los cuatro soldados lanzallamas apretaron el gatillo de las armas y enviaron unos chorros abrasadores ladera abajo. Atrapados en aquel repentino infierno, los soldados del Pacto Sangriento de la línea de vanguardia aullaron y trastabillaron rodeados de llamas. Un momento después, los matorrales empezaron a arder también. Un mar de llamas feroces empezó a apoderarse de la quebrada.

Brostin apretó con suavidad el gatillo del lanzallamas para disparar los chorros de fuego líquido.

—Poco a poco —les exhortó.

El borde de la espesura ya se había convertido en una tormenta de llamas. De aquel horno de fundición surgieron gritos y aullidos. Numerosos soldados del Pacto Sangriento salieron corriendo envueltos por el fuego.

—Eso sí que es bonito —comentó Brostin.

Algo grande estalló en la espesura, la munición de uno de los tanques acechantes, y el fuego se extendió más todavía.

Brostin se quitó el depósito de combustible de la espalda y miró a Larkin.

—¿Larks?

—Estoy listo —le contestó Larkin alzando el arma.

Brostin desconectó los tubos de alimentación y dejó caer el cañón del arma.

—Venga, remata la faena —le dijo Larkin.

Brostin y él habían utilizado el truco del «petardo aéreo» más de una vez en Gereon, Brostin era un individuo grande y fornido, con un tronco poderoso. Empezó a dar vueltas sobre sí mismo, lentamente al principio, y fue tomando velocidad poco a poco a medida que giraba, como un lanzador de martillo. Tenía el depósito de combustible en la mano derecha como contrapeso.

Soltó un gruñido y lo lanzó. El pesado depósito de promethium voló por los aires por encima de la espesura de la quebrada. Larkin lo siguió con el arma, y cuando empezó a descender, apretó el gatillo.

El disparo atravesó el depósito presurizado e inflamó el combustible. Una lluvia torrencial de fuego líquido cayó a lo largo de la quebrada y la incendió por completo.

—Joder —exclamó Kaydey.

Brostin se alejó del calor asfixiante de la tormenta de fuego que se abatía sobre la quebrada. El humo le llegaba acompañado por los gritos y las explosiones.

—Salud al señor Amarillo —murmuró.

El cielo empezaba a cubrirse con una espesa capa de humo negro cuando Wilder llegó al lugar del combate. Keshlan se sentó para recuperar el aliento. Novobazky

acompañó a Wilder para contemplar la alfombra de cadáveres.

Las compañías E y C habían formado unas fuertes posiciones defensivas encaradas hacia la cota 19. Buena parte del terreno bajo estaba envuelto en llamas.

—Que el Dios Emperador nos proteja... —dijo Wilder mirando la devastación que le rodeaba, Kolea se acercó y lo saludó con formalidad—. Más tarde quiero un informe completo, incluidas las bajas, Kolea. Pero ahora hazme un resumen.

—El grupo de reconocimiento de Kolosim se topó con una unidad de enemigos por allá. La compañía E avanzó hasta aquí y los aplastó antes de que nos diera tiempo a llegar.

—¿Te refieres a la compañía E a la que le di órdenes específicas de no entrar en combate sin mi permiso?

—Supongo que sí, señor.

—Sigue, Kolea.

—Pero ese grupo no era más que una parte de una fuerza muy superior.

—¿Cómo de superior?

—Unos ochocientos o novecientos soldados, quizá más, con apoyo de tanques acechantes. Está claro que el enemigo pretendía montar una gran ofensiva a través del terreno difícil del este del compartimento mientras estábamos distraídos con el combate entre blindados.

Wilder asintió.

—¿Y la habéis contenido?

—Los lanzallamas hicieron mucho daño. Los obligaron a retroceder. Suponemos que, o bien se han retirado, o esperan para atacarnos a lo largo de ese risco.

Wilder miró a su alrededor.

—Quiero que te enteres bien, Kolea. Tú, Meryn, Rawne y yo vamos a tener una charla muy seria después de que todo esto acabe. Ya sé que va a ser difícil degradaros cuando el resultado es tan bueno, pero créeme cuando te digo que pienso zanjar este asunto.

—Sí, señor.

—Te quedarás al mando y obedecerás las órdenes que te dé o te echo a los comisarios.

—Sí, señor.

Wilder se acercó a Keshlan.

—Ponme con el puesto de mando —le dijo al operador de comunicaciones—. Será mejor que le diga a DeBray que el enemigo ha pasado a la ofensiva.

—No es sólo aquí, señor —le informó Keshlan—. Por los mensajes que estoy recibiendo, parece que todo el Mons se ha vuelto loco.



DIECINUEVE

El sonido de los motores de las cañoneras despertó a Gaunt de un sueño muy curioso. Ya había amanecido, un día gris y húmedo, y el viento fresco agitaba la tela de la habitienda. Ludd todavía estaba profundamente dormido, pero Eszrah ya estaba en cuclillas en la entrada de la tienda, observando el campamento. Había una actividad tremenda. Los camiones y los transportes aceleraban los motores y los soldados no hacían más que gritar. Otro escuadrón de cañoneras Vulture pasó a baja altura por encima de ellos en dirección nordeste, hacia la mañana sombría.

Gaunt pasó al lado de Eszrah, quien se puso en pie para seguirlo. Gaunt negó con la cabeza y le indicó al nihtgane que se quedara allí con un gesto.

Salió a la zona de alojamientos. La mayoría de las habitiendas ya habían quedado vacías. Había una actividad frenética por todos lados. Gaunt se quitó la camisa y la camiseta por encima de la cabeza y caminó hacia uno de los grifos de válvula del depósito de agua más cercano. Bombeó con la manivela y se limpió la cara, el cuello y los sobacos con el chorro de agua fría.

Otro escuadrón de aeronaves de ataque pasó por encima de él. Esa vez eran Valkyrie. Gaunt se irguió y se secó la cara sacudiendo la cabeza como un perro. Miró pasar las aeronaves. Era una oleada de veinte unidades seguida de otra de al menos treinta. El ruido combinado de todos los motores era ensordecedor.

Algo en ellos, o en el cielo gris y frío que tenían por encima, le recordó a Gaunt su sueño. Estaba en una habitación, una estancia pequeña y oblonga, con una puerta en cada una de las paredes cortas. La estancia estaba abierta al cielo, sin techo. Cada vez que levantaba la mirada veía una amplia franja de cielo llena de bancos de nubes con los bordes teñidos de un color rojizo ominoso.

En el sueño, Gaunt sentía una tremenda compulsión por salir de la estancia. Parte de la extraña lógica interna del sueño le decía que si no salía de la habitación sin techo no podría hacer nada de provecho. No sabía a qué clase de provecho se refería el sueño, que no parecía tener interés alguno en identificarlo.

Sin embargo, cada vez que se dirigía a una de las puertas, ésta desaparecía. Las puertas no se quedaban quietas. Se acercaba a una puerta y, de repente, ya estaba en otra pared.

Al principio de la estancia forzada en Gereon, durante unas pocas semanas, lo había acosado un sueño recurrente en el que estaba encerrado en el interior de una cámara de piedra sin puertas ni ventanas. Aquello lo había preocupado profundamente, atemorizado incluso, en una época en la que todavía sentía temor. La claustrofobia, la sensación de estar prisionero, había permanecido cada mañana,

mucho tiempo después de despertarse. Ana Curth le había dicho que no era más que un sueño provocado por la ansiedad, una pesadilla producto de haber quedado atrapados en Gereon. Desapareció después de unas pocas semanas.

El nuevo sueño no lo atemorizaba, pero le dejaba una sensación de inquietud que se sumaba de manera incómoda a los problemas reales que ya tenía.

Gaunt se estaba poniendo la camiseta y la camisa cuando apareció Ludd, con los ojos hinchados por el sueño.

—¿Qué está pasando, señor? —le preguntó.

—No lo sé. Algo grande. Me acercaré a ver a Sautoy. Después de todo, tengo que presentarme ante él e informar.

La noche anterior habían llegado bastante tarde después del sangriento encuentro en la carretera. Ironmeadow había querido presentar un informe de manera inmediata, pero Gaunt le había ordenado que se fuera a descansar. Le aseguró que presentaría el puñetero informe sobre el puesto 15 a primera hora de la mañana.

—Lo acompañaré.

—No —le contestó Gaunt—. Quédate aquí y que te preparen un poco de cafeína. Los dos la necesitamos.

Gaunt se puso la gorra y el abrigo. Luego siguió el camino que llevaba hasta el puesto de mando. Había actividad por todos lados. Los jóvenes soldados, con el rostro pálido y marcado por una expresión de ansiedad, se subían a los transportes o cargaban munición en los vehículos blindados. Una columna de Chimera pasó rugiente. El cielo estaba nublado y sombrío y el viento empezaba a tomar fuerza de verdad. Era difícil estar seguro, pero a Gaunt le pareció oír en la lejanía el fuerte retumbar de unas explosiones.

El puesto de mando parecía muy ajetreado. El lugar estaba abarrotado de oficiales y consejeros tácticos, mensajeros y técnicos. En algunas de las estancias adyacentes se estaban llevando a cabo reuniones, y de la sala de comunicaciones salía un flujo constante de información actualizada que transmitían a gritos.

Gaunt entró y olió el aire del interior. Apestaba a miedo, a sudor rancio, a aliento matutino, al olor desagradable de personas que llevaban tiempo viviendo en un campamento y se habían levantado temprano, a regañadientes, para hacerle frente a un día frío y desagradable. Los rostros mostraban expresiones angustiadas, preocupadas, hostiles. A los más jóvenes se les veía que poco a poco se estaban dando cuenta del horror que se les echaba encima.

Sautoy se encontraba en la sala de mando. Parecía preocupado y atribulado. Era evidente que el comienzo del día había sido tan brusco para él que no le había dado tiempo a ponerse en el abrigo de color púrpura la bonita colección de medallas que tenía. La mesa de mapas estaba rodeada de oficiales a los que Sautoy impartía órdenes a izquierda y derecha al mismo tiempo que revisaba una creciente pila de

informes y mensajes en papel que los enlaces le traían desde la sala de comunicaciones.

—¡Gaunt! —lo llamó cuando lo vio en la puerta. No había falsa camaradería en su voz esa mañana—. Entra. Acabo de enviar a Ironmeadow para que te avise.

—Debo de haberme cruzado con él al venir hacia aquí —contestó Gaunt—. Hay mucha agitación ahí fuera.

Gaunt entró y se quitó la gorra. Media docena de oficiales que rodeaban la mesa de mapas del mariscal se apresuraron a cumplir las órdenes que les habían dado. Los demás permanecieron allí, discutiendo y señalando diversos puntos en la imagen iluminada del mapa.

—Quiero efectuar un informe, señor —empezó a decir Gaunt—. Sobre mi visita de ayer al puesto 15. Unas violaciones graves del código me obligaron a...

Sautoy levantó una mano para interrumpirlo.

—Ya me han informado de todo, Gaunt. Ironmeadow vino a verme ayer por la noche.

—Ya veo.

—Estaba perturbado, Gaunt. Es comprensible. Lo que descubristeis es algo vil.

—Es el síntoma de que...

—De todas maneras, ya no importa, Gaunt.

—¿Por qué, señor?

—Porque nos está lloviendo mierda desde hace dos horas, Gaunt. El puesto 15 ha caído. Es posible que el 12 también esté a punto de caer. El archienemigo ha decidido que esta mañana iba a lanzar una contraofensiva a gran escala.

Le indicó a Gaunt que se acercara a la mesa de mapas. El comisario no tardó en darse cuenta de todo lo que implicaban las flechas y los símbolos desplegados allí.

—Varios destacamentos de fuerza considerable han atacado en los compartimentos siete y nueve antes del amanecer —le explicó Sautoy de todas maneras—. Avanzaron desde el compartimento nueve y arrasaron el puesto 15. Nuestras fuerzas han abandonado la posición con bastante premura. También nos han expulsado por completo del compartimento siete. Ahora mismo estamos empleando todo lo que tenemos en este compartimento para intentar establecer alguna clase de línea de defensa en estas tierras bajas, detrás del puesto 12. El problema es que ahora mismo, el puesto 12 está casi aislado y sufriendo el grueso de los dos ataques. No hemos tenido contacto con ellos desde hace treinta y ocho minutos.

Sautoy le indicó con un gesto a Gaunt que lo siguiera y se alejó de los demás oficiales.

—No hemos visto nada igual desde que atacamos por primera vez a esos cabrones al entrar en esta ciudad escalonada. Es casi increíble que dispongan de semejantes reservas ahí dentro. Nuestra gente está nerviosa, muy nerviosa. Todo esto los ha

pillado a contrapié. Existe un peligro muy real de que nos expulsen del tercer compartimento si no nos organizamos pronto.

Un operador de comunicaciones se les acercó, saludó, y le entregó un mensaje a Sautoy. El rostro del mariscal se ensombreció al leerlo.

—Por el Trono —murmuró, y le entregó la nota a Gaunt.

El puesto 36 del quinto compartimento informaba que también se estaba produciendo un contraataque en el sector.

Gaunt dejó escapar un suspiro. Tenía algo planeado para esa mañana. Quería encontrar la manera, de un modo u otro, de persuadir a Sautoy para que le permitiera ser transferido a las operaciones del quinto compartimento. Era algo muy poco probable, y Sautoy sin duda no estaría de acuerdo.

Gaunt ya había pensado en por lo menos una decena de excusas o de razones para la transferencia, pero ninguna de ellas era satisfactoria. Incluso había pensado en la posibilidad de contactar directamente con Van Voytz y pasar por encima de la autoridad de Sautoy. Sin embargo, con lo que estaba pasando, todo lo demás no tenía importancia. Ni siquiera tenía sentido que lo preguntara.

Lo hizo de todas maneras.

—Me gustaría pedir permiso para ser transferido al quinto compartimento, señor. Sautoy parpadeó.

—Por supuesto que no. ¿Cómo se te ocurre ni siquiera pedir algo así?

Gaunt se quedó callado un momento y pensó con rapidez cuál de las excusas era más plausible a la luz de lo que estaba ocurriendo.

—Mi antiguo regimiento, el Primero de Tanith, está en el quinto, señor. Si esto es tan grave como usted dice, señor, me gustaría estar con ellos e intentar...

Sautoy negó con la cabeza.

—Algo admirable, Gaunt. Muy admirable. Leal. Me gusta eso. Por eso siempre me has caído bien, pero la respuesta sigue siendo no. Por el Trono, te necesitamos aquí. Te necesito aquí mismo, a ti y a cada oficial con experiencia de los que disponemos. Quiero que marches a la línea del frente lo antes posible. Los informes de inteligencia indican que los regimientos más novatos, sobre todo los que están retrocediendo desde el puesto 15, están completamente desorganizados. Tenemos que lograr que esos jóvenes recuperen la moral, y para eso hacen falta oficiales veteranos como tú.

—Lo entiendo, señor.

—Ve al campo de batalla y haz que esos chavales respondan en condiciones. Que formen una línea de combate apropiada. Enviaré a todos los oficiales que pueda al frente para ayudar a retomar el control de la situación.

—¿Se... reunirá con nosotros, señor?

Sautoy se lo quedó mirando.

—Maldita sea, Gaunt. Por supuesto que lo haré. Ponte ya en marcha.

Gaunt saludó.

—Le pido disculpas, mariscal. No pretendía ofenderlo. —Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Antes de salir se volvió hacia Sautoy—. ¿Por qué hoy, señor?

—¿Qué?

—¿Por qué están atacando precisamente hoy?

—¡No tengo ni idea, Gaunt! —le espetó Sautoy.

—Entonces, quizá sería conveniente trasladar la pregunta al alto mando en las Llanuras Rotas y que los consejeros tácticos piensen sobre ello. Puede que exista una razón histórica o ritual para que el archienemigo nos ataque hoy con semejantes fuerzas.

Gaunt salió de la sala de mando. En vez de ir hacia fuera, atravesó el pasillo lleno de soldados que corrían arriba y abajo y entró en la sala de comunicaciones. Veinticinco operadores manejaban cada uno un aparato de gran potencia, y todos estaban hablando a la vez a medida que los informes iban entrando y saliendo.

Gaunt se colocó al lado del más cercano. El operador, un individuo de baja estatura y bigote estrecho, alzó la vista y se quitó los cascos.

—Dígame, comisario, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Necesito un canal de comunicación, operador.

—¿Con qué autorización, señor?

—Con la autorización que represento, soldado.

El operador tragó saliva.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Gaunt le dijo el código de comunicaciones que necesitaba. El operador lo conectó, aunque no parecía muy tranquilo.

—Esto... esto no es lo habitual, comisario —le dijo mientras ajustaba los diales—. Tendré que anotarlo en el libro de registro diario.

—Haga lo que deba hacer —le contestó Gaunt—. Procure anotar que se trata de una orden directa del Comisariado.

—Ya tengo contacto, señor —le dijo el operador al mismo tiempo que señalaba con un gesto un par de cascos libres que había sobre la mesa. Le conectó al canal mientras se los ponía.

—Recibo el contacto —dijo una voz entrecortada por la estática—. Identifíquese, por favor.

—Aquí Uno. ¿Eres tú, Beltayn?

Se produjo una pausa.

—Sí, sí lo soy, señor. No esperaba volver a oír su voz. Cambio.

—Siento no tener tiempo para charlar, Bel. Necesito hablar con Rawne o con

Mkoll. ¿Es posible? Cambio.

—Espere. Cambio.

Gaunt se quedó esperando, a la escucha. Por el canal resonaron los silbidos y el gorgoteo propio de la distorsión de la estática.

—Aquí Rawne. ¿Eres tú, Ibram?

—Afirmativo. ¿Cuál es la situación? Cambio.

—Es un caos, Ibram. Una carretada de mierda. ¿Dónde estás? Cambio.

—No todo lo cerca que me gustaría, Elim. Escucha, tengo muy poco tiempo para explicártelo, pero necesito que Mkoll y tú hagáis algo. Cambio.

—Recibido. Estamos un poco liados ahora mismo, pero dime qué es. Cambio.

—Muy bien. Escucha y dime qué te parece...

Gaunt le devolvió los cascos al operador cuando acabó la breve conversación. Después le dio las gracias y salió de la sala de comunicaciones. El operador, un poco extrañado, lo anotó todo en el libro de registro diario. Estaba a punto de volver a su tarea cuando le habló otra voz.

—¿Puedo ver esa anotación, operador?

El soldado alzó la mirada y vio a otro comisario de pie a su lado. ¿Qué demonios estaba pasando?

—El libro de registro diario, por favor —insistió el segundo comisario. El operador se lo entregó—. ¿Es una conexión confirmada?

—Sí, señor.

—¿Con qué autorización?

—La del propio comisario, señor. Dijo que se trataba de un asunto del Comisariado.

—¿Está autenticado? Me refiero al código.

—Sí, señor. Un comunicador de campaña. Identidad 11012K. Pertenece al Octogésimo Primero Primero.

—Póngame con el mando del Comisariado, en las Llanuras Rotas. Ahora mismo, por favor. Utilice este código.

El comisario escribió un número de serie en el bloc de notas del operador.

—Canal abierto —anunció el soldado unos momentos después. El comisario se puso los cascos.

—Mando, aquí Ludd. Pónganme con la comisaria general Balshin.

Gaunt regresó a su habiienda.

—¿Dónde está Ludd? —le preguntó a Eszrah. El nihtgane se limitó a encogerse de hombros—. Recoge tu equipo. Nos vamos dentro de poco.

El viento ya soplaba con bastante fuerza. De vez en cuando parecían caer gotas de lluvia. Gaunt se tocó la mejilla en el punto donde había sentido caer las gotas. ¿Lluvia? El cielo era una masa de nubes grises arrugadas que asomaban por encima

de las murallas.

Ludd apareció a la carrera por el sendero que había entre las habiendas. Estaban vacías, y parecían formar una guardia de honor a cada lado, con las entradas aleteando como capas sueltas debido al viento.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Gaunt.

—Fui a buscarlo, señor.

—Te dije que te quedaras aquí, Ludd.

—Sí, señor. Lo sé, pero Ironmeadow llegó poco después de que usted se marchara. Tiene unos transportes para nosotros. Tenemos que irnos.

—Lo sé, Ludd. ¿Dónde está el capitán?

—Esperando al lado de los transportes, señor, por eso he vuelto a buscarlo. Pensé que querría saberlo.

Gaunt lo miró fijamente. Ludd parecía un poco más tenso de lo que era habitual en él, pero ese día todo el mundo lo estaba.

—¿Dónde me buscaste, Ludd?

—Ah, en el puesto de mando y en los alrededores. Uno de los oficiales del Fortis Binary me dijo que lo había visto volver hacia aquí.

Gaunt lo miró fijamente unos momentos más.

—De acuerdo, Ludd. Recoge tu equipo.

Sólo se llevaron las armas y el equipo básico de campaña. Eszrah metió el resto en la habienda y la cerró. Luego se apresuró a reunirse con Gaunt y con Ludd.

Las zonas de reunión principales estaban repletas de transportes que luego salían hacia la carretera que llevaba al este. La mayoría de los vehículos llevaban soldados uniformados con la ropa de combate de color beige de un regimiento de Fortis Binary.

Ironmeadow les indicó con la mano un par de vehículos de mando de la clase Salamander que habían sido pintados hacía poco con el camuflaje de Fortis Binary.

—¡Señor! —lo saludó Ironmeadow antes de entregarle un mensaje escrito—. El mariscal me ha ordenado decirle que...

—Ya lo sé, Ironmeadow he hablado con él.

Gaunt leyó la nota. Era un requerimiento breve en el que se le ordenaba avanzar con el Segundo de Fortis Binary hasta la zona de combate y «lograr el mantenimiento de la disciplina y la moral de combate».

Gaunt le entregó el mensaje a Ludd.

—Guárdamela, Ludd. Puede que luego la necesite para metérsela por el gazonete a Sautoy.

—Usted y su sentido del humor, señor —comentó Ironmeadow.

—¿Crees que bromeaba, Ironmeadow? —le preguntó Gaunt.

Ironmeadow volvió a reírse y luego parpadeó. Gaunt se dio cuenta de lo

atemorizado que estaba el joven oficial. Recordó la poca experiencia en combate que tenía el capitán..., la poca que tenía el regimiento. Sautoy enviaba oficiales novatos y atemorizados a dirigir a chavales novatos y atemorizados. Además, lo más probable era que Ironmeadow todavía estuviese afectado por lo ocurrido la noche anterior.

Gaunt se recordó a sí mismo quién era y lo que los demás pensaban que era.

—Todo irá bien, Ironmeadow —le dijo a continuación—. Puede que hoy pongan a prueba nuestro espíritu, pero si mantenemos la fe en el Emperador y recordamos nuestro entrenamiento, venceremos.

—Sí, señor —contestó Ironmeadow.

—Haz saber a todos que considero un honor avanzar junto a los soldados del Segundo de Fortis Binary.

Aquello logró que una expresión de orgullo llenara el rostro de Ironmeadow.

—Gracias, señor. Así lo haré.

A Gaunt le habían asignado uno de los Salamander de cabina descubierta, con la dotación completa de conductor, artillero y operador de comunicaciones. El otro era para el mayor Jernon Whitesmith, el superior inmediato de Ironmeadow. Era un hombre delgado de rostro arrugado que tendría unos cincuenta años. Se estaba quedando calvo y tenía un cierto aspecto de veterano.

—¿Fuerza de Defensa Planetaria? —le preguntó Gaunt después de que se lo presentaran.

Whitesmith sonrió, como si estuviese impresionado de que Gaunt se hubiera dado cuenta.

—Sí, señor. Tuve el privilegio de luchar en la guerra de liberación.

Al fundar los regimientos que participarían en la cruzada, los dirigentes de Fortis Binary habían escogido a algunos veteranos de la Fuerza de Defensa Planetaria para que sirvieran como oficiales de línea. Gaunt pensó que aquello era algo al menos. Serían la experiencia y la tranquilidad de personas como Whitesmith las que mantendrían la disciplina en las unidades más novatas.

No había tiempo para más conversaciones. Whitesmith se subió a su vehículo y emprendieron la marcha. Las pesadas orugas del Salamander traquetearon sobre la superficie del camino. Gaunt, Ludd y Eszrah siguieron a Ironmeadow y se subieron al segundo Salamander. El vehículo de mando siguió al de Whitesmith. Los tanques ligeros rodearon con rapidez la columna de camiones que había en el camino. Los tanques más pesados y demás blindados formaban el grueso de la parte delantera de esa columna, incluidos los vehículos tractores de artillería pesada de la clase Trojan.

Las nubes grises de tormenta se mantenían firmes sobre el compartimentoy absorbían la mayor parte de la luz del día. Gaunt sintió de nuevo unas frías gotas de lluvia en el rostro. El cielo estaba tan tapado que muchos vehículos habían encendido los faros.

—¡Maldito tiempo! —comentó Ironmeadow alzando la voz por encima del rugido del motor del Salamander—. ¡Está poniéndose tan oscuro que casi parece de noche!

Gaunt pensó que tenía razón. Tan oscuro como la noche. Luego se preguntó si alguien del alto mando o de los oficiales superiores había pensado cuan literalmente nocturnos eran los acechantes.

Menos de una hora más tarde, mientras se dirigían hacia el nordeste y entraban en las tierras bajas del tercer compartimento, se encontraron de frente con el infierno, que iba en dirección contraria a ellos.

Era un espectáculo asombroso. El terreno escalonado y cubierto de maleza por el que Ludd y él habían pasado el día anterior estaba tapado por nubes de humo, grandes oleadas de ceniza negra y hollín arrastradas por el viento procedentes de los tremendos incendios que asolaban el compartimento central. Parecía que todo el paisaje estaba en llamas de una muralla a la otra, excepto en los puntos donde había lagos y estanques profundos, zonas de agua que reflejaban el resplandor de los incendios como espejos naturales. Había hombres y vehículos en movimiento por todas partes, y no sólo en los caminos. Miles de guardias imperiales y de vehículos de lo más dispares retrocedían campo a través perseguidos por los incendios.

Ludd se puso en pie cuando el Salamander disminuyó la velocidad. Se quedó mirando por encima de la cabina descubierta. Jamás había visto algo como aquello.

La columna se había detenido más adelante. Los refuerzos enviados por el puesto 10 se habían encontrado de frente con el éxodo procedente del norte. Había pánico y confusión por todos lados. Gaunt oyó frenéticos intercambios de mensajes por el comunicador del vehículo. Peticiones de ayuda, peticiones de aclaración, peticiones de órdenes. Conocía todo aquel sonido muy bien. Era el sonido de la derrota. Era el terrible sonido que la Guardia Imperial hacía cuando se desintegraba.

—Con el puesto 12 —le pidió al operador de comunicaciones, pero el soldado negó con la cabeza.

—¡Señor! —lo llamó Ludd con urgencia.

Gaunt se reunió con él en la parte delantera del Salamander y se llevó un visor a los ojos. El borde irregular del frente de los incendios estaba a unos tres kilómetros de distancia delante de ellos, y de allí acababan de salir las primeras unidades enemigas. Algunos tanques, que empujaban fuego, matojos y tierra por delante de ellos gracias a unas potentes palas excavadoras; los vehículos de artillería autopropulsada también salieron bamboleantes del humo; pelotones enteros de infantería provista de equipos de respiración. Gaunt vio el destello de las explosiones que empezaban a diezmar entre las filas de la Guardia Imperial. Vio el resplandor de los lanzallamas que el Pacto Sangriento estaba utilizando para hacer huir a todos por delante de ellos. Un cálculo rápido establecía un número aproximado de unos

trescientos vehículos enemigos, y eso sólo se refería a los que eran visibles. No había forma alguna de determinar la cantidad de tropas de infantería.

—Por el Trono, es terrible —comentó Ludd.

—No se te escapa nada, ¿eh, Nahum? —le replicó Gaunt.

Se bajó de un salto del Salamander y subió a pie el sendero que llevaba hasta la cima de la colina. Whitesmith estaba allí, reunido con los oficiales superiores del regimiento.

—¿Cuál es la situación? —le preguntó Gaunt.

—Acaba de llegarnos un mensaje sin confirmar donde se nos comunica la muerte del coronel Stonewright.

Stonewright era el comandante del Segundo de Fortis Binary, y se había puesto a la cabeza de las fuerzas de apoyo que habían partido una hora antes que ellos.

—Eso lo pone al mando, Whitesmith —le dijo Gaunt—. Los hombres esperan sus órdenes.

Whitesmith se irguió, como si se acabara de dar cuenta de ello.

—Sí, comisario, por supuesto. —Se calló un momento—. He pedido más apoyo aéreo.

—Bien hecho. Creo que es la única ventaja de que disponemos ahora mismo.

Whitesmith señaló al flanco izquierdo.

—El grueso de nuestros blindados se encuentra ahí abajo, aunque el Trono sabe que no se ha podido desplegar en condiciones. Más allá, hacia el lago, creo que disponemos de blindados auxiliares ligeros, el Dey Hetra 301, pero no tengo ni idea de cuál es su situación operativa.

—¿Y al otro lado? —le preguntó Gaunt.

—El grueso de nuestra infantería, además de dos columnas de blindados de Sarpoy. Pero mírelas usted mismo. Están hechas pedazos. —Whitesmith miró a Gaunt—. No puedo ponerme en contacto con el mariscal Sautoy. Ni siquiera puedo conseguir una línea de comunicación clara con los comandantes del Sarpoy o del Dey Hetra, y me temo que puedo decir con seguridad que mis soldados están a punto de derrumbarse. No tienen experiencia en algo así. La disciplina de combate ha desaparecido y...

—La disciplina de combate es asunto mío, mayor Whitesmith. Deje de preocuparse de si los soldados harán lo que usted les diga y empiece a plantearse qué les va a ordenar.

Whitesmith negó con la cabeza mostrando su desesperación.

—Me temo que sólo tengo dos opciones en este asunto, señor. La primera entregarle el mando.

—Whitesmith, soy un comisario, no un oficial de combate. Mis tareas son aconsejar, mantener el control y asegurarme de que se cumplen las órdenes. No es

asunto mío decidir la estrategia.

Varias explosiones de gran potencia resonaron en la llanura. Los tanques enemigos habían empezado a disparar con más energía.

—Con el debido respeto, Gaunt —le dijo Whitesmith con voz tranquila—. Usted ha sido oficial de combate y comandante de una unidad durante mucho tiempo. Un comandante con victorias, condecorado. Es evidente que tiene muchísima más experiencia de combate en primera línea de frente que yo o que cualquiera de mis oficiales, y ha vivido para transmitir esa experiencia. Por el Trono, señor, no creo que sea el momento de seguir ninguna clase de regla estricta sobre la autoridad. ¿De verdad se va a quedar ahí mirando para ver cómo llevo a estos soldados a un desastre de tremendas proporciones?

—No, mayor. Como miembro del Comisariado Imperial, voy a apoyarlo en la implementación de las decisiones de mando. Le dieron ese rango por una buena razón. Es un oficial y un líder de soldados, y su entrenamiento debería indicarle qué hacer en estas circunstancias.

Whitesmith sonrió con gesto triste.

—Entonces me remito a la segunda opción, comisario. Mis fuerzas están completamente desorganizadas y el enemigo se nos está echando encima. Debo ordenar una retirada inmediata para salvar todas las vidas y todo el equipo que pueda.

—¿Que me diría de una tercera opción, mayor?

—Maldita sea, no hay una...

—¡Siempre hay otra opción, Whitesmith! —lo cortó Gaunt—. ¡Piense en una! Ha sido muy amable en recordarme que fui un comandante victorioso. ¿Ha creído en algún momento que esas victorias se consiguieron con facilidad? ¿Qué nunca tuve que estrujarme los sesos y pensar más allá de lo que era obvio? Dígame con rapidez qué haría si la situación fuese más de su agrado.

—¿Qué?

—No haga caso de los problemas más inmediatos. Imagínese que tiene a los Patricios de Jantine bajo su mando, o una falange de karskin cadianos. Veteranos de innumerables combates, preparados y deseosos de obedecer sus órdenes. ¿Cuáles serían esas órdenes, Whitesmith?

—Yo... —empezó a decir el mayor—. Les ordenaría que mantuviesen una línea en este risco y detrás de la ciénaga que hay hasta ese lago de ahí. Eso nos proporcionaría la mejor línea defensiva.

—Muy bien. Siga.

—Desplegaría a la infantería a lo largo de la línea y colocaría dos escuadrones de blindados sobre el risco. La artillería la desplegaría en las tierras bajas que hay detrás de nosotros y empezaría a bombardear al enemigo antes de que se acercara más, y me aseguraría de que los Dey Hetra y los Sarpoy se enteraran bien que necesito todo su

apoyo.

Gaunt sonrió y le dio una palmada en la espalda.

—A mí eso me suena a un plan de batalla, señor.

—Pero...

—Llame a sus oficiales. Afine ese plan durante cinco minutos, haga que sea firme y factible y asegúrese de que todo el mundo entienda lo que se supone que debe hacer.

—¿Dónde estará usted? —le preguntó Whitesmith.

—Cumpliendo mi parte del trato: me aseguraré de que se obedezcan sus órdenes en cuanto lleguen.

Gaunt bajó apresuradamente el sendero que llevaba de regreso a Ludd y a Ironmeadow. Eszrah estaba a la espalda de ambos, mirando con recelo la chasqueante cortina de fuego y humo que se acercaba como el fin del mundo atravesando el terreno cubierto de vegetación.

—Ironmeadow —le dijo Gaunt al capitán—. Ya no necesito tus servicios como oficial de enlace.

—¿Cómo dice, señor?

—Mira a tu alrededor, hombre. Whitesmith necesita todos los oficiales de los que pueda disponer. Acércate hasta donde está, escúchalo y obedécelo. Tienes un rango, Ironmeadow. Utilízalo. Da ejemplo a tus soldados y te seguirán. Whitesmith cuenta contigo.

—¡Sí, señor!

—Sé que eres joven y todo esto es nuevo para ti, pero tengo fe en tus capacidades. Te enfrentaste a un acechador ayer por la noche y sobreviviste para contarlo.

—Tan sólo porque me salvó la puñetera vida, señor —gimió Ironmeadow.

—Eso no importa. Has mirado a la muerte a los ojos y has sobrevivido. Eso es más de lo que ninguno de estos soldados puede decir. Eso hace que seas especial, más templado, como cualquier buen oficial o una buena arma de acero. Casi te convierte en un veterano. Fuerza de carácter, capitán Ironmeadow.

Ironmeadow sonrió.

—Di a todos los guerreros de Fortis Binary que Ibram Gaunt está con vosotros y que espera sentirse honrado por su comportamiento en combate. Por cierto, Ironmeadow...

—¿Sí, señor?

—Espero ver tu nombre mañana mencionado en la lista de oficiales destacados.

—¡Sí, señor! —contestó Ironmeadow antes de dar media vuelta y echar a correr hacia la ladera donde Whitesmith conferenciaba con el resto de los oficiales.

—¿Ludd? —Gaunt se dirigió al subcomisario—. Quiero que encuentres a todos

los comisarios que haya en esta colina y que los reúnas en diez minutos.

—¿Perdón, señor?

—Los de Fortis Binary tienen al menos tres, Ludd. Encuéntramelos.

Ludd dudó un momento. El sonido del bombardeo era cada vez más cercano. El viento arrastraba jirones de humo negro.

—¿A qué estás esperando?

—A nada, señor. Ya me pongo a ello.

Ludd se alejó a la carrera.

Gaunt cruzó el camino con Eszrah, alto y ominoso, pegado a los talones. Se dirigió hacia la izquierda, bajó por una ladera de escasa hierba hasta llegar a una franja embarrada al lado de un largo estanque. Allí había reunidos casi un centenar de soldados del regimiento Fortis Binary. Estaban contemplando el horror que se acercaba. A sus espaldas, bastantes vehículos del mismo regimiento se habían detenido debido a un embotellamiento.

—¡Vosotros! —gritó Gaunt. Algunos de ellos se dieron la vuelta y se irguieron al ver que se les acercaba un comisario—. ¿Qué demonios estáis haciendo? —les preguntó mientras lo salpicaba todo a su alrededor por las tremendas zancadas que daba.

Se oyeron unas cuantas contestaciones en tono bajo y lastimero. Gaunt se subió a un peñasco que había en la orilla del estanque para que todos pudieran verlo.

—¿Veis la insignia de la gorra? —gritó—. ¡El Comisariado, exacto! Ya sabéis lo que significa, ¿verdad? ¡Significa que soy un matón! ¡Significa que soy el señor de la disciplina! ¡Significa que soy el látigo del Emperador, preparado para acabar con la vida de cualquier cobarde miserable! Dejad que os enseñe algo más... —Empuñó una pistola bólter en una mano, en la otra la espada de energía y alzó ambas armas para que las pudieran ver sin problemas—. ¡Son mis herramientas de trabajo! ¡Matan al enemigo y matan a los cobardes! ¡Ninguna de las dos es quisquillosa al respecto! Ahora, escuchadme con atención...

Gaunt bajó la intensidad y adoptó un tono más suave, pero siguió utilizando las cualidades de proyección de voz que había afinado a lo largo de los años para que pudieran oírlo.

—Queréis salir huyendo, ¿no es así? Queréis huir ahora mismo. Queréis marcharos de aquí. Poneros a salvo. Por el Trono, sé que todos queréis eso —Envainó la espada y enfundó la pistola—. Podría blandir estas armas un rato más. Podría deciros, y el Trono sabe que no es mentira, que sea lo que sea lo que venga tras esa nube de humo no es nada comparado con mi ira. Podría deciros que soy yo a lo que debéis tener miedo. —Bajó de un salto del peñasco y se puso a caminar entre ellos. Algunos de los jóvenes retrocedieron—. Soldados de Fortis Binary, si queréis huir, hacedlo. Huid. Puede que dejéis atrás al archienemigo que se nos acerca ahora

mismo. Feth, incluso puede que me dejéis atrás a mí. Pero jamás, Jamás, dejaréis atrás a vuestra conciencia. Vuestro mundo sufrió durante largo tiempo bajo el yugo de los Poderes Siniestros. Si estáis aquí, ciudadanos libres del Imperio, es porque otros soldados como vosotros no huyeron. Vuestros padres, vuestros tíos, vuestros hermanos, y otros jóvenes como vosotros, guardias imperiales de un centenar de mundos esparcidos por toda la galaxia, tuvieron el valor de aguantar firme y luchar por vuestro mundo, por Fortis Binary. Lo sé porque yo estaba allí. Así que, salid huyendo, si os atrevéis, si podéis vivir con algo así, si podéis enfrentaros a las pesadillas y los remordimientos de conciencia, si soportáis pensar en los padres, en los tíos, en los hermanos que perdisteis.

Se quedó callado unos instantes. Se produjo un silencio tenso, roto tan sólo por el estruendo del bombardeo a sus espaldas.

—La alternativa es que os quedéis, que cumpláis las órdenes del mayor Whitesmith y que luchéis con valor. Podéis quedaros y honrar la memoria de vuestros padres, tíos y hermanos. Podéis quedaros a luchar conmigo por el Imperio, por el Dios Emperador y por Fortis Binar —Gaunt regresó al peñasco de donde se había bajado y se subió de nuevo—. ¿Qué me decís?

Los soldados rugieron su aprobación. Era sincera, y eso era lo que buscaba Gaunt. Sonrió y alzó un puño.

—Jefes de escuadra, a formar! ¡Despejad este camino para que puedan pasar los blindados! ¡Comandantes de unidad! ¿Dónde estáis? ¡Vamos! ¡Subid a esa colina para que Whitesmirh pueda daros las órdenes! ¡Armas de apoyo, al frente y desplegadas! ¡Moveos!

Los soldados se pusieron en marcha. Gaunt se bajó del peñasco y se dio la vuelta hacia Eszrah.

—Vamos —le urgió.

Caminaron chapoteando por la orilla del estanque en dirección a la otra ladera y al siguiente grupo de soldados de Fortis Binary, que estaban arremolinados en la cumbre del risco adyacente sin hacer nada. Habían visto acercarse al comisario, los vítores repentinos, y estaban extrañados.

—jQuestione, amicus! —le gritó Eszrah.

—¿Qué? —le preguntó Gaunt por encima del hombro sin dejar de correr.

—Favorem, ¿quid materia factum tu?;

—La sangre —le contestó sencillamente Gaunt—. Mi sangre. Mi padre.

Eszrah se limitó a asentir y siguió a Gaunt por la ladera. Los soldados allí arremolinados se apartaron del comisario. Gaunt se acercó a un Chimera que había allí aparcado y subió por la escalerilla de acceso hasta el techo. Se quedó allí de pie un momento, contemplando a los soldados reunidos a su alrededor. Eran tan jóvenes... Tenían tanto miedo...

—Hijos de Fortis Binary —empezó diciendo—. Os lo pondré fácil, os diré lo mismo que he dicho a vuestros camaradas de ahí abajo...

Pasaron casi quince minutos antes de que Gaunt y Eszrah volvieran al sendero. La línea enemiga, la propia tormenta de fuego, de hecho, estaba mucho más cerca. La vanguardia de la unidad imperial estaba a menos de un kilómetro del avance del Pacto Sangriento, y la lluvia de proyectiles de artillería de los blindados había empezado a estar a distancia de alcance. Los tanques del Fortis Binary y del Sarpoy comenzaron a abrir fuego en respuesta. La artillería situada a la retaguardia de la posición defensiva del regimiento también empezó a disparar y a lanzar obuses contra las líneas del Pacto Sangriento.

Gaunt se acercó a ver qué tal estaba Whitesmith. El mayor tenía la cara pálida por la tensión, pero también estaba exaltado.

—Ya los he colocado en posición —le dijo a Gaunt—. Y los tanques también están casi desplegados. La infantería se muestra algo más reticente. La mayoría de ellos siguen atemorizados. Es por los que están huyendo.

En aquellos momentos, el éxodo de tropas y vehículos que huían del contraataque había empezado a pasar a través de las líneas de refuerzo. Verlos huir y oír lo que contaban estaba minando de forma constante la determinación de los demás soldados.

—Comunique a los oficiales que los dejen pasar —le dijo Gaunt—. Que no les hagan frente. Están huyendo, de todas maneras, y nada de lo que hagan va a cambiar eso. Que los dejen pasar y no les hagan caso.

—¿Es una orden, señor? —le preguntó Whitesmith con una sonrisa.

—No —contestó Gaunt con otra sonrisa—. Tan sólo una sugerencia. Mayor, no le voy a mentir: la siguiente media hora más o menos va a ser muy mala. Mantenga la línea y confíe en sus soldados. El Emperador protege.

Whitesmith saludó a Gaunt y regresó corriendo a su Salamander. Las bombas enemigas ya estaban empezando a caer en la parte inferior de la ladera, donde el sendero se alejaba. Gaunt se apresuró a regresar al camino para encontrarse con Ludd.

Su ayudante había reunido a cinco comisarios. Uno era un comisario veterano asignado a los tanques de Sarpoy llamado Blunshen, dos de los comisarios del Fortis Binary, Fenwik y Saffonol, y dos jóvenes subcomisarios.

—Caballeros —los saludó al llegar hasta ellos.

—La situación es desastrosa —le dijo Blunshen inmediatamente—. Con una moral tan baja y una conexión entre unidades tan débil, debemos supervisar una retirada inmediata que...

—Blunshen, ¿no? —lo interrumpió Gaunt.

—Así es, comisario.

—La cadena de mando ha colocado al mayor Whitesmith al mando de esta

operación. Soy el comisario del mayor Whitesmith, por lo que tengo la máxima autoridad entre nosotros. ¿Está de acuerdo?

—Supongo que sí —dijo el viejo comisario.

—Bien, pues se acabó de hablar de retirada por parte de nadie, pero sobre todo si lleva esta insignia. Las últimas órdenes que me dio el mariscal Sautoy fueron que mantuviera la disciplina y la moral de combate. ¿No es así, Ludd?

—Al pie de la letra, señor.

—Bien. No habrá retirada alguna mientras yo esté al mando. Whitesmith ha diseñado un plan para resistir. ¿Se lo han explicado?

—Estoy seguro de que las órdenes del mayor se comunicaron a todo el mundo —dijo Ludd.

—El archienemigo nos tiene contra las cuerdas. No debemos permitir que triunfe. Si nos desmoralizamos, o si retrocedemos, comisario Blunshen, perderemos por completo todo el tercer compartimento. ¿Sabe lo que eso significa?

—Un contratiempo muy grave en nuestro avance por la estructura del Mons... —empezó a decir Blunshen.

—No, Blunshen —lo cortó Gaunt—. Significa que el comandante general Van Voytz se enfurecerá. Resulta que lo conozco, y no me gustaría ser el objetivo de esa furia. Hoy, nosotros siete seremos la diferencia entre la victoria y la derrota. Los guardias están bien armados, bien entrenados y están capacitados. Lo único de lo que carecen es de disciplina. Están atemorizados. De nosotros depende lograr el control que necesitan. De nosotros depende que todo el plan defensivo de Whitesmith funcione. Caballeros, los guardias necesitan motivación e inspiración. Aunque seamos pocos, debemos conseguirlo. Blunshen, me gustaría que regresara con los de Sarpoy y se asegurara de que mantienen el flanco derecho. De su apoyo y fuego cruzado dependen muchas cosas. Si tiene que hacerlo, explíqueles que los soldados del Fortis Binary que se encuentran en el centro de la línea serán aniquilados si no mantienen una buena cadencia de disparo.

Blunshen asintió.

—Me pondré a ello ahora mismo.

Gaunt se dio la vuelta hacia los otros.

—¿Sus nombres? ¿Fenwik? ¿Y usted? ¿Saifonol? Me alegro de conocerlos. Whitesmith ha desplegado una línea de blindados a lo largo del risco y ha emplazado a la infantería entre ellos. Tenemos que mantener estable esa formación. Fenwik, vaya al sur. Mantenga la disciplina de tiro, que los tanques no dejen de disparar. Lo único que tenemos a nuestro favor es el alcance. Saifonol, vaya a la vanguardia y ocúpese de las unidades situadas en la parte superior del risco. No permita, se lo repito, no permita que las tropas se lancen a la carga y pierdan la ventaja del gradiente. Utilice las armas de apoyo con dotación.

Ambos asintieron.

—Acérquense, subcomisarios. ¿Cómo se llaman?

—Kanfreid, señor.

—Subcomisario Loboskin.

—Señores, los quiero en la retaguardia. No sobreviviremos a esto sin el apoyo de la artillería, y las unidades de artillería tienen la mala costumbre de ponerse nerviosas y de retirarse porque están demasiado lejos de la línea del frente para enterarse de lo que ocurre. Asegúrenles que todo va bien. Convénzanles de que no se retiren. El cómo lo logren lo dejo a su elección. Sólo mantengan la calma y el ritmo de disparo. Incluso si retrocedemos necesitaremos los cañones para cubrirnos. Deben seguir disparando. En caso de que debamos huir, siempre pueden abandonar los cañones y correr en el último minuto.

—Sí, señor —contestaron ambos al mismo tiempo.

—¡En marcha! —les gritó Gaunt dando una palmada. Los subcomisarios salieron corriendo. Gaunt se volvió hacia Ludd—. Voy a cubrir el flanco norte de los Fortis Binary. Necesito que vayas hacia el norte y te pongas en contacto con las unidades de Dey Hetra. Necesito que las mantengas en el combate.

Ludd se quedó callado un momento.

—Señor.,. —empezó a decir.

—¿Qué pasa, Ludd?

—Señor... Se supone que no debo separarme de usted. Quiero decir... que mis órdenes son mantenerme a su lado todo el tiempo.

Gaunt se lo quedó mirando.

—¡Por el Trono, Ludd! Feth, había olvidado que en realidad no obedeces mis órdenes.

Ludd dio un paso atrás, dolido.

—Eso no es justo, señor. No lo es en absoluto.

—¿De verdad? No eres más que un espía de Balshin. Jamás lo has negado. Eres mi..., ¿cómo llamarlo?, ¿mi vigilante? Todo eso estaba muy bien mientras no fue más que un juego, pero esto ya no es un juego, Ludd. ¿Ves lo que está ocurriendo? ¿Ves lo que se está acercando?

—Sí, señor, lo veo.

—Entonces muestra un poco de inteligencia, Ludd —le espetó Gaunt—. Los comisarios tenemos que extendernos para maximizar el efecto. ¿De verdad me estás diciendo que las órdenes de la señora Balshin son tan inflexibles que vas a pegarte a mí como un mal aliento en vez de hacer tu trabajo?

—No, señor.

—¡Más alto para que de verdad signifique algo, Ludd!

—¡No, señor!

—Encuentra a los Dey Hetra, Ludd. Desplíégalos en formación. Esto es la guerra, chico. Nada de política. Nada de juegos.

—Sí, señor.

—Ponte en marcha. Eres un comisario imperial, Ludd. Compórtate como tal. Y si Balshin te marea mucho, mándamela.

—¡Sí, señor! —contestó Ludd antes de bajar a trompicones por la ladera cubierta de hierba húmeda.

—¡Ludd! —lo llamó Gaunt a gritos.

—¿Sí, señor?

—Procura que no te maten, ¿de acuerdo?

—¡Sí, señor!

Había que recorrer dos kilómetros campo a través para llegar hasta Dey Hetra 301. Ludd corrió todo lo de prisa que pudo, trastabillando en los lodazales de la zona de terreno bajo. Cruzó por detrás de las unidades ya desplegadas de la infantería de Fortis Binary; detrás de las posiciones fortificadas e improvisadas donde se habían colocado las armas de apoyo. Serpenteó entre las hileras de tanques de batalla que se dirigían salpicando barro hacia sus posiciones de combate.

Se dio cuenta de que, gracias a alguna clase de milagro, Gaunt y Whitesmith habían conseguido organizar una línea defensiva. Era fuerte y firme. Los soldados estaban cantando los himnos de combate que se habían oído por última vez entre las refinerías en ruinas de Fortis Binary. Desde detrás de la línea del frente, a un kilómetro al suroeste, las posiciones de artillería disparaban contra el enemigo con renovado vigor.

Los proyectiles del Pacto Sangriento respondían al fuego. El enemigo ya estaba tremendamente cerca, acompañado de esa rugiente marea de humo y llamas. Unas enormes explosiones sacudieron la línea de la Guardia Imperial lanzando cuerpos por los aires y reventando tanques. El Paco Sangriento estaba a las puertas y su ataque había empezado a diezmar sin piedad las fuerzas del Emperador.

Ludd siguió corriendo, resbaló y se puso en pie de nuevo. Un obús cayó justo al otro lado de la siguiente cota elevada y levantó por los aires una columna de agua, fuego y barro. Ludd quedó empapado, pero no dejó de correr. Oyó un zumbido que fue aumentando poco a poco hasta resultar estruendoso. Una oleada de Vulture, unas cincuenta aeronaves más o menos, pasó por encima. Los aparatos dispararon andanada tras andanada de cohetes contra las líneas enemigas. Una larga cadena de explosiones solapadas sacudió toda la zona objetivo. Los Vulture se alejaron. Llegó una segunda oleada, también de unas cincuenta aeronaves. Ludd oyó los cohetes retumbando como un tamborileo feroz y a los cañones automáticos rugiendo como bestias enfurecidas. A menos de un kilómetro de donde estaba vio varios tanques AT70 del Pacto Sangriento desintegrarse en nubes de humo y fragmentos de metal.

Los disparos láser de la infantería enemiga empezaron a caer sobre las líneas imperiales.

Ludd llegó a la zona de terreno alto donde se encontraban las posiciones de Dey Hetra. Algo impactó contra el suelo a su espalda y convirtió el mundo en una bola de fuego.

Gaunt desenvainó la espada de energía y la encendió. Empuñó en la mano izquierda una de las dos pistolas bólter con las que iba armado. El cielo estaba negro como un pozo y unas gruesas columnas de humo se elevaban desde los bordes del compartimento. Los oficiales del Fortis Binary situados a lo largo de la línea empezaron a utilizar los silbatos y a exigir orden. Gaunt oyó plegarías murmuradas y gemidos atemorizados dirigidos a los familiares y a los seres queridos. Las bombas siguieron cayendo con fuertes silbidos. Las explosiones sacudieron la tierra y llenaron el aire de polvo y fuego.

—¡Soldados de Fortis Binary, manteneos firmes! —gritó.

Ya no servía de nada. No lo podían oír.

Los primeros AT70 del Pacto Sangriento aparecieron a la vista. Gaunt distinguió el sonido sibilante del disparo de sus armas principales y vio las figuras con uniformes de combate de color carmesí agrupadas alrededor de los tanques atravesando el humo hacia el terreno elevado donde los soldados imperiales habían decidido enfrentarse a ellos. Vio las máscaras negras, grotescas, como rostros inmovilizados en una agonía continua, y el resplandor de las bayonetas.

—¡Arriba y a por ellos! —gritó.

Los silbatos sonaron en respuesta a la orden y los jóvenes e inexpertos soldados del Segundo de Fortis Binary salieron a enfrentarse a la marea rugiente de guerreros del Pacto Sangriento.

Gaunt saltó por encima de la trinchera excavada apresuradamente y se lanzó de cabeza hacia el enemigo. Los soldados del Fortis Binary murieron bajo la lluvia de disparos.

La espada de Gaunt decapitó limpiamente al primer soldado del Pacto Sangriento que se le acercó. El segundo y el tercero cayeron víctimas de la rugiente pistola bólter.

El caos se desató. Los cuerpos chocaron en mitad del humo y la sangre saltó por los aires. Gaunt disparó la pistola bólter a quemarropa, directamente contra el pecho de un enemigo lanzado a la carga. Saltó por encima del cadáver y abatió a otro miembro del Pacto Sangriento. A su alrededor distinguió siluetas que corrían: los soldados del Fortis Binary, que gritaban, disparaban, destripaban con las bayonetas.

—¡Por el Trono! —aulló Gaunt.

Dos disparos de rifle le atravesaron el abrigo. Gaunt se dio la vuelta y le disparó a

un soldado enemigo que tenía a la izquierda, lo que hizo que éste saliera despedido por los aires convertido en un manojito de brazos y piernas que se agitaban. El terreno en pendiente era traicionero. De repente se encontró deslizándose hacia un grupo de enemigos que se esforzaban por subir por la ladera embarrada. Gaunt dio tajos a izquierda y derecha con la espada de energía y le amputó un brazo por el hombro a un enemigo mientras que a otro le rebanaba la garganta. Un tercero cayó en la ciénaga en un desesperado intento por esquivar la terrible arma.

Un oficial del Pacto Sangriento que no paraba de dar órdenes y soltar maldiciones subió por la ladera y atacó a Gaunt con una chirriante espadasierra. El comisario desvió el primer ataque, pero luego tuvo que retroceder ante los continuos tajos enloquecidos que le lanzaba su oponente.

—¡Cabrón! —le gritó dando una estocada horizontal con toda la fuerza del brazo que impactó en mitad de la espada sierra, doblándola. El oficial del Pacto Sangriento intentó defenderse con el arma inutilizada, pero Gaunt continuó con otra estocada de ataque y la punta de la espada alcanzó a su oponente en un lado de la cara. El soldado del Caos retrocedió y cayó mientras la sangre le salía a chorros de la cabeza y la máscara de plata quedaba colgando a un lado.

—¡Seguid así! ¡A por ellos! ¡A por ellos! —gritó Gaunt por encima del hombro.

La segunda línea de soldados de Fortis Binary se lanzó a la carga mientras los disparos láser cruzaban el aire por doquier atravesando las zanjas y los charcos embarrados. Vieron a Gaunt en vanguardia, con la espada en alto. Ya apenas importaba lo que estuviera gritando, aunque continuaba haciéndolo. Lo que importaba era verlo, desafiante, sin temor.

Varios guardias imperiales de la línea lanzada a la carga cayeron y quedaron tirados en posturas antinaturales cuando los disparos láser los alcanzaron. Los proyectiles estallaban provocando enormes explosiones y géiseres en la degradada ciénaga.

Gaunt siguió avanzando. Enterró la hoja de la espada en el casco de un soldado del Pacto Sangriento. La sacó al mismo tiempo que le disparaba a otro que se dirigía hacia él dispuesto a ensartarlo con la bayoneta. Un proyectil sólido le rozó el hombro derecho y lo derribó.

Unas fuertes manos lo agarraron. Gaunt alzó la vista y vio que Eszrah estaba tirando de él para ponerlo en pie. El partisano se había pintado la cara con wode, un símbolo ritual de su intención de combatir.

—¡Te dije que te quedarás atrás! —le gritó Gaunt por encima del estruendo.

Eszrah se llevó una mano a la oreja, como si no lo pudiera oír. El nihtgane se dio la vuelta y apuntó su arma. El artefacto electromagnético disparó un virote que derribó a un soldado enemigo que estaba cerca. Eszrah metió la mano en el morral y sacó otro virote para introducirlo por el tubo de la ballesta. El arma del partisano

disparaba los virotes de hierro con tal potencia que podían matar a cualquier persona con facilidad si la impactaban de lleno, pero el hecho de que además estuvieran impregnados con el poderoso veneno originario del Impro significaba que eran letales incluso si sólo lograban provocar un arañazo.

Eszrah disparó de nuevo. El poco ruido que hacía el arma se perdía por completo en medio del estruendo de la batalla. Otro soldado del Pacto Sangriento se desplomó, con el virote de hierro asomando por una de las aberturas oculares de la máscara.

Gaunt empuñó de nuevo la espada caída y volvió a avanzar. Perdió de vista casi inmediatamente a Eszrah cuando el humo los envolvió. Había tanques acechantes un poco más allá. Avanzaban a través del aire contaminado sin dejar de disparar con las armas láser de los montajes artilleros. Gaunt vio uno de ellos volar en mil pedazos cuando un cohete lo alcanzó de lleno. El resplandor fue tan intenso que le quedó grabado en la retina durante unos momentos.

Otra oleada de siluetas odiosas emergió de aquel humo infernal. Gaunt, a quien la sangre le caía desde el hombro herido, ordenó a la infantería de Fortis Binary que cargara contra ellas. Las líneas volvieron a chocar, esta vez a lo largo de la zanja, golpeándose y dándose bayonetazos.

Gaunt quedó por un momento libre de enemigos. El cargador de la pistola estaba vacío, así que la enfundó y empuñó la otra. Miró alrededor en busca del siguiente enemigo al que matar. Vio cerca de allí a tres tanques Vanquisher que avanzaban sobre el lodazal dando sacudidas arriba y abajo. Las armas de apoyo de los tres dispararon lanzando proyectiles y gases inflamados por las bocachas de los cañones. Varias decenas de miembros del Pacto Sangriento cayeron destrozados ante los tanques.

Unos potentes rayos de luz atravesaron la pared de humo y Gaunt vio a uno de los tanques desintegrarse de un modo literal justo delante de él.

Surgieron de entre el humo para abrir camino al avance del archienemigo: habían llegado los tanques rodantes.



VEINTE

Nahum Ludd había quedado muy impresionado cuando todavía era un niño por los frescos del techo de la capilla de la scholam. Le encantaban todas las imágenes que veía sobre la guerra y se dejaba las pestañas mirando libros viejos y textos militares, pero los frescos habían sido algo especial. El techo en forma de cúpula era de color azul pálido, un cielo de imitación donde los ángeles de la guerra del Imperio volaban con alas doradas y las espadas en alto. Junto a ellos, pintados con aquel estilo algo primitivo y curioso propio de los murales antiguos, volaban cañoneras y cazas de ataque, las huestes de los cielos.

Abrió los ojos y por un momento pensó que volvía a ser un crío, que volvía a estar en la vieja capilla. El techo que tenía encima estaba repleto de nubes, repleto de cañoneras y de ángeles.

Recuperó el sentido del oído como un martillazo. Ludd se incorporó con rapidez y se quedó sentado. Había estado tumbado de espaldas sobre la hierba embarrada. Recordó que una explosión lo había derribado. Estaba aturrido y sentía frío, pero no parecía tener ningún síntoma de heridas graves.

Miró alrededor. Las cañoneras de la clase Vulture que lo sobrevolaban realizaban maniobras de pasada en busca de objetivos terrestres. Al este se encontraba desplegado el enorme horror de aquella batalla, recortado contra la creciente nube negra. Era un caos. A Ludd le costó un momento aceptar las dimensiones del conflicto, las explosiones y los destellos cegadores del bombardeo, el hedor del barro y del fyceleno, las variaciones de la presión transmitidas por el aire.

Las figuras individuales eran casi demasiado pequeñas como para que pudiera captarlas con claridad, pero distinguió las oscuras siluetas de lo que evidentemente eran tanques combatiendo en las tierras bajas. Vio el resplandor de los lanzallamas, las ráfagas de disparos láser cruzando el aire y explosiones de una violencia increíble. Descubrió en el fragor del combate estandartes de batalla y enseñas repugnantes que flotaban al viento burlándose de la santidad del Emperador y de la pureza del hombre. Contempló andanadas de cohetes que estallaban como petardos arrojados a una hoguera.

Una hoguera. Eso era lo que parecía: una gigantesca e inmensa hoguera que llenaba todo el compartimento, donde chasqueaban chispas y ascuas y saltaban lenguas de llamas amarillas que ahogaban el cielo oriental con una enorme columna de humo negro como el carbón.

Se dio cuenta de que aquello era lo real. Aquello era la guerra. Había deseado participar en ella, se había entrenado y preparado para ella, se había esforzado todo lo

posible por ganarse un puesto entre las filas del Imperio para estar allí. Era ridículo, pero aquello era lo que había estado buscando toda la vida. Aquella locura, aquel caos, aquella desgracia.

No tenía ni forma ni sentido, ni estructura ni significado. No era más que un torbellino de daño y dolor, un remolino repleto de riesgo, sangre y metal fragmentado, como si a Ludd lo hubieran hecho partícipe de una gigantesca broma particular. Las personas se entrenaban para la guerra, practicaban, perfeccionaban habilidades, estudiaban con solemnidad las enseñanzas militares, como si la guerra fuera algo que se pudiera aprender, controlar y dirigir como un banquete formal o un gran baile campestre. Sin embargo, allí estaba la pura verdad. Todas las teorías sobre el combate desaparecían de forma inmediata en el horno de fundición que era la auténtica guerra.

Qué idiotas parecían los comandantes generales que planificaban en los centros de mando y en los puestos de control, donde soñaban con principios y esquemas de batalla. Era igual que si intentaran controlar y contener una supernova.

Ludd casi se había olvidado del motivo por el que había estado corriendo hacia el norte, o lo que Gaunt le había ordenado. Sin duda, ya no serviría para nada. El frenesí de la batalla se alimentaba a sí mismo, Riego sobre fuego. Era así, y nadie podía alterarlo.

El subcomisario se preguntó dónde estaría Gaunt. Probó a utilizar el microcomunicador, pero no se oía nada más que una distorsión siseante. Gaunt tenía que estar en algún punto allí abajo, en las fauces de la bestia.

Y probablemente ya estaría muerto. ¿Podría algo humano sobrevivir a aquel horror?

Se preguntó adónde debía ir, qué debía hacer. Los tanques y la infantería de Fortís Binary pasaban a su lado por los costados del risco, dejándolo atrás. Vio que las unidades de vanguardia ya habían entrado en combate, enzarzadas en un feroz intercambio de disparos. Las bombas caían sobre la ciénaga y los lagos formando grandes columnas de agua.

Al otro extremo del risco se encontraban las unidades del Dev Hetra. Eran más de doscientas unidades, la mayoría de ellas piezas móviles de cañones multiláser y antiaéreos Hydra, junto a algunos tanques pesados de asedio de la clase Thunderer y plataformas de artillería pesada Basilisk. Apenas disparaban.

Ludd empezó a bajar la ladera hacia la línea de apoyo ligero. Se oyó un estampido repentino en lo alto, como si la bóveda del cielo se hubiera partido en dos. El subcomisario alzó la cabeza y contempló con temor impotente cómo una cañonera Vulture caía en picado dejando tras de sí una estela de humo ocre. Los montajes subalares se iban desintegrando mientras caía. Se precipitó en la ciénaga a pocos metros de la línea principal. Dio una vuelta de campana tras otra despedazándose y

convirtiéndose en una bola de fuego.

Ludd se dio la vuelta y echó a correr hacia la posición del Dev Hetra. Los vehículos tenían los motores en marcha y las dotaciones estaban cargando la munición y las baterías de energía. Los vehículos de la unidad eran de la mejor calidad y estaban pulidos como si acabaran de salir de los almacenes de un mundo forja. Los uniformes que llevaban puestos los soldados eran casi regios debido a la gran cantidad de detalles. Eran de color blanco con entorchados dorados, y los cascos de los oficiales tenían una cresta plateada y reluciente, mientras que los suboficiales y la tropa llevaban gorros negros y altos de piel. Parecían la escolta ceremonial del gobernador de un sector planetario.

—¿Quién está al mando? —preguntó Ludd a gritos.

Estaba ronco a causa del humo. Los soldados, resplandecientes con aquellos uniformes, lo miraron con las cejas enarcadas, como si fuera alguna clase de pobretón que apareciera de repente en una fiesta privada.

—¡He preguntado que quién está al mando, maldita sea!

Los soldados siguieron sin contestar y continuaron mirándolo con lo que parecía un desdén absoluto. No. Se dio cuenta de que estaban confusos, atemorizados. Eso era. A pesar de toda la pompa de los uniformes, los soldados no eran más que chavales jóvenes. Sin duda, todos ellos eran novatos recién reclutados, demasiado sorprendidos por el tremendo espectáculo de la batalla como para formular ninguna clase de respuesta coherente. Ludd comprendía cómo se sentían. Tragó saliva con esfuerzo, y procuró aclararse la garganta un poco y poner algo de autoridad en la voz.

—¿Quién está al mando?

Se le acercó un sargento. Llevaba un fajín de color azul y el sable de energía era de un color plateado reluciente. Hizo una breve reverencia.

—¿Puedo preguntar quién lo quiere saber?

—Ludd. El comisario Ludd.

—¿Es que no tiene gorra, señor? —le preguntó el sargento.

Ludd se dio cuenta de que había perdido la gorra en algún lugar, probablemente cuando la explosión lo había derribado. Intentó alisarse el pelo, pero descubrió que lo tenía lleno de barro. El abrigo estaba desgarrado en algunas partes y lleno de manchas de tierra sucia. Se percató de que la primera impresión había sido la correcta. Los altaneros miembros del Dey Hetra habían decidido no hacerle caso debido a su aspecto desastrado.

—¡No, no tengo una gorra! ¡Tampoco tengo mucha paciencia! ¡Quiero ver a un oficial, y ahora mismo, por favor!

El sargento hizo otra reverencia y condujo a Ludd hasta una plataforma de artillería donde un oficial muy joven, un capitán, estaba manejando un aparato comunicador. El sargento intercambió unas cuantas palabras en voz baja con el

oficial. Éste dejó el micrófono y se dio la vuelta para encararse con Ludd. Su uniforme blanco tenía la parte central de la camisa cubierta de entorchados dorados, mientras que la suntuosa gorra de pico alto era una extravagancia de hilo de plata y más entorchados. Llevaba sobre uno de los hombros una capa de piel negra sujeta con un broche dorado.

—¿De verdad es un comisario? —le preguntó.

Era un individuo atractivo, con un aspecto noble. Los ojos levemente almendrados mostraban una mirada de desaprobación.

—Me caí —le contestó Ludd.

El capitán lo miró de arriba abajo.

—¿De veras? Qué desafortunado.

—¿Con quién estoy hablando? —le preguntó.

—Con el señor capitán Balthus Vuyder Kronn.

El joven hablaba con voz suave y su acento delataba una educación esmerada. Ludd recordó lo que había leído sobre esa unidad. Los hetratanos procedían de un mundo muy estructurado gobernado por una casta aristocrática. Nombraban a los oficiales por méritos de nacimiento y linaje.

—¿Por qué no están disparando, Kronn?

—Preferiría que se dirigiera a mí con mi título completo cuando me hable —le contestó antes de empezar a darse la vuelta.

—Preferiría que me contestara a la puñetera pregunta, Kronn —le replicó Ludd—. ¿Por qué no está disparando su unidad?

Fue como si Ludd le hubiera dado una bofetada en pleno rostro.

—No se ha considerado apropiado que en un momento como éste entráramos en combate.

—¿De verdad? ¿Quién lo ha considerado así?

—Mi comandante, el señor coronel Sazman Vuyder Urfanus.

—Bueno, pues entonces será mejor que tenga una charla con él.

—Se ha marchado. Ya ha abandonado el campo de batalla. Me ha ordenado que me encargue de la retirada de las máquinas de guerra.

—¿Se ha marchado? ¿El oficial al mando lo ha dejado aquí?

Kronn alzó las cejas.

—Por supuesto. Aquí existe cierta posibilidad de peligro. El señor coronel Sazman Vuyder Urfanus es un hombre de alta cuna, primo directo del mismísimo Hzeppar de Korida. Su seguridad es lo primero.

Ludd empezó a reírse. No pudo evitarlo. La increíble locura de todo aquello lo había afectado por fin. Tenía a su espalda la furia elemental de la guerra desencadenada. Algo que desafiaba la comprensión y la lógica. Delante de él tenía individuos sometidos a la tradición y al linaje que se estaban retirando como si se

marchasen de una merienda campestre.

—No me gusta el modo en que se ríe —le dijo Kronn—. Es muy poco educado.

—A mí no me gusta nada de lo que estoy viendo ahora mismo —le contestó Ludd—. La unidad ha recibido órdenes.

—Los sistemas de comunicación no son operativos —le indicó Kronn señalando el comunicador.

—Le enviaron las órdenes con un mensajero. Órdenes del comandante del Fortis Binary.

—Las órdenes eran confusas y el mensajero se negó a dirigirse al señor coronel Sazman Vuyder Urfanus con la formalidad necesaria. El señor coronel sólo acata las órdenes que le da el propio mariscal.

—Escúcheme bien, «señor capitán». Si sobrevive a este día, el «señor coronel» Sazman Vuyder Urfanus va a tener serios problemas con el Comisariado. Se deberá al hecho de que ha desobedecido las órdenes. Lo más probable es que le peguen un tiro sin que ni siquiera haya un juicio previo.

A Kronn se le encendió el rostro y se dispuso a contestar.

—Continúe con la intención de retirar la unidad, y usted... junto a los demás oficiales, sufrirán el mismo destino innoble. Si eso no los atrae, pongan el culo en marcha y empiecen a hacer lo que se supone que deben hacer.

—Es usted un maleducado —le espetó Kronn. Se desabrochó un guante de cuero y le soltó a Ludd una bofetada en el rostro con él antes de tirarlo al suelo—. Ha ofendido gravemente mi honor, el de mi señor y el de Hetrahan. Estoy dispuesto a satisfacer este asunto en combate singular cómo y cuándo le convenga.

—¿Acaba de...? —Ludd se calló un momento mientras se esforzaba por girar la cara con lentitud—. ¿Acaba de desafiarme a un duelo? —le preguntó mientras se frotaba la mejilla dolorida.

—¿Es tan vulgar que no conoce ni los modales más elementales? Por supuesto que lo he hecho. Según el Código Duelo, ambos...

Ludd le asestó un puñetazo en plena cara y le partió la nariz. El joven capitán trastabilló hacia atrás unos pocos pasos antes de caer sobre las orugas de una plataforma de artillería.

—Se acabó el duelo. Dijo que sería cómo y cuándo me conviniera, ¿no? Pues éste era tan buen momento como cualquier otro. ¡Y ahora, póngase en movimiento!

Kronn alzó la vista y miró a Ludd. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero probablemente se debía al tremendo dolor que debía de sentir.

—¡Por el Trono! —le gritó Ludd—. ¿Desde dónde han tenido que venir usted y sus hombres para estar aquí, Kronn? ¿Cuántos puñeteros años luz han tenido que recorrer? Sus vehículos de combate son nuevos y están relucientes, sus uniformes están planchados y limpios. ¿Y eso qué son? ¿Botones de oro? Han venido hasta aquí

vestidos con lo mejor que tienen, llegan a la línea del frente..., ¿y después deciden volverse a casa sin haber disparado ni un solo tiro?

—Se pensó que no era apropiado...—dijo Kronn, jadeante. Se quedó callado y tragó saliva. Ludd se percató de que las lágrimas no eran sólo de dolor. A pesar de toda su fanfarronería, el capitán era tremendamente joven, no era más que un muchacho precoz. Kronn lo miró y le habló con voz chillona y lastimera—. ¡Mire lo que está pasando ahí! ¡Mírelo! ¡Es una locura! ¡Locura en su estado puro! ¡Dígame que no piensa lo mismo!

—No —le mintió Ludd. Lo ayudó a levantarse y le dio la vuelta para que viera la sangrienta batalla—. Si huye ahora, no hace más que posponer sus muertes. Si se desmorona ahora, la línea se desmorona, si la línea se desmorona, la ciudad cae, si la ciudad cae... —Miró a Kronn—. Si la ciudad cae, el planeta cae. La muerte y la gloria, Kronn, o morir abatido por la espalda mientras huye. ¿Qué cree que un hombre de su linaje debería elegir?

Kronn se limpió la sangre de la cara con una mano, una manó que no paraba de temblar.

—Tengo miedo —se limitó a contestar.

—Yo también —le contestó Ludd—. Y algo iría mal en nuestro interior si no louviéramos, pero merece la pena recordar que el Imperio de la Humanidad, que ha durado todos estos miles de años, fue forjado por hombres que tenían miedo, pero que de todas maneras se enfrentaron a los demonios.

Soltó a Kronn, se agachó y tomó del suelo la gorra del capitán. Pesaba bastante debido a todo el entramado de hilo de oro y franjas de plata. Le sacudió el polvo antes de pasársela a Kronn.

—Empecemos de nuevo, señor capitán Vuyder Kronn.

Kronn se volvió hacia los soldados que se habían reunido cerca de ellos dos.

—Vamos a entrar en combate, sargento Janvier. Prepárense.

—¡Si, señor capitán!

—¡Dotaciones a las plataformas! ¡Carguen la munición! ¡Conecten las células de energía!

Ludd siguió a Kronn hasta su vehículo de mando, un reluciente Súper Hydra con dos torretas cuádruples. El capitán se detuvo delante del vehículo y miró a Ludd.

—¿Qué hacemos, comisario?

—La línea de combate nos ha dejado un poco atrás. Le sugiero que avance en formación unos quinientos metros, quizá un poco más. Tenemos que sellar este flanco de la línea y, lo más importante, hay que empezar a castigar a las unidades enemigas. Puede que no tenga una gran variedad de blindados, señor, pero los Hydra y las armas multiláser disponen de una tremenda cadencia de tiro. Debemos cubrir esa zona con una buena potencia de fuego —le dijo Ludd señalando una franja de terreno—,

Tenemos que causarles muchas bajas, e incluso dividir la punta de ataque de esa falange.

Kronn asintió y se subió a la parte posterior del vehículo.

—Me gustaría poder disfrutar de sus consejos mientras avanzamos —le dijo a Ludd—. Como se habrá dado cuenta con facilidad, esta unidad no tiene experiencia en combate. Somos... novatos. Jamás habíamos presenciado algo como esto. Nos serviría de gran ayuda su experiencia en este tipo de asuntos.

Ludd se quedó sorprendido durante unos momentos.

—¿Mi experiencia?

—Sea lo que sea lo que le permite mantenerse tan calmado, tan centrado. Ayúdeme, comisario, por favor. Estoy seguro que puede comprender la situación en la que estamos. Seguramente recuerda la primera vez que entró en combate.

Ludd se subió al lado de Kronn.

—Lo cierto es que la recuerdo con claridad —le dijo—. Nunca se olvida la primera vez.

Los tanques rodantes eran prácticamente estructuras esféricas de planchas de acero de unos tres metros de diámetro. De esas carcasas sobresalían como espigas de un erizo de mar las bocachas de los cañones de plasma con los que iban armados. Rodaban y rebotaban por el campo de batalla de un modo incesante y pesado, impulsados por alguna clase de propulsión inercial, mientras disparaban al azar rayos de energía destructiva.

Gaunt nunca había visto uno en persona, pero había leído muchos informes sobre los devastadores efectos que tenían en los campos de batalla. Eran como juguetes letales, unos artefactos sacados de los sueños más delirantes del archienemigo, capaces de provocar una matanza allá donde rebotaran.

Las falanges de tropas adoradoras del Caos seguían el avance errático de los tanques rodantes. Los adoradores iban protegidos con armaduras de placas negras y empuñaban lanzallamas con los que achicharraban el terreno ya azotado por los blindados esféricos. Algunos adoradores llevaban entre varios unos pesados incensarios, que eran los que expulsaban la nube de humo negro que marcaba el avance del archienemigo, envolviéndolo en una cobertura eficaz e incrementando el efecto de los incendios.

—¡Manteneos firmes! ¡Formad una línea aquí! —gritó Gaunt.

Algunos de los soldados imperiales obedecieron. Otros huyeron. El tanque rodante que iba en vanguardia cruzó la línea y masacró guardias imperiales por doquier con las descargas de rayos o aplastándolos bajo su peso. Gaunt vio morir a muchos soldados. A demasiados soldados.

Los tanques rodantes no eran sólidos, en realidad. Estaban bien blindados y

recubiertos de placas además de ir envueltos en tiras de alambre de espino oxidado, pero no eran más que estructuras ensambladas. Gaunt consiguió distinguir a los operadores dentro de las bolas. Iban metidos en unas cabinas estabilizadas mediante giróscopos para protegerlos del continuo bamboleo de las jaulas esféricas que los rodeaban.

Producían un terrible sonido mientras avanzaban, un ruido traqueteante que se podía oír incluso por encima del aullido de las armas que disparaban.

Gaunt se había dado media vuelta para lanzar otro grito de ánimo cuando un rayo de plasma pulverizó el suelo bajo sus pies. Cayó retorciéndose por el barro hacia el interior del agujero donde el agua caída se transformaba en vapor inmediatamente a causa del tremendo calor.

Varias explosiones estallaron por encima de él. Gaunt salió del agujero cubierto de barro caliente. Vio pasar cerca un tanque rodante y se agachó cuando unos cuantos rayos pasaron junto al agujero. La línea de la Guardia Imperial se había roto. Los soldados huían. Algunos caían envueltos en llamas cuando los rayos los alcanzaban. Otros quedaban partidos por la mitad, o decapitados, cuando sufrían un impacto directo. Un rayo de plasma, sobre todo si era la versión más primitiva y ancha utilizada por los tanques rodantes, era muy capaz de partir en dos un cuerpo humano. Un rayo brillante se cruzó con todo un pelotón de soldados que huían y los torsos dejaron atrás las piernas. Gaunt vio a un sargento intentar salir de la zanja. Uno de los rayos, brillante como el sol, le impactó y el soldado cayó en dos direcciones distintas, cortado por la mitad a lo largo de la espina dorsal.

Gaunt se puso en pie y empezó a correr para regresar a la línea rota de los Fortis Binary. Los hombres se arremolinaban a su alrededor corriendo también. Un Vanquisher avanzó por encima de la zanja e impactó de lleno a uno de los tanques rodantes con el arma de la torreta. El tanque rodó hacia atrás una y otra vez, como una pelota, y luego comenzó a avanzar de nuevo hacia el tanque. Sus armas volvieron a aullar.

El blindaje del tanque se hundió como papel mojado y el vehículo empezó a arder.

—¡Manteneos firmes! —gritó Gaunt.

—¡Están acabando con nosotros! —protestó uno de los soldados.

—¡Pues acabemos nosotros con ellos! —le contestó Gaunt.

Pero ¿cómo? La línea se había hundido. Todo lo conseguido a lo largo de los primeros momentos de la batalla se había perdido. ¿Cómo se podía eliminar a unas máquinas como aquéllas?

Gaunt descubrió que estaba deseando que Larkin estuviera allí con ellos. El veterano francotirador habría tenido el ingenio y la habilidad de colar un proyectil a través de la estructura exterior de las jaulas de los tanques rodantes y al menos habría

matado a los tripulantes.

Pero los fantasmas ya no estaban con él, ni lo estarían nunca más. Estaba rodeado de jóvenes atemorizados que huían y literalmente se cagaban encima ante la llegada de la muerte.

Y no podía culparlos por ello.

—¡Que alguien me dé una granada! —gritó.

El tanque rodante más cercano dejó de disparar y rodó lentamente hasta detenerse. Gaunt corrió hacia el artefacto esperando acabar incinerado en cualquier momento. Se acercó a la bola humeante. Vio desde varios metros ya través de la estructura y de las placas que el tripulante estaba muerto y doblado sobre sí mismo. Tenía clavado un virote de hierro en la garganta.

—¡Eszrah! ¡Eszrah! —gritó Gaunt.

La esbelta y elevada figura del nihtgane apareció corriendo a grandes saltos sobre el barro en dirección al comisario. Recargó su arma.

—¿Quid, amicus?

—¿Has sido tú?

Eszrah se metió los dedos en la boca e hizo de nuevo el gesto nihtgane de arrancar un alma.

—Hazlo otra vez, por favor.

Puede que no tuviera a Hlaine Larkin, pero disponía de la habilidad cazadora de un partisano del Impro.

Gaunt y Eszrah echaron a correr hacia el tanque rodante más cercano.

Ya los había dejado atrás y estaba pasando por encima de la blanda superficie de la ciénaga. Los soldados huían delante de aquel vehículo. Unos cuantos había buscado refugio detrás de unos peñascos quemados.

—¡Usted!, ¿cómo se llama? —le preguntó Gaunt a uno de ellos.

—Soy el sargento Tintile, señor. George Tintile.

—Me alegro de conocerlo —le dijo Gaunt mientras se acercaba a la carrera—. Me llamo Gaunt.

—Todos sabemos quién es usted, señor —le respondió Tintile.

—Me siento halagado. Escúcheme, sargento, la línea se ha roto, pero todavía no hemos sido vencidos. Quiero que envíe un mensajero a Whitesmith y que le diga que están avanzando.

—¿Por qué, señor?

—Porque nuestras tropas van a avanzar. Los tanques rodantes son armas para provocar terror. Mírelo usted mismo. Ya han atravesado las líneas. El enemigo cree que cuando eso ocurra del todo, huiremos como locos. Demostrémosles que están equivocados. Avancen. Cárguense a esos cabrones que vienen detrás.

—Pero los tanques rodantes, señor... —empezó a decir el sargento.

—Yo me encargaré de ellos. Hágalo por mí, Tintile, por favor. El Emperador protege.

—Sí, señor.

—¿Le quedan granadas, Tintile?

El sargento le entregó sus dos últimas granadas de mano.

—Buena suerte, señor.

Tintile reorganizó a sus soldados y continuó el avance. Poco a poco al principio, con más ánimo después. La destrozada línea de combate de los Fortis Binary se reorganizó y se lanzó de nuevo a la carga.

Gaunt y Eszrah se aproximaron al siguiente tanque rodante, que había quedado atrapado entre unos alerces. Disparaba sin cesar los cañones de plasma contra los blindados imperiales mientras forzaba su motor inercial para salir de allí.

Eszrah mató al tripulante con el segundo disparo. Cuando el tanque rodante quedó quieto e inmóvil sobre la superficie embarrada, Gaunt corrió y lanzó una de las granadas de Tintile en el interior de la estructura.

El vehículo estalló con tal fuerza que Gaunt salió despedido por los aires. Eszrah lo ayudó a levantarse y se alejaron de la esfera envuelta en llamas.

—Ya van dos —comentó Gaunt mirando a su alrededor en busca de otra de aquellas armas terroríficas.

—Helo —le dijo Eszrah señalando.

Hacia el norte había empezado a caer una tremenda lluvia de proyectiles y disparos láser sobre el avance del archienemigo. Las falanges de adoradores del Caos aullaron y murieron bajo el fuego de los cañones multiláser, que los segaban con una tremenda cadencia de disparo. Los portadores de los incensarios se desplomaron. Un diluvio de disparos, que más parecía una lluvia torrencial de fuego, envolvía a todo el flanco derecho enemigo.

Los Dey Hetra habían avanzado y se habían trabado en combate.



VEINTIUNO

Los habían repelido durante todo un día.

El Pacto Sangriento atacó otra vez tres horas después de que la unidad de Rawne lo rechazara por sí sola. Lo hizo desde el este, aprovechando las masas de cuarzo que cubrían la cota 19 para ocultar su avance hacia el terreno bajo del compartimento. Para entonces, después de consultarlo con DeBray, Wilder había movilizó al grueso del Octogésimo Primero Primero hasta una posición en el flanco oriental en previsión de un ataque semejante, y había dejado al Cuadragésimo de Kolstec toda la responsabilidad de defender la colina 56.

En aquel momento, la situación parecía ir a mucho peor. El Pacto Sangriento se lanzó al ataque en masa, con un número de tropas muy superior al del último ataque, decidido a que no lo rechazaran por segunda vez. El Octogésimo Primero Primero se mantuvo firme y defendió una línea de terreno abrupto de unos dos kilómetros de longitud desde unas posiciones fortificadas construidas con premura, confiando sobre todo en las armas de apoyo con dotación.

Las brigadas de blindados del archienemigo estacionadas al otro lado de la colina 56 atacaron de nuevo en aparente coordinación con el asalto del Pacto Sangriento por la zona oriental. Toda posibilidad de que los agotados tanquistas de Rothberg se pudieran retirar se esfumó por completo. Se vieron envueltos en un combate cada vez más feroz apoyados por las reservas hauberkanas, que fueron relevadas por la llegada de los prometidos blindados de Sarpoy, quienes se suponía debían reemplazarlos en el campo de batalla. El puesto 36 se apresuró a enviar más infantería de Kolstec para reforzar tanto la colina 56 como la posición de Wilder. Oleada tras oleada de Valkyrie empezaron a volar arriba y abajo para transportar munición de forma urgente por toda la zona sur del compartimento para que las áreas de combate no carecieran de suministros básicos.

Al caer la noche se hizo evidente que el archienemigo no iba a ceder en ninguno de los dos frentes de combate.

Wilder se había mantenido informado a lo largo de todo aquel día agotador sobre lo que ocurría en el Mons. Por como sonaba todo, las circunstancias eran mucho peores en el tercer compartimento. Tanto Wilder como Fofobris habían solicitado refuerzos al alto mando por medio de DeBray, pero apenas les hicieron caso. Las reservas más importantes ya se habían enviado al tercer compartimento, donde la situación se había calificado como «grave». Después de un tiempo, incluso eso se había cortado. Wilder escuchó el frenético y descorazonador intercambio de mensajes que describían lo que ocurría en el primer y segundo compartimentos, donde las

columnas de auxilio estaban encajonadas por la gente que huía de los combates en el tercer compartimento. También oyó ominosos informes acerca de que algunas de las propias columnas de auxilio también habían empezado a huir, aterrorizadas al oír lo que estaba ocurriendo en el frente. Algunas de esas unidades aparecían como «en desbandada» en los informes. Otras, más prudentes quizá, declaraban que tenían «problemas técnicos» que les impedían seguir avanzando.

Era un panorama muy preocupante. Los dos compartimentos clave, el tercero y el quinto, estaban sufriendo fuertes ofensivas, y el resto de las fuerzas imperiales iban de un lado a otro, desorganizadas, sin ser capaces o sin querer acudir en ayuda de ninguno de aquellos dos compartimentos.

La experiencia profesional de Wilder le había enseñado que la guerra era así. Unos días tranquilos, unos meses en calma, podían verse interrumpidos de repente por unos estallidos espectaculares de actividad enemiga. No veía nada especialmente siniestro en el hecho de que el enemigo hubiera escogido aquel día para coordinar y unificar la defensa de Mons Sparshad. En muchos sentidos había estado esperando que aquello ocurriera.

Sin embargo, no había forma de negar el éxito que el archienemigo había cosechado. Nadie sabía con seguridad el grado de centralización que el mando enemigo tenía en el misterioso corazón del Mons, pero fuera cual fuera, el contraataque había sido planificado de forma magistral en todos los frentes, y como resultado, la organización y la disciplina de la orgullosa Guardia Imperial se había paralizado, agarrotado.

Los combates en el quinto compartimento continuaron después de que anoheciera. La temperatura descendió, pero los feroces combates entre tanques que se libraban detrás de la colina 56 siguieron iluminando el horizonte y pintando las enormes murallas del compartimento con un parpadeo continuo de resplandores multicolor. La intensidad del ataque había disminuido un poco en la línea de Wilder, pero las armas de apoyo del Octogésimo Primero Primero tuvieron que continuar disparando durante toda la noche para frustrar los intentos de los grupos de infiltración del Pacto Sangriento de utilizar la oscuridad para atacar las posiciones imperiales. Uno de esos grupos casi logró atravesar la línea después de la medianoche, pero lo impidió la compañía de Callide después de un combate brutal a través de los matorrales cubiertos de escarcha que duró cuarenta minutos.

Otros peligros los esperaban en la oscuridad. Los acechadores aparecieron de nuevo, algunos, de forma inexplicable, detrás de las líneas imperiales, como si durante el día hubieran logrado mantenerse ocultos en alguna clase de madriguera de la parte sur del compartimento. Atacaron dos columnas de municionamiento, donde murió bastante personal, las tropas de Kolstec sufrieron varias incursiones depredadoras desde la retaguardia.

Al día siguiente, cuando amaneció, el sol no era más que una pequeña mancha de luz en una capa de nubes negras. Aquel humo antinatural que se alzaba desde el tercer compartimento empezaba a cubrir todo el Mons Sparshad. La penumbra irreal así creada parecía obra de alguna clase de hechicería maligna.

Durante las primeras y frías horas de la mañana todo se mantuvo tranquilo a lo largo de las posiciones del Octogésimo Primero Primero. Las distorsiones en los canales de comunicación aumentaron y los inexplicables vientos diurnos soplaron con mayor fuerza por los matorrales y arbustos de espino. Luego, el Pacto Sangriento reinició el ataque contra el flanco oriental.

Esa vez enviaron tanques rodantes para destrozar la línea de infantería que los había rechazado una y otra vez a lo largo del día anterior. Wilder ya estaba advertido sobre aquellos artefactos gracias a los mensajes inconexos que había interceptado procedentes del tercer compartimento. Al parecer, derribaban todo lo que se encontraban a su paso, como si fueran bolos, aunque de un modo aleatorio, y así abrían paso a las demás fuerzas terrestres.

Vio que eran tres. Bajaron por la ladera de la cota 19 traqueteando como guijarros metidos en una lata. En la lejanía parecían muy extraños, nada amenazadores. Las tropas de Wilder se limitaron a contemplarlos. Unas bolas de acero que rodaban sobre el suelo húmedo y sucio. De repente, las espinas empezaron a brillar y a disparar descargas de plasma ardiente en todas direcciones, como si fueran petardos móviles.

Los hombres y mujeres del Octogésimo Primero Primero, veteranos todos ellos, no salieron huyendo presas del pánico como habían hecho los novatos de Fortis Binary el día anterior en el tercer compartimento. Mantuvieron la línea, y esa determinación les costó casi treinta vidas antes de que pudieran acabar con los vehículos enemigos.

Las peores pérdidas las sufrió la compañía L, la de Varaine. Sin hacer caso de la intensa lluvia de disparos, el tanque rodante se abalanzó contra ellos y aplastó a los que no había desmembrado y achicharrado antes con sus armas. El cabo Choire, uno de los mejores soldados de Varaine, fue el que logró detenerlo. La suerte, más que ninguna otra cosa, había dejado que Choire quedara indemne tras el paso del arma esférica. Consiguió lanzarle una granada que se coló en el interior de la estructura y mató al tripulante, pero Choire no vivió lo suficiente para disfrutar de su victoria. Uno de los últimos rayos de plasma disparados por la máquina agonizante le vaporizó la cabeza.

El comisario Hark encabezó el ataque contra la segunda arma. Estaba decidido a destruirla antes de que llegara hasta la línea del Octogésimo Primero Primero. A pesar de la pérdida de cuatro soldados lo bastante valientes como para acompañarlo y ponerse a tiro de las letales armas, Hark disparó una y otra vez con la pistola de plasma hasta que consiguió matar al tripulante. El cañón rodante avanzó sin dirección

durante unos momentos hasta detenerse emitiendo una nube de humo.

Caffran, Guheen y un belladonita llamado Gespelder, cada uno de ellos armado con un petatanques y apoyados por nerviosos equipos de cargadores, utilizaron hasta catorce cohetes para detener al tercero. Uno de los dos últimos cohetes logró atravesar el espeso blindaje de la esfera con la profundidad suficiente como para impactar en las baterías de energía o provocar alguna clase de fallo catastrófico de una de las armas, ya que el tanque rodante explotó como una estrella en miniatura. Guheen y Gespelder se pusieron a discutir de forma amistosa quién de ellos debería reclamar la diana.

La línea del Octogésimo Primero Primero se vio sacudida por los vítores cuando el último de los tanques rodantes estalló, pero la alegría duró poco tiempo. El ataque del Pacto Sangriento comenzó de nuevo, con tanques acechantes y plataformas artilleras modificadas en vanguardia.

Se produjeron tres horas de intensos combates. Wilder se temió más de una vez que fueran derrotados y aniquilados, pero Hark y Novobazky, junto a los demás jefes de compañía, mantuvieron firmes las posiciones. Vio con una mezcla de irritación y agrado que incluso Rawne dirigía a los soldados en la misma línea de frente y los espoleaba a seguir combatiendo.

Poco antes del mediodía llegó una falange de blindados hauberkanos procedente del puesto 36 para apoyarlos. La formidable potencia de fuego y el alcance de sus armas principales destrozaron la cohesión del frente del Pacto Sangriento, que se vio obligado a retirarse.

Wilder estaba sorprendido. Jamás creyó que se fuera a alegrar de ver un tanque hauberkanos.

Después de la batalla se produjo una expectante calma temporal. El Octogésimo Primero Primero se mantuvo vigilante, pero aprovechó la ocasión para comer, preparar las armas para el siguiente enfrentamiento e incluso dormir un rato. Aunque el día estaba ya muy avanzado, las condiciones generales no habían mejorado. El ambiente seguía siendo oscuro y opresivo, con el aire helado y el suelo tan duro como el hierro. Los soldados se arrebujaban con las capas de camuflaje y con los sacos de dormir al lado de los peñascos o sobre las zonas de hierba, tiesa por el frío. Algunos se limitaron a sentarse para contemplar el terreno cubierto de matojos, de cientos de cadáveres y de los restos chamuscados de los vehículos de combate. Todo aquello yacía esparcido en el terreno que los separaba de la cota 19.

Los blindados hauberkanos se habían desplegado en el flanco izquierdo de la posición del Octogésimo Primero Primero. Wilder se acercó hasta allí para conferenciar con los tanquistas mientras Baskevyl se ocupaba de supervisar el reparto de la munición que acababa de llegarles, procedente del puesto 36, a bordo de dos Valkyrie.

—Creo que deberíamos irnos ahora mismo, mientras todo está tranquilo —dijo Mkoll—. Si esperamos mucho más, se hará de noche.

Rawne asintió. Habían encontrado un sitio donde podían hablar apartados de los demás, detrás de unos tilos partidos que estaban a unos treinta metros de las trincheras de la compañía E. Criid, Varl, Feygor y Larkin estaban con ellos.

—De acuerdo. Tomad todo lo que necesitéis. Nos encontraremos al otro lado de esas rocas dentro de quince minutos y...

Varl hizo un repentino gesto cortante con un dedo en la garganta y Rawne se calló inmediatamente. Gol Kolea y Ban Daur se acercaban a ellos.

—¿Va todo bien? —preguntó Kolea.

—Sí —contestó Rawne.

Kolea miró a Daur.

—¿Lo ves? Tan sólo se están tomando un respiro. Ya te dije que no estaban haciendo nada raro.

—Tenias razón —le respondió Daur apoyándose en el tronco de un árbol y cruzando los brazos.

—Mira que decir que tenían un aire conspirador —insistió Kolea.

—Lo sé. Hay que ver.

Kolea miró a Rawne.

—Porque no hay ninguna conspiración por aquí, ¿verdad?

Rawne no dijo nada. Kolea miró a Mkoll.

—¿La hay, jefe? ¿No, verdad? No son más que un puñado de camaradas que se están tomando un descanso, relajándose. No debería sospechar nada del hecho de que todos vosotros seáis almas perdidas que estuvisteis en Gereon.

Mkoll sostuvo la mirada de Kolea sin mostrar ningún síntoma de incomodidad.

—No está pasando nada, Kolea.

Kolea frunció los labios y levantó la vista hacia el cielo como si quisiera seguir el curso de las nubes oscuras.

—Me han calentado las orejas —dijo al cabo de unos momentos—. Por ponerme de tu parte ayer, Rawne. Wilder estaba cabreado porque nos largamos con la compañía E y la C sin su permiso, aunque luego resultara que teníamos una buena razón. No es que le culpe. Si yo fuera él, también estaría enfadado de narices. Esta unidad es muy buena, y gran parte del mérito lo tiene el esfuerzo que Wilder le ha dedicado.

—Entendido. ¿Por qué me lo cuentas? —le preguntó Rawne.

—Porque odiaría ver que pasa otra vez. Es maravilloso que hayáis regresado con nosotros, pero si os negáis a integraros, eso va a causar problemas. Por ejemplo, si tenéis vuestros propios planes. ¿Cómo va a poder Wilder mantener su autoridad si os

negáis a colaborar con él? El Octogésimo Primero Primero sufrirá, y todos y todo lo que solía formar parte del Primero de Tanith también.

—Lo entiendo, pero es que hay algunos asuntos que... —empezó a decir Rawne.

—¿Cómo qué? —lo cortó Daur.

Rawne respiró profundamente antes de contestar.

—Hay cosas que no encajan en vuestro bonito mundo organizado, instintos. Presentimientos. No me disgusta Wilder, y de verdad os digo que no tengo intención alguna de perjudicar a la unidad, pero es que hay cosas...

—¿Son importantes? —quiso saber Daur.

—Feth, yo creo que lo son.

—Pues díselo a Wilder. Ponlo de tu lado en vez de largarte a espaldas de él, cabreándolo y minando su capacidad de mando.

—Wilder no...

—¿Cómo sabes lo que Wilder hará o no, Elim? —le preguntó Kolea—. ¿Se lo has preguntado? ¿Le has dado alguna oportunidad? Ban tiene razón. Wilder es un buen tipo, y cuando los fantasmas pensamos que tú, Gaunt, Mkoll y todos los demás habíais muerto, tuvimos suerte de que nos tocara él como comandante. Habla con él.

Rawne miró a los demás miembros de su grupo. Ninguno de ellos hizo comentario alguno.

—Gereon os fastidió a base de bien, ¿verdad? —comentó Kolea en voz baja—. Creo que habéis vuelto con tanta confianza en vosotros mismos que habéis olvidado lo que es confiar en nadie más.

—Tú no sabes cómo era aquello —dijo Feygor.

—No, no lo sé, porque vosotros, cabrones, seguís sin querer contármelo, pero creo que he tocado un nervio, ¿no? Habéis olvidado confiar en los demás.

—Confiamos los unos en los otros —dijo Rawne—. Y en Gaunt.

—Esto tiene algo que ver con Gaunt? —le preguntó Daur.

—Puede ser.

—Entonces, ¿a quién eres leal? —le exigió saber Kolea—. ¿A este regimiento o a Gaunt? Porque si la respuesta es a Gaunt, aquí no va a funcionar nada de nada.

—¿Recordáis su última orden? —preguntó Criid.

Todos la miraron. Una ráfaga de viento le apartó el mechón de cabello que le tapaba la cara y vieron la fea cicatriz que le recorría la mejilla izquierda, la herida de cuchillo por la que se había dejado crecer la melena para taparla.

—La última orden que le dio al Primero de Tanith —repitió—. Antes de que partiéramos hacia Gereon, Gaunt les dijo a los fantasmas que si no regresaba deberían obedecer a quienquiera que lo sustituyera de un modo tan leal como lo habíamos obedecido a él. Deberíamos contárselo a Wilder, Rawne. Como soldados del Imperio estamos obligados a ello, porque eso fue lo que nos ordenó Gaunt.

—Buenas noticias —dijo Baskevyl dirigiéndose a Wilder y a Novobazky—. Acabamos de recibir un mensaje del puesto 36. Esperan que para mañana al amanecer recibamos grandes refuerzos. Van Voytz ha enviado todas las reservas que había en las Llanuras Rotas a la línea del frente.

—¿Todas? —le preguntó Wilder.

—Todas las unidades —confirmó Baskevyl—. Supongo que ya está tan cansado de este lugar como todos nosotros.

—Que nadie mire —dijo Novobazky.

Rawne, Mkoll y Kolea se acercaban a ellos atravesando la zona de matorrales.

—Estupendo —soltó Wilder—. No os vayáis muy lejos ninguno de los dos. He visto motines con mejor cara.

Dio unos pasos hacia ellos y Kolea y Mkoll se quedaron un poco rezagados para que Rawne se quedara solo cara a cara con Wilder.

—¿Sí, mayor?

—Coronel, creo que sería conveniente que hiciéramos borrón y cuenta nueva.

—¿De verdad? —le contestó Wilder con las cejas alzadas.

—La situación es complicada, y el regreso al regimiento del grupo de la misión de Gereon, sobre todo el mío y el del sargento Mkoll, debe de haber provocado cierta inseguridad en las lealtades.

—Se podría decir así.

—Mis actos de ayer no deben de haber ayudado mucho.

Aquello hizo que Wilder sonriera.

—De acuerdo, Rawne. No creas que no aprecio en lo que lo vale este esfuerzo que haces, pero tengo la sensación de que hay algo más.

—Tiene razón. Hay algo más que se debe hacer. Iba a ponerme a hacerlo sin más, pero el mayor Kolea se tomó la molestia de recordarme que soy un oficial de la Guardia Imperial y que tengo la responsabilidad de aclarar mis actos a mi comandante.

—Premio para el mayor Kolea. Muy bien, suéltalo ya. ¿Qué hay que hacer?

—Pronto oscurecerá del todo —le explicó Rawne—. Después de la experiencia de ayer por la noche, deberíamos formar un perímetro de seguridad en retaguardia para prevenir cualquier posible ataque de los acechadores.

—Estoy de acuerdo. Completamente de acuerdo. ¿Lo ves? No ha sido tan difícil —le dijo Wilder. Se quedó callado y vio la expresión del rostro de Kolea—. Hay más, ¿verdad, Kolea?

Kolea asintió.

—Verá, señor —le explicó Rawne—. Me gustaría aprovechar este momento de tranquilidad no sólo para establecer el perímetro, sino para rastrear a esos

acechadores.

—¿Rastrearlos?

—Mkoll está seguro de que puede hacerlo.

—¿Rastrearlos? —repitió Wilder.

—Para descubrir de dónde salen —le dijo Mkoll.

—¿Nos referimos a guaridas o madrigueras o lo que sea?

—O lo que sea —confirmo Mkoll.

—¿Por qué? —quiso saber Wilder.

—Ésta es la parte que no le va a gustar —dijo Kolea.

—¿No habíamos llegado ya a ella? —comentó Wilder.

—Recibí un mensaje de Gaunt —le contó Rawne.

Wilder dio un paso atrás teatralmente y miró de reojo a Baskevyl y a Novobazky.

—¿Conocéis esa sensación? —les preguntó—. ¿Cuándo te enteras de que tu novia le está escribiendo todavía a su antiguo novio?

Baskevyl empezó a reírse en voz baja.

Wilder volvió a mirar a Rawne.

—Rawne, Rawne, no sentiría tan minada mi autoridad si... si me hubieras puesto una mina antitanque en... en el trasero. —Probablemente eso sonaba mucho mejor mientras lo pensaba—, ¿verdad?

—Sí. Sonaba mucho, mucho mejor.

—Escúcheme, Wilder. Como todo el mundo se ha apresurado a resaltar, y me refiero a todos, incluidos el alto mando, el Comisariado, la Inquisición y nuestros viejos camaradas del Primero de Tanith, el grupo que fue a Gereon ha vuelto cambiado. No te pasas tanto tiempo en un mundo dominado por el Caos sin que algo te afecte. Cambió el modo en que combatimos. Cambiamos en el modo de vivir y de pensar, en el modo en que confiamos. Todos esos cambios fueron alteraciones a las que nos obligó la simple necesidad de sobrevivir. Gereon nos dejó marcados.

—¿Cómo con una especie de contaminación? —le preguntó Novobazky. Sólo lo decía medio en broma.

—Sí, pero no de la clase a la que se refiere. Para permanecer vivos tuvimos que desarrollar unos... presentimientos, unos instintos. ¿Cómo lo llamarías, Mkoll?

—Una sensibilidad.

—Sí, eso. Una sensibilidad. Algo que nos alertara cuando la situación no iba bien, cuando los Poderes Siniestros estaban actuando o a punto de atacar. Tengo ese presentimiento ahora mismo. Gaunt también. Lo hemos tenido desde que llegamos aquí.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Wilder.

—Que no creemos que Mons Sparshad sea lo que parece ser. No son simplemente unas ruinas viejas donde se ha escondido el archienemigo. Aquí está ocurriendo algo

más. Piense en los acechadores. ¿De dónde, en nombre de Feth, salen todas las noches?

—No lo sé.

—Nadie lo sabe. Gaunt me sugirió que ya iba siendo hora de que alguien lo averiguara. Se puso en contacto conmigo porque pensó que era una tarea perfecta para los exploradores de Tanith, sobre todo Mkoll y Bonin. Si ellos no pueden rastrear de dónde salen esas bestias, nadie podrá hacerlo.

—¿Y qué espera que encontréis? —preguntó Baskevyl.

—Esperemos que guaridas y madrigueras —contestó Mkoll—. Quizá alguna clase de cubil, lugares naturales que nadie haya encontrado todavía.

—Pero vuestro instinto os dice... —empezó Wilder.

—Que llegan de un modo diferente. Este lugar no es lo que parece.

—Si eso es cierto —apuntó Novobazky—, lo puede cambiar todo.

—Muy bien, me habéis convencido. No estoy muy contento, pero me habéis convencido. Rawne, organiza un grupo, pero que no esté compuesto sólo por supervivientes de Gereon. Incluye a Novobazky además de al menos un par de exploradores de Belladon.

—Sí, señor.

—Y establece contacto de forma regular.

—Sí, señor.

Rawne saludó y luego se marchó. Wilder se dio la vuelta hacia Baskevyl y Novobazky.

—Era lo correcto, ¿verdad?

Baskevyl asintió.

—Si solo una parte de lo que dice es verdad —comentó Novobazky—, esto es muy importante.

—Y si no lo es —contestó Wilder con una sonrisa—, al menos me quitaré de en medio a Rawne durante unas horas. Quién sabe, lo mismo tenemos suerte. Es posible que algo se coma a Rawne.

La partida de caza salió de las posiciones del Octogésimo Primero Primero media hora después y se dirigieron hacia el sur, hacia la densa zona de matorrales del centro del compartimento. Rawne había escogido a Mkoll, a Bonin, a Varl, a Criid y a Beltayn, y había dejado que el comisario Novobazky eligiera a los belladonitas. Éste seleccionó a Fendy Kolosim, a Wes Maggs y a dos soldados de reconocimiento que Rawne no conocía llamados Kortehus y Villyard.

Avanzaron hacia el sur en una amplia circunferencia atravesando bosquecillos de matorrales y de espino y cruzando terrenos de suelo polvoriento y piedras sueltas. En la primera hora, Mkoll anunció tres veces que había detectado un rastro, pero cada

uno de ellos tenía al menos dos o tres días de antigüedad en su opinión, por lo que eran demasiado viejos como para que mereciera la pena seguirlos.

—Yo no veo nada —se quejó Maggs en cada ocasión.

—¿Por qué no me sorprende? —murmuró Bonin.

Mkoll los condujo por una franja de árboles muertos, tilos sin hojas y resecos, blanqueados por los elementos y que desgarraban el cielo con sus ramas nudosas y retorcidas. Entre ellos, cada pocos metros, había unos enormes peñascos caídos hacia diferentes lados. Eran bloques de granito cubiertos de musgo que parecían haberse desprendido de la muralla del compartimento muchas generaciones atrás. Mkoll y Bonin los inspeccionaron uno por uno.

—¿Qué interés tienen esas rocas? —le preguntó Novobazky a Rawne.

—Gaunt me dijo que habían seguido el rastro de un acechador en el tercer compartimento, y que parecía desaparecer a los pies de una roca grande.

—¿Rastreó a uno?

—Bueno, en realidad lo rastreó Eszrah Noche, un partisano de Gereon que va con Gaunt a todas partes. Es un excelente rastreador. El mejor que conozco.

—Si ese tipo, Noche, es tan bueno..., ¿para qué nos ha pedido Gaunt que hagamos esto?

—Gaunt quiere que su teoría vaya apoyada por pruebas. Novobazky, si usted perteneciera al alto mando, ¿en quién confiaría más?, ¿en las afirmaciones heréticas de un cazador primitivo o en los descubrimientos certificados de una expedición de reconocimiento de la Guardia Imperial?

—Entendido —contestó Novobazky.

—¡Aquí hay algo! —gritó Mkoll.

Todos se apresuraron a acercarse. Criid, Varl y los belladonitas formaron un perímetro de seguridad.

—¡Se está haciendo de noche! —avisó Varl.

—Lo sé —le contestó Rawne.

Mkoll estaba en cuclillas al lado de la base de una de las grandes rocas.

—Aquí hay un rastro —le dijo a Rawne—. Es bastante reciente. Parece entrar justo debajo de la roca.

—¿Cómo es posible? —preguntó Kolosim.

Maggs se arrodilló al lado de Mkoll.

—Esta vez lo veo. Trono, Mkoll, tienes una vista excelente. No hay duda, sigue bajo la roca.

—¡Aquí hay otro! —gritó Bonin.

El grupo principal se acercó hasta donde el explorador estaba arrodillado, en una mancha de hierba. Los soldados se movieron con ellos, con los rifles preparados.

—¡Se está haciendo muy de noche! —los advirtió de nuevo Varl.

—Lo sé —repitió Rawne.

—Sólo avisaba.

—Es reciente. Se dirige hacia allí —dijo Bonin sin dejar de estudiar el rastro—. Puede que sea de ayer por la noche o de esta mañana temprano. Mkoll asintió.

—Por aquí.

—Un momento —dijo Kolosim, que hablaba con un leve ceceo debido a la hinchazón de la herida que había sufrido en el labio—. Creí que Bonm había dicho que el rastro iba hacia allí.

—Sí.

—Entonces..., ¿por qué vamos en la dirección opuesta?

—Porque no queremos saber adónde fue, Ferdy —contestó Maggs—. Queremos saber de dónde venía.

—Di lo que quieras de Maggs —le comentó Bonin a Mkoll—, pero aprende con rapidez.

—Sí, sí que lo hace —respondió Mkoll.

Criid levantó de repente una mano. Todos se quedaron inmóviles. Un rugido ululante les llegó de un punto no muy lejano del bosque sin vida.

—Vaya, vaya, eso no es nada, nada bueno —dijo Varl.

—Fuego automático. Fuera seguros —ordenó Rawne.

Novobazky sacó una pistola de debajo del abrigo. Era un arma pesada de color negro mate y aspecto feo: sin duda, una pistola de plasma.

—Hark me la ha prestado. Pensó que quizá nos vendría bien un poco más de potencia de fuego.

—Siempre me ha caído bien el comisario Hark —dijo Varl, y Beltayn sonrió.

Criid hizo una serie de señales con los dedos.

Algo se mueve a unos treinta metros.

Mkoll asintió e indicó con otra serie de gestos al grupo que avanzara de todos modos. Criid y Varl se encargaron de la retaguardia, caminando de espaldas y apuntando con los rifles a la creciente oscuridad.

El rastro llevaba hasta otro claro. En el centro había otra gran roca inclinada, un ovoide de unas tres toneladas, que relucía por el barniz de líquen verde brillante.

—Quedaos aquí —les ordenó Mkoll.

El grupo se detuvo en el linde del claro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Novobazky.

—¿Notáis eso? —inquirió Mkoll.

Bonin y Beltayn asintieron.

—Por Feth que sí —respondió Rawne—. Es débil, pero está ahí. Un leve zumbido.

—Como el de un glifo —añadió Beltayn.

—Exacto —dijo Rawne—. Exactamente igual que el que hace un glifo.

—¿Qué es un glifo? —preguntó Kortendus.

—No quieras saberlo —le contestó Bonin.

—Maldita sea, me está poniendo los pelos de punta —dijo Rawne.

—A mí me pica la lengua —añadió Varl.

—Yo no siento nada de eso —les dijo Novobazky—. Sólo..., sólo una sensación de inquietud. ¿Sólo me pasa a mí?

Rawne negó con la cabeza.

—No es la primera vez que oigo esto en Ancreon Sextus —dijo Mkoll—. Tú ya lo oíste, Maggs, y usted también, mayor Kolosim.

—¿Ese zumbido? Pero el otro era ensordecedor.

—Esto resuena a un nivel mucho más bajo, pero es lo mismo —le aclaró Bonin.

—¡Mierda. ¡Mirad! —exclamó Villyard.

El explorador de Belladon les estaba señalando la roca del claro. Algo extraño le estaba ocurriendo. Se estaba distorsionando. La silueta se doblaba y se retorció, como si la estuvieran viendo a través de unas ondulaciones producidas por el calor. El zumbido aumentó de intensidad hasta que todos pudieron oírlo.

Luego se oyó un sonido semejante al de una tela al rasgarse y el repentino chasquido de un cambio de presión, como si alguien abriera una compuerta estanca. Los árboles sin vida que los rodeaban se agitaron sacudidos por una exhalación de un viento frío.

El peñasco ya no estaba allí. En el mismo lugar y con su misma forma se abrió un umbral. Una puerta. Un simple agujero imposible en el tejido de aquel planeta.

El agujero destelló y una niebla helada de color blanco empezó a surgir con lentitud de sus profundidades. La realidad se había doblado sobre sí misma de algún modo para permitir que existiera aquel agujero.

—Ahí tiene Gaunt la respuesta —señaló Bonin.

—No comprendo lo que estoy viendo —murmuró Novobazky.

—Lo que está viendo es algo muy malo, comisario —le susurró Mkoll.

—Odio tener que corregirte, jefe... —le empezó a decir Varl.

Los ochocientos kilos de acechador, tres veces forjado, salieron del agujero como si se deslizaran sobre la superficie de un espejo. Avanzó sobre los nudillos, con los hombros agachados, hasta quedar fuera del todo. Olisqueó el aire.

—Exacto —añadió Varl—. Eso sí que es algo muy, muy malo.



VEINTIDÓS

—¡Novobazky! —gritó Rawne.

—¿Q-qué? —tartamudeó el comisario.

—¡Novobazky! ¡El arma!

Genadey Novobazky, todavía aturdido por su primera visión de un acechador maduro, recordó poco a poco quién era, qué era y dónde estaba y empezó a manotear con la pistola de plasma que le había entregado Hark.

—¡Dispárele! —chilló Kolosim.

El acechador se había lanzado a la carga y tomaba velocidad. Los sacos de la garganta bufaban aterradores y había abierto las fauces para que los dientes metálicos se encajaran en sus huecos correspondientes.

La partida de caza abrió fuego. Diez rifles láser disparando en fuego automático iluminaron el claro con una lluvia de rayos.

El monstruo no hizo el más mínimo caso a los disparos y convirtió el galope en un tremendo salto.

Los guardias imperiales se dispersaron llevados por la desesperación. Maggs consiguió derribar a Novobazky con un fuerte empujón lateral que les salvó la vida a ambos. El acechador pasó por encima de ellos y atrapó a Villyard con las fauces.

El belladonita lanzó el grito más horrisono que ninguno de ellos hubiera oído jamás mientras el acechador lo destrozaba con los dientes. Varl se dio la vuelta y empezó a disparar contra la enorme bestia. No era una estupidez; él no era idiota. Sabía muy bien que no podía matar a la criatura con el rifle láser. Intentaba acertar a Villyard. Intentaba evitar que siguiera sufriendo más.

Ocupado con su presa, el acechador dio un zarpazo con la garra izquierda y lanzó a Varl por los aires. El guardia impactó de lleno contra un tronco de árbol, lo partió y cayó inconsciente al suelo.

Maggs rodó hacia Novobazky, también tumbado en el suelo.

—¡La pistola de plasma! ¡La pistola de plasma! —le gritó.

—¡No puedo quitarle el seguro! —balbuceó el comisario manoteando el arma favorita de Hark—. No puedo...

Maggs le arrancó el arma de un tirón. Deslizó el pestillo del seguro y la apuntó contra el acechador.

La enorme bestia se dio la vuelta con el morro empapado en la sangre de Villyard. Aulló y rugió antes de lanzarse a la carga como un toro enfurecido contra el explorador belladonita.

—Trágate esto —le dijo Maggs antes de apretar el gatillo.

El rayo fulgurante del arma vaporizó parte del enorme cráneo del acechador y provocó una increíble explosión de sangre hirviente y esquirlas de hueso.

Sin embargo, el tremendo impulso que llevaba el ataque del tres veces forjado hizo que su gigantesco cadáver siguiera adelante. Se estampó contra Maggs y lo hizo saltar por el aire.

Maggs, agitando los brazos y con un gesto de desesperación en el rostro, cayó de espaldas y desapareció por el agujero. El cuerpo descabezado del acechador se desplomó delante del portal reluciente.

—¡Maggs! —gritó Bonin, y echó a correr hacia el agujero. Mkoll corrió detrás de él.

—¡Feth! —exclamó Bonin al mismo tiempo que se detenía delante del agujero. Alargó una mano y la luz se onduló alrededor de los dedos como si fuera agua—. ¡Maggs! ¡Maggs!

Bonin miró a Mkoll.

—Nunca dejes a un compañero detrás. —le dijo Mkoll antes de dar un salto y cruzar el portal.

—¡Mkoll! ¡No! —rugió Bonin.

Oyó un grito a su espalda. Criid empezó a disparar. Otro acechador, el que les había estado siguiendo el rastro, surgió de los árboles y se dirigió en línea recta hacia Bonin.

El explorador tanith saltó hacia un lado y disparó toda una ráfaga contra el costado de la bestia cuando ésta pasó de largo. No era tan grande como la que había salido del agujero, pero tenía un tamaño más que respetable.

Más de trescientos kilos de músculos, una cabeza blindada de medio metro y unos dientes del tamaño de dedos.

Se lanzó de nuevo a por Bonin con un rugido. Una andanada de disparos de rifle le acribilló el costado izquierdo y lo obligó a darse la vuelta. Kolosim y Criid se dirigían hacia él sin dejar de dispararle para apartar su atención de Bonin.

Lo consiguieron, y se lanzó a por ellos.

Dughan Beltayn cayó sobre la espalda del monstruo y lo apuñaló en la parte posterior del cráneo con su plata pura. El chorro de sangre negra que salió le manchó las manos y los antebrazos. El acechador se estremeció y cayó de bruces, arrojando a Beltayn del lomo como si fuera un caballo desbocado.

Herido, jadeante, con los sacos de la garganta hinchándose y deshinchándose como una bomba de respiración artificial, el acechador dio unos titubeantes pasos más. La daga de Beltayn seguía clavada en la parte posterior de la cabeza del monstruo.

Rawne se acercó a él. Llevaba algo en la mano.

—Eh, tú —lo llamó.

La bestia se dio la vuelta con la sangre chorreando todavía de la enorme boca. Gorgoteó y abrió las mandíbulas cuando notó la presencia de otra presa. Los dientes empezaron a encajarse de nuevo.

Rawne lanzó la carga de demolición de tubo hacia aquella sonrisa espantosa.

El acechador cerró la boca. Se oyó un breve estruendo y luego la cabeza estalló esparciendo sangre espesa y trozos de carne por todo el claro. Rawne se limpió los restos sanguinolentos de la cara.

—¿Estás bien, Mach?

Bonin se puso en pie y asintió.

—¿Criid? ¿Kolosim? ¿Bel?

—Estoy bien —contestó Beltayn. Miró a Bonin—. Me dijiste en la parte de atrás del cráneo. En la parte de atrás del cráneo.

—Lo has hecho muy bien —le contestó Bonin, pero en realidad no le estaba prestando atención. Miraba hacia el peñasco.

La puerta se había cerrado. Volvía a ser un peñasco.

—¿Mkoll? Contesta. ¿Maggs? Responde. —Bekayn ajustó con cuidado los mandos del comunicador—. Mkoll, aquí la partida de caza. ¿Me recibes?

—Quizá has estropeado el comunicador al saltar sobre ese bicho —le sugirió Bonin.

—Bueno, no habría hecho algo tan idiota si no me hubieras dicho que la parte de atrás del cráneo era el punto más débil —le replicó Bekayn.

—A mí me funcionó.

—Callaos, chicos —les ordenó Rawne—. ¿Bel? ¿Has conseguido algo?

Bekayn negó con la cabeza.

—Pasa algo raro. No puedo establecer contacto con el jefe o con Maggs, pero están cerca. Quiero decir que capto las señales de sus microcomunicadores.

—¿Y por qué no podemos hablar con ellos? —le preguntó Kolosim. Beltayn se encogió de hombros.

—Los microcomunicadores tienen un alcance de unos diez kilómetros como mucho, mayor. Este cacharro... —dijo dando unas palmaditas a su aparato comunicador—, sirve para enlazar a escala global. El meollo del asunto está aquí. Mirad todos. —Beltayn señaló una esfera medidora en concreto del aparato—. Es el indicador de alcance. ¿Veis cómo está girando?

—¿Qué significa eso? —le preguntó Criid.

—Significa... Significa que pasa algo raro. Tengo señal de sus microcomunicadores, lo que indica que se encuentran en algún punto a diez kilómetros alrededor de nosotros, pero el aparato se está volviendo loco para intentar determinar la posición, como si al mismo tiempo estuvieran fuera de alcance.

—¿Fuera de alcance? —preguntó Rawne—. ¿Fuera del alcance global?

Beltayn meneó la cabeza.

—No puedo explicarlo. Están cerca..., pero a la vez no están...

—¿No están en Ancreon Sextus? —acabó la frase por él Rawne.

—Eh, sí, señor. Ya he dicho que era algo raro.

Rawne se dio la vuelta.

—¿Cómo está Varl? —le preguntó a Kortendus.

—Dolorido, pero vivirá.

—¿Está bien, Novobazky?

—Me quedé paralizado —contestó el comisario—. Lo siento. Jamás había visto algo parecido en la vida. Todavía no puedo...

—No pasa nada —lo tranquilizó Rawne—. Ha sido algo tremendo para todos.

—¡Señor! —gritó Beltayn—. Capto algo. Trono... Llega como con retraso. ¿Por qué iba a llegar con retraso?

—¡El altavoz! —le ordenó Rawne.

Beltayn giró uno de los mandos del comunicador. Todos se quedaron en silencio mientras las voces distorsionadas salían chasqueantes del aparato.

—¡...bien hasta la mierda!

Chasquido.

—No tiene buena pinta, ¿verdad?

—¿Te referías a esto? ¿En la mierda que me podrías meter si de verdad te lo propusieras?

—Cállate, Maggs.

Durante unos momentos no se oyó más que la descarga de la estática. Luego, la voz de Maggs.

—¿... el cielo? ¿Qué demonios le pasa al cielo? ¡... las puñeteras estrellas están mal! Están mal. Que frío tan cabrón.

—Cállate.

—Hace tanto frío. Mira hacia arriba.

Chasquido.

—¿Por qué?

—Es como un techo. Como el de una casa, quiero decir. Son piedras, piedras enormes. ¿Qué es lo que las mantiene ahí?

—Cállate.

Chasquido.

—Mkoll, Mkoll. Te recibimos. Cambio.

Chasquido.

—¿... estamos? ¿Dónde coj ...?

—...juro Maggs que como no te call...

Chasquido.

—¿Beltayn? ¿Beltayn? ¿Eres tú? Aquí Mkoll. Te recibo, pero entrecortado. Repite.

Beltayn pulsó el botón de emisión.

—Mkoll, aquí Bel. Te recibimos, cambio.

Chasquido.

—...no podemos recibirte. Si me oyes, que Rawne se ponga al aparato.

—Aquí estoy —dijo Rawne.

—...nada por los microcomunicadores. Espero que me podáis oír. Dile a Rawne que ya no estamos en Ancreon Sextus. Dile a Rawne... Chasquido.

—... lugar es como una enorme capilla. No hay contrafuertes que soporten el techo. Las piedras cuelgan del aire. Estoy a punto de gritar. Todo es tan imposible. Maggs está desquiciado. Hay acechadores por aquí. A nuestro alrededor. Cientos de ellos, que trepan por las piedras hacia nosotros. Creo que han captado nuestro rastro.

Chasquido. Un largo zumbido de estática.

—¡...me la pistola! ¡Dame la puñetera pistola de plasma, Maggs! ¡Vienen a por nosotros! ¡Dame...!

Chasquido. Distorsión. Zumbido.

—¡...enga! ¡Muévete! ¡No...!

—¡...or aquí! ¡Cuid ...!

—¡...detrás de nosotros! ¡Sigue corriendo, por Feth, o nos...!

Un horrible rugido resonó por el altavoz. Luego, el canal quedó en silencio.

El leve zumbido de la estática era lo único que se oía.

—Oh, Trono —murmuró Criid.

Todos se sobresaltaron cuando una bomba estalló a unos trescientos metros de donde estaban. Echaron a correr con Rawne a la cabeza hacia el lugar, con las armas preparadas.

Varl, Bonin y Criid se desplegaron por delante registrando la zona de matorrales con los rifles echados a la cara.

—¡Despejado!

—¡Despejado aquí también!

—¡Aquí! —gritó Bonin.

La partida de caza corrió hacia él. Estaba de rodillas en un nuevo claro, al lado de otro gran peñasco. Mkoll y Maggs estaban tirados en el suelo a sus pies, inmóviles y cubiertos de escarcha. Cerca de ellos se veía el cadáver de un acechador con la cabeza destrozada por una carga de demolición.

Rawne se arrodilló al lado de Mkoll y le sostuvo la cabeza.

—Jefe.

Mkoll abrió los ojos y parpadeó con lentitud.

—Gaunt tenía razón —murmuró jadeante—. Gaunt tenía razón.



VEINTITRÉS

Gaunt se despertó y descubrió que Eszrah le estaba sacudiendo por un hombro. Por un momento pensó que todavía estaba en Gereon, en la penumbra del Impro, pero aquella oscuridad tenía una tonalidad distinta. Recordó dónde estaba realmente.

Le echó un vistazo al cronómetro de muñeca. Se le había agrietado el cristal en algún momento de los dos días anteriores. Todavía estaban en mitad de la noche. Se había quedado dormido en la parte de atrás del Salamander, aunque durante menos de tres horas. Recordó que se había subido allí para descansar un momento, y luego nada más. El agotamiento se había apoderado de él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Eszrah.

El partisano señaló hacia un joven cabo de Fortis Binary que lo esperaba al lado del vehículo de mando. Tenía el uniforme desgarrado y manchado de barro.

Gaunt se bajó del Salamander. Le dolía todo el cuerpo, aunque en algunas partes el dolor era agónico. Estaba un poco mareado y desorientado.

—¿Sí? —acertó a preguntar.

El cabo saludó.

—¿El comisario Gaunt?

—Sí.

—Un mensaje para usted. Lo recibí en el puesto de comunicación. Dice que es urgente.

Gaunt asintió y rebuscó a su alrededor la gorra antes de seguir al joven cabo por el camino embarrado.

La batalla continuaba un kilómetro a su espalda. Acababa de entrar en el tercer día. De algún modo habían logrado resistir hasta ese momento, de algún modo habían conseguido mantener aquella delgada y valiosa línea y contener al enemigo. Los refuerzos habían comenzado a llegar la tarde anterior. Para cuando cayó la noche, el regimiento de Fortis Binary y las unidades aliadas pudieron por fin retirarse del frente para descansar.

Gaunt miró hacia atrás mientras caminaba por el sendero. La negrura de la noche se había espesado hasta casi formar una masa sólida debido al humo. Esa oscuridad estaba iluminada tan sólo por los fogonazos anaranjados de las explosiones de los combates que se extendían por toda la zona de la línea del frente. El estruendo y los estampidos de la munición continuaban resonando procedentes de las posiciones en la ciénaga. Las aeronaves de ataque los sobrevolaban cruzando la oscuridad que los envolvía.

Los soldados dormían o descansaban a lo largo del camino sobre los camiones de

transporte o los vehículos de combate. La mayoría eran de Fortis Binary, y muchos de ellos estaban heridos. Los heridos más graves ya estaban siendo trasladados al puesto 10 en una procesión que avanzaba con lentitud.

Gaunt y el cabo llegaron al puesto de comunicaciones establecido en uno de los grupos de habiendas situados al lado del camino. Varios soldados, en su mayor parte oficiales de baja graduación, iban de arriba abajo y se mantenían en pie a pesar del tremendo agotamiento.

El cabo le indicó a Gaunt que se sentara delante de uno de los aparatos, y luego el operador realizó unas cuantas conexiones antes de entregarle unos cascos. Gaunt se quitó la gorra para poder colocárselos.

—Aquí Gaunt.

—Rawne. Ya tenemos todo lo que necesitas, cambio.

—Confírmalo, Rawne. ¿Tienes pruebas? Cambio.

—Está corroborado, Gaunt. Hay pruebas, cambio.

—¿Dónde estáis? Cambio.

—Puesto 36, quinto compartimento. Treinta y seis en el quinto, cambio.

—Quedaos ahí. Voy a acercarme. Cambio y corto.

Gaunt le devolvió los cascos al operador y salió de la tienda.

Eszrah lo estaba esperando fuera. A pesar de que había estado en el fragor del combate durante tanto tiempo como Gaunt, el nihtgane no mostraba el menor signo de fatiga.

—Vamos —le dijo Gaunt, y empezó a caminar hacia el sur, lejos del tronar de la batalla.

—¡Momentum! —exclamó Eszrah.

El partisano se había quedado inmóvil y miraba hacia atrás en el camino.

—¿Qué pasa?

—¿Ludd? —le preguntó Eszrah.

La última vez que Gaunt había visto a Ludd, el subcomisario estaba inconsciente por el agotamiento en el asiento de un camión aparcado fuera del camino.

Gaunt negó con la cabeza.

—Esta vez no. Vámonos.

Siguieron el camino durante más o menos un kilómetro. Tuvieron que apartarse en varias ocasiones, cada vez que aparecieron vehículos de transporte y de combate que marchaban hacia la línea del frente. El terreno a ambos lados estaba repleto de transportes de tropa y de munición que esperaban junto a los Chimera y los tanques el momento de avanzar. Se había habilitado una amplia zona de terreno despejado como pista de aterrizaje para las aeronaves de ataque y los Valkyrie. Seis de aquellas naves estaban posadas, rodeadas por la tripulación de tierra y los depósitos de repostaje.

Gaunt pasó con Eszrah junto a un grupo de artilleros que estaban descargando los

proyectiles antitanque de un Valkyrie dañado y se acercaron al siguiente de la fila. El piloto, que estaba descansando en el suelo al lado del aparato, se puso en pie de un salto cuando vio acercarse al comisario.

—¿Está repostado y listo? —le preguntó Gaunt.

—Sí, señor, pero...

—Pero ¿qué?

El piloto le explicó que el Valkyrie y los tres siguientes de la fila estaban esperando al mariscal Sautoy y sus oficiales de estado mayor. Sautoy se había dignado por fin visitar la línea del frente y había llegado cuatro horas antes para «supervisar la fase de llegada de refuerzos».

—El mariscal, que es amigo mío, tendrá que prescindir de la nave —le aseguró Gaunt—. Necesito un transporte ahora mismo. Se trata de un asunto urgente del Comisariado.

—Señor, esto es... irregular.

—Mire a nuestro alrededor, amigo mío. Todo es irregular ahora mismo. No puedo resaltar lo suficiente la importancia que tiene el asunto. Si intento utilizar los medios habituales para conseguir una nave, permaneceré aquí el resto de la noche. Si le sirve de ayuda, firmaré una orden requisitoria k46-B para demostrar que se lo he ordenado yo. Puede mostrársela después a su controlador de vuelo.

El piloto se quedó mirando a Gaunt durante unos momentos. No había duda alguna sobre su rango, pero su aspecto dejaba mucho que desear. Tenía la ropa desgarrada y sucia, además de golpes y arañazos recientes en un rostro cansado. Los ojos mostraban el terrible agotamiento que sentía. También parecía tener una herida en el hombro. El piloto llegó a la conclusión de que se trataba de un individuo al que era mejor no hacer enfadar.

—Destaparé las toberas y descalzaré el tren de aterrizaje —le contestó el piloto mientras se cerraba la cremallera del mono de vuelo—. ¿Cuál será el destino?

—El quinto compartimento. Puesto 36.

Mons Sparshad visto desde el aire era una sombra inmensa y monstruosa en la que titilaban decenas de miles de puntos de fuego. Atravesaron nubes de humo apestoso que lo tapaban todo y obligaban al piloto a volar utilizando los instrumentos. En las zonas más despejadas, cuando ya estaban sobre el segundo compartimento, Gaunt vio las columnas de tropas y vehículos blindados que avanzaban por la ciudad escalonada. Formaban largos ríos serpenteantes de faros y focos que cruzaban la oscuridad. Todo estaba en marcha. Van Voytz utilizaba todo lo que tenía.

Más allá, al norte, el corazón sobresaliente del Mons se alzaba lleno de secretos y de maldad. Implacable, inmenso, tan sólido como una cima montañosa, se cernía, medio visible en la noche, sobre los compartimentos inferiores, tan inquietante como

una amenaza de muerte.

El Valkyrie siguió adelante y sobrevoló todo el cuarto compartimento, donde se encontraron con más ríos de vehículos militares. Buena parte de los refuerzos que Van Voytz estaba empleando se dirigían a los feroces combates que se estaban librando en el quinto compartimento. Por lo que Gaunt sabía, las fuerzas imperiales estaban logrando algunos avances en ese lugar. No le sorprendió, dada la cantidad de refuerzos que estaba haciendo llegar hasta allí.

Pasaron por debajo de otro arco ciclópeo y entraron por fin en el quinto compartimento. Mucho más adelante, en terreno abierto, el siniestro brillo de los combates resplandecía iluminando la noche con tonalidades ámbar y roja. Gaunt distinguió el puesto a la izquierda, identificable por la gran cantidad de focos e hileras de luces de posición. Desde allí, otra larga columnas de blindados y transportes se movía hacia el norte.

El Valkyrie trazó un círculo y comenzó a descender hacia la amplia llanura de basalto que se encontraba al oeste del puesto y que servía de zona de aterrizaje. Se posaron con suavidad y los motores se fueron apagando poco a poco.

Gaunt abrió la compuerta deslizante y se bajó de un salto, seguido de Eszrah.

—¿Quiere que me quede esperándolo, señor? —le preguntó el piloto. Gaunt asintió.

—Sí, gracias. Todo el tiempo que pueda.

—¡Comprobaciones de despeque, por favor! —gritó el piloto a la tripulación de tierra que se acercaba—. ¡Diez minutos!

Gaunt y Eszrah subieron de forma apresurada el camino que llevaba hasta la casa utilizada como centro del puesto de mando. El área de colinas que rodeaba la casa estaba repleta de filas y filas de habiendas, como percebes incrustados sobre la piel de alguna clase de monstruo marino. Se oía el zumbido de motores procedente de la interminable columna de refuerzos que pasaba por una carretera cercana. El puesto de mando estaba lleno de gente.

—¿Quién es el comandante del puesto? —le preguntó Gaunt a un cabo de Kolstec que pasó a su lado.

—El mariscal DeBray, señor.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Se ha marchado a la línea del frente, señor.

—¿Quién está al mando aquí, entonces?

—El coronel Beyder, señor, del 88° de Sarpoy.

—¿Y dónde está?

El cabo se encogió de hombros.

—Quizá en el refugio principal, o puede intentarlo en...

—No importa —lo interrumpió Gaunt.

Dejó atrás al cabo y se dirigió hacia una figura que había reconocido entre la multitud. Era un anciano, que estaba solo, mirando, esperando.

Gaunt apresuró el paso y se abrió camino a empujones. El anciano se volvió y lo vio llegar.

El comisario dio unos últimos pasos y se puso de rodillas ante él.

—Padre ayatani —susurró.

El anciano se agachó sobre él y le puso las manos en los hombros para tirar con suavidad de ellos y hacerlo ponerse en pie. El sacerdote tuvo que alzar la vista para mirarlo a la cara. Los viejos ojos de Zweil se llenaron de lágrimas.

—He visto muchas cosas a lo largo de mi vida —le dijo—, pero verte ahora mismo aquí es la mayor alegría de todas.

—Yo también me alegro de verlo. —Gaunt tragó saliva con dificultad—. He estado mucho tiempo sin recibir una bendición, padre. Me pesan los pecados cometidos. A veces creo que son demasiado pesados para que alguien me libere de ellos, ni siquiera la santa.

—Es una mujer fuerte —le contestó Zweil—. Estoy seguro de que ella sería más que capaz. —Zweil siguió mirando a Gaunt a la cara—. Por todo lo sagrado, Ibram, has estado en el infierno.

—Tenía otro nombre, pero así es.

—Pero me gusta la barba —añadió el sacerdote.

Zweil condujo a Gaunt hacia el puesto de mando agarrándolo del brazo, tanto como apoyo como por camaradería. El anciano ayatani Zweil estaba mucho más viejo y frágil desde la última vez que Gaunt lo había visto.

—¿Rawne está por aquí?

—Sí, sí. También has perdido peso. ¿Es que no has comido bien?

—Padre...

—Y estás herido. Esos arañazos en la cara.

—Sí, padre. He estado en combate.

—Y tu hombro... ¿Qué le pasa a tu hombro?

—Una herida. Sólo atravesó la carne.

Zweil chasqueó la lengua.

—¡Sólo atravesó la carne! ¡Sólo atravesó la carne! ¡Todas las heridas atraviesan la carne! Nadie dice: «Oh, mira ¡Me han dado en el hueso, pero no me han atravesado la carne!». Eso no son más que tonterías. Es una frase que los de tu tipo, los guerreros héroes, soléis decir para parecer más machotes y duros: «Bah,! sólo atravesó la carne! ¡Sólo atravesó la carne! ¡Puedo seguir!». ¡Tonterías!

—Padre...

—¡He oído a soldados que decían eso con una pierna arrancada!

—Padre Zweil...

Zweil se inclinó sobre él de repente y empezó a susurrarle al oído:

—No quiero preocuparte, mi querido Ibram, pero hay un tipo muy alto que nos está siguiendo. Muy alto. Un individuo larguísimo. A mí me parece alguien muy siniestro, pero estoy seguro de que ya te habrás fijado en él, siendo como eres un tipo siempre alerta.

Gaunt se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Eszrah? Acércate. —El nihtgane le obedeció—. Eszrah du Nocte, del Impro de Gereon. Te presento a mi viejo amigo el padre Zweil, de los Imhava Ayatani.

El alto partisano inclinó levemente la cabeza en dirección a Zweil.

—Salus, vetustus.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Zweil a Gaunt mirándolo de reojo.

—Lo ha saludado.

—Es muy alto. Alarmantemente alto. Digo que es usted muy alto, señor.

—¿Quid expressavit?

—He dicho que es muy alto. ¡Alto! —Zweil hizo un gesto con la mano por encima de su propia cabeza—. ¡Alto! ¡Ya sabe! ¡Que no es bajo!

—¿Quid, vetustus?

—¿Es que es tonto, Ibram? No parece entenderme.

Eszrah miró con expresión interrogativa a Gaunt, señaló con un gesto de la barbilla a Zweil y después hizo su curioso gesto de meterse los dedos en la boca y sacarlos de golpe.

—No, no pasa nada —le contestó Gaunt—. Ya estoy acostumbrado.

—Eso ha sido un gesto descortés, ¿a qué sí? —le preguntó Zweil a Gaunt en susurros—. Acaba de hacerme un gesto descortés.

—No, padre. Sólo está preocupado por mí.

—¡Ya! Ser alto es una cosa, descortés, otra muy distinta. Escoges unas amistades muy extrañas en tus viajes, Gaunt.

—Ya lo he pensado más de una vez —le respondió Gaunt con una sonrisa—. Y ahora, ¿dónde está Rawne?

—Aquí, aquí —murmuró Zweil mientras abría las puertas que conducían a las estancias de la enfermería.

El aire estaba impregnado de una mezcla de solución antiséptica y restos humanos. El personal médico estaba tratando al último grupo de heridos que habían llegado de la línea del frente del quinto compartimento.

—¡Por aquí! —lo llamó Zweil con voz jadeante sin hacer caso aparente del sufrimiento que había a su alrededor y dirigiéndose hacia uno de los quirófanos.

Gaunt lo siguió y se detuvo de repente. El gigantesco cuerpo de un acechador medio maduro estaba encima de la mesa del quirófano. Un cirujano con mascarilla estaba enfrascado en una autopsia profunda.

El cirujano alzó la vista y dejó con lentitud el instrumental ensangrentado. Forcejeó durante unos momentos para quitarse los guantes y la mascarilla y después cruzó con rapidez la estancia para darle un abrazo a Gaunt.

—Por el Trono de Terra, Ibram!

—Hola, Tolin.

Dorden dio un paso atrás.

—Déjame mirarte. Feth. ¿De verdad eres tú?

—En carne y hueso.

—Por eso te lo he traído a ti primero, doctor —dijo Zweil—. Para que le pudieras echar un vistazo. Dice que tiene una herida que sólo atravesó la carne. La carne precisamente, in corpus mortalis. Fanfarronea diciendo que está muy bien, pero ya conoces a estos guerreros heroicos. Les arrancas una pierna y siguen avanzando como si nada.

—¿Estás herido? ¿En la pierna?

—No le hagas caso a Zweil durante un minuto. Tengo una herida leve en el hombro. Ya la mirarás más tarde. Rawne está aquí, ¿verdad?

Dorden asintió.

—¿Fue idea suya? —le preguntó Gaunt señalando la autopsia.

—En realidad, ha sido de uno de los tuyos. Un comisario, Novobazky. Está con Rawne. Arrastraron el cadáver desde una zona llena de matorrales.

—¿Has descubierto algo?

Dorden se encogió de hombros.

—Sí, cosas que preferiría no haber descubierto, pero todavía estoy ordenando la información.

—Necesito ver a Rawne. ¿Sabes dónde está?

La partida de caza estaba esperando en una de las habiendas de mayor tamaño que había cerca de la enfermería. Dorden llevó a Gaunt hasta allí. Eszrah y Zweil los siguieron. El comisario entró en la tienda y abrazó a Criid, a Varl y a Beltayn. Bonin le estrechó la mano con firmeza. Los fantasmas también saludaron con efusividad a Eszrah, aunque éste no respondió. Rawne se quedó esperando sin dejar de mirar a Gaunt.

—Bram.

—Lo mismo de siempre, ¿no, Elim?

—Sólo hay guerra, señor.

—Enseñadme lo que tenéis.

—Lo primero, las presentaciones —dijo Rawne—. Kolosim, del Octogésimo Primero Primero.

—He oído mucho hablar de usted, señor.

—Y él es el comisario Novobazky.

—Gaunt —dijo Novobazky con un gesto de la cabeza.

—Comisario —respondió Gaunt con otro gesto de asentimiento.

—Por aquí —le indicó Rawne—. Ése es el soldado de reconocimiento Kortendus, y en las camas están el soldado de reconocimiento Maggs y, bueno, Mkoll.

—Pobres —se lamentó Zweil.

Mkoll y Maggs estaban tumbados en unos sencillos camastros. Ambos tenían puestos unos goteos intravenosos. Parecían ateridos y estaban inconscientes.

—¿Qué les ha pasado?

—Cruzaron —le contestó Rawne—. Abandonaron por completo el planeta durante unos minutos. Dorden dice que han sufrido hipotermia y que están agotados, pero que vivirán.

—¿Que abandonaron por completo el planeta durante unos minutos? —repitió Gaunt.

—La prueba que estabas pidiendo.

—Empieza por el principio.

Rawne le contó en pocos minutos lo ocurrido. Los pocos detalles que olvidó se los recordaron Varl, Novobazky y Beltayn.

—Bonin dijo que la parte posterior del cráneo era el punto débil, así que allí lo apuñalé —se quejó Beltayn—. Él ya había matado a un acechador de ese modo.

—¿Mataste a un acechador de una puñalada en la parte posterior del cráneo? —le preguntó Gaunt a Bonin.

—Sí, claro —contestó el explorador—. No tienen blindaje ahí.

—Eso no es lo que intentaba explicar, señor —insistió Beltayn—. Lo intenté, de verdad, pero...

—Déjalo. Comisario Novobazky, ¿tiene algo que decir?

Novobazky asintió.

—No tengo más que confirmar lo que ya le han dicho, Gaunt. Está claro que los acechadores entran en los compartimentos mediante unos portales, unas puertas de la disformidad. No sé cómo se llamarán. Son trampillas que dejan entrar a esos cabrones después de que cae la noche, y justo en mitad de nosotros.

—¿Cree que es algo característico del Mons?

Novobazky se encogió de hombros.

—Las diversas piedras que había en aquel terreno inerte parecen ser los puntos focales de las puertas... Por el Trono, no lo sé. No soy un experto en este tipo de asuntos. En mi opinión, el Mons está construido de manera que puedan entrar. Está incorporado a la arquitectura. Son portales de la disformidad conectados a no sé dónde. Éste no es un terreno de juego igualado.

—¿Y qué hay de los acechadores? —le preguntó Gaunt a Dorden, que estaba en la entrada de la habiéndida.

—Las muestras de tejidos indican que son ogretes —respondió Dorden—, aunque tienen incorporado material humano. Son las creaciones de alguna clase de atroz programa eugenésico. Tienen los cerebros modificados y destinados sólo a atacar. Estamos hablando de especímenes humanos y ogretes que han sido desmontados, reconstruidos y programados para matar.

—¿Tienes pruebas?

Dorden negó con la cabeza.

—Todavía estoy organizando los datos. Aquí no dispongo del material adecuado para ser concluyente al respecto. Esto no es más que un hospital de campaña. Quizá si tuviera acceso a los escáneres corporales y a las criptas de biopsia de las Llanuras Rotas o Tarenal... Ahora mismo, no es más que una corazonada.

—Nos van las corazonadas —comentó Rawne—. También los indicios.

Gaunt se volvió hacia Dorden.

—Pero por lo que has visto, doctor, ¿dirías que son tropas humanas o aliadas de las humanas, pero modificadas?

Dorden asintió.

—El cadáver de esta autopsia tenía unas placas de identificación enterradas en la carne de la garganta. Me refiero a que habían colocado una capa de carne encima que se había desarrollado luego. Las placas lo identifican como el soldado Olios Ollogred, de la Quinta Facción de Asalto (Ogrete) del Vigésimo Primer Regimiento de Hurgren. Lo comprobé. Ese regimiento está ahora mismo combatiendo en Mordrond.

—Nos envían a nuestras propias tropas para que luchen contra nosotros —dijo Novobazky.

—Eso parece, y lo están haciendo a través de agujeros en la disformidad. ¿Alguno de aquí todavía se acuerda de los jehgenesh?

Rawne, Varl, Criid y Bonin asintieron. Beltayn soltó un gemido al recordarlo.

—¿Los qué? —preguntó Novobazky, pero Gaunt ya seguía con otro aspecto del asunto.

—Mkoll y..., ¿cómo se llamaba?, ¿Maggs?, ¿la atravesaron?

—Y volvieron vivos —indicó Rawne.

—Quiero hablar con ellos.

Dorden le inyectó algo potente a Mkoll en el tubo del suero y lo devolvió con suavidad a la conciencia.

—Cinco minutos —le dijo a Gaunt—. No permitiré más.

Gaunt asintió y se agachó al lado de la cama de Mkoll.

—¿Oan? Eh, Oan. Soy Gaunt.

—...no regresar jamás.

—¿Mkoll?

—Pensé que dijiste que no ibas a regresar jamás —balbuceó Mkoll mientras abría

los ojos.

—Te vas a poner bien, Oan. Lo dice Dorden. Sólo quiero hablar contigo.

—Pues habla. No me voy a mover de aquí.

—¿Qué fue lo que viste, Oan? ¿Qué viste?

Mkoll se dio la vuelta y se quedó mirando al techo de la habítienda.

—Maggs se coló, así que lo seguí. «Nunca dejes a un compañero detrás», eso es lo que siempre me enseñaste.

—Efectivamente.

—Así que fui detrás de él. Era un lugar frío. Muy frío. Supe al instante que ya no estaba en Ancreon Sextus. Estaba... en otro sitio...

—¿Oan?

—Lo siento, lo siento, divago. Estaba en otro sitio. Lo primero en lo que me fijé fue en que algo en las estrellas no estaba bien. Las constelaciones eran completamente diferentes. Me muevo con las estrellas. Me doy cuenta de esas cosas.

—Sigue, Oan.

—Hacía frío. ¿Lo he dicho antes? Me refiero a que hacía mucho frío. Había rocas y peñascos miraras donde miraras. Maggs gritó algo acerca del cielo, y también me fijé en eso. Veía grupos de estrellas, pero justo encima de nosotros había un tejado, un techo. Eran gigantescos bloques de piedra que colgaban en el cielo nocturno. Aquello no tenía sentido. ¿Cómo podía haber unas piedras colgando así? Y eran tan silenciosas...

—¿Silenciosas? —le preguntó Gaunt.

—Realmente silenciosas —susurró Mkoll—. Un cielo así debería haber estado haciendo un montón de ruido con tantas losas de piedra colgando, pero estaban en silencio.

Su voz se fue apagando. Dorden le puso otra dosis a regañadientes en el tubo.

—Y se acabó —le advirtió a Gaunt.

Gaunt asintió.

—¿Oan? Háblame de ese sitio. ¿Estaba vacío?

—¡No! No, no, no. Había hordas de acechadores preparados para atacar. También había cosas inhumanas. Máquinas. Máquinas de guerra. Pacto Sangriento. Corrimos e intentamos escondernos. Los acechadores nos persiguieron. Los forjados. Vi legiones de condenados, reunidos, en masa, a la espera de que se abrieran las puertas.

—¿Las puertas?

—Tienes que entenderlo —murmuró Mkoll—. No hay nada dentro del Mons. Está vacío. No es más que un portal de entrada. Un inmenso portal de entrada que nos está absorbiendo para poder abrirse y destruirnos. Las puertas de cada compartimento no llevan sólo a otro compartimento. Las vi, dispuestas en fila. Se abren a otro sitio...

—¿Mkoll?

—¡Ya es suficiente! —exclamó Dorden—, Se ha desmayado otra vez.

De repente, Eszrah descolgó del hombro su arma y se acercó a la entrada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Varl.

Criid y él se dieron media vuelta y apuntaron con los rifles a la entrada de la habiienda. En el exterior habían empezado a brillar unas luces parpadeantes. Gaunt se irguió al oír el zumbido de una aeronave de ataque.

—Bajad las armas —les dijo—. Tú también, Eszrah. Ya me esperaba esto.

Las solapas de la entrada se abrieron de par en par y los soldados del Comisariado entraron con las armas en alto.

—¡Que nadie se mueva! —dijo el jefe de la escuadra blandiendo su pistola infernal de un lado a otro.

Nadie lo hizo, ni siquiera Rawne.

Faragut penetró en la tienda sin dejar de apuntar a Gaunt. Detrás de él llegaron la comisaria general Balshin, el inquisidor Welt y Nahum Ludd.

—Entregaos a la autoridad del Comisariado! —ordenó Faragut.

—Fin del trayecto, Gaunt —le dijo Balshin con una sonrisa.

—Lo siento muchísimo, señor —se disculpó Ludd.



VEINTICUATRO

04:10 horas, 199.776.M41
Puesto 36, quinto compartimento
Mons Sparshad, Ancreon Sextus

—Te dimos una oportunidad, Gaunt —le dijo Balshin con voz suave—. En contra de mi voluntad, pero el comandante general insistió. Te dimos la oportunidad de demostrar tu inocencia. Y como suele ocurrir, si a alguien se le deja demasiado suelto...

—Con todas las cosas en las que tendría que fijarse, comisaria general, y se fija en mí. Debo tenerla muy, pero que muy preocupada.

—Mi tarea principal es la erradicación de la herejía de la corrupción en la Guardia Imperial, Gaunt —contestó ella—. Es algo endémico en este frente de la cruzada. Nunca he visto que sus efectos sean tan perniciosos ni estén tan enraizados como aquí. Es evidente que me preocupa que un comisario superior, un hombre con influencia y autoridad, camine con libertad entre nosotros corrompido por el Caos.

Gaunt casi se echó a reír.

—¿Qué pruebas tiene ahora?

Balshin lo miró con furia, como si estuviera a punto de regañar a un niño recalcitrante.

—Jamás quedé satisfecha con el testimonio que dio en el tribunal. No tenía fundamento. Después de permanecer durante tanto tiempo en un mundo sometido por el Caos, la idea de que no estaban afectados resulta risible. Su comportamiento ha sido errático, por decirlo con suavidad, desde el momento en que regresó a las tareas del frente. Ha descuidado su deber y ha seguido sus propios planes. Ha transmitido mensajes no autorizados, ha realizado intercambios conspiradores bajo el disfraz de asuntos oficiales del Comisariado...

Gaunt negó con la cabeza.

—¿Eso es todo lo que tiene?

Balshin sonrió sin alegría.

—Añadamos el hecho de que abandonó hace unas pocas horas su puesto de combate, que ha desobedecido las órdenes, que se ha apropiado de un transporte imperial, que ha viajado de un extremo al otro del frente de combate sin el permiso o la autorización adecuadas... y que le encuentro aquí, conspirando de nuevo, reunido con la misma gente con la que fue acusado de corrupción.

—Le sugiero que modifique su lenguaje, comisaria general —le replicó con sequedad Novobazky. Dio un paso hacia ella sin hacer caso de las tropas del Comisariado que lo rodeaban.

—¡No se acerque más! —lo advirtió Faragut.

—Me ofende que nos califique de herejes o de corruptos —siguió diciendo

Novobazky—. Existen ciertos asuntos que...

—Novobazky —lo interrumpió Balshin—. Siempre lo he considerado una persona digna de confianza. Gracias por demostrarme la forma tan odiosa y maligna de transmitirse que tiene la corrupción de Gaunt.

El rostro se le encendió por la furia, pero Novobazky apretó las mandíbulas y se mantuvo callado. Gaunt miró directamente al inquisidor Welt, quien no había dicho nada todavía.

—¿Inquisidor? ¿Está de acuerdo con lo que se ha dicho aquí? Pensaba que era menos corto de miras que Balshin.

—Dígame algo que me convenza —le contestó Welt.

Gaunt señaló con un gesto amplio todo el quirófano.

—Puedo decirle mucho. Todos los que están en esta tienda pueden decirle mucho. Claro que hay corrupción aquí, inquisidor. Está en la propia ciudad. El lugar por el que estamos luchando está podrido.

—Eso es ridículo —exclamó Balshin—. Y casi una herejía. Las ciudades escalonadas de Ancreon Sextus son monumentos reverenciados que datan de...

—Hábleme de los acechadores —la interrumpió Gaunt.

—¿Qué? —preguntó extrañada Balshin.

—El Ordo Xenos ha establecido a través del examen de los especímenes recuperados que los llamados «acechadores» son humanos modificados y potenciados, aunque más a menudo se trata de ogretes —contestó Welt—. Esta información se ha mantenido en secreto por razones de moral. La autopsia sin autorización que se ha llevado a cabo aquí, y todas las pruebas que se han obtenido serán requisadas por la Inquisición.

—Y hábleme de los portales de disformidad —añadió Gaunt.

—¿De qué está hablando? —le preguntó Balshin.

—Hábleme de los portales de disformidad que hay en todos los compartimentos. Explíqueme cómo logran los acechadores entrar y salir durante la noche.

—No sé a qué se refiere. Hemos supuesto que existen madrigueras, quizá, o...

—No hay ninguna maldita madriguera —la interrumpió Rawne—. Mi grupo y yo vimos en funcionamiento un portal de disformidad ayer por la noche, a menos de cinco kilómetros de donde estamos ahora mismo. Vimos cómo un acechador salía de allí. Esos dos soldados —Rawne señaló a los inconscientes Mkoll y Maggs— atravesaron el mismo portal y salieron por otro distinto.

—Deben ser examinados e interrogados —dijo inmediatamente Welt.

—Eso tendrá que esperar —lo contradujo Dorden—. No se encuentran en buenas condiciones.

Welt le sonrió a medias, como si le divirtiera el desafío del médico a una orden de la Inquisición.

—La estructura del Mons no es de fiar, Balshin —la informó Gaunt.

—La estructura del Mons ha sido estudiada y explorada de un modo concienzudo —le contestó Balshin—. Se encuentra bajo el escrutinio constante de la Flota y del Tacticae. ¿De verdad espera que me crea que usted y un puñado de herejes como usted llegan aquí y en pocos días son capaces de descubrir secretos que nadie más ha visto? Si existiera un sistema de portales de disformidad como dice, ya lo habríamos descubierto hace meses.

—Son casi invisibles para los sistemas de detección estándar —le replicó Gaunt—. Y también para los sentidos humanos.

—Pero no para usted —se burló Balshin.

—No, no para mí, ni para ninguno de los miembros del grupo de Gereon.

—¡Eso casi es una confesión de que están contaminados! —barbotó Faragut.

—No hago más que repetir lo que ya he dicho antes. Admito que tenemos una cierta sensibilidad, una capacidad para advertir las vibraciones del Caos. No podríamos haber sobrevivido durante tanto tiempo en Gereon si no poseyéramos esa afinidad. Los mismos instintos que nos mantuvieron con vida allí nos están mostrando la verdad aquí. —Miró a Balshin directamente a la cara—. El hecho de que nos hayamos esforzado por sacar a la luz este peligro, el hecho de que lo digamos directamente a la cara..., ¿no prueba en qué bando estamos?

Balshin estaba a punto de contestar cuando Welt alzó una mano.

—Comisaria general, por favor, ¿serán tan amables usted y su equipo de registrar la declaración completa de todos los miembros del grupo? Doctor, quiero que prepare a estos soldados para un traslado inmediato a las Llanuras Rotas. Gaunt, venga conmigo.

Gaunt miró a Rawne y luego siguió a Welt al exterior del quirófano. Todos se quedaron callados unos instantes.

—Creo que esto marcha —dijo Varl.

Gaunt y el inquisidor caminaron por el pasillo dejado por las hileras de habitandas del puesto y se detuvieron por fin en un pequeño altozano que daba al norte. El cielo seguía oscuro, pero el compartimento se veía iluminado por las luces en movimiento y el resplandor de los lejanos combates.

—Balshin se encuentra bajo una tremenda presión para obtener resultados —dijo Welt—. El Segundo Frente de la cruzada se halla en muy mala situación. Si se da validez a lo que decís, representará una gran diferencia respecto al modo en que va la guerra aquí, en Ancreon Sextus.

—Pues será mejor que se le dé validez pronto —soltó Gaunt—. Mkoll me dijo que había visto masas ingentes de tropas esperando al otro lado de la puerta. ¿Nadie se paró a preguntarse cómo era posible que el archienemigo fuera capaz de mandar al combate tantas tropas y vehículos de combate desde el corazón del Mons?

Welt se quedó callado, como si se estuviese pensando si debía o no permitir que Gaunt conociera cierta información reservada.

—No es sólo aquí, Gaunt. La situación de Mons Sparshad se repite en todas las demás ciudades escalonadas del planeta.

—¿Una ofensiva sincronizada? ¿En ciudades separadas por miles de kilómetros? Welt asintió.

—Eso se debe a que el enemigo no está en las ciudades. Las ciudades no son más que el medio de transporte. Los ejércitos del Pacto Sangriento no nos están esperando en el siguiente compartimento o en el que hay al otro lado. Simplemente salen por las puertas. Mkoll sugirió que las puertas de los compartimentos principales son versiones a gran escala de los portales que utilizan los acechadores.

—Así que el enemigo llama nuestra atención, hace que montemos un asedio contra estas ciudades malditas, logra que lancemos al combate todas nuestras fuerzas dentro de las murallas... —Welt dejó que la conclusión quedara en el aire.

—Y después abre por completo los portales de disformidad —completó Gaunt—. A veces creo que somos culpables de subestimar a nuestro viejo enemigo, inquisidor. Los Poderes Siniestros actúan con una astucia y una sofisticación que apenas nos creemos. En Gereon fuimos testigos de cómo utilizaban los jehgenesh. Son gigantescas criaturas de la disformidad criadas para consumir los recursos naturales de cualquier planeta, sean el agua o los minerales, y luego excretarlos a través de la disformidad para suministrárselos a otros planetas situados a años luz de distancia. No son destructores, sino consumidores. Si son capaces de trabajar en esa escala, ¿por qué debería sorprendernos que desplieguen ejércitos enteros en sitios como éste, donde todavía existen los viejos mecanismos para conseguir transmisiones de ese modo?

—Soy partidario de la teoría que dice que el peor enemigo del Imperio es su propia ignorancia —comentó Welt. Luego se quedó mirando a Gaunt con gesto de curiosidad.

—¿Sí, inquisidor? —inquirió éste.

—Gaunt, está en una posición bastante incómoda. A pesar de los grandes servicios que le ha prestado al Imperio, ahora mismo se le considera un individuo difícil y peligroso.

—No sé si es cierto lo de difícil, pero respecto a lo de peligroso, sin duda alguna.

—Está a nada de una ejecución sumarísima —le dijo Welt sin miramientos—. Y sólo hay una cosa que le mantenga con vida.

—¿Qué es?

—Yo. Si usted y su equipo lograron sobrevivir durante tanto tiempo en ese agujero infernal sin sucumbir a la corrupción del Caos, por el bien del Imperio y por la propia protección de la raza humana, debo encontrar el motivo.

Welt regresó para ayudar con los interrogatorios. A Gaunt le asignaron dos soldados del Comisariado, quienes lo mantuvieron encerrado en una de las estancias del puesto de mando. Estuvo sentado allí durante unos minutos y después se quedó profundamente dormido. Ludd lo despertó cuatro horas más tarde. Una leve claridad anunciaba la llegada del día.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Gaunt.

—La comisaria general ha terminado. El grupo de Rawne ha informado de todo lo ocurrido. Regresarán con su unidad al frente. Maggs y Mkoll van a ser transportados a las Llanuras Rotas.

—¿Cómo se encuentran?

—Siguen inconscientes, pero muestran señales de mejoría. Me han enviado para que lo recoja, señor. Debe venir con nosotros.

Gaunt se puso en pie.

—Señor, sólo quería decirle que... lo siento —le dijo Ludd de repente.

—¿Por qué?

—Por informar de sus acciones. Balshin me dejó muy claro que debía informar sobre cualquier comportamiento... heterodoxo que manifestara. Era mi deber, pero no disfruté con ello.

—Contaba contigo, Ludd.

—¿Cómo, señor?

—Cuando me di cuenta de que aquí algo iba mal, sabía que no tendría ningún sentido que intentara convencer a Balshin. Ella no estaría dispuesta a escucharme. Necesitaba hacerle creer que estaba tramando algo, que tenía algo que ocultar. De ese modo, ella vendría y no podría hacer caso omiso de lo que tenía que mostrarle.

—Así que... usted esperaba que yo.

—Esperaba que cumplieras con tu deber, Ludd, y por suerte lo hiciste.



VEINTICINCO

Llevaba esperando horas, no como un prisionero, pero casi, en una estancia sencilla y desnuda del interior de uno de los Leviathan de mando. No dejó de mirar el destrozado cronómetro de muñeca, con el cristal roto, para contemplar el lento paso del tiempo.

Las puertas de la estancia se abrieron hacia dentro con el zumbido de sus motores eléctricos. El comisario Faragut estaba en el umbral. Miró a Gaunt con gesto despectivo.

—¿Es que sacaste la pajita más corta, Faragut? —le preguntó Gaunt—. Debes de estar muy contento. En la nuca, por favor. No quiero que tu cara sea lo último que vea en esta vida.

Faragut se puso tenso, pero no respondió a la provocación.

—El comandante general lo espera.

Van Voytz estaba en el centro de mando táctico principal del Leviathan. A su alrededor se desarrollaba una actividad frenética. Cientos de voces hablaban a la vez, cientos de máquinas lógicas traqueteaban y zumbaban. Las pantallas hololíticas situadas por encima del pozo principal del strategium cambiaban con rapidez de imagen, mostrando los contornos y las señales de colores que indicaban los efectos de una inmensa tarea de coordinación.

Van Voytz vio a Gaunt mientras se acercaba.

—Ibram —le dijo a modo de saludo antes de señalar con un gesto lo que les rodeaba—. Todo esto, Ibram.

—¿Señor?

—Puedes retirarte, Faragut —dijo Van Voytz, y el comisario se marchó.

El comandante general condujo a Gaunt hasta un lugar más tranquilo, donde ocho tácticos, incluido Antonid Biota, discutían en voz baja diversos pormenores sobre una mesa de despliegue activo.

—¿Me permiten un poco de espacio, caballeros? —les pidió Van Voytz—. Biota, tú quédate. —Los demás tácticos se alejaron de allí—. Hemos realizado una investigación preliminar, Gaunt: Ordo Xenos, algunos astrópatas. No se han encontrado pruebas sólidas sobre la existencia de una red de comunicaciones de disformidad en el interior del Mons.

—Ya veo —dijo Gaunt.

—Pero como ya he dicho, es algo muy apresurado y preliminar. No tenemos

mucho tiempo.

—No, señor.

Van Voytz dejó escapar un suspiro.

—Y es en estas ocasiones cuando un comandante general se gana su paga. Con pruebas o sin ellas, debo tomar una decisión táctica definitiva basándome en la información que poseo. Deberías haber oído las discusiones esta mañana entre los oficiales del estado mayor. Casi le pego un tiro a un par de ellos. Aparte de eso, tengo a dos guardias imperiales en la enfermería, un fantasma «corrompido» de tu equipo de Gereon, y el otro sin duda no, que se encontraban lo bastante bien como para testificar acerca de lo que vieron ayer por la noche. Hablé con ellos dos en persona... —Van Voytz miró a Gaunt—. Sé cuando me mienten, y esos dos hombres no lo hicieron. Lo que me dijeron me dejó helado, y después de leer informes sobre pruebas y declaraciones como las de ese tal Novobazky, sé que sería un estúpido si no hiciera caso de lo que habéis descubierto.

El comandante general miró a Biota.

—Hace treinta y ocho minutos —dijo el táctico—, se ha dado la orden formal de retirada escalonada de las fuerzas de la Guardia Imperial en Mons Sparshad y en todas las demás ciudades del planeta. Ya se están llevando a cabo las maniobras orbitales que permitirán a la flota colocarse en posiciones geosincrónicas para iniciar el bombardeo terrestre. Se estima que tendrán las soluciones de tiro en aproximadamente unas ocho horas.

—Espero dar la orden aproximadamente a medianoche de hoy —dijo Van Voytz.

—Va a destruir las ciudades... —dijo Gaunt.

—Voy a borrarlas de la faz de la creación, algo que, por cierto, quise hacer desde el principio. Maldigo esta guerra de asedio.

—Es lo más prudente —añadió Biota.

—Puede que una victoria rápida y total aquí sea lo que el Segundo Frente necesita —explicó Van Voytz—. Una demostración clara del dominio imperial. El final de un largo y agotador enfrentamiento que ha minado la moral.

—Señor, en mi opinión —le expresó Gaunt—, buena parte de los problemas que la Guardia Imperial ha sufrido en Ancreon Sextus: las deserciones, las enfermedades, las psicosis, se pueden atribuir a la corrupción de las ciudades. La exposición a un lugar semejante ha destruido las mentes y las almas de los soldados, incluso sin que se dieran cuenta de ello. La corrupción que Balshin procura erradicar de forma tan desesperada existe sólo que es muy, muy sutil. Sin embargo, el problema general en el Segundo Frente es simplemente que Macaroth le ha entregado un ejército joven e inexperto. Tienen miedo, no tienen el apoyo adecuado y están aprendiendo a combatir sobre la marcha. He tenido el honor de combatir aquí, en Sparshad, al lado de soldados que jamás habían entrado en batalla. Son jóvenes valientes, general, se lo

aseguro. Lo que ocurre es que carecen de la confianza necesaria para utilizar ese valor.

—La victoria imperial en Ancreon Sextus —exclamó Van Voytz dando un puñetazo en el borde de la mesa—, Eso les dará ánimos. Verán que el Segundo Frente es capaz de obtener triunfos.

Gaunt contempló las imágenes de la situación táctica en los compartimentos exteriores.

—Señor, ¿va a dar la orden de que comience el bombardeo esta medianoche?

—Más o menos. Tan pronto como sea posible.

—Va a ser toda una hazaña logística sacar a semejante cantidad de tropas y vehículos de la ciudad para esa hora, sobre todo en aquellas situaciones en que estén trabadas en combate con el enemigo.

Van Voytz miró con incomodidad a Biota.

—Organizaremos una retirada tan completa como sea posible —declaró el táctico—. Es lamentable que exista la posibilidad de que se produzcan algunas bajas.

—¿Nos referimos a bajas de cruz negra?

—Sí.

—Así pues, cualquier unidad de la Guardia que haya tardado demasiado en salir de la ciudad para cuando llegue la hora límite... o que no pueda destrabarse del combate con el enemigo..

—Será sacrificada —completó Biota con voz calmada—. Tales pérdidas son una desgracia, pero hasta cierta proporción se consideran aceptables cuando se comparan con la ventaja estrategia general.

—Lo que Antonid quiere decir —aclaró Van Voytz con un gruñido— es que si mantenemos el asedio, lo más probable es que perdamos muchísimos soldados más de los que perderán la vida por una buena causa esta noche.

—Entiendo lo que eso significa, señor. La pobre retaguardia será la que más sufrirá.

—¿No lo hace siempre?

Gaunt se apartó de la mesa y se puso cara a cara con Van Voytz.

—Señor, solicito permiso para regresar al frente. La disciplina será un factor decisivo en la rapidez y en la pulcritud que se logren en esta retirada. Habrá miedo y pánico, además de descuidos. Necesitará a todos los comisarios de los que pueda disponer en el campo de batalla.

—Esperaba que dijeras eso —comentó Van Voytz—. Si crees que debes hacerlo...

—Querría ir al quinto compartimento, señor.

Van Voytz se permitió una leve sonrisa.

—Sí, también pensé que querrías eso. Allí es donde se encuentran, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Adelante, comisario Gaunt.

Gaunt sacó a Eszrah Noche de la celda donde el Comisariado lo había encerrado y juntos fueron a recuperar las armas y el equipo que les habían confiscado.

Las plataformas de despegue y aterrizaje bullían de actividad bajo la terrible luz del sol. Transportes, cañoneras y otras aeronaves iban y volvían cargadas de personal desde el Mons. Los servidores descargaban el equipo y las tripulaciones de tierra protegidas por los monos solares trabajaban en rápidos turnos. Gaunt encontró a un supervisor de cubierta y éste consultó las listas. Le dijo al comisario que habría espacio libre en uno de los transportes pesados de la clase Destrier que partirían en quince minutos.

Gaunt y Eszrah se quedaron esperando apoyados en la barandilla. Otros pasajeros, en su mayoría oficiales y personal médico, se acercaron también. Desde aquel excelente punto de observación era posible ver todo el campamento de las Llanuras Rotas desplegado a sus pies, quemado por el sol blanco, aplastado bajo el tremendo calor. Después de pasar tantos días en el microclima húmedo y oscuro del compartimento, con todo cubierto por el humo, le parecía que estaba en otro mundo.

La retirada era sorprendente. Incluso el cuartel general de las Llanuras Rotas se iba a retirar a una distancia todavía mayor del Mons antes de la hora límite de la medianoche. Gaunt contempló cómo aquella ciudad temporal se iba desmontando poco a poco.

Un par de Valkyrie despegaron de la plataforma que tenía a la espalda y se dio la vuelta para verlos marcharse. Se alejaron por el limpio cielo azul en dirección a la gran nube oscura que se alzaba en el horizonte.

El supervisor de cubierta los llamó y se dirigieron con las demás personas que estaban esperando hacia uno de los voluminosos Destrier. Era una aeronave gruesa y de feo aspecto, con la pintura gris del fuselaje saltada en algunas partes. La compuerta lateral ya estaba abierta, así que entraron directamente en el compartimento de carga desnudo y de costados metálicos para sentarse en las sillas que había pegadas a las paredes.

Otro de los Destrier despegó en mitad del estruendo de los motores y de un torbellino de polvo. Los motores de la aeronave que los transportaba también empezaron a rotar.

—¡Dos minutos! —avisó el supervisor de cubierta.

Una figura apareció bajo la intensa luz del exterior y subió al compartimento; un pasajero de última hora. Se dirigió hacia donde estaban sentados Gaunt y Eszrah.

—Hola, Ludd —lo saludó Gaunt.

—Me enteré que usted... Me refiero a que pensé que era mi deber...

—Ponte el arnés —le indicó Gaunt.

—Esto va a ser difícil, ¿verdad? —quiso saber Ludd—. Va a ser difícil sacar a las tropas a tiempo, ¿no?

—Sobre todo la retaguardia. Los primeros en entrar, los últimos en salir.

Ludd miró a Eszrah Noche.

Con gestos lentos y cuidadosos, como si se tratara de un ritual, el partisano se estaba pintando la cara con wode, preparándose para la guerra.



VEINTISÉIS

En algún lugar, un dios o ser supremo similar, probablemente sentado en un trono dorado, se estaba divirtiendo mucho a costa de Lucien Wilder. Baskevyl creía que, normalmente, su amigo y oficial superior tenía una capacidad de apreciación bastante refinada sobre una buena ironía, pero la especial ironía de aquella situación en concreto no hacía más que provocar que soltara tacos y maldiciones.

Habían estado muy cerca.

Wilder cruzó corriendo el trozo de tierra seca y se agachó detrás de los peñascos rotos de granitos donde estaban a cubierto Baskevyl y su pelotón.

—¿Te puedes creer lo que ha hecho ese capullo? —barbotó Wilder.

—¿A cuál en concreto? —le preguntó Baskevyl—. ¿Todavía seguimos con Van Voytz?

—¡No! —exclamó Wilder—. ¡DeBray! ¡El maldito descerebrado de mierda de DeBray!

—¿Por qué?

—¡Sólo ha ordenado a los trenes de munición B y C que se retiren! ¡A los dos! Eso nos deja con...

Wilder tuvo que callarse cuando una ráfaga de proyectiles trazadores acribilló su posición. Algunos impactaron contra los bordes superiores de los peñascos de cuarzo y los convirtieron en polvo que se quedó flotando en el aire.

—¿Quiere alguien cargarse a ese cabrón? —gritó Wilder.

Dos de las armas de apoyo cercanas se giraron y empezaron a disparar inmediatamente.

—DeBray ha ordenado a los trenes de munición B y C que se retiren —volvió a decir Wilder—. Eso nos deja con lo que queda del A, y según el armero jefe, lo que tienen sobre todo son munición de tanque y minas.

—Eso no es una buena noticia —dijo Baskevyl mostrándose de acuerdo.

—¿Cómo quiere DeBray que mantengamos así una retirada en condiciones?

Tres fuertes explosiones en rápida sucesión resonaron cerca de allí y los sacudieron con violencia. Les cayó encima una lluvia de tierra y suciedad.

—Maldita sea —exclamó Wilder—. Necesito ver con más claridad. Ven conmigo.

Wilder y Baskevyl salieron de su cobertura con la cabeza agachada y rodearon a la carrera un risco bajo donde se encontraba atrincherada buena parte de la compañía de Callide. Siguieron avanzando a través de laderas cubiertas de tilos y matorrales del lado norte del risco. Entre los árboles había soldados del Octogésimo Primero Primero: la compañía N. Wilder oyó al capitán Arcuda dando órdenes.

Baskevyl y Wilder se agacharon y éste sacó los magnoculares. Los disparos perdidos impactaban contra las copas de los árboles muertos que los rodeaban, chasqueando y susurrando como animales del bosque.

—¿Dónde está Kolea? —preguntó Wilder.

Baskevyl señaló un punto.

—Allí, al oeste de aquí. Está apoyando a la compañía de Obel. La compañía de Varaine está intentando cubrir ese terreno abierto de ahí, pero no hacen más que machacarlos con las plataformas artilleras que tienen al lado de... al lado de ese camino.

Wilder paseó el magnocular por toda la zona y divisó, envueltas en nubes de humo blanco, las plataformas de cañones múltiples que estaban disparando a media distancia. Sabía muy bien que Baskevyl había dicho «al lado de ese camino» porque no había querido utilizar la frase «al lado de la puerta». Baskevyl no quería recordarle la tremenda ironía.

Era bien cierto que las plataformas de artillería estaban «al lado de la puerta». Por el Trono,.. Habían estado tan cerca.

La batalla sobre y alrededor de la colina 56 y la cota 19 se había visto acortada de madrugada por la llegada de los refuerzos prometidos. Una cantidad enorme de refuerzos, y no iban a ser los únicos en llegar. Hasta el mismo DeBray había llegado con ellos. Se decía que Van Voytz había puesto en juego por fin todas las reservas. Las renovadas fuerzas imperiales habían avanzado a lo largo de las últimas horas de la noche y de las primeras del día y se habían apoderado de grandes zonas del quinto compartimento. La resistencia enemiga parecía haberse desvanecido en algunos lugares. A media mañana, la puerta que daba al sexto compartimento ya era claramente visible. Para mediodía, las fuerzas imperiales ya sólo estaban a medio kilómetro de ella.

DeBray le había ofrecido al Octogésimo Primero Primero, junto al regimiento Kolstec y a las unidades blindadas, la posibilidad de que los relevaran y se retiraran a descansar. Después de todo, habían mantenido la línea desde el comienzo de la ofensiva. Lo que quedaba de los Rothberg se retiraron, agotados y exhaustos. Sin embargo, el resto de las unidades estaban enfervorizadas. La llegada en masa de refuerzos había elevado la moral, y Wilder no estaba dispuesto a marcharse de un combate con sus hombres para que otro se llevara la gloria de acabarlo. Fofobris, de los Kolstec, opinaba lo mismo, al igual que el mayor Garrogon, de los blindados hauberkanos. DeBray les había permitido continuar y las tres unidades juntas habían encabezado buena parte de la ofensiva. Incluso se había desarrollado una rivalidad amistosa sobre cuál de ellas sería la primera en tomar la puerta.

Luego, aquel dios especial había empezado a reírse. La orden del general se había

transmitido a la vanguardia: Van Voytz había mandado que se organizara una retirada total e inmediata que debía completarse antes de la medianoche. Había ordenado a la Guardia Imperial que se retirara de Mons Sparshad. DeBray había comenzado de forma inmediata la retirada sistemática de los efectivos del quinto compartimento, empezando por las columnas de refuerzo que ni siquiera habían entrado en combate todavía.

Wilder no tenía muy claro qué era lo que se le había pasado por la cabeza al comandante general. Suponía que muy poco. Lo cierto era que no tenía ni idea del motivo por el cual, después de tantos esfuerzos y sacrificios, la cruzada iba a renunciar a Mons Sparshad.

Para complicarlo todo aún más, uno no se retiraba sin más de una línea de combate. Hacía falta destrabarse de forma organizada. Ciertas unidades debían mantener la posición hasta el final para cubrir la retirada principal y contener al enemigo o todo podría acabar en una matanza. Las tácticas estándar de la Guardia Imperial dictaban que esta acción de contención correspondía a las unidades situadas en posiciones más avanzadas. Para las tropas del Octogésimo Primero Primero, las de Kolstec y las tripulaciones hauberkanas, la gloria del triunfo ya no era una perspectiva. A lo que se enfrentaban en esos momentos era a una lucha agotadora mientras cubrían la retirada principal hasta que llegara el momento de echar a correr ellas mismas.

Simplemente echarse a correr. El final de aquella absurda expedición los vería corriendo para salvar la vida, y Wilder juró que si salía con vida de aquello, encontraría a Van Voytz y...

—¡Tanques acechantes! —exclamó Baskevyl.

Cinco de ellos acababan de salir por la puerta y avanzaban por la ladera para apoyar a las unidades del Pacto Sangriento a lo largo del risco inferior. En la zona comenzó un feroz intercambio de disparos. Wilder oyó el estampido de los cohetes antitanque.

—¿Quién está en esos riscos? —preguntó.

Baskevyl echó un vistazo.

—La compañía E.

«La gente de Meryn», pensó Wilder.

—Espero que todavía tengan munición para los petatanques, porque esos acechantes se les van a echar encima dentro de diez minutos.

Nuevos disparos chasquearon contra los árboles muertos. Los trozos de ramas sueltas cayeron revoloteando alrededor de ellos. Más allá, al este, los AT70 disparaban de forma atronadora en su intento por expulsar a los blindados de Garrogan de una cornisa escarpada.

—¡Coronel!

Wilder se dio la vuelta y vio a su operador de comunicaciones, Keshlan, correr hacia él por la ladera boscosa.

El tableteo de las armas cortas atravesó los árboles y Keshlan cayó al suelo con un grito agudo.

—¡Maldita sea! ¡Keshlan!

Wilder se puso en pie y echó a correr. Unos cuantos disparos más acribillaron la zona destrozando la corteza y las ramas bajas de los árboles. Algún cabrón tenía un ángulo de tiro excelente.

—¡Fuego de cobertura! —le gritó Baskevyl a Arcuda, y la compañía N empezó a machacar con disparos láser las posiciones enemigas.

Wilder llegó hasta donde estaba el operador de comunicaciones.

—Estoy bien, señor —le dijo Keshlan. Tenía el rostro blanco por la impresión.

—¿Dónde te han dado?

—De refilón en la armadura, señor. La placa del hombro está un poco machacada, pero yo estoy bien.

Wilder lo examinó y descubrió que un proyectil sólido había atravesado la placa del hombro de Keshlan y le había rasgado la piel. Unos pocos centímetros más hacia la derecha y le habría arrancado la garganta.

—Eso te enseñará a ir corriendo por ahí —le dijo—. ¿No te han dicho que están armados?

—Sí, señor.

—¿Me llamabas?

Keshlan se incorporó.

—Sí, señor. Acabamos de recibir un mensaje del mariscal. El Ligerio Hedrogan acaba de retirarse a nuestras espaldas, y se espera que las últimas unidades de Sarpoy los sigan en los próximos cuarenta minutos.

—No va a quedar nadie con quien hablar a este paso —bromeó Wilder. Se había dado cuenta de que el joven estaba atemorizado y quería mantenerlo tranquilo. No, no era temor. Era algo distinto—. ¿Qué ocurre, Keshlan?

—También he recibido un mensaje de la compañía 1. El capitán Raydrel ha muerto hace unos quince minutos, y tanto a su ayudante como al sargento Favre los mataron mientras intentaban rescatarlo.

—Por el Trono... —Wilder jadeó. Favre y el ayudante, Vuliery, eran personas excelentes y magníficos camaradas. Raydrel había sido un amigo, uno de los mejores oficiales bajo el mando de Wilder—. ¿Quién... quién está al mando de la compañía I ahora mismo?

—Mmm... El sargento Haston, señor.

—Ponme con él.

Keshlan empezó a manejar el comunicador. Baskevyl se acercó a la carrera con la

cabeza agachada.

—Raydrel ha muerto —le dijo simplemente Wilder.

Baskevyl apartó la mirada y luego la bajó al suelo.

—Todos acabaremos así a este paso —dijo—. La que nos ha jugado Van Voytz. Destramos va a ser casi imposible. Por el Trono, si pudiera cerrar esa puerta aunque sólo fuera durante una hora.

—Claro, o si pudiéramos transportarnos mediante la magia hasta un planeta seguro lleno de vino y flores. Bask, lo que ahora mismo necesito son unas cuantas puñeteras soluciones de verdad, no... —Wilder se calló—. Vale. El que hablaba no era yo, y tú no eras el que estaba escuchándome.

—No te disculpes, Luc. Sé cómo te sientes. Yo también tengo ganas de matar a alguien ahora mismo.

—Bueno, pues tenemos suerte —le contestó Wilder con una sonrisa—. Resulta que estamos en mitad de una batalla. Desahógate con los del Pacto Sangriento.

—No hay respuesta del sargento Haston, señor —le comunicó Keshlan. Wilder miró a Baskevyl.

—Bask, acércate hasta donde está Meryn y asegúrate de que está preparado para recibir a esos acechantes. Si ves a Hark por algún lado, dile que vaya en seguida hacia la compañía I. Tenemos que mantenerlos con la moral alta.

—Ya voy.

—Prueba también a ponerte en contacto con él por el microcomunicador —le aconsejó mientras se alejaba.

Vio que su segundo le señalaba algo en la parte superior de la ladera.

—Más malas noticias —le gritó en tono de broma.

Wilder se dio la vuelta. Vio que se acercaba un grupo de soldados con la cabeza agachada.

—Es el mayor Rawne —le dijo Keshlan.

—Justo lo que necesitaba —comentó Wilder con un suspiro.

Era Rawne, sin duda. También volvían Novobazky y Ferdy Kolosim, además de la mayor parte de los miembros de la famosa «partida de caza». Wilder subió por la ladera para encontrarse con ellos.

Kolosim había mantenido informado a Wilder de los movimientos del grupo a lo largo de toda la noche, aunque había sido bastante impreciso y breve. Lo último que Wilder había sabido de ellos era que el grupo se dirigía hacia el puesto 36 con «información urgente».

—¿Qué hacéis aquí? —les preguntó Wilder.

—Esta mañana nos enviaron para que nos reuniéramos con la unidad —le explicó Novobazky—. Cuando nos enteramos de la orden de retirada ya casi habíamos llegado, así que seguimos hasta aquí.

—Deberíais haber dado la vuelta.

—Prefiero retirarme con mi regimiento —contestó Rawne.

Wilder lo miró a la cara y se dio cuenta de que lo decía completamente en serio. Asintió.

—¿Vais a contarme lo que ha pasado? Veo a Kortehus, a Criid, a Varl, a Beltayn y a Bonin. ¿Dónde están los demás?

—Abe Villyard no sobrevivió —lo informó Kolosim—. A Maggs y a Mkoll se los llevaron heridos.

—¿En qué demonios os metisteis?

—Gaunt tenía razón —se limitó a decir Rawne.

—¿Tenía razón? ¿Os referís a que este sitio... no es lo que parece?

—No, no lo es —le confirmó Kolosim.

Wilder sintió que de repente lo entendía todo, de un modo tan general e inmenso que casi se mareó.

—Por eso... ¡Trono! ¿Por eso Van Voytz ha ordenado una retirada general?

—Sinceramente, no lo sé —contestó Rawne—. No nos lo han dicho. El Comisariado nos estuvo interrogando y después nos envió aquí de nuevo.

—Gaunt —dijo Wilder—. ¡El puñetero Gaunt! ¡Desde que volvió de entre los muertos, ese hombre ha convertido mi vida en un montón de problemas de mierda y de decepciones!

Se oyó un chasquido de carne contra carne. Wilder se dio cuenta de que Rawne había intentado darle un puñetazo, pero el explorador Bonin había detenido el golpe bloqueándolo con su propia mano.

—No, Elim —le dijo Bonin con un susurro mientras seguía apretando. Rawne bajó la mano.

—Vamos, adelante —le dijo Wilder—. Dame tu mejor puñetazo. Sé que lo has estado deseando desde que regresaste.

Rawne negó con la cabeza.

—No es cierto, Wilder. Le tengo un gran respeto, lo crea o no, pero nadie habla mal de Ibram Gaunt delante de mí.

Wilder se quedó pensando un instante. Cerca de ellos estallaron una serie de proyectiles en cadena y el aire se estremeció por el aumento de presión. Oyeron que el intercambio de disparos comenzaba de nuevo un poco más abajo.

—Ya basta —dijo al cabo de un momento—. Si habéis vuelto, habéis vuelto. Empezad a ayudar un poco. Ferdy, llévate a Kortehus y regresad a vuestra compañía. Vamos a necesitar que el flanco izquierdo permanezca bien firme durante las siguientes dos horas para que Fufu Frigwig y sus queridos kolstecs puedan retirarse.

—¡Sí, señor!

—¿Nadey? Dirígete hacia donde se encuentra la compañía I para realizar alguno de tus milagros. Hemos perdido a Raydrel.

—Haz lo que puedas.

Novobazky asintió y se marchó.

—El resto, venid conmigo. La compañía E está en apuros. Es la compañía de Meryn, mayor Rawne, por si se nos había olvidado. ¿De acuerdo?

—Entendido —contestó Rawne.

Bajaron corriendo por la ladera hacia la zona rocosa. Los tanques acechantes ya habían empezado a disparar contra las posiciones del Octogésimo Primero Primero.

Caffran se arriesgó a echar una carrera entre dos rocas que lo llevó hasta un gran peñasco de granito. Los disparos de los tanques pasaron chasqueando y Caffran olió la piedra quemada. El traqueteante avance de las patas de los tanques resonó por la pendiente.

Varios soldados estaban agazapados disparando contra la infantería que marchaba detrás de los tanques. Caffran vio a Larkin, a Osket, a Kalen y Mkillian cerca de allí, semiocultos por las capas de camuflaje. También vio a varios belladonitas. No recordaba sus nombres, aunque le hubiera gustado.

Los disparos de los tanques llegaron de nuevo en grandes rayos sibilantes y Caffran se agachó. Levantó la mirada para ver que tres de los belladonitas estaban muertos. Sus cuerpos mutilados yacían humeantes sobre el suelo quemado. En esos momentos sí que le hubiera gustado de verdad recordar sus nombres.

Echó un vistazo a su alrededor. Uno de los tanques ya estaba muy cerca. Caminaba sobre sus largas y delgadas patas insectoides con los pistones bufando y siseando. Caffran alzó el pesado tubo lanzacohetes, comprobó la carga y armó el cohete quitándole el cebador de la punta. Murmuró una breve plegaria al hacerlo. Más que nada, para que volara con puntería.

Era su último cohete. Miró hacia atrás por donde había venido.

—¡Guheen! —gritó—. ¿Dónde demonios estás?

Guheen le protegía la espalda y llevaba el morral con los últimos tres cohetes.

—¡La cosa está peliaguda! —le contestó Guheen al tiempo que se agachaba al sonar varias ráfagas de armas cortas.

—¡Mueve ese trasero tanith! —insistió Caffran.

El tanque disparó de nuevo. El sonido le recordó el de las masas de guijarros que se movían en una playa con marea. Le recordó el desembarco en la isla Oskray. Feth, ¿cuánto tiempo hacía de eso ya?

—¡Oye, Caffran, cuando quieras! —le gritó Kalen.

Caffran se echó al hombro el tubo lanzacohetes, se lo acomodó bien y colocó los dedos alrededor de la palanca de disparo.

Salió de la cobertura del peñasco y alzó el extremo del lanzacohetes. El tanque estaba allí mismo. Encima de ellos, con las torretas de armas virando a un lado y otro en busca de nuevos objetivos. Apretó los dedos y accionó la palanca de disparo. El tubo se estremeció con fuerza sobre el hombro cuando el cohete salió de la bocacha. Se oyó un fuerte siseo y un estampido llameante.

El cohete cruzó el aire dejando atrás un rastro de humo blanco y se estampó contra el tanque acechante. La explosión arrancó la cabeza y el tórax del vehículo, además de reventar la cabina del operador. El aparato salió despedido hacia atrás y se quedó allí, ardiendo, con las largas patas metálicas estremeciéndose hacia el cielo.

Se oyó un grito de júbilo. «Es prematuro», pensó Caffran. Todavía quedaban cuatro tanques acechantes que avanzaban hacia la línea de la compañía E, acompañados de mucha infantería del Pacto Sangriento.

Sabía que necesitaba tener un mejor ángulo de disparo para el siguiente tanque. Puso el cuerpo en tensión y después echó a correr hacia las rocas donde Larkin estaba a cubierto. Unas cuantas ráfagas lo persiguieron y se tiró de cabeza para recorrer los últimos metros a rastras.

—Muy elegante —comentó Larkin.

—Me estaban disparando.

—No les culpo. Mira lo que le has hecho a su bonito tanque. —Larkin metió otro cargador de munición reforzada y apoyó el rifle láser largo—. Y hablando de tanques...

Se estaban acercando. A Caffran no le hacía falta que el curtido francotirador se lo dijera. Lo que necesitaba era otro cohete. Su arma estaba vacía y humeante.

—¡Guheen! ¡Ven de una vez!

Guheen le contestó algo incomprensible. Echó a correr con el morral al hombro y llegó hasta el peñasco donde Caffran se había puesto antes a cubierto.

—Sabes —empezó a decir Larkin en tono de conversación, como si no se encontraran en mitad de un tremendo combate—. Esos niños. La verdad es que Kolea debería hacer algo y espabilarse. Se merecen saber la verdad.

Caffran, parpadeando, se lo quedó mirando.

—¡Feth! ¿Es que lo sabe todo el mundo?

Larkin se encogió de hombros.

—Tona me lo contó. En Gereon no había sitio para tener secretos.

—Gereon, Gereon, Gereon... Os pagaría algo si dejarais de hablar de ese sitio. No era más que un sitio. Sólo un sitio de mierda.

—No estuviste allí. No lo sabes.

—Lo que sé es que estoy harto de oír hablar de eso. —Caffran se dio la vuelta—. ¡Guheen! ¡Necesito esos cohetes!

—Un momento estás vivo, y al momento siguiente estás muerto. Me refiero en

este juego —comentó Larkin.

—¡Cállate, viejo chocho!

—Y entonces, ¿de qué valen los secretos? Incluso los secretos guardados con las mejores intenciones. Tu hijo y tu hija se merecen saber lo de su otro padre, Gaff Y Gol se merece...

—Cállate, Larkin! ¡Calla, joder! ¡Tenemos otros problemas ahora mismo!

Los disparos del tanque de cabeza empezaron a pasar por encima de ellos.

—¡Guheen! ¡Cohetes!

Guheen miró a izquierda y derecha, se quedó quieto cuando unos cuantos disparos pasaron zumbando, y luego echó a correr hacia Caffran con la pesada bolsa de cohetes al hombro.

Avanzó unos tres metros antes de que un proyectil sólido del Pacto Sangriento le diera en un lado de la cabeza. Todo lo que había dentro del cráneo salió por el otro lado en un chorro carmesí. Otros dos disparos le dieron antes de que comenzara a caer e hicieron que el cuerpo girara sobre sí mismo y perdiera todo parecido con el de una persona.

Cayó sobre el suelo reseco y rodó hasta que una mano se le quedó convertida en una garra alzada hacia el cielo.

—¡Oh, Feth! —susurró Caffran.

Hizo ademán de ir a recogerlo, pero Larkin lo agarró y lo frenó de un tirón. Varias ráfagas más acribillaron el espacio abierto que lo separaba de Guheen y azotaron el patético cadáver haciendo que se estremeciera. El morral con los cohetes estaba muy fuera de su alcance.

Los soldados del Pacto Sangriento ya estaban muy cerca. La compañía E los recibió con una lluvia de disparos láser. Larkin mató a un oficial con un solo disparo certero, pero las ráfagas enemigas siguieron llegando sin cesar.

—No puedo disparar —le dijo Caffran—. No puedo detener a esos tanques.

—Mala cosa —contestó Larkin mostrándose de acuerdo mientras metía otro cargador con aparente despreocupación.

—¡Larks! —dijo Caffran sin dejar de mantener la cabeza agachada—. Apunta al tripulante. ¡Ahí, hombre! ¡En la burbuja de la cabina! ¡Mátalo!

Larkin se llevó el rifle nuevo al hombro y apuntó hacia el tanque acechante más cercano. Distinguió por la mira telescópica al tripulante mutado y modificado en la burbuja llena de líquido situada debajo de una cola similar a la de una mantis.

—¡Larkin!

—No se puede meter prisa en estos asuntos —le respondió Larkin.

Exhaló y apretó el gatillo. La burbuja estalló. El tanque acechante dio unos cuantos pasos tambaleantes más y se detuvo, muerto, sobre las largas patas.

La oleada de soldados del Pacto Sangriento ya casi se les había echado encima.

Caffran dejó caer el tubo lanzacohetes y empuñó la pistola láser.

Empezó a disparar a los enemigos que se acercaban. Mkillian lanzó un grito un momento antes de caer muerto por un disparo de rifle láser que lo lanzó lejos de las rocas.

Un diluvio de disparos láser se abatió sobre los atacantes. Los soldados del archienemigo se doblaron sobre sí mismos y cayeron.

—¡Arriba! ¡Arriba y a por ellos! —gritó alguien.

Era Tona Criid, que avanzaba corriendo y disparando con el rifle en modo automático. A su lado corrían Varl y Bonin. Parecía como si no les preocupara el peligro y se lanzaron de cabeza a la refriega.

Varl llegó al grupo de rocas donde estaba Caffran. Apoyó una pierna para afirmar el cuerpo y disparó una larga ráfaga desde la cadera.

—¿Tienes problemas? —le preguntó.

Criid corrió, mató a un soldado del Pacto Sangriento de un disparo en el cuello y recogió el morral que estaba al lado del cadáver de Guheen.

—¡Píllalo! —le dijo a Caffran arrojándoselo.

—¡Primero y Único! —gritó Varl—. ¡Primero y Único de Feth!

Caffran agarró el morral y sacó un cohete que empezó a cargar en seguida.

—¡Tona! —le gritó—. ¡Tenemos que...!

—¡Cállate, estoy trabajando! —respondió ella acribillando a un trío de soldados enemigos.

«Un momento estás vivo, y al momento siguiente estás muerto.» Caffran miró el cuerpo de Guheen. Había hecho todo el camino desde Tanith para morir en un momento. Morir en un momento, así de sencillo.

Terminó de meter el cohete en el tubo, lo cebó con una rápida plegaria y se llevó el arma al hombro.

A setenta metros detrás de allí, Wilder estaba frente a Baskevyl, Feygor y Meryn.

—No es el momento —les dijo.

—Pues yo creo que lo es —le contestó Baskevyl—. Luc, resulta que se me ocurrió repetir mi comentario sobre lo de poder cerrar esa puerta aunque sólo fuera durante una hora, y Feygor me dijo que se podía.

—Es posible —confirmó Feygor.

—Esto es una locura.

—No, señor —le respondió Baskevyl—. Escúchalo.

—Podemos hacerla volar por los aires —le explicó Feygor—. Tengo la carga suficiente.

—¿Y cómo esperas...?

—Con minas del tipo Mark IX —respondió Feygor con una sonrisa—. Había un

montón de ellas en el tren de municiones la última vez que miré. Están cargadas de diotrido compresivo D-6. Es un explosivo plástico muy desagradable. Deme media hora y un mecanismo detonador aceptable y podría montar un artefacto que derribaría toda esa puerta de Feth.

—No —contestó Wilder—. No es una opción.

—Lo es —le replicó Rawne desde la espalda.

Wilder se dio la vuelta.

—¿Ahora resulta que tu ayudante es un experto en demoliciones? No se juega con esas minas, y desde luego, no se juega con D-6. Si hubiera un artificiero o un tecnosacerdote, es posible que...

—Feygor conoce bien la materia. Siempre la ha conocido, y desde Gereon...

Wilder soltó un gemido.

—Venga, Rawne! ¡No me vengas ahora con esas de «desde Gereon ...»!

—Tendré que hacerlo. ¿Cómo supone que realizábamos los actos de sabotaje? ¿Dejábamos de hacerlos porque no teníamos un artificiero autorizado? Feygor conoce bien la materia.

—Así es. Puedo hacerlo —insistió Feygor.

Wilder dudó. Oyó el sonido de los cohetes al impactar contra los tanques acechantes.

—Muy bien. Feygor construye una bomba. ¿Y luego, qué?

—Nos acercamos a la puerta —dijo Meryn—. Nos colamos hasta ella.

—¿Y qué más?

—Alguien tiene que llevar ese trasto —afirmó Feygor—. Será pesado. Muy pesado. Necesito a alguien realmente fuerte.

Se oyó el tintineo pesado de algo que caía al suelo.

—Yo me encargo de eso —se ofreció Brostin. Había dejado caer el depósito de combustible que llevaba sobre su ancha espalda.

—¿Bask?

—Creo que podría funcionar, Luc.

—Ponte a ello, Feygor.

—Me ocuparé de organizar un destacamento... —empezó a decir Rawne.

Meryn lo interrumpió.

—Yo organizaré un destacamento para llevar el artefacto y colocarlo. Es una iniciativa de la compañía E, y por lo que yo sé, sigo al mando de la misma.

Rawne asintió.

—Pues entonces yo iré al mando del destacamento.

—Por supuesto, capitán —le confirmó Wilder. Meryn se alejó. Wilder se dio cuenta de que Rawne lo estaba mirando.

—¿Qué?

—Hay algo que tiene que entender sobre esas puertas, Wilder. El enemigo no la atraviesa procedente del siguiente compartimento. Simplemente sale por la puerta. Llegan desde la disformidad por ese portal.

Wilder se encogió de hombros.

—Lo que sea, Rawne, pero si derribamos esa puerta, el resultado será el mismo ¿no?

Rawne asintió.

—Creo que sí.

Banda agarró a Meryn de la manga mientras se alejaba.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó la francotiradora.

—Procurar que se haga lo que hay que hacer, Jessi.

—He oído que acabas de pasar por encima de la autoridad de Rawne. ¿Estás intentando demostrar algo?

Él la miró.

—¿Y si es así?

—Si es así, procura que no te tenga que echar de menos después de que te vayas —le contestó ella.

La media hora se convirtió en una hora y media. El enemigo continuó saliendo por la puerta. Cada vez que lo hacía, les llegaba el sonido de los vientos procedentes de otros mundos que recorrían el compartimento.

—¿Feygor? —llamó Wilder por los microcomunicadores.

—Ya está lista. Un trabajo excelente. Nos vamos ya.

—¡Bask! —gritó Wilder—. ¡Acribillad toda la zona de la entrada de la puerta! ¿Obel? ¿Domor? ¿Varaine? ¡Fuego de compañía en apoyo!

Novobazky había conseguido reorganizar a la compañía I, situada cerca del centro de la línea del Octogésimo Primero Primero. Se habían desplegado en el interior y alrededor de un largo islote de matorrales de espino que les proporcionaba un excelente ángulo de tiro contra la puerta.

—¡Fuego de apoyo! —gritó Novobazky.

Divisó un número alarmante de siluetas carmesíes entre unos peñascos de granito situados a unos setenta metros por delante de ellos. Los proyectiles trazadores perdidos empezaron a pasar por encima de ellos como pájaros migratorios.

—¡Comisario!

Novobazky se dio la vuelta y vio a Hark.

—Vamos a tener que levantarnos y avanzar —le dijo—. Quedarse aquí y disparar no va a ser suficiente. Desde aquí no se ve, pero hay una masa de enemigos detrás de ese grupo de peñascos. La compañía tiene que avanzar hasta esa línea y establecer una zona de tiro, porque en caso contrario, esos cabrones van a llegar hasta el centro de nuestras líneas.

Novobazky asintió y transmitió las órdenes a los jefes de sección. Luego se acordó de la pistola de plasma y se la ofreció a Hark.

—Es suya.

—Guárdela.

—Gracias. Nos vino muy bien.

—Está a punto de hacerlo de nuevo —le comentó Hark con cierto humor agrio—. Tengo entendido que se encontró a Gaunt.

Novobazky asintió.

—Por un rato. Me pareció un individuo admirable.

—Me alegro de que lo piense. Siempre he creído lo mismo.

Todas las compañías del Octogésimo Primero Primero estaban disparando contra la puerta.

—¡Compañía, adelante! —gritó Novobazky—. ¡Avancen y fuego a discreción!

El grupo de ataque de Meryn, compuesto por veinte soldados, atravesó las líneas del Pacto Sangriento por el lado oriental. Meryn había escogido ese flanco porque el terreno estaba repleto de rocas y losas que se habían desprendido de la muralla a lo largo de los siglos. Había mucha cobertura y estarían ocultos al paso de las unidades del Pacto Sangriento.

Seguía siendo letal. Los disparos cruzaban siseando el lugar, y cada pocos metros aparecían soldados enemigos detrás de los peñascos. En los primeros quince minutos cayeron dos tanith y después tres belladonitas que Meryn había escogido de la compañía E.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Meryn.

Dispusieron de un breve hueco, de una oportunidad, cuando el fuego combinado de la línea del Octogésimo Primero Primero arrinconó al archienemigo hacia el otro lado del compartimento.

Meryn corrió en vanguardia sin dejar de disparar ráfagas cortas hacia las rocas. Detrás de él iba Brostin, que cargaba con el tremendo peso del artefacto montado por Feygor.

—Mantén el paso —le gritó Feygor, que llevaba el detonador.

—Que te jodan, Murt. ¡Intenta tú llevar esto!

Las bombas caían a su alrededor. El aire apestaba a disparos láser abrasadores.

Meryn llegó hasta la cresta de una roca que daba a la puerta. Un rayo láser le dio en la cabeza y lo derribó.

Con la visión borrosa y la cabeza doliéndole horrores, levantó una mano y se tocó el surco ensangrentado que tenía en el cráneo. Casi una herida letal.

—¡Adelante! —gritó.

El archienemigo se había desplegado en formación dispersa fuera de la puerta. Unos blindados se dirigían hacia la posición de Callide para luego virar hacia el este

y enfrentarse a la línea de hauberkanos. La puerta en sí estaba vacía, como la cavidad de un cráneo.

Brostin entró trastabillando en la inmensa boca negra de la puerta.

—¿Hasta dónde? —preguntó a gritos.

—¡Hasta donde puedas! —le contestó Meryn.

Empezaron a dispararles desde la parte baja del compartimento. El Pacto Sangriento se había dado cuenta de repente que una fuerza de reconocimiento se había infiltrado hasta su retaguardia. Cager cayó, muerto. Mkeln se derrumbó con el pecho destrozado.

—¡Date prisa! —aulló Meryn. El dolor de cabeza lo estaba matando. Un disparo láser le atravesó el brazo y le reventó el bíceps en una lluvia de carne ensangrentada.

Feygor lo agarró y lo mantuvo de pie.

—¡Corre! —le ordenó.

—Pero...

—¡Meryn, corre, por Feth! —le gritó Feygor—. ¡Brostin ya ha colocado la carga!

Brostin salió corriendo de la boca del túnel. Varios disparos lo alcanzaron. Cayó pero logró ponerse en pie de nuevo aunque la sangre le salía de varias heridas.

—¡Está preparada! —gritó.

Otros dos miembros del grupo de Meryn fueron alcanzados y murieron.

—¡Largo! ¡Largo! —gritó Feygor preparando el detonador artesanal. Meryn echó a correr seguido por los disparos enemigos—. De par en par —dijo Feygor al tiempo que bajaba la palanca.

Durante un segundo no pareció ocurrir nada. La fuerza de la explosión fue tan inmensa, que el ruido y la violencia sobrepasaron la escala de los sentidos humanos. Se produjo un estampido sólido y contundente, como el de un inmenso peso que golpease la tierra, y después, una gigantesca lluvia volcánica de barro, rocas y humo surgió de la boca de la puerta.

Feygor se echó a reír. Dejó a un lado el detonador y se puso en pie.

Un disparo láser le acertó de lleno en el pecho. Cayó de rodillas gorgoteando y escupiendo sangre.

—¡Murt! ¡Murt! —gritó Brostin mientras corría hacia él.

Murt Feygor murmuró algo y se desplomó.

Brostin recogió su cuerpo inerte y siguió corriendo.

—¿Lo has visto? —gritó Baskevyl—. ¡Lo consiguieron!

Wilder esperó. Contempló la enorme columna de humo que se alzaba desde la bola de fuego que rodeaba la puerta. Estuvo a punto de empezar a sonreír.

Sintió cómo le llegaba la fresca brisa de un cambio de presión, como si alguien hubiera abierto una puerta y dejado entrar el frío. El humo se dispersó y las llamas se

apagaron cuando un viento helado las atravesó. Una fila de tanques de batalla de color carmesí, grandes y oxidados, empezó a salir de la puerta del sexto compartimento, empujando los escombros y las llamas moribundas para abrirse paso.

No lo habían conseguido. Ni por asomo.



VEINTISIETE

18:11 horas, 199776M41

Quinto compartimento

Mons Sparshad, Ancreon Sextus

Las hordas traidoras de los condenados y de los dementes salieron vomitadas de la boca de la puerta como una marea invasora. A los soldados imperiales les pareció que la propia disformidad se había abierto y que había esparcido su contenido por toda la zona. Las formaciones de vehículos y tropas, de artillería móvil y de estandartes ondeantes, hicieron que todo a lo que se habían enfrentado antes fuera trivial y sin importancia alguna. Las fuerzas contra las que se habían enfrentado durante los días anteriores no eran más que los destacamentos de vanguardia.

Ya estaba anocheciendo, pero la porquería negra que salía humeando de la puerta del sexto compartimento ascendía hacia el cielo y aceleraba el descenso de la oscuridad. La puerta arcana se había abierto tanto esta vez, que el tiempo atmosférico del siniestro mundo de dónde procedían aquellas criaturas se había colado en Ancreon Sextus. No sólo llegaban los vientos fríos, sino que los acompañaban las neblinas y la humedad. En la parte superior de las murallas chasqueaban tormentas de rayos que cubrían la superficie de piedra del corazón del Mons como una hiedra luminosa. Empezó a caer una lluvia helada que hizo sisear las llamas.

Las fuerzas de Kolstec sufrieron inmediatamente una gran cantidad de bajas y retrocedieron en una retirada desesperada y desorganizada. Luego, el archienemigo se lanzó también a por él Octogésimo Primero Primero. Callide y casi toda su compañía murieron. Cientos de cadáveres con uniforme de combate negro quedaron entre los matorrales en llamas.

Wilder hizo retroceder al Octogésimo Primero Primero a través de la lluvia, a través de los bosquecillos de tilos y los peñascos de granito. La tentación de salir huyendo era muy fuerte, pero aquello provocaría un desastre todavía mayor. Había que retrasar el avance del archienemigo. Tenían que acosarlo y entorpecerlo. Los kolstec, casi huyendo hacia el oeste, no parecían capaces de lograr algo así, pero los blindados hauberkanos que todavía quedaban operaban en apoyo del Octogésimo Primero Primero.

El sonido de los disparos era continuo y ensordecedor. Wilder alcanzó a Keshlan en un arroyo seco.

—¡Ponte en contacto con DeBray! —le gritó Wilder para hacerse oír por encima del rugido del combate—. ¡Dile que la línea de retirada tiene que moverse con mayor rapidez! ¡Con toda la velocidad que puedan! ¡Dile que tenemos que salir pitando del compartimento! ¡Que el infierno va a por ellos!

Medio kilómetro más atrás, en una franja de árboles en llamas, Rawne, Kolea y Baskevyl habían establecido una buena línea de cobertura con todos los soldados de los que disponían. Dos secciones disparaban sin cesar mientras una tercera se retiraba. Funcionaba contra la infantería y los grotescos mutantes que se lanzaban a por la línea de árboles, pero ya había tanques acercándose. Brígang pesados, quizá incluso más grandes, y las secciones ya se habían quedado sin cohetes.

Rawne vio a más soldados pasar a su lado entre el humo, rezagados que se esforzaban por unirse a la retirada. Muchos de ellos estaban heridos de gravedad. Vio a Meryn, cubierto de sangre, llevado por dos soldados belladonitas.

Y a Brostin, trotando todo lo deprisa que podía, con un cuerpo inerte en los brazos.

—¡Brostin! —lo llamó Rawne. El soldado lanzallamas también estaba cubierto de sangre. Lo habían herido en varios sitios. Feygor no era más que un fardo con el pecho empapado de sangre—. Déjalo en el suelo.

—Puedo llevarlo. Tengo que llevarlo a un médico. Tengo que llevárselo a Dorden. Él lo curará.

Rawne puso dos dedos en el cuello de Feygor. Era imposible saber si le quedaba pulso, ni siquiera si respiraba. Incluso si Feygor estaba vivo todavía, ya no lo estaría para cuando Brostin pudiera sacarlo del compartimento.

—Déjalo en el suelo —repitió Rawne.

—¡No! —Brostin se indignó ante aquella idea—. ¡No vinimos de Gereon para morir en este sitio de Feth! ¡Puedo llevarlo! —Siguió caminado con paso pesado entre los árboles—. ¡Puedo llevarlo!

Wilder llegó a una zona de terreno elevado y abierto e intentó orientarse. Hacia el este, al menos cuatro compañías del Octogésimo Primero Primero, junto a unos cuantos blindados hauberkanos, estaban atravesando una franja de suelo llena de matorrales y se dirigían con paso constante hacia el sur. Directamente detrás de ellos estaban la compañía de Daur y parte de la de Obel, junto a un puñado de tropas de las unidades de Kolosim y Varaine, enzarzados en un brutal combate con los elementos de vanguardia del Pacto Sangriento.

Wilder se dio cuenta de que el flanco oeste de la retirada se estaba abriendo de un modo peligroso. Si el enemigo lograba atravesarlo, atraparían a Daur, a Obel y a los demás con rapidez. ¿Qué le había sucedido a aquella formación?

Miró a su alrededor de nuevo mientras le ordenaba a la compañía A que formara una línea de disparo. Tenía la garganta irritada por el humo. La lluvia caía cada vez con más fuerza y el suelo se estaba convirtiendo en un cenagal. El terreno se elevaba

al sur de su posición hasta formar una colina de relativa importancia. Wilder se percató, algo sorprendido, de que se trataba de la colina 56, la misma posición que se le había asignado al comienzo de aquella maldita operación. Si lograra mantener la cohesión de las tropas el tiempo suficiente como para que una unidad subiera hasta allí, dispondría de un excelente ángulo de tiro sobre toda la zona. El camino se ensanchaba al oeste de la colina. Estaba repleto de unidades de Kolstec que huían, y Wilder vio con desesperación que, debido a aquel caos, las compañías de Domor y de Sabrese se habían retirado demasiado, justo hasta el camino. Era allí donde se había formado el hueco.

—¡Keshlan! —gritó—. ¡Ponme con Sabrese, deprisa! Tenemos que hacer que vuelvan a avanzar.

El operador de comunicaciones lo obedeció, aunque con expresión de duda. La distancia era importante. Persuadir a aquellos soldados que se dieran la vuelta y se dirigieran de frente hacia el avance enemigo iba a ser complicado. Desde los matorrales quemados de la izquierda ya estaban disparando con armas pesadas. Incluso los soldados más leales titubearían ante aquello.

Pero lo cierto fue que ocurrió algo muy curioso. Keshlan todavía no había confirmado un canal seguro y las tropas de Sabrese y Domor ya estaban empezando a regresar. Avanzaban hacia el combate cubriendo el camino. El hueco comenzó a cerrarse.

—¡Formad una línea con esa gente! —le gritó a la compañía A—. ¡Por la ladera! ¡Dadles fuego de cobertura mientras se acercan!

Los soldados del Pacto Sangriento y los mutantes salieron en tromba de los matorrales, pero el fuego de apoyo de las compañías los obligó a retroceder de nuevo bajo una lluvia de disparos. Wilder oyó gritos procedentes de las tropas de Domor, y también de las de Sabrese. Eran gritos de combate. Apasionados, casi ansiosos.

Vio dos figuras que destacaban entre ellos. Eran dos comisarios, que dirigían el flujo de las tropas reorganizadas. Uno de ellos blandía en alto una espada.

—¡Fantasmas de Tanith! ¡Hombres de Belladon! —gritaba Gaunt—. ¡Cerrad la línea! ¡Enfrentaos al enemigo!

—¡Primero y Único! —contestaron a gritos los soldados.

—¡Domor! ¡Manda unos cuantos a esas rocas! —gritó Gaunt mientras seguía avanzando.

Eszrah iba a su lado, con su arma preparada. Los soldados parecían tan sorprendidos de ver a Gaunt como al gigantesco guerrero que iba a su espalda.

—¡Sí, señor! —respondió Domor. A pesar del horror que la rodeaba, la tropa parecía tener una vitalidad renovada—. ¡Gaunt está con nosotros! —gritó Domor—. ¡Gaunt está con nosotros! ¡Chiria, Nehn! ¡Subid a vuestra gente a esas rocas! ¡Raglon, tu sección a la izquierda, fuego rápido!

—Podemos lograrlo —le dijo Gaunt a Domor—. No podemos vencer, pero podemos contenerlos.

—Sí, señor. —Domor apenas podía creerse lo que veía. A pesar de disponer de unos implantes oculares, Gaunt no le parecía real—. Señor, ¿es usted un fantasma?

Gaunt sonrió.

—Siempre lo he sido.

Ludd se acercó a la carrera.

—Las secciones se mantienen firmes en el flanco derecho, señor.

—Ve con ellos, Ludd. Manténlos firmes y fuertes.

—¿Cómo, señor?

—Improvisa. Cántales algo, diles que eres mi hijo clonado, lo que te sirva.

Ludd asintió y se marchó corriendo. Los heridos rezagados de la retaguardia pasaron trastabillando a su lado. Los tanith y los verghastitas que iban entre ellos parpadearon al verlo. Algunos se detuvieron y, a pesar de sus heridas, se acercaron hasta él.

—Seguid caminando —les ordenó Gaunt—. Id hasta el camino y salid de aquí. Ya beberemos a la salud de este día.

Gaunt vio a Brostin entre ellos. A él y al bulto que llevaba en brazos. Se acercó inmediatamente al fornido soldado lanzallamas. Brostin cayó de rodillas, cansado, herido, y apenas capaz de continuar, pero mantuvo agarrado con fuerza el cuerpo flácido de Feygor entre los brazos.

—Suéltalo —le dijo Gaunt—. Déjalo en el suelo.

—Señor...

Eszrah se arrodilló también y examinó a Feygor. Luego miró a Gaunt y negó con la cabeza.

—Ha muerto, Brostin. He llegado demasiado tarde para él, pero no para el resto de vosotros.

Brostin depositó con suavidad el cuerpo de Feygor sobre la hierba húmeda. Las gotas de lluvia le rodaban sobre la barba como lagrimones.

—Sigue avanzando, Brostin. Luego te alcanzo.

Gaunt se irguió y se volvió hacia el fragor del combate. Eszrah lo tocó con suavidad en un hombro y le señaló a un oficial que se acercaba.

—¿El comisario Gaunt?

—¿Coronel Wilder?

Se quedaron mirándose bajo la lluvia. Gaunt se cogió la espada con la mano izquierda y alargó la derecha.

—Lo felicito, coronel. El comandante general me ha enviado de vuelta al frente para ayudar en la retaguardia.

Wilder le estrechó la mano.

—No creo que necesitemos mucha ayuda para morir aquí mismo.

—Wilder, ha realizado una excelente maniobra de retirada. Ya se han salvado muchas vidas con...

—No se ha acabado —lo interrumpió Wilder con brusquedad—. No tiene ni idea del número de enemigos que nos pisan los talones.

—De todas maneras, creo que todavía deberíamos intentarlo. Si las tropas se despliegan en el camino...

—¡No me está escuchando! —lo cortó Wilder—. Lo que viene por ahí es una pesadilla y debemos contenerla todo el tiempo que podamos. Voy a subir una unidad a esa colina, al menos una compañía. Desde allí deberíamos poder mantener en nuestras manos la zona el tiempo suficiente como para que el resto se repliegue.

Gaunt contempló la colina.

—Supongo que sería posible...

—Mire Gaunt sé que solo quiere sacar a sus tropas de aquí.

—¿Mis tropas? No son mis tropas, Wilder. Son las suyas. Octogésimo Primero Primero. Un regimiento excelente. Deme el mando de una compañía y yo mantendré la colina. Les proporcionaré el tiempo suficiente como para que puedan retirarse.

Wilder sonrió y negó con la cabeza.

—No le ordenaré a nadie que muera por mí mientras yo me marchó a casa, ni espero que usted haga algo que yo mismo no haría. Mi regimiento, como ya ha dicho. Mis tropas. Mi tarea.

—Wilder...

—Creo que lo supero en rango, comisario. De hecho, usted no tiene mando alguno. Yo me quedaré con la compañía A. Le ordeno que tome el mando de lo que queda del regimiento y que lo ponga a salvo mientras les cubro las espaldas.

—¡Por el Trono, Wilder, no sea tan difícil! Esto no es una especie de competición donde se verá cuál de los dos es más hombre, y...

—De hecho, casi lo es. De este modo, ambos ganamos y ambos perdemos.

—Coronel, no voy a...

—¿Está desobedeciendo una orden directa, Gaunt? He oído comentar que ha vuelto de ese lugar con una vena indócil. Dicen que incluso con un poco de corrupción del Caos. Que le falta la disciplina adecuada. No hay sitio para nada de eso en la Guardia Imperial. Le he dado una orden. ¿Va a cumplirla?

Gaunt se quedó mirando a Wilder.

—Sí, señor —contestó saludando al mismo tiempo.

—Excelente. Póngase a ello.

Wilder contestó al saludo y se dio media vuelta.

—El Emperador protege —dijo Gaunt.

Wilder soltó un bufido.

—A algunos de nosotros, sí.

El ángulo de tiro desde la cima de la colina 56 era tan bueno como Wilder había esperado. Formó a la compañía A allí arriba y empezó a disparar andanada tras andanada hacia el terreno cubierto de maleza donde las formaciones enemigas estaban ya a la vista avanzando a través de la tierra humeante.

—¡Seguid disparando, compañía A! —gritó Wilder.

Parecía haber un número imposible de objetivos que cruzaban el valle allí abajo. Eran hordas de figuras rojas y negras acompañadas de vehículos que rodaban o caminaban. Los bosques que había al otro lado estaban envueltos en llamas y desprendían una enorme humareda hacia la muralla del compartimento. También aparecieron acechantes en gran número, procedentes sin duda de sus misteriosas puertas de entrada. Muchos corrían a grandes saltos por delante de las tropas, como si fueran enormes perros de caza, aullando y rugiendo. Algunos eran realmente gigantescos.

Sus últimos camaradas desaparecieron en dirección sur, hacia la oscuridad, por el camino que estaba al oeste de la compañía A.

Genadey Novobazky caminó a lo largo de la línea de la compañía A con voz clara y firme.

—Amigos míos, en las orillas de Marik —exclamó—, los padres de nuestros padres se mantuvieron firmes bajo el estandarte de Belladon. ¿Huyeron? ¡Sí, pero sólo con la mente! Huyeron a sus hogares y a sus familias, donde podían sentirse a salvo..., y luego, gracias a la providencia del Dios Emperador, vieron lo que les pasaría a sus hogares y a sus familias si no se mantenían firmes, ¡así que se mantuvieron firmes! ¿Cómo os sentís?

Se oyó un grito triunfal entre las filas.

—¡La sangre de Belladon es como vino para los labios del Emperador! —gritó Novobazky—. ¡Las almas de Belladon tienen un lugar especial a su lado! ¡Si derramamos nuestra sangre aquí y ahora, es porque Él ha elegido este lugar para bendecirlo! ¡Oh, tierra afortunada! —Empuñó la pistola de plasma y le quitó el seguro. No cometería errores en esta ocasión—. ¡Manteneos firmes y disparad, amigos míos, manteneos firmes y disparad! ¡Si lo que quieren es nuestra valiosa sangre, descubrirán que el precio es más elevado de lo que se pueden permitir! ¡Furia de Belladon! ¡Furia! ¡Furia!

Wilder sonrió al oír el discurso de Novobazky. Siempre había pensado que era una obra de arte, y nunca había sido más cierto que en esos momentos.

—¡Keshlan!

El operador de comunicaciones corrió hacia él.

—¡Si coronel!

Wilder le pidió con un gesto el micrófono.

—El altavoz, por favor. Al máximo volumen que puedas.

—¡Sí, señor!

El primero de los guerreros del archienemigo cargó por la ladera de la colina 56 hacia la lluvia de disparos. Cayeron cientos, pero había miles detrás para sustituirlos. Los cuernos del Pacto Sangriento resonaron en el aire nocturno. Las hojas metálicas relampaguearon, los estandartes ondearon. Los feroces mutantes y las bestias forjadas encabezaban el ataque.

Pierna Torcida, el tres veces forjado, estaba en la vanguardia de la línea de ataque sin hacer caso de las descargas de luz que se hundían en sus costados. Subió la larga ladera rugiendo con los sacos de la garganta. Vio y olió la carne delante de él, las filas de pequeñas figuras de carne que curiosamente se negaban a salir huyendo al verlo.

El tres veces forjado dio un último salto, abrió las fauces y encajó los dientes en su sitio.

Wilder pulsó el botón del micrófono y se lo llevó a la boca. Cuando habló, la voz resonó distorsionada a todo volumen por el comunicador de Keshlan.

—¡Manteneos firmes, compañía A! ¡Furia de Belladon! ¡Mantened la línea y vencedlos!

El eco de la voz amplificadas recorrió toda la ladera desolada llevando la orden a través de la lluvia y la feroz noche.

La última orden.



EPÍLOGO

Ancreon Sextus

El sol salió en mitad de la noche y las ciudades escalonadas murieron. A los observadores les resultó imposible mirar el bombardeo incluso desde una distancia tan lejana sin utilizar las lentes antibrillo. Unas devastadoras columnas de luz blanca bajaron desde el cielo y abrieron unos profundos agujeros negros en el planeta.

Las naves de la armada imperial tardaron cinco horas de bombardeo continuo en borrar de la existencia las piedras de las antiguas ciudades monolíticas.

A lo largo de los días siguientes, lo único que quedó en los lugares donde antaño se habían alzado las ciudades escalonadas eran unas tremendas heridas en la tierra, en algunos casos de un kilómetro de profundidad. En el interior de aquellas cavidades que se enfriaban poco a poco había una belleza enojada. La potencia de las armas había transformado la roca y la arena en franjas de cristal que relucían llenas de colores bajo el brillante sol.

Poco después de la medianoche, Gaunt ya estaba entre los muchos centenares de oficiales que se agolpaban en las plataformas de despegue del techo de uno de los Leviathan de mando para contemplar el lejano destino final de Mons Sparshad. Zweil estaba a su lado. Le había pedido prestadas las gafas a Eszrah y se sobresaltaba con cada destello de luz.

Van Voytz se acercó a Gaunt.

—Lo lograste, Ibram —le dijo señalando con un gesto el terrorífico espectáculo de luces—. Espero que estés orgulloso.

—Lo estoy, señor.

—Tengo entendido que los tienes de nuevo contigo.

—Sólo es un mando temporal. No es definitivo.

—Ya veremos —contestó Van Voytz.

—Dijo que no podía, pero resulta que sí podía, ¿sabes? —le dijo Zweil después de que Van Voytz se marchara.

—¿El qué? —preguntó Gaunt extrañado.

—Traer a la gente de vuelta de entre los muertos. Resulta que sí podía.

—¿De quién me está hablando, padre?

—De Wilder.

—Ah.

—Tú, Rawne y los demás regresasteis cuando todos os creíamos muertos, y ahora lo ha hecho la unidad.

—No creo que...

—Es tuya de nuevo. Wilder te la ha devuelto. Ya no son sus fantasmas. Son tuyos de nuevo. Los Fantasmas de Gaunt, que han regresado de entre los muertos.

—Padre, a veces dice muchas tonterías.

La compuerta de la celda se abrió para dejar paso al inquisidor Welt. El comisario Faragut se puso en pie para dejarle sitio.

Welt se sentó al lado de la comisaria general.

—¿Cómo vamos? —le preguntó.

—Creo que estamos logrando algo —contestó Balshin mirando a la persona interrogada, al otro lado de la mesa.

—Bien, bien —comentó Welt—. ¿Podríamos volver a los temas principales, por si acaso me he perdido algo?

—A mí no me importa —dijo Balshin.

Welt volvió la cabeza y miró con gesto interrogativo.

Sabbatine Cirk se encogió de hombros.

—Díganme qué quieren saber.